This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

B 859,546

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

DOCE ESPAÑOLES

DE

BROCHA GORDA,

QUE NO PUDIENDOSE **PINTAR A SI MISMOS**, ME HAN ENCARGADO **A MI**,

ANTONIO FLORES,

SUS RETRATOS.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

152
186

1846.

MADRID : Imprenta de D. Julian Saavedra y compañía,
Calle de María Cristina, núm. 4.

PRÓLOGO,

para los que hayan leido el prospecto, ó prospecto para los que vean por primera vez este prólogo.

Cuando los mudos hablan licencia tienen de Dios, y mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena; déjenme hacer, y allá verán, que si así lo hago, estudiado me lo tengo. No porque yo trate de fundir el prólogo y el prospecto en una sola pieza, se crea que pienso inculcar principios de economía en el ánimo de los grandes y los pequeños, gordos y flacos, medianos y chicos, pues para suscritores todos son buenos, y en esta leva no hay talla; que así me guardaré yo de predicar tan malas doctrinas como de escribir una línea mas siquiera sin decir quién soy, cómo me llaman, y á qué vengo hoy implorando piedad de puerta en puerta. Piedad, carísimos colegas, los que escribís prosa ó verso, ó no escribís ni verso ni prosa, ni castellano siquiera; piedad, compasion y amparo debemos implorar del público, como único amo y señor de nuestras vidas y haciendas. Y no hay si no confesarlo así, so pena de caer en desgracia de su señoría, que hablando claro, es la primer calamidad á que estamos condenados los que, con licencia ó sin licencia de Dios y del Diccionario de la Lengua, alimentamos las imprentas esprimiendo agallas.—Yo, que así me diera Dios ingenio para dar gusto á los lectores, [illegible] esperiencia tengo para saber de qué pie cojea cada uno de ellos, [illegible] la herida que los editores les han abierto á todos, en vez de [illegible] medio de un prospecto lo que pienso ser con el tiempo, me [illegible] logo para hacerles ver lo que voy siendo ahora.

Español sobre todo, bendita sea la estancia de mis padres, en la villa de Elche el año de 1820, y no pudiendo descubrir el yodo en los *moluscos* (raices de agua salada, que dice el vulgo), porque ya la química se tuteaba con ese simple, me propuse esperar á que M. Daguer sacase partido de su accion sobre los metales, y hoy dia de la fecha me tienen Vds. haciendo retratos al daguerreotipo, como uno de tantos fotógrafos infalibles, responsables é indelebles, que retratando la humanidad, andan por esos mundos de Dios. Mi procedimiento, sin embargo, no es igual exactamente al que emplean los demas satélites de M. Daguer, y ni yo sufro que los vapores del mercurio me pasen las planchas, ni oigo reclamaciones de los interesados para disimular defectos. Aquí no somos consejeros de la corona, que sacrifiquemos el bien general al capricho de los particulares. El que tenga joroba, saldrá torcido, y aquí no se dará colorete al que se retrate con tercianas.

Nuestro daguerreotipo es un espejo claro y franco, ante el cual no sirven embozos ni caretas. Inútil es tambien pasar de prisa por delante de la máquina, pues basta á veces con la intencion; y al que no venga aquí á dejar su retrato, le buscaremos en su misma casa; sin que se crea por esto que nuestro daguerreotipo tiene estómago de pobre y ha de retratar á toda clase de gentes, pues hay personas tan claras, tan sin malicia, tan..... etc., que el retratarlas seria perder el tiempo, el yodo y la plancha. Para el que de buen grado, y por hacer papel, quiera legar su *geró* á la posteridad, Madrid está lleno de fotógrafos, y nuestro gabinete no quiere quitar parroquianos á nadie; otras son las gentes que han de venir á darnos su filiacion, ya que no su dinero, pues este trabajo se hace *gratis et amore* en obsequio á la humanidad.

Cuando los *Españoles* dijeron que se iban *á pintar á sí mismos*, y ví yo que efectivamente daban á luz sus retratos, metí en la boardilla mi máquina y esclamé: — Adios mi dinero! esta gente ha conocido la intencion y quiere dejarme sin oficio. ¿Si ellos se retratan á sí mismos, quién mejor ha de callar por modestia sus virtudes, ni ha de conocer mejor sus vicios?—No me quedaba otro recurso que el de alquilar mi máquina á los que quisiesen servirse de ella; pero ese oficio, y el de los diputados que dan su voto al que antes lo há menester, allá se van, y resolví estarme quieto, renunciando por siempre á la profesion de fotógrafo. Pero quiso Dios que se terminase la coleccion de *Españoles pintados*, y viendo yo que por ser el acto voluntario todos los pájaros de cuenta habian huido de llevar allí sus retratos, subí corriendo al caramanchon, y abrazado á mi daguerreotipo, cual otro Sancho Panza á su amado rucio, esclamé:—Ven acá tú, espejo de justicia, pincel de desengaños, paleta de claridades! Sacúdete las telarañas, amigo franco, censor in-

corruptible, fiscal infatigable, juez imparcial, fotógrafo desinteresado! Prepara los trebejos, daguerreotipo de mi alma, que ya nos cayó que hacer por unos dias; y si tú me prestas tu poderosa ayuda, hemos de bosquejar en cuatro brochazos ese puñado de *Españoles sin pintar* que se escurrieron entre los pintados.

Sean ellos en buen hora incoloros y anfibios, y válgales ó no la bula de Meco, nosotros tenemos en remojo la Brocha Gorda, y no se ha de escapar uno siquiera de esos tipos originales; cisnes de medio arriba, cuervos de medio abajo y verdaderos camaleones de la sociedad.

Mientras el *Torero*, la *Castañera*, el *Pretendiente* y hasta el *Indiano*, han acudido presurosos á dejar sus retratos en la obra de los ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS, el *Granuja*, la *Señorita nerviosa*, el *Caballero de industria* y la *Cuca* han permanecido indiferentes á ese furor fisiológico, comiendo y bebiendo como siempre, sin que nadie sepa de dónde les viene el privilegio de vegetar sin hacer nada. Pero la hora de la espiacion ha sonado, y se acerca por momentos el juicio final de esas medias tintas sociales. Ay del infeliz *Parásito*, si no prueba que su tipo era una profesion honrosa antes que cayese el maná en el pueblo de Israel!—Doce son las familias sociales que á mi juicio no estan representadas entre los tipos anteriores, y un individuo por cada una de ellas te ofrezco cazar, daguerreotipo mio, para que tú me lo dibujes con imparcialidad y buen tino; sin dejarte llevar de sus palabras y menos aun de su trage. Arráncalos á todos la corteza esterior, presentándolos al público tal cual son, no tal cual aparentan ser, y habremos cumplido nuestra mision sobre la tierra.

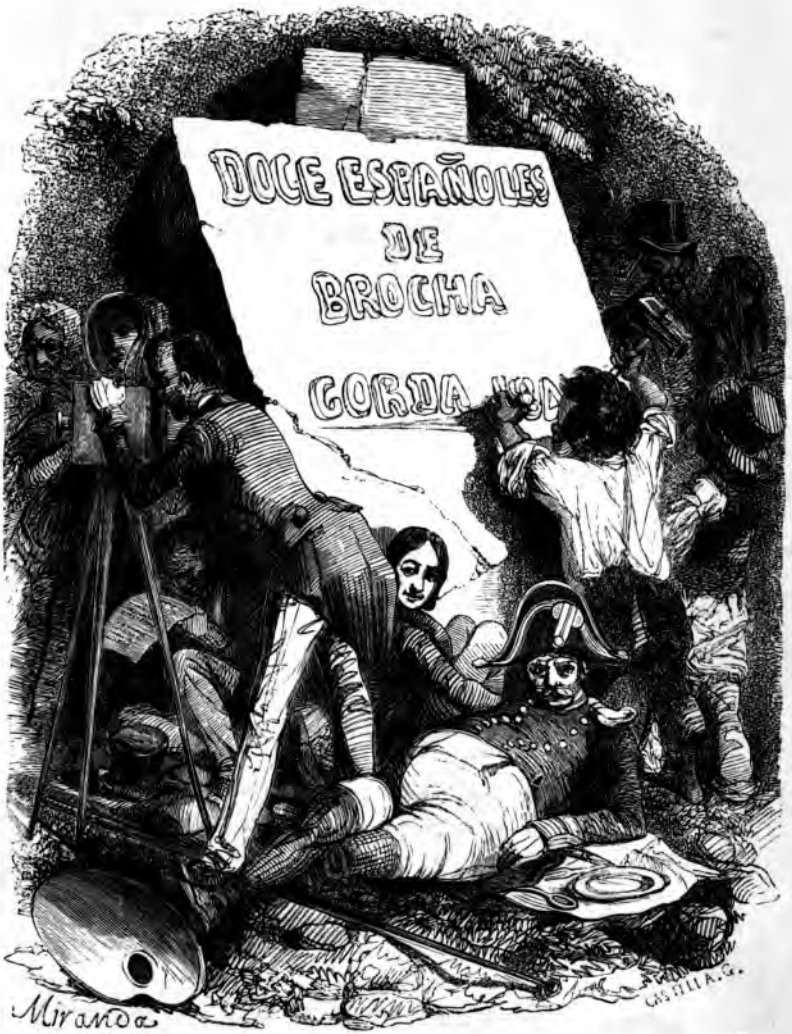
Nuestro pincel juega limpio, y aqui no se admiten colores emborrachados; la entonacion de un cuadro no consiste en mezclar las tintas, confundiendo arbitrariamente los colores; está, sí, en agrupar bien las figuras, cuidando de que el *vago* no se venga á primer término por listas que tenga las manos, ínterin el *artesano* honrado aparece en lontananza cubierto muchas veces por los encages de la *Cuca*, que toma lo ageno sin permiso de nadie, levantando muertos en las casas de juego.—Pero si contra los siete pecados capitales, tiene nuestra madre la Iglesia siete virtudes teologales, tambien la sociedad ofrece doce tipos-modelos contra esas doce medias-tintas, que si bien es cierto que no todos son criminales en su manera de vivir, arrastran igualmente todos una vida vaga, indefinible é inclasificable. A nosotros no nos parece oportuno, sin embargo, decirle al vago que trabaje dando su retrato junto con el del hombre de bien, pues eso seria contagiarlo inútilmente todo, y hemos preferido examinar esos tipos en su orígen, dividiéndolos *en propietarios y suplentes*.

Y ahora que con la última línea de este prólogo llega la hora de escribir la primera de la obra, y el público enterado de nuestra solicitud, parece dispuesto á darnos la razon, si es cierto aquello de que el que calla otorga, dí tú conmigo, pluma querida, lo que yo digo con Iriarte siempre que te cojo en la mano:

A todos y á ninguno
Mis advertencias van,
Si alguno le incomodan,
Paciencia y barajar.

ESPAÑOLES DE BROCHA GORDA.

Propietarios.	*Suplentes.*
El Granuja.	El Ahijado.
El Alma desterrada.	La Niña nerviosa.
El Primo..	El Inglés.
La Cuca.	La Viuda escedente.
El Caballero de industria. . .	El Haragan.
El Marica..	El Hijo de siete madres.
El Alabardero..	El Sargento de 1808.
La Vergonzante..	La Andaluza.
El Señor Mayor.	El Doceañista.
La Jamona..	La Soltera de 35.
El Aficionado.	El Ignorante.
Sor María Magdalena de S. Vicente Paul.	La Niña de cera.


DOCE ESPAÑOLES
DE
BROCHA
GORDA
Miranda
CASTILLA. G.

CAPITULO I.

EL GRANUJA.

De padres desconocidos, educado ó nutrido en su infancia por el capricho y la casualidad, pariente por línea recta de los cuatro elementos y compatricio del Artico y del Antártico, es declarado el Granuja mayor, de edad antes de ver siete veces el sol de enero, y sin otras formalidades que la de soltarle en medio del arroyo la mano impía del bárbaro padrastro que le meció en la cuna.

Aunque la infancia del Granuja no haya sido tan regalada que pueda asustarle la nueva série de trabajos y privaciones á que le condena el destino, ni el escaso discernimiento de sus pocos años le permita conocer cuán horrible es el porvenir que se presenta á sus ojos, llenánsele estos de lágrimas, apenas desaparece el impávido personaje que abandonó su pupilo á la inclemencia de las estaciones y á los rigores del hambre.

Entrañas de tigre habia de tener el criado de servicio que por encargo de sus amos suelta un perro goloso ó enfermo en una alcantarilla, si no volviese la cabeza de vez en cuando para observar la direccion que toma el animalito, una vez solo y abandonado á sí mismo. Si por cariño no, por curiosidad al menos han de preguntarle sus amos lo que hizo el perro cuando se vió separado de las personas con quienes vivia dia-

riamente, y lejos del hogar doméstico que las innaccesibles paredes de la alcantarilla le roban para siempre.

Una persona racional, un niño menor de siete años, acaba de quedar solo en medio de la calle, sin mas alimento que el aire, ni otro abrigo que el cielo, techado universal de los mortales; el animal de su misma especie que sin el menor derecho para semejante crueldad acaba de tomar tan inícua resolucion, ha doblado la esquina de la calle con reposado continente, y liando un cigarro con estúpida indiferencia, da vuelta

á su casa, sin ocuparse mas del pobre niño, á quien acaba de instalar en la carrera del vicio, sin mas eleccion que la de ser criminal ó morirse de hambre. Aun optaria la inocencia por el segundo de esos caminos

estremos, si la víbora que á tan triste estado le redujo, no le hubiese embellecido el primero con sus venenosas palabras. Una de las pocas cosas, tal vez la única, que aprendió el niño en la inmunda choza de sus padres adoptivos, fue huir de la muerte y tener miedo á los difuntos; no le queda otro recurso sino el de buscarse la vida por sí y ante sí, contando siempre con sus propias fuerzas, y viviendo mañana con la esperiencia de hoy, como único manual que le ofrece la sociedad para que aprenda á vejetar en su seno.

Solo el muchacho á quien llamaremos *Patata* (si no se opone el lector á que respetemos su único nombre de pila), solo y aislado en medio de ese mundo, que segun le dijo su mentor, le pertenecia de derecho, si él se lo apropiaba de hecho, y antes de espaciar su vista por tan vasto alojamiento, tiende una mirada sobre sí mismo, y se halla desnudo de medio cuerpo arriba y mal cubiertas sus carnes de la cintura al pie. Encogidas sus moradas espaldas, hasta el punto de unir los hombros con las orejas, vése por encima de estas un monton de pelo rizoso y rubio que enmarañado sobre la frente, descubre apenas dos cejas claras y rubias, bajo las cuales brillan dos ojos pardos y pequeños, á fuerza de cuerpos estraños que el agua no ha inspeccionado aun: su boca grande, como el hambre que ha de apagar, si alguna vez ejerce su importante ministerio, apenas tiene dos dientes que atestiguen la falta de los que abandonaron las encías, á fuerza de porrazos y pedradas: sus brazos herizados, como el pellejo de la gallina, se cruzan sobre el pecho, apoyando sus manos secas y súcias en los descarnados hombros, y los débiles pies de la inocente criatura carecen asimismo de la vida necesaria para sustentar el cuerpo que descansa sobre las tiernas rodillas.

Todo su traje consiste en unos pantalones andrajosos y grandes, que atados á la cintura por una soga de esparto, cubren con sus harapos la honestidad del pobre huérfano, que sin saber qué cosa sea el mundo, se ve obligado á saber vivir en él, sin otros recursos que la poca práctica que adquiriera con la canalla que le meció en la cuna.

Fiel á los preceptos de su tutor, y apenas ve á lo lejos un alguacil que lo acecha para conducirlo á un asilo de mendicidad, enjuga las lágrimas con la mano que súbito refriega en el pantalon, y sacando fuerzas de flaqueza, se da á correr con fabulosa celeridad; ni mas ni menos que si al final de su carrera estuviese el término de sus desgracias, ó cual si no huyera de la única tabla de salvacion que le ofrece la sociedad.

Rendido y con los pies ensangrentados, se para por fin en medio de una plazuela, seguro de haber burlado la persecucion del alguacil, gra-

cias á sus piernas y á la fe con que dobló en su fuga las mas tortuosas callejuelas, y de nuevo se da á pensar en el hambre que cada vez le estrecha con mas fuerza las distancias. Blanco de las pedradas que le lanzan otros muchachos de su edad, compañeros de desgracia mas veteranos, se ve obligado á defenderse con iguales armas, y ese acto de valor le hace merecer la confianza de sus perseguidores.

—Bandera blanca! le grita uno de ellos, tendiéndole generosamente la mano.

—No las tires tan gordas que va de mentirigillas, interrumpe otro granuja, parapetado con unas banastas de fruta.

Y suspendidas las hostilidades, se acercan todos al nuevo cofrade, le miran y le observan, asustados de ver por primera vez á aquel recluta, y á su vez le felicitan unánimemente por su valor personal.

El Granuja que capitanea aquella partida se llama *Pepitaña*, y es un muchacho como de catorce años de edad, alto y delgado como una pajuela; sus ojos son mitad mas pequeños del tamaño que tenian antes de dejarse ribetear de colorado por una optalmia crónica; su frente abultada, su nariz larga y acaballada, su barba puntiaguda y el lábio inferior partido en dos mitades, por una honda y mal curada cicatriz.

La copa de un sombrero, que Dios sabe dónde perdió las alas, cubre su cabeza hasta el cogote, y una cumplida zamarra, con mas calvas que un pájaro en tiempo de muda, le sirve de camisa y hace honores de chaqueta; un pantalon de grana con campanas de cuero negro y unas zapatillas de orillo con punteras de hule, completan el trage de Pepitaña.

Conejo es el ayudante, por decirlo así, de aquella patulea, y lleva tres años de vagar por Madrid, sin haber cumplido nueve de edad. Sus ojos pequeños y azules se han retirado á las sienes por abrir calle á la nariz que desde una frente aplastada y estrecha, baja cargada de carne y remangada por la punta, á terminar sobre unos lábios que á manera de belfos, cubren la barba, y ponen de manifiesto una fila de dientes, interrumpida de trecho en trecho por mas de una mella, cual peine de pasamanero.

Consiste su trage en una gorra de pieles que cubriendo las orejas de Conejo, cae sobre sus hombros en dos mitades, como orejas de perro danés; un fra sin mangas y una chaqueta de bayeta amarilla, defienden su cuerpo de los frios que se ceban en las pantorrillas á causa de no llevarlas dentro de las calcetas y ser demasiado cortos los pantalones de lienzo blanco, que súcios como paño de cocina, y rotos cual bandera en tiempo de guerra, festonean las rodillas del Granuja.

No estan mejor vestidos, ni son menos curiosos los harapos que cu-

PEPITAÑA.

bren las carnes de los demas granujas; pero ninguno va tan fresco como Patata, y esto hace conocer á sus perseguidores que aquel pez no se ha visto en seco nunca y que empieza en aquella hora su noviciado en la casa grande.

Pepitaña no tiene mas cualidades para capitanear la garulla, que la de ser el decano del barrio, á causa de haber sido presos la noche anterior los dos gefes en propiedad, á tiempo de estar robando un queso en los portales de Santa Cruz. Es cobarde, y aunque sabe encubrir esta debilidad á los ojos de sus compañeros, procura atraer á su partido los *pipiolos* con una generosidad muy parecida al miedo.

Patata debe su buen recibimiento entre aquella gente á la fortaleza de espíritu con que sostuvo la pedrea, y el gefe interino de la cuadrilla le regala un gaban sin mangas; que así va bien con los pantalones y el cinturon de granuja, como es verdad que un tiempo fue la obra maestra del maestro sastre Utrilla. Sus lágrimas escitan la compasion de aquellos veteranos, y para iniciarle en los secretos de la vagancia, le ofrecen un convite, que sin papeletas invitatorias, ni pavos trufados, ni mesas á la rusa, piensan celebrar acto contínuo en uno de los infinitos salones que les alquiló al nacer la Madre de los Desamparados. . .

. . . . . .

Sin cuidarse para nada de los cinco granujas, que herizados de frio y con las manos cruzadas sobre el pecho, se dirigen al comedor cruzando calles y atravesando plazuelas, corre tranquilo sus breves horas el dia 2 de diciembre de 184..... El agua que se desprende de las blancas nubes que cubren el horizonte, baja en nevados copos sobre las heladas carnes de nuestros héroes en miniatura, y la errante caravana se detiene por fin ante los escombros de una casa que se derribó dos años há en la calle de Jesus y María, y que no tiene trazas de reedificarse por ahora.

Una montaña de leña, semejante á las antiguas piras de los romanos, se ve en medio de la calle, y haciendo crugir bajo sus tiernas plantas la nieve que cubre el empedrado, arrímanse los muchachos á los nevados maderos, y separando á duras penas un enorme tablon chapeado de hierro, desaparecen uno tras otro con la mayor rapidez, ocultando sus cuerpos entre aquella torre de vigas viejas.

La noche se apresura á desplegar su negro velo sobre aquel cuadro de miseria y de dolor, y aunque la blancura del pavimento, devuelve los rayos de luz al negro horizonte que los absorbe todos, son tan pocos aquellos, que Patata, tendido ya en el suelo para introducir su persona por la misma gatera que sus compañeros, se alza en pie horrorizado de la oscuridad que reina allí dentro. Pero aun no ha podido resolverse á quebrantar de nuevo el helado pavimento de la calle huyendo de sus pa-

drinos, cuando por las rendijas de los maderos se ve salir una claridad misteriosa que ilumina el ánimo del nuevo cofrade, decidiéndole por fin á seguir el ejemplo de sus compañeros.

Estrecho es el local de la asamblea, pero como los cuerpos de los congregados no son nada voluminosos, ni les embaraza el equipaje que llevan consigo, aun pueden revolverse dentro de aquella miserable vivienda, que si está libre de la nieve, no lo está del agua que escurre de arriba abajo, por las mismas claraboyas por donde sale la luz de abajo arriba.

Un fosfóro de trementina arde y está á punto de consumirse entre las uñas de Conejo, cuando este comunica su luz á un puñado de virutas, á cuyo vivificante resplandor toman asiento los granujas.

—Traes *calés*? dice Pepitaña al recien venido.

—No, responde Patata, arrasados en lágrimas los ojos.

—Y tienes mucha *carpanta*? le replica.

—Tampoco; pero no entiendo lo que quieres decir.

—Carpanta, interrumpe Conejo, avispando los ojos, es *gazuza*, *boquis*, entiendes?

—Cada vez menos; y os repito que no tengo ninguna de esas cosas, ni mas ropa que la puesta.

—Pues vaya un amigo que nos hemos echao! dice Pepitaña; si al menos te hubiesen enseñado á hablar los que sin dinero te han dejado solo, del mal el menos; pero por hoy no te apures, que si tienes hambre, á nosotros no nos falta que comer cuando la carpanta nos persigue, como ahora. Oyes tú, *Lebrel*, añadió dirigiéndose al mas zaino de la cuadrilla; que te acompañe el *Pito* y á cenar vamos, y pronto, y vosotros sois los chicos mas listos de Madrid.

Y la única respuesta que dieron los dos granujas, á las órdenes de su gefe, fue salir de allí del mismo modo que habian entrado.

CAPITULO II.

VIDA Y MILAGROS DE PEPITAÑA Y DE CONEJO.

Pepitaña, el ayudante y Patata, quedaron solos entre aquellos maderos, y el humo que luchando con la densidad de la atmósfera esterior, se arremolinaba sobre la hoguera, de donde brotaba en ancha columna, sombreaba las caras de aquellos infelices, y era un compañero tenaz y porfiado que no podian echar de sí por mas que hacian.

El amo de la casa, si tal título podemos dar á Pepitaña, atizaba el fuego con sus incombustibles manos, y dió lugar con su silencio á que Conejo rompiese el de su nuevo compañero con estas palabras:

—Tú que estás hambriento, y no sabes decir que tienes carpanta, debes ser novato en la regimienta!

—Cuando vosotros me recibisteis á pedradas, hacia un momento que me habia echado de su casa el Sr. Juan, que me ha tenido siempre de pequeñito, dijo Patata llorando; y me encargó, añadió del mismo modo, que no volviese á verle hasta que supiese buscarme la vida.

—Idem, per idem, como dicen mis señoritos, me sucedió á mí; replicó Conejo.

—Pues qué, tienes amos? preguntó Patata sorprendido.

—No lo quiera Dios! esclamó Conejo con la risa de idem; y para que

no te apures tontamente, voy á decirte lo que me ha pasado C por B en los dos años y medio que há que corro por Madrid entre poetas y literaratos; gente que me da limosna cuando tiene dinero, y no me pide nada nunca.

—No harás tal, interrumpió el amo de la casa, sin que yo cuente mi historia primero; pero antes de todo quisiera que este sacristan nos dijese algo de la suya.

—La mia, replicó Patata, dándose por aludido en lo de sacristan, es muy corta, y si no empezais á decirme las vuestras, no sabré cómo entretener el hambre, que me aprieta mas de lo regular.

—Pues silencio y sea cómo tú quieras, dijo Pepitaña; mis padres, añadió, vivian en la calle de la Paloma, núm. 9, en un cuarto de patio, y ya tendria yo cinco años cuando nació una hermanita mia, que mi padre queria llevar á la Inclusa, y las vecinas le dijeron que no hiciera tal, que ellas le harian los pañales entre todas y pagarian el bautizo. Hízose así, y á los pocos dias vino una marquesa á ver á mi madre y la dió muchos duros, pidiéndola que cambiase á mi hermana con otra niña recien nacida que ella traia en el coche. Mi madre dijo que no estaba allí su marido, y que no podia decidirse á nada; pero que volviese al dia siguiente ó diese la señas de su casa, y si mi padre no tenia reparo, pondrian á mi hermanita en el torno de la Inclusa, y que en su lugar criarian á la niña de la marquesa. Advirtió la señora que yo estaba escuchando, y poniéndome un duro en la mano me mandó á comprar castañas.

—Un duro para castañas!..... cáspita! esclamó Patata.

—Toma!.... los señores no saben á cómo cuestan esas cosas, interrumpió Conejo; y á veces, añadió, lo dicen así por darse tono; como me sucede á mí con los poetas, que me dan dos reales para un vaso de agua, y gastan ellos trece cuartos en el café y leche con azúcar y cuchara de plata.

—Yo eché á correr, continuó Pepitaña, sin hacer caso de mi madre, que queria comprarme el duro por dos cuartos; y apenas salí á la calle llamé á todos los chicos del barrio, para decirles que ya era rico; á todos les dejé un rato el duro en la mano, y me fuí por la calle de Toledo seguido de un batallon de muchachos. Quise separarme de ellos para ver á solas mi duro, y empezaron á llamarme ladron, diciendo á voces que habia robado un duro; yo cogí una piedra y abrí con ella la cabeza del mas grandullon; pero vino un alguacil y me llevó á la cárcel despues de haberme quitado el dinero. El alcaide abrió el patio y dijo:—Ahí va ese ratero—y yo me puse á llorar en un rincon, hasta que se llegó á mi un hermano de mi padre, el cual trató de consolarme, poniéndome en

mayor aflicion; pues yo sabia que la causa de su prision era la de haber asesinado á mi tia, robando despues unas alhajas en la iglesia de Getafe. Me preguntó al momento por mi padre, y viendo que yo continuaba llorando, me dijo todo conmovido:—Pues qué os han pillado fundiendo?—No señor, le repliqué, mi padre está libre.—Entonces se echó á reir, y me pidió le contase la causa de mi prision y el motivo de mis lágrimas. Yo lo hice como mejor pude, encareciendo la pérdida de mi duro, y él me dió otro mas reluciente y mas bonito que el de la marquesa. Díjele entonces que se quedase con Dios, pues yo me volvia á mi casa, y de nuevo se rió de mí.

—Yo lo creo que se reiria, esclamó Conejo; cómo querias salir de la cárcel si acababas de entrar en ella?

—Dándole al alguacil el duro de mi tio, y pidiendo perdon al muchacho descalabrado.

—Y por qué le habias de dar otro duro al alguacil?

—Toma, porque me habian preso por ladron, y aunque no era verdad, dando yo á la justicia tanto dinero como el que habia robado, estábamos del otro lado.

—Verdad es!... esclamaron á duo los oyentes.

—Pues no hay tal verdad, replicó Pepitaña; y mi tio me dijo que si me veian otro duro en la mano dirian tambien que era robado y no conseguiria nada. Con esto, y no haberme dicho nadie, por qué ni cuándo habia entrado allí, pasaron cuatro dias, hasta que llegó un sábado, y con él los señores de la visita, que condolidos de mis lágrimas me dieron libertad, no sin encargarme que fuese hombre de bien. El portero de golpe me pidió que le convidase, y dirigiéndonos á la posada del verdugo, ellos bebieron unas copas de vino, dándome agua para que no me emborrachase; yo cambié el duro y ellos se quedaron con la vuelta, amenazándome con decir que era hijo de un monedero falso, si daba parte de lo ocurrido. No sabia yo entonces que fuese verdad lo que decian de mi padre, pero tuve miedo á sus uñas y no me atreví á volver á mi casa, á pesar de que mi tio me habia dado un papel para mi padre. Aquella noche la pasé en el cuerpo de guardia del Saladero, y al dia siguiente me encontré con dos muchachos vecinos mios que iban vendiendo arena por las calles, á quienes pregunté por mis padres y me dijeron que desde que habia estado allí dos veces una señora en un coche, se habian mudado sin que nadie supiese su paradero. Les conté mi historia en breves palabras, y aunque se asustaron de oirme decir que habia estado preso, me admitieron en su compañía para vender arena, y todos los dias íbamos á S. Isidro del Campo á llenar las espuertas, durmiendo yo en su casa y dando á su familia todo lo que ganábamos.

—Y por qué no duermes con ellos esta noche, preguntó Patata?

—Por la misma razon que no duermo allí hace un año, replicó el arenero; y déjame acabar mi historia que ya falta poco, y no te ha de quedar nada por saber. Estábamos un dia cavando en la montaña para sacar arena, y cuando yo salia de una cueva que habíamos abierto nosotros mismos, con mi esportilla repleta, oigo un ruido muy grande, y caigo al suelo con mas de cien espuertas de arena encima de mí. Empiezo á forcejar para sacudir aquella carga, y cuanto mas me movia mas me escocian los ojos, y no parecia si no que me arrancaban las uñas con unas tenazas; seguí arrastrándome sin embargo, y poco á poco logré sacar la cabeza toda ensangrentada, y mas tarde el cuerpo bien arañado y molido. Largo rato permanecí en el suelo sin saber lo que por mí pasaba; y abriendo los ojos con mucho dolor, me puse en pié y dí voces llamando á mis infelices compañeros. (Y aquí se arrasaron en lágrimas los ojos del Granuja.) Nadie me respondia, y parecióme por fin oir un quejido muy débil, luego otro mas fuerte, y la montaña volvió á callar de nuevo. Entonces comprendí la horrible desgracia de mis amigos, y buscando la entrada de la cueva para volar en su socorro, empecé á separar con

ahinco los trozos de tierra que se habian desmoronado de la montaña, y cuando ya se me iban arrancando las uñas y chorreaba mucha sangre por mis manos, oigo ruido dos varas mas allá de donde yo cavaba, y temiendo un nuevo hundimiento, me dí á correr hácia la ermita del San-

to. El santero estaba á la puerta de su casa y yo no pude hacer otra cosa que señalarle el lugar donde quedaban mis amigos, cayendo despues en el suelo rendido de sed y de cansancio..... Cuando volví en mí (añadió despues de una breve pausa) estaba todo entrapajado en una cama de la sala de S. Vicente, en el Hospital general. Cinco dias habian pasado desde el hundimiento de la montaña, y el practicante me dijo, que á mis compañeros los habian sacado ahogados, y tendidos en una escalera los pusieron al dia siguiente á la puerta de la cárcel, por si alguno los reconocia. Su padre los vió y por miedo á la justicia, no se atrevió á decir que eran hijos suyos, ni aun á llorar delante de la gente.

Desde que salí del hospital no ofrece interés mi vida, y unas veces bajando talegos de ropa al rio y otras voceando en los puestos de las verduleras, paso los dias alegremente sin dejar de asustarme siempre que encuentro en la calle algun arenero.

—Pues en ese caso soy yo mas decente que tú, esclamó Conejo; y ahora vereis qué corta y que buena es la vida que yo he pasado desde que me llevó mi abuela á la Inclusa.

—Y tú te acuerdas de cuando tu abuela?.... preguntó Patata.

—Como que tenia seis años, mira tú si me acordaré!

—Pues á esa edad ya podias tirar de una carreta! añadió el mayor de los granujas.

—No importa; callad por un momento, vereis lo que me sucedió.

Y ya fruncia Conejo las narices para empezar su historia cuando se oyó ruido en la calle, y fiel nuestro ayudante á las funciones de su destino, sacó la cabeza de entre los maderos, y no sin arañarse al retirarla, se cuadró en tono de burla delante de Pepitaña, y con la mayor gravedad le dijo:

—Ya vienen los rancheros, mi general, y los acompaña una cantinera á lo que parece.

Conejo habia acertado en lo primero; Lebrel y el Pito, cubiertos de nieve y dando diente con diente, llegaron á la presencia de sus compañeros.

Un muchacho como de doce años de edad, súcio de cara y criollo de manos, venia en compañía de aquellos, y era el mismo á quien Conejo habia tomado por muger, merced á un pañuelo colorado que cubria su cabeza, y á un cumplido delantal que le colgaba desde el cuello á los pies.

—Este zángano ha creido que eras muger, fue el saludo de Pepitaña al recien venido.

—Pues es nada menos que el célebre Corchuelo de las Vistillas, esclamó Lebrel con voz respetuosa; antiguo camarada mio, añadió con aire

de importancia, que se metió á freir buñuelos en casa del Romo, y á quien hemos conquistado ahora mismo para que deje el humo de las calderas.

—Y en prueba de que no soy manco, y por si son los últimos que engullo, dijo Corchuelo, aquí está esta friolera, libre de polvo y nieve.

Y alzándose el delantal desató un mimbre que llevaba á la cintura, en el cual traia ensartados como hasta dos docenas de buñuelos y media de cohombros.

A tan alhagüeña perspectiva, se puso en pié el gefe de los granujas, y tendiendo la mano al recien venido, le presentó á la asamblea como uno de los muchachos mas listos de Madrid.

Patata estaba asustado de cuanto allí pasaba, y con el hambre en el estómago y el olor de los buñuelos en la boca, se atrevió á pedir uno de los largos, por ser á juicio suyo los mas sólidos, ya que no los mas sabrosos. Pepitaña le dijo que tuviese paciencia, que allí todo se repartia por igual, y que tanto derecho tenia él á la cena de aquella noche, como sus compañeros á la que él procurase otro dia. Y dirigiéndose á los rancheros les dijo:

—Pues qué, la pesca de esta noche está reducida á los buñuelos de este camarada?

Lebrel se sonrió con cierto aire de triunfo, y haciendo seña al Pito, metieron ambos la mano en sus cumplidas faltriqueras, y sacando de entre sus andrajos cinco patatas, dos libretas y varios puñados de castañas, lo pusieron todo en manos de su gefe. Conejo enterró las primeras que él llamó pichones de huerta, entre el rescoldo de la hoguera, y Lebrel sin dejar de reir, se dirigió á su gefe con estas palabras:

—Qué tal hemos cumplido la comision?

—Perfectamente, respondió aquel; y ya os podeis sentar, que mientras cenamos continuará este mozo su comenzada historia.

Conejo se dió por aludido y aun por sentenciado á no cenar, con estas palabras, y sin detenerse un punto replicó:

—Yo pensaba dejarlo para despues de cenar; pero si tú te empeñas, colorin, colorao, mi cuento se acabao.

—Mas vale así, dijo Lebrel; y poneos en pié todos que aun no habeis visto lo mejor del botin.

Y diciendo y haciendo se desabrochó la levita que cubria sus carnes, sin ocultar sus pingos y ayudado de su compañero, presentó á los ojos de sus amigos un plato pintado de azul y henchido de chuletas y longaniza.

Instantáneo y unánime fue el movimiento de los granujas, sacando todos á la vez la lengua, lamiéndose los lábios y abriendo unos ojos grandes como el plato que tan inesperadamente se alojaba allí.

LA CENA DE LOS GRANUJAS.

—Lástima que nos falte *peñascaró*, dijo Pepitaña.

—Yo no hago nunca las cosas á medias, replicó el recien venido; y el agua tras de las pastas no hace buen cuerpo á nadie.

Y echando mano á una botella que traia oculta entre el mandil y el pecho, añadió:

—Aquí teneis la legítima, legitimísima *leche de viejas*, de la fábrica de San Cayetano, y donde yo esté no se diga que falta nada.

Sentáronse en buena paz y en derredor del fuego los desabrigados granujas, y despues de haber devorado la cena, casi antes de haberse repartido escrupulosa y democráticamente, se sorteó con toda legalidad el derecho de lamer el plato, adjudicándoselo en buena ley al intrépido y nunca bien ponderado Conejo, que tuvo la dicha ó el instinto de sacar la mas larga, cuando á su vez tiró de unas pajas que el gefe empuñaba en la mano derecha.

Si el lector ha conocido ya la procedencia de aquellas chuletas, escusamos decirle que el recipiente en que venian conservaba incrustadas en el fondo tantas sustancias diferentes, cuantos restos de tortilla, pellejos de pimientos, grasa de chorizo, con raspas de sardinas, habia respetado el estropajo, desde que á plato de bodegon le destinára la fábrica de Talavera. Limpio y bruñido, cual no lo estuvo en manos del alfarero, pasó á poder de Pepitaña; y en él, á partes iguales, bebió aquella prole el licor de la botella, cuyo original, con racion doble, se reservó el repartidor.

Conejo, *motu propio*, se confesó deudor de una historia; y siendo la suya la ofrecida, y no oponiéndose nadie á que usase en aquel momento de la palabra, se espresó en los términos siguientes:

—Mi madre no tenia marido, y mi abuela era, ó es, que aun vive la muy bruja, era la vieja mas endiablada y mas gruñona que he visto en los dias de mi vida. Me tiene dados mas pellizcos y mas retortijones que pelos tengo en mi cabeza; mi hermana solia sacar la cara por mí, y eso me valia mucho, porque ella mandaba en casa y mi abuela la queria mucho: ya se vé, como que algunos señores la daban pesetas; y no creais, que una vez la dieron dos duros! Pero todo lo hacian por mi hermana, eso sí, porque es mas bonita!..... Cuando yo la acompañaba á casa de alguna amiga suya, me daba dos reales porque la esperase en el portal, y como yo iba detrás de ella por la calle, oia que todos los señores la llamaban hermosa y querian acompañarla. Mi madre y mi hermana, no creais, son muy lechuginas!.. solo de noche se visten de trapillo.

—Si querrás tú que te llamemos Usia! dijo Pepitaña.

—Yo no quiero nada; pero mi madre es viuda de un capitan, y á mi casa van muchas generalas.

—Si este lechuguino estiráo, mete la mano en el guisáo, es hijo de un marqués, esclamó irónicamente el Pito.

—No soy hijo de marqueses, pero no duermo en los cuarteles con los soldados.

—Tú no, porque eres paje..... y esperas á tu hermana en las esquinas.

—Vaya, señores, no se pierdan Vds., y llévese el tabernero lo que se habian de comer los alguaciles, esclamó Corchuelo, acostumbrado á ser juez de paz con los parroquianos de la buñolería.

—Siga Usía su historia, señor Conejo, interrumpió Lebrel; que segun calla y escucha el ciudadano Patata, parece que le vá interesando tú hermanita.

Y si no era cierto lo del interés, éralo mucho lo del silencio, porque el recluta lanzado por primera vez entre aquella patulea, era un miembro estraño que solo podia sacar su escote en cuestiones prácticas de estómago.

—A mí, dijo Conejo, anudando su interrumpida narracion; me hacian acostar al anocher, como á las gallinas; y porque un dia me desperté y pedí á mi madre un ochavo, de muchos que entre cuartos y reales de plata estaba contando sobre mi cama.....

—Echa cama..... interrumpió el Pito; y dormirias sobre algun pedazo de estera.

—Si tienes ganas de armarla, dílo de una vez, replicó el hijo de la viuda, bastante incomodado; como tú no has visto mas camas que las tarimas de los cuarteles!.....

—Tengo duras las tragaderas, y no me cuelan tan gordas, eh?

—Pues trata de callar, y no me vuelvas á cortar el discurso: Yo me acostaba y.....

—Ya estabas acostado y despierto.... sigue, interrumpió Lebrel.

—Verdad es; mi madre, que venia vestida de negro, me sacudió de lo lindo; pero mi abuela fue la peor, y siempre estaba metiendo zizaña. Un dia que el chico del zapatero me dijo:—Rabia, rabia, que tu madre es una lechuga—pregunté yo á mi hermana qué queria decir aquello, y la pícara de la vieja estuvo refunfuñando, hasta que una noche, las ocho serian poco mas ó menos, me cojió de la mano y á tirones me hizo bajar la escalera. Vivíamos en la calle del Escorial, núm. 7, piso principal, bajando del cielo, que hasta por decir boardilla, me pegó un dia mi hermana, y atravesando calles y mas calles, dimos por fin en una no muy ancha que yo no habia visto jamás. Detuvímonos ante una casa con un torno, única cosa de que yo me acuerdo, y única puerta que para mí se abrió en aquel palacio, y tirando mi abuela de una campana, díjo-

me que entrase á ver las monjas, que me darian bizchozos. Yo no esperaba nada bueno de aquella vieja, y quise huir de su lado; pero tenia dos manos como dos garfios, y á pesar de mi pataleo y de una coz que la tiré en la jeta, me plantificó en aquella caja y no la volví á ver mas. Movieron un poco el torno, y oyendo yo que decian:—Cuánto pesa este niño! esclamé: No soy niño, que soy grande. Tuviéronme á oscuras mucho tiempo, entre la pared y el torno, y allí estaba yo con las rodillas sobre el pecho, como esos Pollos de las pastelerías, hasta que volvió á moverse el *Tio-vivo*, y me encontré con una salita y cuatro monjas, que al verme estirar las piernas y quedarme sentado en el torno dieron dos pasos atrás. Una de ellas, pequeñuela y alegre como unas pascuas, fue la primera que se acercó á consolarme, pues á todo eso lloraba yo como un desesperado, y bajándome de aquella noria, me condujo á una sala con mas de cien cunas y mas de cien niños de teta. Púsose á escribir en un libro despues de haberme preguntado mi nombre, y otras muchas cosas que yo no sabia, y despues de consultar con las compañeras si habia yo de mamar ó no, se decidieron á soplarme en una cuna, con medio panecillo y un pedazo de queso. En suma, amigos mios, aquella calle estrecha era la del Meson de Paredes; la casa del torno era nada menos que la Inclusa, y mis compañeros de cuarto eran unos chiquillos de teta llorones.

—Mira, chico, eso del torno, á tu tia, esclamó Corchuelo.

—Qué, no lo crees?

—Ni yo tampoco, interrumpió el Pito; miá tú lo que es una aprension!

—Pues no teneis mas que ir á la Inclusa, y preguntar si hace tres años y medio, poco mas ó menos, fue allí un chico de seis años largos, llamado Pelegrin, nieto de una bruja, que asímismo lo hice yo poner en el libro, y os convencereis de la verdad. Ademas, pá que veais que no os engaño, la beata que me cogió era pequeñita, y me parece que la estoy viendo ahora, con sus dos ojillos azules, sus tocas blancas como unas cometas, y sus carrillos colorados como dos tomates. Las otras eran altas y secas, y la una parecia un escuerzo como mi abuela; y por mas señas que me tuvieron allí muchos dias y jugaba yo con las muchachas que habia arriba, haciendo cucuruchos de paja; y estaba yo tan contento porque me llamaban incluserito. Pero un dia me dijo una muchacha, no creais que ya tendria 15 años, que si ella pudiera, se escaparia, porque los inclu-seros no tienen padres, y eso era una cosa muy mala, y desde entonces me daba soberbia que me llamasen incluserito. Hasta que una vez estaba en la portería principal, con la beata que se parecia á mi abuela, y llamándola vieja, eché á correr calle arriba, parándome en la Puerta del Sol; y allí resolví no ir á mi casa hasta que fuese grande y pudiese meter

á mi abuela en otro torno mayor, que ya los habia visto yo en las tahonas. Pedí limosna á varios señores, y unos me dieron un bufido y otros nada, hasta que se acercó á mí un caballero muy lechuguino, y me dijo

que me daba dos reales si me atrevia á subir á una casa de la calle del Cármen y pedir limosna en el cuarto principal; yo lo hice así y salió una señorita muy hermosa, que me dió una peseta y un papel para el caballero. Ella me encargó que fuese por allí, que me darian la comida que sobrase, y él, que ahora se llama D. Ricardo.....

—Pues cómo se llamaba entonces? replicó Pepitaña.

—Se llamaria lo mismo, pero yo no lo sabia; él me dió los dos reales y me encargó que fuese por las mañanas á su casa y le limpiaria las botas; y yo le dije que no sabia limpiar, y él me dijo que no importaba, y vivia en la calle de la Cruz, núm. 13, cuarto principal. Iba yo á su casa y á la de la señora y así pasé muchos dias durmiendo de noche entre los

cajones de la Plazuela del Cármen; y pidiendo limosna en los cafés, me cojió un dia el mozo del café de Sólito, y me pegó una puntera; pero muchos señoritos que habia allí me defendieron, y preguntándome qué queria ser, les dije que fosforero; y entre todos me compraron un cajon, y cátate á Periquito hecho fraile. Todas las noches estaba yo en la Puerta del Sol, con mi vela de sebo y mi máquina, sin faltar nunca á dar una vuelta por el café, donde los señoritos me preguntaban cuánto habia vendido, y se reian de que yo pagase dos cuartos diarios á un bollero de la calle de Carretas porque me dejase dormir en su casa. Tres meses pasé con aquel oficio, y como yo sabia leer un poco, me mandaron que fuese por las mañanas á la escuela, donde aprendí á escribir y cuentas. Seguí vendiendo fósforos y libritos un año, hasta que retirándome una noche á casa del bollero, que vivia en la Plazuela de Jesus, me cogieron unos tunos en la calle de S. Agustin, me hartaron de golpes, me robaron toda mi hacienda, y recogido por un sereno, dí con mis huesos en el hospital, donde estuve ocho dias y salí muerto de hambre y en cueros. Mis padrinos no quisieron creer que me habian robado, y á fuerza de ruegos, y despues de mil lances, que no cuento porque tengo sueño, con la levita vieja del uno, los pantalones del otro, y en suma, hecho un señor, con guantes y hasta trabillas, me dí á pasear por las calles de Madrid. He sido aprendiz de carpintero seis meses, criado de un mozo de mulas cuatro, ayudante de repostería tres horas; y hoy vivo como sabeis todos, con el auxilio de mis poetas, y mi estraordinario talento para no pedirles limosna, cuando fuman de papel ó beben agua sin azucarillos. A fuerza de mojicones me han enseñado á ser fisonomista, que dicen ellos, y soy reconocido por el gatera mas listo de Madrid.

—Si serás, sí; pero con toda esa listura no eres capaz de apandar sin un *mais* una cena tan de rechupete como la que nosotros hemos traido esta noche, replicó el Pito, antagonista implacable de Conejo.

—Todos sois valientes, dijo Pepitaña; y acuérdate de aquella gran comida que nos dió Conejillo en casa del tio Junípero.

—Como que tenia cuatro pesetas en el bolsillo, vaya una gracia! cuando hay barro á mano, cualquiera se da tono.

—Veamos cómo se la han buscado estos lagartos, interrumpió el gefe de la cuadrilla, y á dormir corriendo, que si nos oye hablar el sereno amanecemos todos en S. Bernardino.

—No, si no fue mas, si no que como este *pérdis*, dijo el Pito aludiendo á Lebrel, tiene tan escamados á los tahoneros del barrio, nos hemos ingeniado hoy con una muger que vende pan en un portal de la calle del Burro. Yo queria atar una pata de la mesa, mientras este se acer-

caba á tantear unas libretas, y tirar luego de la cuerda para entrar á la *rebatiña*; pero éramos pocos y fue preciso disponerlo de otro modo. La panadera estaba soplándose las uñas en un rincon del portal, con una cazuela de lumbre encima, y mientras yo me acerqué con una teja en la mano, pidiéndola una ascuita para el tabernero de enfrente, Lebrel se abalanzó á una libreta, y echó á correr calle arriba. Yo no me dí por entendido, y ella salió gritando—á ese pícaro ladron;—á cuyo tiempo cogí yo otra libreta y desaparecí calle abajo. El punto de reunion era la cruz de Puerta Cerrada, y casi al mismo tiempo nos encontramos allí mi camarada y yo; él con unas patatas que se habia encontrado en el seron de un gallego que las traia desde la Plazuela de la Cebada, y yo con las castañas que habeis visto, cogidas á la carrera en dos puestos de la Concepcion Gerónima. Yo habia tenido tal habilidad para esconder la hogaza, que Lebrel con toda su ciencia me regañó, creyendo que no habia podido hacer mi acopio.

—Y cómo os compusisteis para pescar el plato? interrumpió Pepitaña, que consideraba aquel prisionero como el mas notable de los fastos granujiles.

—Eso fue obra de este cura, replicó el Pito, llevando al pecho su mano derecha; y aunque os volvais micos no adivinais cómo se hizo.

—Toma! pedirias tú una sardina, y mientras quitabas la gasa que cubre la mesa, escaparia Lebrel con el plato, dijo Conejo.

—Eso es..... replicó el Pito; y á estas horas estaria yo *bajo el Angel* para que tu cenases chuletas!

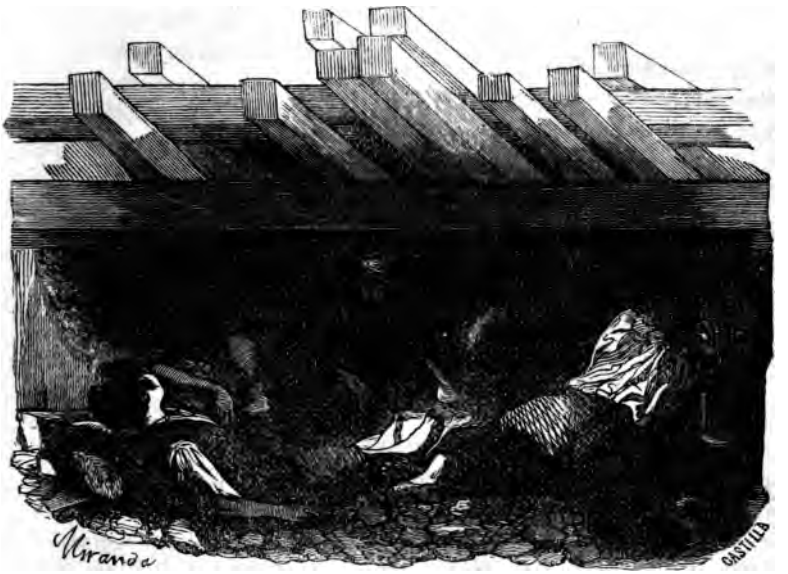
—No tal, porque echando la gasa á la cabeza de la hostalera, podias echar á correr tambien tú.

—Pues señor, todo eso no vale nada, y sois unos pipiolos que no servís para el caso. Vosotros sabeis que la taberna del *Pequeño* hace esquina y tiene una sala con reja á la calle? pues bien; estaba sola la señoa Juliana en el mostrador, y Lebrel pegado á la pared, se acercó al quicio de la puerta, junto á la mesa de los fiambres, y apenas tiré yo una piedra por la ventana y rompí la pecera que tienen encima de la mesa, sacó la cabeza, vió que la tabernera se habia ido á la sala asustada con aquel estrépito.....

—Y con una mano encima y otra debajo, interrumpió Lebrel, me apliqué el plato de las chuletas debajo del sobaco, y piés pá qué os quiero; este gatera me salió al encuentro en la calle de los Estudios, me escondió el pez en las espaldas, y cuando pensábamos dar un asalto á la buñolería del Romo, nos encontramos este mozo que hizo la hombrada de venirse con nosotros.

Patata, criado con miseria, pero sin criminalidad, se aflijia al consi-

derar la suerte que le esperaba, comprometido de allí en adelante á seguir las huellas de sus compañeros, si no por gratitud, por necesidad al menos.



Conejo habia escitado desde luego sus simpatías, y al lado de aquella alegre criatura, cerró sus ojos al sueño, cuando ya dormian profundamente los desalmados granujas.

CAPITULO III.

EL ALMA DESTERRADA.

Triste situacion la de la hermosa Judit cuando los ancianos de Bethulia dudaban de sus promesas! Pobre Colon, tachado de loco por los cortesanos de Isabel la Católica! Qué hubiera sido de esas dos almas privilegiadas, si por circunstancias imprevistas hubiesen naufragado en sus colosales empresas? Tendrian razon los israelitas para dudar del Divino auxilio, porque Holofernes hubiese sorprendido á la viuda de Manases con el alfange en la mano, ó seria menos cierta la existencia de un nuevo mundo si Cristóbal Colon hubiera perdido el rumbo de su navegacion, ó hubiese espirado el término que le señalaron sus miserables compañeros, antes de descubrir tierra? No, y mil veces no, lectores incrédulos; y esas almas grandes, desterradas por la Providencia á esta tierra de espíritus pequeños, comen casi siempre el pan de la emigracion entre el desprecio y el sarcasmo del vulgo, que unas veces por envidia, y otras por ignorancia, jamás comprende las altas capacidades de los espíritus fuertes.

Heróe le apellidaran si venciera;
Y vencido, traidor le apellidaran.

Las luces fosfóricas de los cementerios, la electricidad de los animales y el magnetismo de las piedras, todo era reputado por milagro en los siglos anteriores; todo era incomprensible antes que la física hiciese el verdadero milagro de aclararlo todo. Tal vez vosotras, almas nerviosas del siglo XIX, que habitais esta tierra mezquina y desnervada, estais por comprender aun, y vuestros milagros son margaritas perdidas entre

esa gente robusta y colorada que no quiere sentir por no estar pálida, ni pierde el color por no parecer sensible.

Aun no ha cumplido 28 abriles la duquesa de Aguazul, y ya tiene cuentas pendientes con el tribunal de la opinion pública; eternízase su nombre entre el humo de los cigarros y los vapores del ron; su historia está á la órden del dia en los círculos aristócraticos de la corte y la sociedad *amarga*, como ella dice, su inofensiva existencia.

Oid á la duquesa quejarse del mundo, que *no la comprende*, y vereis una flor delicada que brota por equivocacion en un campo silvestre y abre los tiernos pétalos de su purísimo cáliz, en una atmósfera corrompida y hedionda; prestad atencion á lo que de ella dice la sociedad, y es una planta venenosa que corrompe con su fétido hedor el purísimo vergel donde abrió maligna su seductora corola.

O la duquesa no comprende el mundo, ó el mundo no comprende á la duquesa..... Nosotros la comprendemos y callamos. Si el lector hace esto último, y se halla con fuerzas suficientes para acompañarnos, gustosos le guiaremos á la aristocrática mansion de esa *alma desterrada*.

Elisa Manriquez y Carvajal, que así se llama la duquesa de Aguazul, ocupa uno de los mejores palacios de Madrid, situado en un estremo de la poblacion: cien pasos á la izquierda el Portillo del Conde-Duque; cien pasos á la derecha la Plazuela de Santo Domingo.

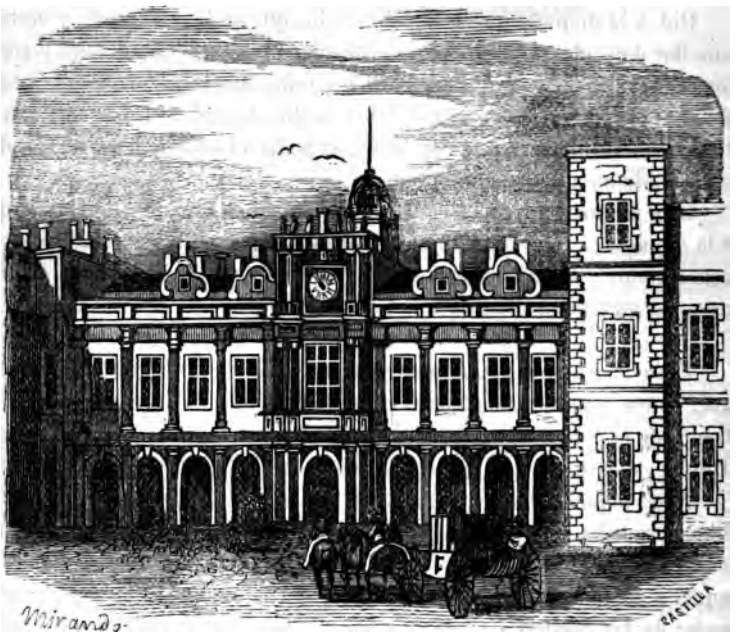
Nada notable ofrece el edificio en su parte esterior, y á pesar de la librea amarilla con que han querido rejuvenecer la fachada principal, aun se conoce la mano del célebre Herrera en el elegante esqueleto de aquel antiguo alcázar. La piedra sillería no deja de enseñar sus canas á pesar de las infinitas pinturas con que intentaron teñírselas los diversos amos que tuvo desde que por muerte del último conde de Canillejas, pasó á la casa de Aguazul.

Dos años hace que los emigrados de la zona tórrida, revolotean en vano alrededor de aquellos muros, buscando el techo hospitalario que de tiempo inmemorial les ofreciera el palacio de Aguazul. Los cañones de las estufas, agarrados á las paredes como las ramas de la hiedra á la corpulenta encina, destruyeron á su vez los nidos del pájaro inocente que se ve obligado á comer el amargo trigo de la emigracion todos los veranos. La cándida paloma que escapada de la torre donde la perseguia el hambre del sacristan, solia retirarse á las cornisas de aquella casa, no es mas afortunada que la golondrina, y aun no ha podido acostumbrarse á descansar sobre la cubierta de los miradores, que pro-

curando comodidades interiores, son el verdadero anacronismo de la fachada esterior.

Pero la hospitalidad que huyó de aquellos muros no se ha refugiado por cierto al interior del palacio. Diez años de buenos servicios contaba el criado mas moderno del duque y ahora no lleva dos el mas antiguo de la duquesa.

En el primer viaje que hizo Elisa á París á los ocho dias de haberse



enlazado con el duque de Aguazul, fletó dos diligencias por su cuenta y volvió á Madrid con 24 franceses.

El portero de la casa tenia la doble desgracia de no haber nacido en Francia y ser hijo de Asturias; sus padres fueron tan torpes, que en vez de llamarle Julio ó Federico, le pusieron por nombre Domingo; y como su abuelo paterno era Barroso de apellido, el pobre asturiano se llamaba Domingo Barroso y la duquesa no podia sufrir semejante clasicismo. Pero la plaza de este infeliz no fue solicitada ni aun admitida por ninguno de aquellos señores, y he ahí la razon de que nuestro portero sea el único criado de escalera abajo que oyó los suspiros de la suegra de Elisa cuando supo la malhadada eleccion del duque su hijo, y que la sigue

consolando en su desgracia, cuando sin comprometer su destino puede acercarse á saludarla.

Don Braulio Plegarias, mayordomo antiguo de la casa, tuvo la suerte, gracias á su peluca, y á otras gracias por el estilo, de no ser exonerado cuando fondeó en aquella casa la flota traspirenáica. Elisa le ha elegido por su bufon y él pasa sus dias llorando como una Magdalena, cuando redime con pesos duros las culpas del alma desterrada.

Nosotros no sabemos cuál seria la situacion de D. Braulio en el momento que llegamos al palacio de Aguazul; pero presumimos con razon que no tendria nada de placentera.

Los círculos aristocráticos han pasado toda una semana esperando con impaciencia el primer dia de la venidera. Los bailes de la duquesa de Aguazul se anuncian con quince dias de anticipacion, y dejan por mas de un mes una dulce memoria en el ánimo de los convidados.

El último sarao es el mejor de todos y siempre procura Elisa refinar mas y mas el lujo interior de su palacio, introduciendo cada vez nuevas reformas en el adorno de los salones, en el servicio de los convidados y en la manera de recibirlos sobre todo. La duquesa cifra toda su honra en oir decir á los periódicos que *hace los honores* (1) de su casa como ninguna.

A las nueve de la noche del dia á que nos referimos, un piquete de caballería tomaba las avenidas del citado palacio para velar sobre la mejor colocacion de los carruajes. Igual fuerza de infantería tenia su cuerpo de guardia en el gótico torreon de lienzo y pino, que el nuevo sistema de porterias ha introducido para adorno de los portales, anacronismo de las escaleras y vivienda de los cancerberos.

Con las orejas aguzadas y los ojos erguidos, está el tambor de la compañía á la esquina de la casa, pronto á batir marcha real en el momento que algun palafrenero anuncie la llegada de S. M. la reina, honra que se cita en el programa del baile.

Las diez no son aun cuando empiezan á desembocar en la Plazuela de Santo Domingo, multitud de coches que se dirigen al templo del lujo y de las gracias, por las calles de Leganitos, Ancha de San Bernardo y de María Cristina ó de la Inquisicion.

A pesar del buen tono de Elisa y de las prendas aristocráticas que son de suponer en sus convidados, muchos de estos irian á pié,

(1) *Hacer ilusion*, *hacer honores* y otras varias cosas que *hace* el idioma moderno, son oficios que no pagan contribucion por el nuevo *sistema tributario*.—Aviso á quien corresponda.

si no hubiese carruajes de alquiler y la noche no fuera lluviosa y fria. Por esta razon se ven entre los coches de la primera grandeza, y las carretelas del *tres por ciento*, carretelas de tres mulas, y tal cual tartana de los ordinarios de Móstoles y Navalcarnero, que se dedican cuando pueden á esa lucrativa especulacion.

De noche todos los gatos son pardos, y en el salon del baile no se sabe si los encajes de la señorita B..... se defendieron del agua, bajo el toldo de una tartana, ó si el caballero Z... se puso los guantes blancos en la escalera por no teñírselos de negro con los almohadones del *simon*.

Pero si las calles de Madrid estan á oscuras á las diez de la noche en dias de lluvia, en los alrededores del palacio se ha improvisado un dia artificial á fuerza de hachas y faroles.

Los coches de lujo pueden abordar sus pasajeros al dintel del portal; las tartanas están condenadas á desembarcar su gente en el puerto mas inmediato á la casa, pero donde no alcance el resplandor de la farola. La soga se quiebra siempre por la parte mas delgada, y el que no tiene otros zapatos de charol que los puestos, se ve obligado á pisar mas de un charco por no sufrir mas de un silbido al bajar de la tartana.

La multitud que se agolpa en derredor de la casa, á despecho de los centinelas, se compone de curiosos, propiamente tales, de sastres pobres, que van á ver los figurines en las personas de los convidados, y de demócratas puros, que como si al acercarse allí esperasen ver otra cosa de lo que han visto, salen diciendo que los magnates insultan la miseria pública. Estos á su vez dicen que la miseria les persigue hasta en sus mismas diversiones. Todos tienen razon.

Allí, donde alcanza el vivo resplandor de la columna de fuego que vomita la puerta principal del palacio, no marca el termómetro 10 bajo cero, como en el resto de la calle; pero hace bastante frio para conocer que es una de las noches mas frias del crudo invierno de 184..... aquella en que Elisa Manriquez y Carvajal daba el tercer baile de la temporada.

La atmósfera que se respira de puertas adentro es el estremo contrario de aquella, y el umbral de la puerta es la línea que separa los círculos polares de los trópicos.

Del árido diciembre, al florido mayo; del crudo invierno á la apacible primavera, no hay tránsito alguno, ni mas distancia que la de un instante á otro.

Las hermosas que cargadas de pieles, y herméticamente cerradas en sus berlinas, han atravesado las calles de Madrid, dirigiéndose al palacio de Aguazul, cruzan ahora ligeras y esbeltas una frondosa calle de naran-

jos improvisada en el portal, y angustiadas de calor sueltan sus abrigos en manos de sus lacayos apenas hunden su breve pie en la mullida alfombra de la escalera.

Las coronas de rosas que adornan sus frentes, roban el grato aroma de los jardines á las diversas plantas, que en elegantes vasos ostentan de todos lados multitud de flores.

Los lacayos de la duquesa vestidos de gran librea azul con calzon amarillo y peluca á la *renaissance*, estan implantados de trecho en trecho con hachas de cera en la mano.

La primera novedad que se advierte en este último baile es un juego de aguas que Elisa ha tenido el capricho de improvisar en la Galería de Cristales que conduce á la antesala; cuidando mucho de que sus amigas bautizasen esta invencion con el título de *le petit Versailles*.

Todos cuantos lo ven, menos D. Braulio, que lo vió hacer y lo ha pagado, admiran el talento de la duquesa, confirmándola el título de dama del buen tono y del gran mundo.

La duquesa de Aguazul recibe con particular agrado á cuantas personas asisten á su casa, y no tiene rival en el desempeño de tan difícil ceremonia; pero necesita una persona que la ayude á cumplir con los deberes de la etiqueta en estos dias de gran entrada. Nadie mejor que el duque, su esposo, pudiera hacer los bonores de su misma casa, si ese alarde de autoridad matrimonial no estuviese severamente prohibido en la cartilla del buen tono. ¿Qué dirian las gentes si el duque tuviera la debilidad de presentarse en su casa como amo de ella? Los nervios de Elisa no serian insensibles á semejante vulgaridad, y siendo ella la reina de la hermosura y del buen tono no la han de faltar cien *caballeros sirvientes*, que eviten al duque el ridículo de la sociedad.

Ricardo Goslings and Sharpe, conocido de la aristocracia madrileña dos horas antes de dar el brazo á la duquesa, condecorado desde esa fecha con las cruces de Cárlos III é Isabel la Católica, y próximo á titularse baron de uno de los estados de la casa de Aguazul, hace dos meses que es el caballero obligado de Elisa, y aunque las amigas de esta auguran ya el término de su privanza, no deja hoy de escitar la envidia de otros caballeros que aun no tienen cruces que lucir, ni estados que disfrutar.

Elisa ha pasado la tarde de este dia en inspeccionar por sí misma los adornos de los salones, las piezas del *bufet*, y principalmente la sala régia que tanto agradó á S. M. en el baile anterior.

Segura de su triunfo y satisfecha de su obra, se ha retirado á su tocador para entregar su cabeza al brazo secular del peluquero y su cuerpo en manos de cuatro doncellas, dignas por su hermosura de brillar en la

corte de una sultana. Nosotros no osamos traspasar el sagrado de ese recinto, porque el mismo duque de Aguazul que creia tener derecho á entrar y salir á todas horas en las habitaciones de la duquesa, se ha convencido, pena de divorcio, de que no tiene facultad para semejantes libertades.

Esperemos que Elisa abandone el taller de las gracias, para gozar las delicias de su obra, regalándose con las lisonjas de sus amigos, y veamos lo que pasa en la antecamára del duque momentos antes de empezar el baile.

CAPITULO IV.

LA DUQUESA DE AGUAZUL.

Don Braulio Plegarias, mayordomo antiguo de la casa de Aguazul, segun dijimos en el capítulo anterior, tuvo la suerte de venir al mundo cuando no se sabia lo que era *sistema tributario,* ni se conocia mas apremio que el idem sin *a* de la loteria; y mamó una leche tan dulce, que es el hombre mas amable y bienaventurado de cuantos habitan esta tierra de almas desterradas y genios desconocidos.

Su carácter franco, su genio apacible, su esperiencia de sesenta años y una figura jovial y simpática, le hacen merecer el aprecio de cuantos le tratan; y si no es numeroso el círculo de sus amigos, lo es mucho el de sus conocidos. Estos y aquellos, que gracias á la influencia del mayordomo en la casa de su señor, han logrado visitar mas de una vez todas las dependencias del palacio, inclusas las alcobas de los duques, han sido hoy los primeros en admirar los preparativos del baile, y no serán los últimos en juzgar de la habilidad del repostero.

Los criados de escalera abajo, especialmente Domingo el portero, se han valido hoy de su posicion para colocar á sus amigos y vecinos en varios rincones de sus dominios, desde donde puedan observar los trages de los convidados y el lujo de las antesalas.

Don Braulio no podia hacer lo mismo con sus amigos; pero necesitaba hacer algo mas, y no ha querido caer en falta con ellos, dejando de ofrecerles una tribuna secreta que les permita gozar las delicias del sarao, sin que nadie tenga el placer de verlos.

Ninguna pieza mas á propósito para esta inocente diversion, que el gabinete de la duquesa; pero pensar que Elisa habia de consentir en ello, seria lo mismo que creerla sabedora de que la tertulia de su ma-

yordomo está casi tabique por medio de la suya. D. Braulio no ha pensado un momento siquiera en solicitar semejante gracia, y ha preferido llevar su gente á la antecámara del duque su amo, prévio el permiso de este, que no dejará de disfrutar algunos ratos la sociedad de su mayordomo.

Don Ceferino el alabardero, doña Escolástica su muger, la sobrina de esta y cinco ó seis amigos y amigas de D. Braulio, estan de-

cididos á pasar en vela toda la noche en derredor de un brasero, haciendo entrar de guardia por intervalos el ojo derecho en cierto agujerillo de la colgadura, por el cual se ve cuanto pasa en los salones del baile.

No quisiera el mayordomo que disputasen sus amigos sobre la posesion de la atalaya, y desearia que todos pudiesen mirar á un tiempo; pero ni eso está en su mano, ni puede evitar que la planchadora de la casa crea tener mas derechos allí que la muger del alabardero. Con su acos-

tumbrada amabilidad evita, sin embargo, todo rompimiento hostil, y pasa la mayor parte de la noche con sus tertulianos, no por dejar de cumplir con su obligacion, sino por no ver continuamente el desórden que reina en todas las dependencias del palacio. D. Ceferino es su paño de lágrimas, y á el se dirigia la noche de que hablamos con las siguientes palabras, acompañadas de cierta debilidad de ojos, casi en vísperas de pasar al estado de lágrimas:

—Esta casa se arruina, señor D. Ceferino; vamos de mal á peor y se van cumpliendo mis profecías.

—El demasiado celo que tiene Vd. por la casa de S. E., replicó el alabardero, le hace presentir tantos males.

—Ojalá no fueran mas que presunciones, amigo D. Ceferino; pero á los empleados de la contaduría les deben año y medio, los de la familia estamos peor pagados que nunca, y todos los dias se estan vendiendo fincas por un pedazo de pan..... Quién habia de decir que la casa de Aguazul habia de ser patrimonio de la Malvareal..... Un marquesado que no tiene mas que el dia y la noche!.... Desde que esa bendita marquesa nos metió aquí á su hija, no tenemos una hora de paz, y estamos empeñados hasta los ojos.... Crea Vd., amigo, que yo me alegraria que no interviniesen.....

—Qué está Vd. diciendo? esclamó asombrado el alabardero, valiente veterano de la guerra de la Independencia; con que Vd. querria una intervencion!

—Mucho que sí; al menos cubriríamos todas las ateneiones de la casa, la señorita tendria *alfileres fijos* (1) y se pondria coto á ese afan de derrocharlo todo en bailes y espediciones..... Cuando yo me acuerdo de que los franceses sacaron el año *ocho* (2) veinte carros cargados de plata labrada, y se llevaron las mejores pinturas de la casa..... se me enciende la sangre..... Y decir que ahora hemos de darles nosotros mismos lo poco que nos dejaron!

—Pues qué, se trata de otra intervencion?.... preguntó D. Ceferino, con el afan de un valiente, que aun se siente con brios para pelear de

(1) En la duda de si sabe el lector lo que quiere decir esa frase, le advertimos que con la palabra *alfileres* se designa la cantidad que se señala á las señoras para sus gastos particulares; y por eso se dijo: *Minutioribus nobilis matronæ sumptibus, destinata pensio.* Alfileres mas caros que lanzas, y de mas precio que las medias anatas.

(2) *Mil ochocientos ocho*, se entiende, y esta nota sí que es escusada para los buenos españoles. Quiera Dios que no haya otro con que confundirlo!

nuevo por la independencia de su patria..... Ha oido Vd. hablar de otra afrancesada?

—Ay! ojalá pudiera hablar de la que ha de venir! pero quiere Vd. mas que la de esos gabachos que tenemos en casa?.... No son francesas tambien las modistas de la señorita? Sus doncellas, qué son sino francesas?..... Son españoles por ventura, el peluquero, el sastre, el guantero y tantos otros como me sacan el dinero con sus malditas cuentas?..... Y siempre á vueltas con sus dichosos francos!.... Ni para llevarse los cuartos de España, aprenden nuestro idioma esos malditos.

—Tiene Vd. razon, respondió el alabardero, lanzando un profundo suspiro.

—Y si fuera eso solo! añadió D. Braulio; pero no señor, sino que cuando llega el verano se va la señorita á Francia, y allí se gasta lo que no es decible.....

—En *Ingalaterra* sucede todo lo contrario, interrumpió el veterano; yo he oido decir á un camarada mio, que estuvo allá con el general *Belinton*, que los lores ingleses no van al estranjero sino cuando estan pobres, para economizar.

—Pues aquí tambien se ahorra y escatima todo el año; pero es para lucirlo luego en París, replicó el mayordomo.

Las mugeres ocupadas en escudriñar lo que pasaba en el salon del baile, guardaban silencio, y aun parecia que apenas prestaban atencion á las palabras del mayordomo.

La planchadora era la única que habia oido cuanto allí se dijo y algo mas, dando señales de impaciencia por querer interrumpir la conversacion de los dos amigos.

No sentia ella, sin embargo, que el mayordomo contase todo lo que sabia, sino que le parecia que sabia poco; y con el orgullo que da la superioridad en materia de chismes, tomó parte en la conversacion con estas palabras:

—Bien seguro es, D. Braulio, que si no fuera por Vd. estaria perdida la casa del duque.

El mayordomo tenia motivos secretos para despreciar aquella lisonja, y algo dijo entre dientes, cuando movió los labios; pero nada contestó á la planchadora.

Esta muger habia servido á la marquesa de Malvareal cuando Elisa estaba soltera, y aunque sus chismes pudieran ser importantes para el mayordomo, nunca habia querido oirla, y esta es la vez primera que se ve obligado á escuchar cuanto la planchadora quiera decirle.

El silencio de D. Braulio no causó la menor estrañeza á doña Rufina, que así se llama la antigua doncella de Elisa, y acostumbrada á

murmurar cuando nadie la oye, no ve de gozo ahora que se la presenta ocasion de que la escuchen.

Temia aquella bendita muger que se le escapase la oportunidad del cuento, y mientras sus ademanes indicaban que lo que pensaba decir era un secreto, con voz destemplada y chillona dijo:

—Yo no sé como unas gentes criadas con tantos apuros pueden derrochar de ese modo los caudales del duque..... Y la señorita pase..... porque al cabo y al fin, ella es la duquesa; pero su madre no sé yo que tenga ningun derecho á gastar lo que no es suyo.....

—Bien haria en tomar ejemplo de mi ama y señora, interrumpió el mayordomo.

—Ejemplo!..... ya, ya; si se contentáran con dejarla quieta.... y no hablar mal de ella.....

—Pues qué tienen que decir de mi señora? preguntó D. Braulio. No está retirada en el último rincon de la casa, con una simple doncella, sin mezclarse en nada..... de lo mucho que pasa aquí; viendo malas caras á todas horas, y esperando á que su nuera llame á comer ó mande recado de que no come en casa, tres horas despues de lo regular?....

—Justamente, por eso dicen que es una hipócrita y que quiere engañar á todos con esas esterioridades.

—Mejor harian en decir virtudes, replicó D. Ceferino amostazado.

—Lo cierto es, continuó la planchadora, dándose prisa á anudar su historia, que si no fuera por la marquesa, otra cosa seria la señorita; pero esa madre es capaz de volver el juicio á un santo..... Preciso es que el pobre marqués haya pasado el purgatorio mientras ha vivido al lado de esa señora..... En la gloria debe de estar sin ella.

—Eso de la gloria se hila algo mas delgado de lo que Vd. cree, replicó el veterano, y el marqués de Malvareal fue afrancesado como una loma.

—Y le parece á Vd. que en Chile les importa algo de que el marqués fuese afrancesado ó dejase de serlo?

—En Chile no; pero en el otro mundo sí.

—Bien; eso será para cuando se muera.

—Pues qué, no ha muerto el marqués? preguntó D. Ceferino.

—Hasta las uñas, contestó el mayordomo.

—Y cuándo? preguntó doña Rufina, con cierta sonrisa de incredulidad.

—Hace mas de un año..... No se acuerda Vd.?

—Me acuerdo de que así lo dijo la marquesa; pero no me pude figurar que Vd. lo hubiese creido.

—Pues no lo habia de creer, si pagué los lutos y los funerales! Y no se acuerda Vd. que hace cuatro meses tuvimos la misa de cabo de año?

—Eso mas se encuentra para cuando se muera.

—Vaya, vaya, esclamó indignado D. Braulio, déjese Vd. de bromas con los difuntos.

—No las tenga Vd. con los vivos, que es algo peor, replicó doña Rufina, y créame á mí, que el marqués no ha muerto.

—Será posible! esclamaron á duo los oyentes.

—Lo que Vds. oyen..... como que esta mañana he visto yo una persona, que venia de ver á otra, que ha hablado con uno que es amigo de un amigo del marqués.

—Y toda esa gente será capaz de volverle la vida?

—No; pero pueden tener cartas, como han tenido de que el marqués vive y está bueno, y sabe los funerales que aquí se le han hecho y á estas horas tal vez.....

Un rumor estraordinario y súbito se oyó en el salon del baile; una palabra que nadie pudo oir se heló en los labios de doña Rufina, y la tertulia del mayordomo quedó inmoble y muda, sin saber qué pensar de aquel inesperado estrépito.

Las puertas de cristales que servian de parapeto á los curiosos giraron sobre sus ejes, y las mugeres que estaban de atalaya, se abrieron en ala como por encanto, quedando por mitades ocultas tras de las vidrieras.

Un portero de estrados en trage de etiqueta entró desaforado en la antecámara del duque.

Don Braulio se acordó al verle del *mons parturiens*, y ya creia sentir circular la sangre que se le habia agolpado al corazon, cuando vió que la sociedad de sus amos venia en tropel á visitar la suya.

El recien venido, faltando á la subordinacion por razon de las circunstancias ó aprovechándose de estas para abusar de su gefe, cojió el brasero, lo puso en manos del mayordomo, y con la suave persuasiva de su fuerte brazo indicó la puerta de escape á cuantos allí habia.

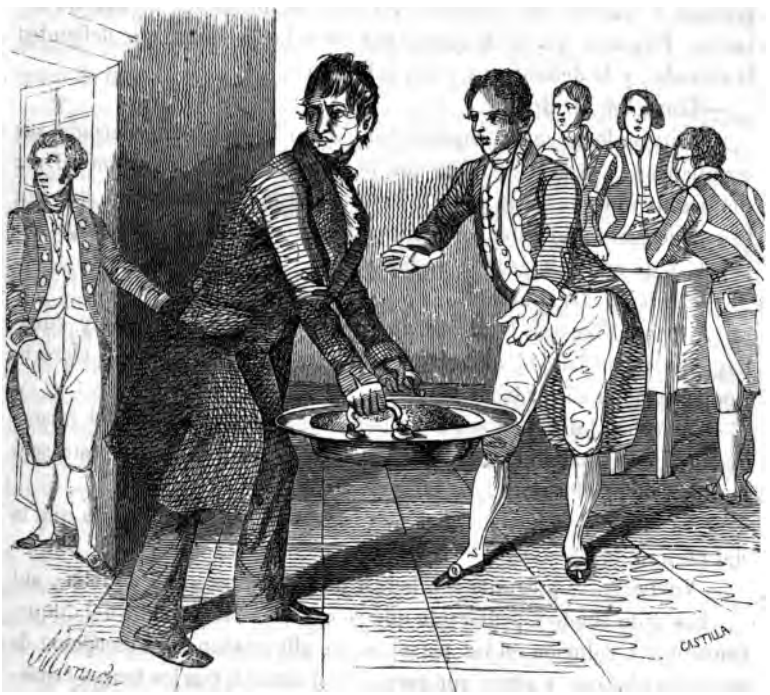
Trastornado D. Braulio con lo que acababa de suceder, y mas que todo absorto en pensar si habria sucedido algo, no sospechó que obedecia las órdenes de un inferior suyo, cargando con el brasero, ni se apercibió de las consecuencias de aquella humillacion, hasta que cruzó una antesala, llena de gente de librea, jugando á las cartas, hablando mal de sus amos, ó durmiendo dulcemente por los rincones.

Sus lacayos se disputaron entre sí el honor de aliviar á *su* amo de aquel peso, y los estraños compararon en sus adentros la humildad de

aquel mayordomo con la soberbia de los suyos, que no serian capaces de alzar una pluma del suelo.

Don Braulio, corrido de vergüenza y herido de muerte en la dignidad y el prestigio, cualidades sagradas de todo buen mayordomo, hubiera preferido morirse de repente, antes que verse completamente degradado entre los representantes legítimos de las primeras libreas de España; pero no pudo ser así, porque el mayordomo tuvo valor para que fuese de otro modo, y en vez de morirse para satisfaccion de su deshonra, decidió vivir para satisfacer su curiosidad.

Huyendo de los fámulos que le cercaban, y á través de los infinitos



convidados que abandonaban el festin, comentaríando con mas ó menos acritud el lance ocurrido en el salon, se dirigió D. Braulio á la antecámara de su amo, para averiguar la causa de aquel motin, ó habérselas á solas con el portero de estrados. A ambas cosas iba dispuesto, y acaso la segunda le hubiese gustado mas que la primera.

Llegó á la entrada de la antecámara en que su autoridad se vió ofen-

dida... puso un pie en el dintel de la puerta misma por donde momentos antes habia salido con el peso de su degradacion, y segun dejó caer los brazos al verse allí, es de presumir que el brasero debió alegrarse de no haber vuelto en los brazos del mayordomo..... El pobre D. Braulio quiso adelantar un paso y no pudo..... Creia ver aun la mano imperiosa del portero, que le mandaba seguir desalojando el gabinete; pero esta vez veia visiones..... El antiguo observatorio de las planchadoras y las alabarderas habia cambiado enteramente de aspecto.

Los espectadores abandonaron el patio, y los actores han invadido la platea..... Lo que antes era lugar de observacion, es ahora sitio de accion.

Una masa deslumbradora de raso y pedrería ha reemplazado el grupo prosáico y sencillo que formaban los últimos huéspedes de aquella estancia. Plegarias quiere brujulear por entre las personas que defienden la entrada, y le detiene una voz que le dice:

—Corra Vd. D. Braulio.

El mayordomo conoce aquella voz, como la hubiesen conocido sus tertulianos..... es la del portero que le llama para pedirle perdon tal vez del pasado ultraje. Así lo cree D. Braulio, hasta que una mano, que por lo grande parece no estar sola dentro del guante blanco, le alarga un papel, y de nuevo le grita la misma voz:

—Corra Vd. D. Braulio.

Al pobre Plegarias le parece un sueño cuanto está viendo, y como hay una imposibilidad material para que corra hácia adentro, claro es que le mandan correr hácia la calle.

—Me echan! dice con voz angustiada, me echan! repite del mismo modo. Y examinando el papel que tiene en la mano añade:—Esta será la órden de mi destierro!.....

—Ya vuelve, ya vuelve, dice una voz, mas grata por cierto que la del portero de estrados.

—Vuelve?..... pregunta con horror otra mas dulce que aquella, ah!

Ese grito agudo y penetrante que se oyó en la antecámara del duque, causó una revolucion en las personas que allí estaban, y á escepcion de un jóven elegante y altivo que permaneció inmóvil con los brazos cruzados y la vista fija sobre el sitio de donde salió la voz, todos hicieron un movimiento de sorpresa, revolviéndose en la habitacion.

Don Braulio, que ignoraba la historia del suceso, adivinó las consecuencias de lo sucedido, y entonces y solo entonces comprendió que no le hacian falta las gafas, para saber que lo que acababa de recibir era una receta, que adonde habia de correr era á la botica, y que su señorita estaba en el *milloneismo* ataque de nervios del mes de diciembre.

Eso era y algo mas lo que allí pasaba, porque mas de una eran las personas apremiadas en aquella ocasion por el *sistema nervioso*. Tres víctimas de la humana constitucion del siglo XIX habia en la antecámara del duque.

El lector nos dispensará si no hacemos mas que indicarle la tercera. Tiempo le ha de faltar para aborrecerla, apenas tengamos ocasion de bosquejarla. Respétese por ahora nuestro silencio, y baste el sacrificio que hacemos en no eliminar de esta historia, verídica como la que mas, á un hombre que suelta los nervios á todas horas, que gasta corsé y miriñaque, que está enamorado de sus formas y es el verdadero Narciso de la fábula.

La marquesa de Malvareal es tributaria del sistema nervioso, y tendida en un sofá de damasco amarillo, paga una cuota crecida en la moneda corriente en semejantes casos: elevacion de pecho, retortijones de brazos, crispadura de puños, torcimiento de boca, respiracion airada y remo de babor y estribor con el resto del cuerpo.

Todas las arrugas de los últimos veinte años que van trascurridos desde que cumplió treinta, han desaparecido en un momento, y gracias á la luz artificial y á la contraccion del cútis, cualquiera la creeria una jóven nerviosa, mas bien que una señora nervuda.

Dos graciosas doncellas, vestidas de lo mismo, aunque con el lujo correspondiente al desgraciado festin del palacio, se han posesionado de la cabeza de su señora, ó hablando con mas propiedad, de la madre de su señorita. Cada una de ellas habla perfectamente su idioma, y como la una es francesa y la otra alemana, resulta que no se entienden; pero se adivinan, y como no pueden olvidar que ambas á dos gastaron tres horas en hacer aquel peinado, miman de tal modo la cabeza de la marquesa, que mas parece que se ocupan de tapar las calvas que de evitar las descalabraduras.

El resto del cuerpo está custodiado por tres caballeros, de los cuales el uno se ocupa de arreglar una cita con la alemana, el otro en hacer guiños á la francesa, y el tercero es el único que trabaja de buena fé y con ahinco en pedir vinagre, en aplicar esencias á las narices de la marquesa y en abrirla las manos con buena intencion y poca caridad.

El pobre D. Aquilino Pabon (nada menos que así se llama el celoso enfermero) suda y se afana al ver que los demas no le ayudan en su caritativa aficion.

—Por Dios, general, dice dirigiéndose al amante de la alemana, sujete Vd. bien el brazo de la marquesa, que se va á pegar un golpe!

—No tenga Vd. cuidado, responde aquel en voz baja, que no le dará tan fuerte.

—Cómo que no!..... si es el ataque mas horrendo que yo he visto!

—Eso quiere decir que ha visto Vd. pocos..... Esta señora tiene la prudencia de no caerse ni aporrearse, porque aunque la ve Vd. en ese estado, tiene tal memoria..... que de todo se acuerda.

—Hasta de que los dientes son postizos, interrumpió el incrédulo número 2; y si no, observa y verás como no los compromete ni en broma.

Así era la verdad, porque el rostro de la marquesa, estraordinariamente contraido, se dividia en dos secciones. El sistema nervioso de aquella señora tenia dos flúidos que, aunque negativos ambos, eran desemejantes y se repelian al llegar á la boca.

Don Aquilino tenia su buena fé, chapeada de lo mismo, y casi indignado con lo que acababa de oir, esclamó:

—Pues digan Vds. lo que quieran, asimismo se murió mi tia la de Cáceres.

—Dónde estoy?.... dejadme.... murmuró la marquesa incorporándose sobre el sofá.

—Ya vuelve!..... esclamó D. Aquilino alborozado.

—Vuelve?..... ah!..... gritó la marquesa, y cayó de nuevo sobre el damasco amarillo.

Una voz argentina y sonora respondió al grito de la marquesa con igual esclamacion.

El jóven que estaba en medio de la estancia, permanecia de brazos cruzados y con la vista fija en una elegante otomana, sobre la cual descansaba el cuerpo lánguido y descuidado de una hermosísima muger.

Nosotros, que tenemos la fortuna de no ser viciosos hasta el punto de magnetizar á nadie, renunciaríamos á la difícil tarea de retratar á la duquesa de Aguazul; pero ya que los nervios de esa señora se han tomado la molestia de velarnos la viva luz de sus hermosos ojos, y su cuerpo parece haberse dormido para permitirnos que le copiemos, intentamos con alguna mas confianza el retrato.

Imagínese el lector unas cejas pobladas y negras, rivalizando en seductora brillantez con dos graciosas bandas de suaves cabellos, que se agrupan en derredor de la frente para velar su trasparencia y parten luego en voluptuosos rizos á publicar la hermosura de su dueño; unos labios mas bellos que el tierno capullo de la encendida rosa..... una barba que desafia con la dulzura de sus formas las maravillas de la creacion..... una nariz delicada y fina que busca en vano el vivo carmin que súbito perdieron las mejillas; unos párpados convulsos y trémulos, que celosos del tesoro que encierran, tienen en continua vigilancia las luengas pestañas que adornan su hermosura... Figuraos, en fin, la Venus que Médicis profetizara con su atrevido cincel, y así podreis presumir en parte la belleza de Elisa.

Los suavísimos contornos de un cuello trasparente de puro blanco corren perdidos hasta encontrar los hombros de aquellas dilatadas espaldas, recogiéndose en fin en el talle mas esbelto y gracioso de cuantos ha podido envidiar la sílfide mas ligera y vaporosa. No quiere la modista de la duquesa que ignoremos por completo la blancura del pecho que en vano intentan cubrirnos el tupido encaje y la impenetrable seda, que apenas pasan el estrecho de la cintura, tienden sus blancas velas dos varas mas allá de la otomana, donde descansa su cuerpo la encantadora Elisa.

Un pie, que á juzgarle por su tamaño, diríamos que habia dejado la mitad á su compañero, calzado con un gusto esquisito, es lo único que nos permite ver la blanca túnica que roba á nuestros ojos, con sus diabólicos pliegues, las elegantes formas de aquella hermosísima muger.

Sus brazos, que libres apenas del tafetan que cubre los hombros, lu-

cen su límpida blancura un breve trecho, se encuentran mas tarde con la impertinente cabretilla, que cubre las manos para defenderlas del frio, ó hacerlas menos inverosímiles, aumentando sus reducidos contornos.

Su trage era tan elegante como sencillo..... todo blanco, como la corona de rosas que parecian haberse marchitado con la hermosura de la cabeza..... Elisa, contra su costumbre, no llevaba esa noche ni uno siquiera de sus riquísimos brillantes.

El caballero que cruzado de brazos no apartaba su vista de la duquesa, ha retirado de una manera bastante brusca el pomo de cristal que la solícita doncella queria aplicar á las narices de su señorita.

El duque de Aguazul es el único que se acerca á su esposa, la coje la mano, y parece cuidarse de aliviar el dolor que la aqueja..... Las amigas de Elisa, que al empezar el desmayo, quisieran prodigarla sus auxilios, miran de hito en hito al caballero, y una de ellas se decide por fin á preguntar á otra en voz baja:

—Le conoces tú!

—Yo no.

—Y cómo sufre el duque esa insolencia en su casa?

—Como sufre otras mucho peores.

—Peores!..... no lo creo.

—Puede haber nada mas ridículo que Ricardo!

—Pero es un muchacho muy fino!..... Y á propósito, dónde se ha metido que no le veo?

—No sé: cuando Elisa empezó el ataque, estaba allí con la duquesa de San Damian.

—Pues es muy estraño que no esté aquí!..... yo casi empiezo á sospechar que en la aventura de esta noche tiene él mas parte de lo que parece..... Si supiéramos quién era ese hombre!.....

—Si será el marqués!

—El padre de Elisa?

—Cabal.

—Qué disparate!..... si estoy por decir que es mas jóven que.....

—Que quién? que Elisa?.... no lo creas.... ese hombre tiene cuarenta..... y pico..... para los cincuenta no le falta nada.....

—De todos modos, es imposible que sea el marqués.....

—Pues yo estoy segura de que está en España.

—Y aunque eso sea, quién quieres tú que lo haya traido aquí esta noche!.....

—Mira, para salir de dudas, lo mejor será preguntar á Mr. Charpentier si sabe quién es ese personaje tan brusco.

—Pues eso tú que tienes mas confianza con él.

—Si fuera con Sir Kraisk tendrias razon; pero en la embajada de Francia no he puesto nunca los pies.

Así discurrian las amigas de Elisa, mientras ella abandonaba su cabeza sobre el respaldo de la butaca, perdia cada vez mas el color de su rostro y dejaba caer sus brazos al suelo con el mayor desden.

La marquesa seguia luchando por desasirse de D. Aquilino, que la apretaba las manos con el mayor ahinco, y se deshacia al ver la indiferencia de sus compañeros. El médico, que con la mayor impasibilidad esperaba la llegada de la medicina que habia recetado, atormentaba infinito al pobre D. Aquilino.

—Qué hacemos con esta señora, le preguntaba? qué dice la ciencia para estos casos?.....

—La ciencia, interrumpió el general, no dice nada..... guarda silencio sobre estos casos.

El médico se sonrió, sin dejar de hablar en secreto con una muger, que por su trage no parecia señora, ni por la franqueza con que estaba en la casa, se la podia confundir con las gentes de la servidumbre.

—Esta señora se nos muere, añadió D. Aquilino; apenas da señales de vida.

—Ahora es cuando las da de veras, replicó el general, y mientras vea Vd. que estas señoras se desmayan, no tenga Vd. miedo.... aquí los nervios son una verdadera fé de vida.

El caballero, cuyo nombre deseaban saber las amigas de Elisa, se decidió por fin á cambiar de posicion, y acercándose á la señora que hablaba con el médico, la dijo en voz baja:

—Necesito quedarme solo con ellas.

Aquella muger, mitad doncella y mitad señora, oyó en silencio al caballero, habló al oido con el doctor y llegándose adonde estaba el duque de Ambazul, le dijo:

—Duque, dice el señor, aludiendo al médico, que interin no nos salgamos todos de aquí y se quede solas con las doncellas, no adelantaremos nada; porque el accidente ha sido producido por el mucho calor del baile, y se necesita que las enfermas respiren aire puro.

—Qué tontería, replicó el duque, si á Elisa le dan esos ataques en medio del jardin!..... y en el coche..... y en todas partes Lo que hay aquí es no le den Vds. vueltas, es que como no ha venido S. M., ella cree que ha sido por el lance del otro dia, y como todas las personas que ha convidado esta noche son escogidas.....

—Conviene que las dejemos solas, interrumpió el doctor.

—Eso por supuesto, contestó el duque, llevándose con su ejemplo á todos los convidados.

A D. Aquilino fue preciso sacarle de allí por fuerza, y hasta las doncellas recibieron órdenes mudas de retirarse sin hablar palabra.

. . . . . .

Elisa y su madre no estuvieron solas medio minuto siquiera. Aun se

veian los convidados al estremo del salon, cuando el caballero de que tienen noticia los lectores, entró de nuevo en la antecámara del duque, cerrando tras de sí las puertas de cristales.

CAPITULO V.

PATATA Y CONEJO.

MIENTRAS el sistema nervioso sacaba tan crecido escote en el palacio le Aguazul, y en la antecámara del duque se preparaba una escena des-conocida para los mas y estraña á todos los convidados, dormian á pierna uelta y desnuda los pobres muchachos á quienes dejamos tan mal aloja-los en la calle de Jesus y María.

Patata es el único que no ha logrado dormirse, á pesar de haberlo ıtentado repetidas veces. No se ha criado el infeliz con mucho regalo; ero es bien seguro que aquella noche es la menos regalada de su mise-able existencia..... El menor ruido le asusta, la mas leve sombra le tormenta, y no ve delante de sí mas porvenir risueño, ni otra felicidad uprema, que solicitar una plaza en el asilo de mendicidad de San Ber-ardino.

Conejo le ha ofrecido ser su mentor de allí en adelante, y aunque ı tutela no le parece muy esquisita, admite gustoso la oferta, siquiera omo medio de librarse de los otros granujas, á quienes aborrecia desde ue le contaron sus aventuras.

Tiritaba de frio el pobre niño, y buscando inútilmente un cuerpo cual-uiera que prestase algun calor á sus helados miembros, se revolvia sin esar entre aquellos maderos, cuya frialdad aumentaba á medida que arecia secarse la humedad que los cubria.

El viento seco y frio que de todas partes soplaba allí, no hacia gran osa en helar el agua nieve que habia escurrido en las primeras horas de

la noche, por las rendijas que dejaban abiertas los maderos.... El calor natural de aquellos infelices apenas alcanzaba á impedir la cristalizacion de la humedad que les servia de alfombra..... Sobre sus cabezas pendian multitud de cristales cilíndricos, destilando tal cual gota á fuerza de respirar seis personas en tan reducido espacio.....

El naturalista de menos corazon y mas aficionado á rebuscar fenómenos y estudiar cristalografía, hubiese prescindido de aquellas falsas *estalactitas* (1) para cubrir la desnudez de aquellos pobres niños y reanimar sus cuerpos helados y casi yertos.....

Nuestros lectores sentirán tal vez que les hayamos retirado tan pronto de aquellos salones encantados, donde el lujo y la riqueza hacen olvidar la miseria y las privaciones del desgraciado; pero no es nuestra la culpa.....

Desde el palacio del aristócrata á la choza del mendígo, hay una cadena metálica por la cual corre precipitada nuestra historia.....

Escribimos en el estrado del magnate, y la chispa eléctrica de nuestra pluma se siente en el calabozo del criminal que está declarando en presencia de sus jueces.....

Hablamos en la boardilla del artesano, y un eco nos responde en el bufete del ministro.....

Vivos estan los personajes de esta novela, y una parte no mas pensamos referir de su historia..... A ellos toca decir si exageramos..... ellos dirán si es fábula lo que escribimos.

Pero no se crea por esto que pensamos abusar de la sensibilidad de los lectores, presentándoles á menudo escenas tristes y desconsoladoras para escitar con ellas el interés de estos cuadros; jamás compraríamos á ese precio su atencion, y somos demasiado egoistas para detenernos á desleir sucesos, que desgarran con su fatídica existencia nuestra alma jóven y crédula.

Verdad es que el mundo no está sembrado de rosas en todas sus partes; pero nosotros, á despecho de los socialistas y de su incesante clamoreo, somos como la abeja, que pasa de largo las flores que no la agra-

(1) Así llaman los mineralogistas á las concreciones calcáreas, que por la accion de las aguas, se forman en el techo de ciertas cuevas de terreno calizo. Las gotas que escurren las estalactitas, forman en el suelo lo que se conoce con el nombre de *estalacmita*.-Ponemos esta nota para evitar que en lo sucesivo nos suceda lo que en el capítulo anterior, que por haberse suprimido la palabra *génio*, parece que nosotros quisimos enriquecer el catálogo de los escultores con el nombre de *Médicis*, cambiando á este su título de poseedor con el de autor de la célebre Venus que lleva su nombre.

dan y solo se detiene á beber los jugos de aquellas que son de su gusto y deleitan su paladar.

Las virtudes del pueblo español, aparentemente ignoradas por los escritores traspirenáicos, abren un ancho campo á nuestra pluma que, aunque ligada esta vez con la existencia rara y anfibia de los personages á quienes va sirviendo de intérprete, hará conocer, siempre que pueda, el espíritu humanitario y filantrópico que brilla en casi todos los hijos de esta nacion poderosa, que todos creen conocer y nadie ha sabido estudiar aun.

España no necesita ninguno de esos establecimientos piadosos que con justa razon piden para su pais los estranjeros, y los socialistas pierden el tiempo en escitar á la caridad y á la filantropía, porque esas prendas abundan en el corazon de los españoles.

Ellos han sido los primeros en asociarse para socorrer la indigencia, para evitar el crímen y para ofrecer todo género de consuelos á los desgraciados.

Si los franceses creen provocar el infanticidio, rechazando á las jóvenes desgraciadas que no pueden, sin avergonzarse, gozar las delicias de la maternidad, que pasen el Pirineo y verán cómo se remedian esas desgracias, sin que el público se aperciba de su fatal existencia..... Que examinen los estatutos de la *Hermandad de la Esperanza*, y verán la asistencia que se da á esas madres infelices, los cuidados que se prodigan al fruto inocente de su deshonra y el inviolable sigilo que se observa en la *Casa* llamada *del Pecado mortal.*

Si ellos consideran el robo, como una consecuencia, las mas veces forzosa, de lo poco que se atiende la subsistencia de muchos padres de familia honrados, acérquense á la *hermandad del Refugio*, y allí verán remediadas esas desgracias..... Sus puertas se abren á todas horas para ofrecer al infeliz que lo solicita, un asilo interino donde pueda reparar sus fuerzas y tomar aliento para llegar al asilo de mendicidad de *San Bernardino*, á la casa de caridad del *Hospicio*, á los *Hospitales* y á tantas otras casas de beneficencia, que la caridad pública sostiene á sus espensas.....

Pero si por una lamentable preocupacion se levantasen nuestros mismos compatriotas á protestar de estas verdades; si esa gente que aprende en francés la historia de su pais, nos dijese que el crímen y la miseria eran consecuencias inevitables en este pueblo, por falta de caridad y de filantropía, les diríamos sin rebozo que estudiasen mejor lo que creian saber de memoria.....

Y si los infinitos mendígos que á todas horas invaden las calles de la capital, viniesen á deponer en contra nuestra, rogaríamos á la policía

que dejase por un momento de buscar conspiradores y se ocupase de llevar aquellos infelices á los asilos de mendicidad.

A esto se nos contestará que la indigencia existe; pero existe porque se quiere que exista; y no es culpa de los particulares, no es falta de humanidad, si las autoridades permiten que la miseria haga alarde de su repugnante aspecto en los parages mas públicos de la corte.

Y si en otros paises necesitan predicar la conveniencia del árbol humanitario, cuyas raices estan en el corazon del poderoso y cuyas ramas cubren la miseria de las clases pobres, aquí podremos ahorrarnos ese trabajo sin hacer mas que recoger sus benéficos frutos.

El pobre enfermo, que por falta de recursos para procurarse los ausilios de la medicina, y que por circunstancias, dignas de ser respetadas algunas veces, no tiene valor para ocupar una plaza en el Hospital general, moriria abandonado sobre un puñado de pajas, si las *Juntas parroquiales* no le tendiesen dentro de su misma casa una mano generosa y caritativa.

El inocente huérfano, que viene al mundo para sufrir el acerbo dolor de no saber quiénes fueran los autores de su existencia, encuentra abiertos los maternales brazos de las virtuosas *Hermanas de la Caridad*... Las dignas hijas de S. Vicente Paul endulzan con sus cariñosos cuidados el bárbaro destino de aquella desgraciada criatura.

Si el pobre niño tiene la doble desventura de caer en manos estrañas, ó de que sus mismos padres lleven la inhumanidad hasta el estremo de conservarlo en su poder mientras tiene edad de escitar la caridad pública, y lo abandonan mas tarde en medio del arroyo, aun tiene la sociedad un asilo para el desgraciado huérfano..... *El colegio de los Desamparados* abre sus puertas con paternal solicitud al inocente desvalido.....

Pero no es tiempo ahora de enumerar todos los asilos de beneficencia con que cuentan las clases pobres en nuestro pais, ni podemos citar tampoco todos los medios que la Providencia ha sabido inspirar á las almas piadosas para impedir el mal y procurar el bien á menos costa.....

Ocasiones de sobra tendremos para demostrar lo que dejamos indicado, y no nos han de faltar ejemplos prácticos, para probar que contamos con los primeros elementos para hacer el bien, y que si no lo conseguimos, no es por falta de voluntad ni de recursos.....

El gobierno... casi nos da licencia para que aliviemos al desgraciado; pero nos presenta cien obstáculos que neutralizan nuestros esfuerzos.

Esto parecerá una paradoja; pero no lo es por desgracia.....

Los hijos mas virtuosos tienen siempre peores padrastros.....

Así por halagar una triste liviandad, pagan algunas madres las caricias y los besos de los pedazos de sus entrañas.

Pero volvamos la vista hácia nuestros granujas, y no demos á nuestros lectores el fatal ejemplo de abandonar los sitios del dolor, donde la miseria atestigua la existencia de grandes crímenes, perpetrados con execrable cobardía, en los séres inocentes que ignoran aun si les asiste derecho para rebelarse contra su desgracia.

. . . . . .

La imaginacion de Patata era demasiado viva para la educacion oscura que habia recibido, y superior con mucho á lo que podia esperarse de sus pocos años.

Los niños de su edad ignoran que hay un dia mas allá de aquel en que viven, se acuerdan rara vez de lo pasado y solo piensan en un presente breve como sus goces y fugitivo como las lágrimas de sus pesares.

Una alma de ocho años espiritualiza, por decirlo así, las necesidades del cuerpo que anima; pero renuncia al mismo tiempo un idealismo que no comprende, y llora ó rie, cuando físicamente la avisan los sentidos.

El dolor de Patata era, sin embargo, mas profundo: sentia los males físicos porque sus carnes no eran de piedra, lloraba las desgracias que habia comprendido aquella misma noche, y tenia una imposibilidad material que no le dejaba reconciliar el sueño; pero sufria doblemente, porque su alma se asomaba al porvenir y se perdia en un horizonte oscuro y proceloso..... Preciso es confesar que la imaginacion de aquella criatura tenia una fecha mas atrasada que su partida de bautismo..... habia corrido mucho en poco tiempo.

Mas de una vez quiso el pobre niño despertar á Conejo para buscar otra alma que se entendiese con la suya, y no se atrevió á intentarlo siquiera. Ansiaba conseguirlo; pero tenia medio de lograrlo..... Habia valuado en mucho la proteccion de Conejo, y queria conservarla intacta para los grandes males que veia escritos en su porvenir.

Si ese rasgo de generosa prevision tuviese algo con que compararse, diríamos que Patata hacia entonces lo que aquella vieja devota, que no encendia nunca la vela del Santísimo para aplacar las tempestades, porque todas le parecian pequeñas y estaba esperando una mayor.

Las lágrimas se sucedian con tal rapidez en los ojos del pobre niño, que cualquiera hubiese creido que las primeras se habian helado en las megillas, segun brillaba en estas un glóbulo permanente de cristalina diafanidad.

Ni un rayo de luz precusor del nuevo dia, que á juicio de Patata habia pasado ya sin su noticia, ni el menor movimiento por parte de sus compañeros de cuarto..... nada veia el infeliz que le anunciase un próximo consuelo en sus desgracias.....

Sus manos débiles y frias, que habian trabajado con ardor hasta el

último momento, entraban ya en el triste período de la desconfianza y la desesperacion; endurecidas por el hielo, no podian ocuparse de sujetar el ancho gaban de Pepitaña, sobre el desnudo pecho de su nuevo poseedor.....

Todo parecia dispuesto para que Patata perdiese la esperanza de vivir una hora mas siquiera, cuando un grito prolongado, bronco y confuso, que taladró los oidos del pobre niño, como si su misma mano hubiese disparado una pistola, vino á cambiar completamente su situacion.....

La copa de rom que roba el calórico al estómago del bebedor, el vaso de agua que abre los poros del cuerpo abrasado de calor, la gota de ácido, en fin, que hace hervir el mármol frio á su simple contacto..... nada produce una reaccion tan súbita, ni una efervescencia tan fosfórica como hizo en el cuerpo de Patata la voz que retumbó entre aquellos maderos, como si de ellos mismos saliera.

La sangre que fácilmente se heló en las venas, circuló súbito y con libertad por todos los vasos del cuerpo, y aquella reaccion produjo un sudor frio que puso en accion los miembros casi yertos del infeliz Patata.

Conejo por su parte no necesitó mas despertador para abrir los ojos, y con la mayor impasibilidad... como si un ayuda de cámara le hiciese abandonar cuatro colchones de pluma, á la vista de una chimenea consoladora, sacó la cabeza por entre los maderos, miró con precaucion á un lado y á otro de la calle, y volviéndose á Patata, le dijo:

—Despierta y vámonos, que está el sereno dormido.

Así era la verdad..... el sereno habia suspendido el sueño mientras cantaba la hora ó desempeñaba sus funciones durmiendo. Lo segundo parece estraño; pero es mas fácil y mas frecuente que lo primero.

La alegría de Patata era inmensa, su regocijo tan completo, que no se atrevia á creer lo que tanto habia deseado..... lo único que habia pedido al cielo con sus lágrimas, y lo que gracias al providencial berrido del sereno le habia otorgado la Providencia.

Movia libremente los brazos, sentia un calor suave que reanimaba su cuerpo todo y dudaba aun de la existencia física de su persona..... Veia á Conejo despierto y pronto á sacarle de aquellos maderos, y no se atrevia á creer que su alma habia hallado por fin un compañero con quien partir al menos sus pesares.

El asombro y la alegría de Patata no le permieron contestar á las palabras de su amigo, y este, creyéndole dormido, repitió la interpelacion acompañada de una palmada en el hombro.

—Oyes, tú, le dijo, si has de venir conmigo, *jopa* antes que se despierte esta familia.

Y sin aguardar la respuesta de Patata, se escurrió como una culebra por el agujero que momentos antes le habia servido de ventana.

Su compañero tenia de voluntad lo que le faltaba de esperiencia, y pronto siguió el ejemplo de su inocente mentor.

Ambos á dos pasaron por delante del sereno sin que este diera señales de vida, ni se cuidára mas de su persona que de su farol, cuya luz se habia estinguido desde que el combustible se habia helado.

—Será preciso que corramos un poco, dijo Conejo, con voz trémula y apagada.

—Y para qué? preguntó Patata, del mismo modo.

—Para qué ha de ser, tonto! para entrar en calor.

Y diciendo y haciendo cruzó los brazos sobre el pecho, se caló la gorra de pieles y quiso probar sus fuerzas, que estaban mas debilitadas de lo que él creia..... Dió algunas patadas sobre el helado suelo de la calle, y se decidió por fin á marchar sobre un pie; *á la pata coja*, como ellos dicen.

Patata, menos bajarse ó subirse la gorra, pues no tenia ninguna, hizo lo mismo que Conejo, y pronto aquel violento ejercicio que cuidaban de repartir entre ambas piernas, dió algun vigor á sus cuerpos débiles y frios.

De ese modo y en poco mas de diez minutos llegaron á la Plaza Mayor, cuando apenas daba indicios el alba de querer iluminar las torres de la capital. Y al abrigo de una hoguera que el guarda de una obra habia preparado para templar la atmósfera de su dormitorio, hicieron alto los dos muchachos, mas por instinto de ambos, que por indicacion de ninguno.

—Cáspita! y cómo se esplica el mozo, esclamó Conejo; si sigue este *gris* (1) todo el dia, tendremos que *llamar á cuarteles de invierno* (2).

—Y qué piensas hacer conmigo? preguntó con la mayor humildad el pobre Patata.

—Primeramente esto, contestó Conejo, pasando diferentes veces por entre las llamas. Despues, añadió sin dejar de saltar la hoguera, atracarte el buche como si fueras un marqués, y luego hacerte lacayo.

—Lacayo á mí! y cómo?

(1) Aludia á esas ráfagas de viento seco y frio, del cual dicen las gentes *ser tan sutil, que mata un hombre y no apaga un candil.*

(2) Ponerse á cubierto de la accion atmosférica ó de cualquier otra calamidad.

—Atrácate de candela el cuerpo, y deja estar lo otro... Salta la llama hasta que huelas á cuerno quemado, y lo demas corre de mi cuenta.

—Pero soy tan chiquitin!... y los lacayos son tan grandullones!

—No importa.

—Es que no me querrán los duques!

—Mira, rompan filas, replicó el ayudante de Pepitaña; echemos á andar hácia la calle de las Amazonas, que alli nos llenarán la *andorga* y te contaré mas de lo que sé.

Obedeció Patata, sin replicar una sola palabra, y Conejo alegre y satisfecho de sí mismo, cambió repentinamente de aspecto, de maneras y aun de figura.

Su cuerpo esbelto, sus piernas ágiles, su cabeza erguida y sus brazos tendidos hasta las rodillas, indicaban que habia recobrado enteramente la vitalidad que traia helada, cuando encogido y morado se acercó á la hoguera.

Al verle brincar y correr con los pies desnudos por el duro suelo de la nevada calle, cualquiera hubiese creido que una mullida alfombra sustentaba su planta.... Cuando se empinaba delante de una esquina, para arrancar el pellejo de los teatros y de los libros, que anda siempre por esos lugares, nadie diria sino que trataba de alcanzar la fruta de un árbol ó el premio de una cucaña.

La alegría de Conejo se comunicaba á su compañero, y asi atravesaron el Rastro nuestros héroes, cuando ya se iban abriendo los cajones de los vendedores, y el mal olor que distingue aquellos lugares empezaba á templar la atmósfera con su grasienta densidad.

Las gentes que viven en aquel Madrid, ignorado de casi todos los madrileños, pertenecen al gremio de los *tripicalleros*, y repugnantes en su aspecto mas que en las circunstancias de su oficio, los dejamos estar por ahora, sin hacer atencion en la sangre que tiñe sus manos, salpicando sus vestidos.

Con mas ó menos agrado, todos los vendedores de aquella inmunda plazuela saludaban la aparicion de Conejo, y examinaban de pies á cabeza la persona del infeliz Patata.

—Trabajo le mando al recluta, si ha de ser tan *truan* como tú, le decian los unos.

—Vaya un par de *tunarras*, esclamaban otros.

Conejo seguia impertérrito su camino, enseñando los dientes de vez en cuando, como si quisiera tomar á broma aquellos saludos; y seguido de su fiel amigo, llegaron ambos á la calle de las Amazonas.

La casa que Conejo habia elegido por término de su viaje, era la mas decente y mas moderna de toda la calle; sin embargo, su estado rui-

noso parecia indicar que estaba desalquilada, y esperando que no pasára nadie por allí para venirse al suelo..... Imáginese el lector cómo estarian las demas viviendas de aquel recinto!.... Verdad es que acababan de revocar la fachada, y parecia al pronto lo que en realidad no era.

Para no asustarse al encontrar vivientes entre aquellos viejos paredones, necesario es saber que aquel edificio ha merecido el nombre de *casa de la Letanía*, por el gran número de vecinos que contiene.

Las personas que viven en las casas inmediatas, consideran la de la Letanía como un monumento notable; la citan con orgullo, para dar las señas de sus hogares, y sus inquilinos forman la aristocracia del barrio.

Nuestros granujas no se cuidaban de esos detalles al poner el pie en el dintel del portal, despues de haber llamado inútilmente á la puer-

ta del bodegon, donde segun costumbre, *se guisaba de comer* (1), si bien es cierto que ofrecian hacerlo con *exquida*.

En un pasillo desempedrado y sucio que conducia al patio de la casa, habia una puerta que comunicaba con la hostería. Estaba cerrada ni mas ni menos que la principal; pero el carpintero que la hizo no se puso de acuerdo con el albañil, ó se equivocó en la medida; es lo cierto, que si por arriba le falta un palmo para llegar al quicio, por debajo descubre media vara de luz, y nuestros granujas no necesitan de nadie para pasar adelante.

Asi lo hicieron, y Conejo llevó á su amigo por un corredor estrecho y lóbrego, hasta parar en una sala no menos oscura, donde no se esperaba otra luz que la que pudiera entrar por la puerta principal, cerrada á la sazon.

—A tal hora te amanezca, dijo una voz temblona de muger, que parecia hallarse en aquella estancia.

—Ha venido mi madre? preguntó Conejo, sin darse por aludido de la interpelacion.

—Sí, contestó la voz.

—Pues que me traigan el almuerzo

—Quién paga?

—Ella.

—A mí no me ha dicho nada, replicó la voz; y un rayo de luz se introdujo repentinamente en el comedor de la hostería.

Un brazo seco y sucio se ocultaba entre un pedazo de gerja, despues de haber descorrido el cerrojo de la puerta principal, cuyas hojas quedaron entreabiertas.

Conejo no participó del asombro que causó á Patata el cuadro que se ofrecia á sus ojos.

El intrépido granuja estaba acostumbrado á ver ocupadas todas las mantas que se veian tendidas por el suelo, y no se podia admirar de que algunas de ellas intentasen cubrir las personas de los huéspedes mas perezosos y holgazanes.

El rayo de luz que débilmente iluminaba aquel dormitorio, venia

(1) Como los anuncios de las hosterías se pierden en la noche de los tiempos ó en la de sus servilletas que es mas oscura, creemos que antiguamente se guisaria de vestir y de bailar, ó de cualquier otra cosa, puesto que nunca se hablaba de guisar, sin añadir lo de comer. Sin embargo, por lo que hace á los bodegones, no nos parece escusada la advertencia, pues hay cosas que si no se dice el uso á que se destinan, difícil es que todos lo entiendan. Fondas hay en Madrid, donde nadie come aunque se guisa, y en todas ellas parece que se guisa para que no se coma.

acompañado de una ráfaga de viento seco y frio, que pronto renovó el aire contagioso y mefítico que se alojára allí.

Las gentes que habian dormido en el bodegon, contestaron al brusco saludo del nuevo dia poniéndose en pie y estregándose los ojos, que la densidad de aquella atmósfera no les permitiera abrir hasta entonces.

Una vieja desgreñada y sucia, dos niños pequeños mas sucios que ella, tres jóvenes que tenian de bellas el apellido de su sexo, y cuatro mozos peor encarados que vestidos, y casi estaban en cueros, hé ahí los personajes que se ofrecieron á la presencia de nuestros granujas.

Los hombres fueron los primeros en alzar sus camas, liándose con ellas el cuerpo y saliendo á la calle por la puerta principal. Las jóvenes hicieron poco mas ó menos lo mismo, y mientras los niños gruñian y lloraban, revolcándose por el suelo, la vieja tendia sobre las mesas del comedor unos paños mugrientos y oscuros, que no por haber servido de manta á los muchachos, habian recobrado su primitivo color, ni dejado de ser manteles de hostería.

Uno enfrente del otro se acomodaron los dos granujas en unas tablas de pino que, sostenidas por unos palos torcidos, hacian el oficio de banquetas en aquel comedor; y apenas quedaron solos entablaron el siguiente diálogo:

—Ahora verás qué soberbio plato de callos nos da esta bruja, dijo Conejo.

—No lo creas! esclamó Patata..... No has oido que tu madre no ha dicho nada!

—Y eso qué importa!..... te parece á tí que mi madre es una tia de esas de por ahí, que no tienen dinero?.....

—Yo no lo sé.

—Pues tiene mucho.

—Y por qué no vives con ella?

—Por causa de mi abuela y de mi hermana... y porque estoy mucho mejor así..... y porque nadie me manda y soy libre..... que eso es muy bueno, como dice un viejo conocido mio, que vive en el cuarto segundo de esta casa..... Y el otro dia me dió dos reales para que le repartiera un papel que habia *sacado de su cabeza* (1) que lo llamaban *el Volcan*....

(1) Por mas que procuramos acomodar el lenguaje de esos muchachos, suprimiendo cien espresiones propias de su edad y de su educacion, para no molestar á nuestros lectores con notas y aclaraciones, ponemos esta para decir que esa frase *no la sacan de su cabeza* los niños, sino que muchos viejos, muchos... se van al otro mundo sin haber usado otra, al hablar de las gentes que escriben para el público.

y yo lo repartí en el Prado, en el Circo y en los cafés.....

—Pero si tu madre no viene, no almorzaremos, interrumpió Patata, dándosele bien poco, al parecer, del fuego patriótico de su compañero.

—Dice ese señor, añadió Conejo, sin cuidarse de la observacion de Patata, que vale mas morirse de hambre en la calle, que vivir en un calabozo.

—Ay! yo no quiero morirme de hambre! gritó Patata.

—No tengas cuidado, que aunque mi madre no venga nos darán de almorzar..... Yo la encontré ayer y me dijo: —Mañana muy temprano

vete al bodegon, que allí te darán de comer; y si yo no voy, éntrate en el patio, y derechito al cuarto de la señoa Colasa.

—Y quién es esa muger?

—La madre de Pepitaña..... pero no se lo digas á él.

—Y por qué no?

—Porque ni madre no quiere.

—Ah!.....

—Pero tú no sabes que me quieren hacer lacayo!

—No!

—Pues mira, yo no quiero servir á nadie, y hubiese buscado al Pito, porque quieren un muchacho así como nosotros..... pero ayer me hizo una..... que no se la perdono..... Por eso quiero que seas tú el que vengas á ver á mi madre.... para darle rabia..... Cuántos años tienes tú?

—Yo?..... nueve.

—No puede ser!..... pues si eres tan alto como yo y tengo doce!

—Verdad es!.... pero no tengo mas.....

—Y cómo te llamas?

—Patata, y tú?

—Conejo; pero me llamo tambien Pelegrin y María y Nuñez.

—Yo Patata..... no mas que Patata!..... esclamó con tono lastimero el pobre niño.

—No llores..... tonto..... yo la diré á mi madre que te haga lacayo de esos chiquitines, y entonces te llamarás *Yoquen*..... Quieres?

—Sí, sí; respondió Patata alborozado.

—Pues ahora chiton, que ya viene la señoa Pepa con los callos y la libreta.

El hambre no habia enturbiado la vista de Conejo; la vieja les traia un plato, del cual se apoderaron con el mayor fervor.

CAPITULO VI.

LA CASA DE LA LETANIA.

A FUERZA de lamer el plato lograron tiznarse la cara nuestros granujas; y como la puerta por cuya gatera habian entrado, estaba abierta de par en par, salieron libremente de allí, sin dignarse saludar á la pobre vieja, cuyas sucias canas enmarrañadas y foscas indicaban no tener mas peluquero, que el viento que entonces las movia.

Despues de atravesar un callejon mas largo que la esperanza de un cesante, llegaron por fin á un patio *perfectamente* irregular y se detuvieron ante una de las ocho puertas que en él habia.

Nada tenia que envidiar á sus compañeras, puesto que era la mejor de todas; pero ello es cierto, que así podia servir de entrada á un establo, como es verdad que conducia al décimo asilo que la madre de Pepitaña habia buscado, desde el dia que se decidió á cambiar su hija por la que llevaba en su coche la marquesa de Malvareal.

Conejo no se atrevió á soltar su mano sobre aquellas tablas, hasta escuchar un rato y averiguar el orígen de los descompasados gritos que allí se oian.

El pobre Patata temblaba como un azogado, y no osaba mover los labios, á pesar de que tenia gran curiosidad por saber algo de aquel Mundo Nuevo, del cual solo conocia el patio, por haberse criado en otro muy parecido.

La tempestad arreciaba por momentos..... Las voces eran cada vez mas fuertes, y se oian con mas claridad las palabras.

Conejo, que arrimaba sus orejas de idem á las rendijas de la puerta, dijo en voz baja á su amigo:

—Esa que habla es mi madre.

—Pues llama y nos abrirán.

—Calláte, y dejáme oir un poco.

No volvió á abrir la boca el infeliz Patata, y una voz femenil y andaluza, que podria muy bien rayar en la edad media, se espresó en los términos siguientes:

—Yo no salgo de aquí sin que Vd. se venga conmigo y me lleve adonde está la niña... Todos los dias me está Vd. engañando con buenas palabras, y es preciso saber el paradero de esa criatura... Yo no puedo, no debo..... no quiero aguantar mas..... mi amiga me aburre.....

—Su amiga!..... replicó otra voz mas castellana y mas fuerte que la andaluza..... Su amiga!..... Pues ya!..... *No te untes!*..... Mia, tú, el demonio de la amiga!..... Si querrá Vd. echársela de marquesa conmigo, doña Espinaca!..... Si nos conocemos mucho..... doña usté!.....

—Oyes? preguntó Conejo.

—Sí, contestó Patata.

—Pues esa que habla ahora es la madre de Pepitaña; y no creas, añadió el granuja, mi madre tiene razon! y voy á entrar á pegar á esa muger.

—No.... no.... gritó Patata asustado.

La andaluza volvió á tomar la palabra con tono algo mas dulce, y dijo:

—Colasa, no sea Vd. tonta y dése Vd. á razones... Yo no he venido aqui á que regañemos. La marquesa está satisfecha del celo con que Vd ha criado su...

—Su nieta, interrumpió la Colasa, siga Vd.

—Bien, sea lo que quiera, eso no nos importa....

—A mí sí, porque quiero cobrar el dinero... sin segundas manos... está Vd.?

—El caso es, continuó la madre de Conejo, sin darse por aludida, que la marquesa quiere ver la niña, y es preciso que se busque otro cuarto mas decente y mas cerca....

—Del cielo, no es verdad!.... Como el que Vd. tiene..... tabique por medio de las estrellas!

—Tampoco hizo caso la andaluza de este nuevo insulto, y replicó:

—Figúrese V. que si yo me he salido del baile y he venido á estas horas á ver á Vd. es porque pasan cosas muy sérias....

—Me lo dice Vd. ó me lo cuenta!... Ayer vino á mi casa el padre....

—De quién?... preguntó con asombro la andaluza.

—De la niña, respondió con frialdad la madre de Pepitaña.

—Es falso.

—Oiga Vd., doña Críspula... sabe Vd. que yo no miento nunca, y que cuando se abre mi boca, habla el rey?

—Y Vd. qué le dijo?

—Todo.

—Somos perdidas!

—Quiá... la perdida será Vd., que yo no.

—Es preciso buscarle.... decirle que es mentira... Ah!... no sabe Vd. lo que ha hecho!.... Pida Vd. lo que quiera y....

—Cómo cuánto?

—Mil.... dos mil.... tres mil reales.... Todo lo que Vd. pida..... pero no entregue Vd. la niña á ese hombre....

La madre de Pepitaña debió tomarse algun tiempo para tasar el silencio, que nunca fue su ánimo violar, ó creyó llegado el momento de bajar la voz para dar mayor importancia al negocio.

No se volvió á oir una sola palabra desde las últimas proposiciones de la andaluza, hasta que un ruido inusitado en aquellos barrios, sobre todo á las siete de la mañana, conmovió la casa por sus cimientos.

Un coche simon habia tenido la imprudencia de rodar precipitadamente por la calle de las Amazonas. La nieve que alfombraba el empedrado no habia podido ahogar los gritos de aquel descuadernado carruaje, que hacia mas ruido que un tren de artillería.

Los caballos, contemporáneos del arca de Noé que arrastraban consigo, suspendieron sus brios, sin que la brida se lo mandase dos veces, ante el portal de la casa en que ocurrió lo que vamos á referir.

Iba tan alta la caja, que las personas que viajasen en ella, estaban seguras de no humedecerse los pies, y sin mas que abrir la portezuela, podian entrar en los pisos principales por el balcon.

Pero el lacayo esperó á que aquel navio se columpiase con menos fuerza, y abriendo la portezuela desplegó diez chapas de hierro, que pronto formaron seis escalones, por los cuales bajaron precipitadamente dos hombres embozados hasta los ojos.

Era el uno de ellos de poca estatura y bastante grueso; su trage consistia en un gaban azul *del antiguo régimen*, pantalon negro, sombrero redondo y un baston con borlas negras y puño de oro.

Venia el otro envuelto en una riquísima capa verde, y dejó caer el embozo apenas puso el pie en el escalon del portal.

Si el lector se acuerda del caballero que quedó solo con la marquesa de Malvareal y con su hija Elisa, no nos preguntará quién es la persona que ha llegado á la casa de la Letanía, y que cruza el patio dirigiéndose á la puerta donde escuchaban los granujas.

Todas las ventanas de la casa anunciaron la curiosidad de los vecinos, apenas se oyó parar el carruaje.

Las gentes del patio no quisieron ser menos galantes que las de las alturas, y salieron á saludar la estraña aparicion de aquellos personajes.

Patata se retiró á un rincon del patio, y Conejo, haciendo mil cortesías, se dirigió al caballero del gaban, que continuaba embozado en una bufanda colorada, y le dijo :

—Tenga Usía buenos dias, señorito.

El interpelado miró á su compañero con aire de sorpresa, y esclamó:

—De qué me conocerá este pillo !

—Toma! replicó el granuja, pues no se acuerda Usía de mí?..... de Conejo!.....

—Conejo!..... repitió el caballero encogiéndose de hombros.

—No se acuerda Usía que todas las noches me da Usía la contraseña, cuando Usía sale del *Circo* ?..... Y por cierto que la que me dió Usía la otra noche me valió una peseta!.... Y si no soy tonto, me dan hasta seis reales!.....

—Y qué haces aquí á estas horas.

—Toma!..... nada.

—Vives en esta casa?

—No señor..... si es que vengo á..... si es que estoy esperando á mi.... madrina..... contestó Conejo algo turbado.

—Quién es tu madrina?

—Una señora!.....

—Cómo se llama?

—Doña María Amparo de la Purísima Concepcion.

—Y vive aquí?

—No señor, está de visita en este cuarto.

Conejo señaló con el dedo la única puerta que permanecia cerrada en el patio, y en la cual llamaba con fuerza el caballero de la capa verde.

—Es inútil que Vds. llamen, dijo una vecina desde el corredor del piso segundo; se mudan todos los dias á la calle del Sordo.....

El caballero volvió á llamar sin hacer caso de aquel aviso, y la vecina añadió:

—No abrirán, no..... es gente de historia la que vive en ese cuarto!... duermen de dia y velan de noche.

—Para eso Vd. duerme á todas horas..... *pendonazo*, gritó una manola que estaba á la puerta de uno de los cuartos del patio.

—Ahora veremos si abren ó no, dijo el caballero á quien Conejo habia saludado.

Y tocó con el puño de su baston las tablas que defendian la entrada de aquella vivienda.

—Quién es?..... preguntó la madre de Pepitaña, con una voz que parecia salir de una cueva.

—Abra Vd., gritó el caballero del gaban.

—No puedo..... Se ha llevado la llave mi marido.

—Es falso, caballero, replicó la vecina del piso segundo; si su marido está en presidio hace mas de un año!....

—Desde que Vd. salió de la Galera..... interrumpió la manola.

Y alzando la cabeza para tragarse con la vista á la habladora del piso segundo, añadió:

—Mejor sería que empezase Vd. á llorar y á *hacer pucheritos*, que no tardará en venir el casero..... y como Vd. es tan buena pagadora!.....

Efectivamente, la casa de la Letanía es de las llamadas *Domingueras*, porque se pagan ó se deben pagar los alquileres todos los domingos.

La manola era demasiado amiga de los toreros, para ignorar que aquel dia era víspera de lunes.

Pero no se quedó sin contestacion la vecina del patio, y el negocio se hubiera complicado en regla, si el caballero del gaban no hubiese sacado la barba de la bufanda, y dicho con voz grave y sonora:

—Abra Vd. á la justicia.

. . . . . .

La llave perdida pareció al momento, la puerta cerrada se abrió como por encanto, y las que estaban abiertas se cerraron del mismo modo.

Un silencio sepulcral reinó en toda la casa, cuando la madre de Pepitaña se presentó á la puerta de su habitacion.

Aquella gente estaba acostumbrada á ver á la justicia con sombrero de tres picos y sable en mano, y tuvo miedo al puño de oro y á las borlas negras..... al trage en fin de la autoridad disfrazada.

La señora Colasa no participó del asombro de sus convecinos, ó estaba preparada de antemano para recibir aquella visita.

El caballero del gaban, que era ni mas ni menos que un juez de primera instancia, quiso pasar adelante sin formalidades de ninguna especie, y la Colasa le rechazó poniéndole una mano sobre el pecho.

—A quién busca Vd., caballero?.... le preguntó con la mayor sangre fria.

—A Vd., respondió el juez, insistiendo en pasar el dintel de la puerta.

—Y quién es Vd., aunque sea mal preguntao, para tomarse esos *jueros* en mi casa?

—Ahora verá Vd. quién soy.... replicó el juez enfurecido. Y corriendo hácia el portal, dijo en voz alta: —Hola!.....

Dos hombres vestidos de uniforme entraron inmediatamente en el patio.....

El caballero que acompañaba al juez, se acercó á la madre de Pepitaña, y la dijo:

—Me conoce Vd.?

—Sí señor, respondió aquella; pero ayer..... ya se ve..... como uña no sabe.....

—No importa, interrumpió el juez, volviendo á la puerta del cuarto.

Y dirigiéndose á los alguaciles, les dijo:

—Entréguense Vds. de ese niño y no se muevan del portal; que nadie salga ni entre en esta casa hasta nueva órden.

La madre de Pepitaña conoció que era inútil toda resistencia, y permitió la entrada en su cuarto á los dos caballeros.

Los alguaciles ejecutaron el mandato de su señoría en la persona del infeliz Patata.

Conejo, contra quien seguramente se habia dado el auto de prision, habia desaparecido sin ser visto de nadie.

. . . . . .

Una sala de poco mas de tres varas en cuadro, con dos puertas pequeñas en el fondo, se ofreció á la vista de nuestros personajes, apenas hubieron pasado un callejon estrecho y oscuro.

Cuatro sillas de Vitoria, una cuna de mimbres y una mesa de pino componen el mueblaje de aquella vivienda.

Sobre la mesa hay un torero de barro y un S. José de la misma materia; los adornos de las paredes estan reducidos á una guitarra sin cuerdas y á una cortina de percal azul, que cubre una de las puertas de que hemos hablado.

El caballero de la capa verde se acercó al juez, y le dijo algunas palabras al oido.

Ambos se sentaron, mientras la madre de Pepitaña continuaba en pie, y mirando de hito en hito á la autoridad.

Esta rompió bien pronto el silencio, y dijo:

—Cuánto tiempo hace que vive Vd. en esta casa?

—Haga Usía cuenta..... que no lo sé.

—Pero poco mas ó menos, no sabe Vd.....

—Poco mas ó menos!..... dijo la Colasa, recapacitando. Se acuerda Usía cuando quitaron la vida al zapaterillo?.....

—No, contestó el juez asombrado de aquel sistema de fechas.

—Pues por aquel tiempo vine yo á esta casa.

—Y dónde vivia Vd. cuando la señora marquesa de Malvareal la entregó una niña para que la criára.

—En la calle de la Paloma.

—Adónde fue Vd. á parar desde allí?

—No me acuerdo.

—Por qué dejó Vd. la casa en que vivia?

—Porque el casero era un ladronazo que no se contentaba con que pagase la semana corriente..... queria cobrar tambien las atrasadas.

—Y de qué se mantenia Vd. entonces?

—De lo que ganaba mi marido.....

El caballero se impacientaba á cada pregunta que hacia el juez, y acercándose al oido de este, le dijo:

—La niña..... la niña..... pregunte Vd. por mi hija.

—A eso voy, contestó el juez en voz baja.

—Sí..... pero al instante, al instante..... lo demas no nos importa nada.

Volvióse el juez hácia la madre de Pepitaña, que no apartaba su vista de

la cortina que cubria la alcoba, y continuó su interrogatorio en la forma siguiente:

—Quién iba con la marquesa de Malvareal cuando le entregó á Vd. la niña?

—Nadie..... iba sola.

—Pues dónde se quedó la otra señora que la acompañaba?.....

—He dicho á Usía que iba sola, respondió la Colasa, acostumbrada al parecer á huir las preguntas capciosas.

—Dónde conoció Vd. á la marquesa?

—En mi casa.

—En qué época?

—No entiendo lo que V. S. quiere decir.

—Digo que cuándo conoció Vd. á esa señora, en qué tiempo?

—En el invierno.

El juez se sonrió á pesar suyo, y dijo:

—En qué año poco mas ó menos.

—No lo sé.

El caballero no pudo dominar por mas tiempo su impaciencia, y viendo que el juez convertia aquella visita en un interrogatorio criminal, dijo:

—Pero dónde está la niña?

Esta pregunta turbó un tanto á la interpelada; pero no tardó en recobrar la sangre fria con que habia respondido hasta entonces, y contestó:

—La niña!..... ha salido.

—Pues no me dijo Vd. ayer..... que hoy estaria aquí?..... que hoy la veria?..... esclamó el caballero desconsolado.

—Verdad es..... pero ha venido mi comadre.....

—Y quién es su comadre de Vd.? preguntó el caballero con el acento de un padre defraudado en una de sus mas lisongeras esperanzas.....

La de abrazar por primera vez á su hija..... La esperanza de realizar una idea que hacia diez años le atormentaba sin cesar.

El juez conocia el intenso dolor de su amigo y estuvo un rato pensativo y cabizbajo, hasta que dándose una palmada en la frente, preguntó:

—Dónde está la señora que estaba aquí cuando nosotros llamamos?

Triunfante la Colasa en las anteriores preguntas, contestó sin inmutarse á esta última:

—Aquí no habia nadie..... estaba yo sola.

—Es falso, replicó el juez.

—Señor, mire Usía que es el evangelio lo que le digo á Usía.

—No importa, interrumpió el juez levantándose de su asiento.... Ahora registrarán la casa los alguaciles.

Estas palabras hicieron gran efecto en el ánimo de la Colasa.

Queria ganar tiempo para ejecutar el plan concertado con la andaluza, y estaba decidida á salvar de cualquier modo que fuera á la que Conejo llamaba su madre.

La cantidad ofrecida de órden de la marquesa habia hecho su efecto en el corazon de aquella muger....

La madre de Pepitaña, *vendida al oro andaluz*, buscaba un medio de alejar de su cuarto al padre de la niña y á su compañero; pero este inexorable y duro, mas insistia en querer registrar la casa cuanto mas lloraba la dueña del cuarto.

—Mañana..... decia toda aturdida..... mañana..... esta tarde mismo..... si Vds. quieren..... pero ahora es imposible.

—Y dónde vive su comadre de Vd.?..... esclamó el padre de la niña, decidido á salvar todos los obstáculos imaginables por abrazar á su hija.

El juez no quiso esperar mas tiempo, y se fue derecho á la puerta que cubria la cortina.

La señora Colasa enjugó sus lágrimas, torció la boca y puestas las manos sobre las caderas se plantó delante del juez.

Sus codos tocaban en el quicio de aquella puerta, y descansando su cuerpo sobre el pie derecho, adelantó el izquierdo mas de un paso.

Abrió por fin la boca, y con tono audaz y gesto amenazador, dijo:

—Señor!..... *La Constitucion prehibe que á dengun ciudadano honrao se le allane la casa.*

—Calla, esas tenemos!..... esclamó el juez asombrado y risueño..... Constitucion y á estas horas! añadió... pues buena la hemos hecho!..

Y cogiendo fuertemente del brazo á la madre de Pepitaña, alzó la cortina y antes de haber ocultado completamente su cuerpo en aquel nicho, tropezó con una muger á quien sacó *velis nolis* á la sala.

Con aire tímido y modesto, cubierto el rostro con el velo de una mantilla de tafetan recogida en derredor del cuello y envueltos sus hombros en una manteleta rasa, si se toma en cuenta lo raido del raso..... asi salió aquella muger á la presencia del juez que la traia cogida del brazo.

La basquiña de tafetan negro, que completaba su trage, era tan docil á las mañas de su dueño, que se pegaba al cuerpo, como si quisiera huir el contacto de la autoridad.

La madre de Conejo, confidenta y corredora de la marquesa de Malvareal, la muger en fin, *mitad señora y mitad doncella*, que hablaba con el médico en la antecámara del duque de Aguazul, salió del escondite tan escurrida y tan chupada, que parecia un espantajo de esos que cuelgan los jardineros para ahuyentar los pájaros y conservar los frutos.

El juez la rogó que se alzára el velo, y ella se opuso, diciendo á gritos:

—Caballero!.. respete Vd. mi dolor... La vergüenza de haber sido sor-

prendida en estos lugares... castigará mi falta... Yo necesito salir de aqui sin que nadie me vea...

—Imposible!.. interrumpió el juez.

—Imposible!.. repitió la andaluza... Ah!.. no;.. respete Vd. la vergüenza de una débil muger... de una jóven esposa...

La madre de Pepitaña soltó una estrepitosa carcajada apenas oyó que la andaluza queria pasar por inesperta, por casada y sobre todo por jóven en presencia suya, y el juez empezó á adivinar la historia de aquel estraño suceso.

El pobre togado se disponia á creer que aquella señora era una de esas mal aconsejadas esposas que entregan la honra de sus maridos en un asqueroso zaquizamí, y casi estaba decidido á respetar su desgracia y á encaminarla por la senda de la virtud, cuando vió el efecto que la comenzada narracion habia producido en la señora Colasa.

—Alcese Vd. el velo, señora, esclamó irritado, ó de lo contrario.....

La andaluza conoció que era imposible continuar el papel que habia emprendido, y acercándose al caballero, que estaba absorto al ver lo que alli pasaba, le dijo en voz baja:

—Soy yo, conde, no tenga Vd. cuidado... He sabido que Vd. queria ver á su hija... y...

—Y quién es Vd., preguntó el caballero en voz alta?

—*Purita*... contestó la andaluza, bajando cada vez mas la voz.

—Concha Partinman?.. esclamó el conde poniéndose en pié y examinando con detencion el trage de la andaluza.

—La misma.

—Y qué hace Vd. aqui á estas horas?.. Qué busca Vd. en esta casa?.. Viene Vd. tal vez enviada por Elisa para frustrar mis planes?... La señora duquesa de Aguazul, añadió el conde con marcada intencion, ha elegido una *Cuca* para que me robe el placer de ver á mi hija?..

—Una *Cuca*!.. repitió el juez asombrado

—*Cuca*!.. dijo tambien la madre de Pepitaña, riendo.

—Una cuca, sí, volvió á repetir el conde... Sepa Vd., señor juez, añadió, que esta señora es hoy la amiga íntima de la duquesa, y que ella y no otra seria la que entregase á mi propia niña en poder de esta canalla.....

La andaluza se dejó caer sobre una silla, sin alzarse el velo, ni atreverse á proferir una sola palabra... Estaba consultando consigo misma si seria ocasion de lanzarse á la estrategia sublime de los ataques nerviosos.

El juez por su parte conoció que era llegado el momento de interrogar á la Colasa... Sabia por esperiencia que esa clase de gentes estan siempre á la vista de los sucesos, para inclinarse al lado que ofrece mayores ventajas.

—A qué ha venido aquí esta señora?..... preguntó.

—Esta señora! respondió con cierto retintin burlesco la dueña de la casa; esta señora!..... ha venido..... Ella dirá mejor que yo..... á qué ha venido.

—A Vd. se lo pregunto yo, replicó el juez incomodado.

—Pues señor, sepa Usía que esta señora viene aquí muchas veces..... y siempre salimos regañando, porque la verdad... yo creo que se queda con la mitad de lo que á ella la dan para que me pague el gasto de tener á la hija de este caballero.

—Mi hija!..... esclamó el conde, mi pobre hija!

—Y dónde está esa niña? preguntó el juez.

—Toma!..... en casa de mi comadre!..... no se lo dije á Usía!.....

—Pues ahora mismo irá Vd. á buscarla.

—Ahora?..... preguntó con agitacion la madre de Pepitaña.

—Oh! no... interrumpió el conde; mejor será que nos den las señas de la casa y vayamos nosotros mismos.

—Déjeme Vd. hacer, replicó el togado.

Y abriendo la puerta del cuarto hizo señas á los alguaciles para que se acercáran; lo que hicieron sin soltar de la mano al infeliz Patata, que no habia cesado de llorar desde que una fatal equivocacion habia venido á aumentar su desgracia.

El juez habló al oido con el mas viejo de los alguaciles, que oyó las órdenes de la autoridad con el sombrero en la mano; y volviéndose á la Colasa, la dijo:

—Marche Vd. con el señor, y cuidado con lo que Vd. hace, porque de lo contrario!...

—Pero, señor... mire Usía que yo no tengo la culpa de nada... y que si me ven las gentes del barrio con un alguacil... dirán...

—Que va Vd. presa, interrumpió el juez.

—Con que me llevan á la cárcel!...

—Si Vd. no trae aquí la niña antes de media hora.

—Pero, señor!...

—Nada.

El alguacil fue el único que advirtió la seña del juez y cogiendo del brazo á la madre de Pepitaña, salieron ambos de la habitacion.

El coche volvió á estremecer la casa de la Letania con su estrepitoso movimiento.

La bulla y la algazara que se oia en todos los cuartos de la casa escitó la curiosidad del juez, hasta el punto de preguntar al alguacil número 2 la causa de aquel alboroto.

—No es nada, señor, respondió el alguacil sonriéndose, sino que

como su señoría ha mandado que no entre ni salga persona alguna...

—Y eso les da risa?

—No señor; pero como hoy es domingo, y cabalmente uno de los detenidos á la puerta es el casero, creen que se pasarán sin pagar esta semana.

Sonrióse tambien el juez de la humorada de los vecinos y de la situacion del casero, y dijo:

—Pues deje Vd. entrar al casero; pero dême Vd. ese muchacho.

El alguacil se fue á cumplir la órden del juez, y Patata entró en aquel juzgado provisional.

—Conoces á esta señora? dijo la autoridad á Patata.

—No la veo bien, respondió este sin dejar de llorar.

—Pues no nos has dicho que era tu madrina?

—Su madrina yo! esclamó indignada la andaluza, esa es ya demasiada insolencia, caballero.

—Responde niño, continuó el juez.

—Yo no tengo madrina... contestó Patata.

—Tú lo dijiste cuando estabas en el patio.

—Es la madre de Conejo.

—Pues tú no eres Conejo?

—No señor, soy Patata.

El juez se confundia con tanto enredo y sentándose en una silla, para consultar con el conde sobre el partido que tomarian con la andaluza, vió abrirse la puerta y entrar por ella un hombre alto, grueso, con los bigotes en las cejas y unas cerdas blancas, remangando con su espesor las narices, y recortadas dos líneas antes de llegar al labio superior.

Un sombrero redondo, sumamente pequeño y una capa estremadamente larga, con embozos colorados y presillas de plata en el cuello, de suyo gigante y hueco, era el trage del recien venido.

No se asuste el lector, y crea esta vez lo que le decimos por mas que le asombre.

El personaje que acababa de entrar en el cuarto-habitacion de la madre de Pepitaña, era tambien de los que se hallaban en el palacio de Aguazul cuando los últimos estragos del sistema nervioso.

El valiente veterano de la guerra de la Independencia... el íntimo amigo de D. Braulio... el alabardero D. Ceferino, en capa y persona, es el personaje que está ahora en presencia de Patata, del juez, del conde y de la andaluza.

—Buenos dias, caballeros, dijo D. Ceferino tomando la iniciativa; á cualquiera de Vds. que me haya permitido entrar en esta casa, de la

cual soy administrador, le doy las mas cumplidas gracias... Porque han de saber Vds. que como yo vivo en casa del señor duque de Aguazul...

—Del duque de Aguazul?... preguntó el conde admirado.

—Sí señor, respondió el alabardero, sin observar la admiracion que aquella palabra habia producido en las personas que le escuchaban. Mi muger, añadió, es hija de un sargento (ya murió el pobre), que era hermano de un ayuda de cámara que tuvo el padre del señor duque actual; y Dios se lo pague á S. E., tenemos casa gratis por esa razon...

—Qué clase de muger es la inquilina de este cuarto? preguntó el juez convencido de que seria la única noticia que podria convenirle de cuantas pudiera darle el alabardero.

—No es mala paga... hace seis semanas que vive aqui, y aun no se ha atrasado en un real siquiera.

—No es eso lo que yo quiero decir... replicó el juez.

—Pues otra cosa no sé yo, contestó D. Ceferino.

—Y de qué vive?

—De lo que gana su hija.

—Su hija?.. preguntó el conde asustado.

—Sí señor, respondió con frialdad el alabardero: tiene una niña muy bonita, que baila en el teatro!..

—En el teatro!.. murmuró el conde.

—Oh!.. es un portento!.. añadió D. Ceferino; dicen, los que la han visto bailar, que cuando sea grande echará la pata á todas las bailarinas francesas... Pero á la pobre niña la tienen martirizada... Uno la estira un brazo... otro la tuerce la cabeza... vaya, yo digo á Vds. la verdad, una vez la he visto dar leccion y me alegraré que sea la última... porque...

—Bien... basta... gritó enfurecido el conde.

Y dirigiéndose á la andaluza, añadió:

—Qué niña es esa, señora?.. hable Vd.

La andaluza se alzó el velo y cayó de rodillas á los pies del conde.

El alabardero hizo un gesto de sorpresa, bien á pesar suyo, y el juez que no perdia nada de cuanto alli pasaba, le dijo:

—Conoce Vd. á esta señora?

—Psss... contestó D. Ceferino torciendo la cabeza.

—Qué quiere Vd. decir con eso? replicó el juez.

—Que la conozco y que no la conozco.

—Esplíquese Vd.

—Pues señor (supongo que Usia será el señor juez?)...

—El mismo; adelante.

—Pues señor... como yo tengo casa gratis por los méritos que los pa-

rientes de mi Escolástica prestaron á los parientes de S. E., resulta que soy amigo... es decir amigo... lo que se llama conocido, de todos los empleados de la casa, y resulta que como bajo por las noches de tertulia al cuarto de D. Braulio, resulta...

—Quién es D. Braulio, y qué es lo que resulta? interrumpió el juez temiendo las digresiones y los sinónimos del alabardero.

—A eso iba á parar.

—Pues pare Vd. pronto, que nosotros tenemos que hacer.

—Pues señor resulta, que como D. Braulio es mayordomo de la casa de S. E., entro yo... muchas veces... en las habitaciones de los señores... y casi siempre que voy está allí esta señora.. Oh! es muy amiga de la señorita!

—Y dónde vive esta señora?

—No lo sé; pero justamente hay á la puerta un criado de la señora marquesa de Malvareal, y ese tal vez...

—En qué puerta? preguntó el conde con inquietud.

—En la de esta casa, respondió el alabardero.

—Que entre aqui al momento, dijo el conde.

Atónito D. Ceferino con lo que alli pasaba, se disponia á servir de alguacil, corriendo en busca del criado; pero el juez le detuvo, diciendo:

—No vaya Vd... tiempo hay... Sabe Vd. á qué viene aqui ese hombre?....

—No señor.

—Trae algun encargo?

—Lo ignoro.

—Pues ya puede Vd. subir á visitar sus inquilinos; pero cuidado con decir una sola palabra de cuanto ha visto Vd. aqui.

—Descuide Usia, señor juez; soy militar, y he aprendido á callar hace mucho tiempo; pero si Usia me permite que le haga una pregunta...

—Diga Vd.

—Se trata de embargo en este cuarto, ó?...

—No señor...

El alabardero hizo un reverente saludo, y salió del cuarto, seguido del juez, que despues de haber hablado en secreto con el conde, dijo:

—Mejor será que yo la examine con maña.

El conde quedó solo con la andaluza, que se habia vuelto á sentar en una silla, y el pobre Patata seguia llorando en un rincon del cuarto.

La presencia de D. Ceferino con su capa terciada á lo estudiante, un cuadernillo de papel en la mano izquierda, un tintero de cuerno entre los dedos de la misma, la tapa de este colgada en un boton de la chaqueta y una pluma en la mano derecha, impuso terror á los vecinos, y en sepulcral silencio subió el casero á cobrar los alquileres de los pisos principales.

Eran estos doce, distribuidos en un corredor de cuatro lienzos y tres pasillos.

El primer inquilino no podia estar en casa los domingos; el segundo no oia llamar al casero nunca; el tercero creia que habia pagado el dia anterior; el cuarto estaba persuadido que debia pagar al dia siguiente; el quinto no sabia que el domingo era despues del sábado; el sesto hubiera jurado qne era lunes... Los restantes decian que el cuarto era lo primero que... pensaban pagar.

Las gentes de aquella *andanada* eran la flor y nata de los inquilinos que encerraba la casa de la Letanía... Figúrese el lector cómo se veria Don Ceferino para cobrar los alquileres del piso segundo, los del patio y sobre todo los de las boardillas.

Nosotros no nos sentimos con fuerzas suficientes para acompañarle en su trabajosa tarea, y nos volvemos al cuarto de la Colasa, donde acaba de entrar el juez con el criado de la marquesa.

— Es esta la señora á quien Vd. buscaba?... dijo el juez señalando á la andaluza.

—La misma, respondió el criado.

—Pues ya puede Vd. entregarla esa carta.

El criado de la marquesa sacó un billete azulado y se lo presentó á la andaluza, diciendo:

—Señora, de parte de la señorita, que tome Usia; y que si Usia tiene algo que decirme, que me lo diga Usia.

Tendió la mano aquella muger para recibir la carta, y permaneció inmóvil largo rato, hasta que el juez la dijo:

—Puede Vd. leerla si gusta... No es justo que por nosotros... se prive Vd. de saber...

—Oh !... no será nada, interrumpió la andaluza, cobrando repentinamente un aire desenvuelto y franco, que contrastaba notablemente con el papel humillante y tímido que habia hecho hasta entonces... Cosas de Elisa! añadió.

—No importa, replicó el juez con intencion, lea Vd. señora.

—Con permiso de Vd., dijo la andaluza, abriendo la carta con admirable descaro.

El conde no hacia mas que moverse de un lado á otro de la sala, con-

sultando á cada momento su reló, y sin cuidarse al parecer de lo que alli pasaba.

La andaluza acabó de leer su carta, la dobló con aparente distracion y la arrojó del mismo modo sobre el asiento de una silla.

—Tiene Usia algo que mandarme? preguntó el criado.

—No, nada, respondió la andaluza.

—Y qué he de decir á la señorita?

—Que ya era tarde... y que luego iré yo por allá.

El juez se sonrió y dijo:—Podrá Vd. cumplir su palabra?

—Quién puede impedirlo?...

—Yo.

—Vd. no es nadie para mí, caballero... yo tengo fuero militar... soy coronela.

—Eso no importa nada, dijo el juez sin dejar de reir; tiempo tendrá Vd. de hacer un recurso sobre incompetencia...

—Pues es una infamia...

—Será todo lo que Vd. quiera; pero de aquí no sale nadie por ahora.

—Ni yo tampoco? preguntó el criado.

—Vd. se saldrá al patio hasta que yo le avise.

Obedeció el criado sin replicar la órden del juez, y á ese tiempo se oyó parar un coche á la puerta de la calle.

El conde volvió en sí con aquel ruido, la andaluza empezó á temblar y el juez abrió la puerta del cuarto.

El alguacil que habia salido con la señora Colasa, entró solo en la habitacion de esta muger.

—Y la niña?... dónde está la niña?... fue la primer pregunta del conde

—La niña!... respondió el alguacil, no viene... está en el teatro.

El conde echó á correr precipitado, y el juez le detuvo, diciéndole:

—Prudencia, conde, ó somos perdidos.

Estas palabras calmaron la ansiedad del desgraciado padre que se dejó caer sobre una silla cubierto el rostro con ambas manos.

El juez se quedó un momento suspenso, y llamando aparte al alguacil, le dijo:

—Dónde ha dejado Vd. á esa muger?

—Está en el portal con dos agentes de policía, porque se me quiso escapar al subir al coche.

—Adónde fueron Vds. desde aquí?

—Al teatro de la ópera.

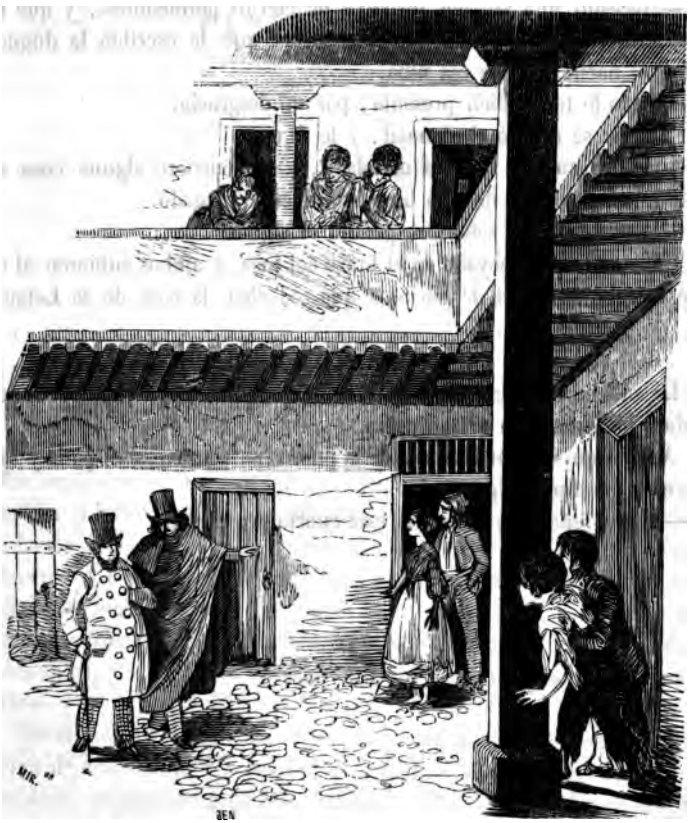
—No le llevó á Vd. primero á casa de su comadre?

—No señor, porque apenas subimos en el coche, la dije que diera las señas al lacayo, y me contestó que fuera hasta la Plaza Mayor, que allí diria adonde debiamos ir. Llegamos á la Plaza, y me dijo:—Si Vd. quisiera hacerme un favor, volveriamos á mi casa y diriamos que la niña habia salido con mi comadre.—Es imposible, la dije; me ofreció dinero, y entonces... me indigné. Fuimos por fin al teatro de la ópera, y yo cumpliendo las órdenes de Usia, dejé el coche lejos de donde habiamos de entrar... Subimos por una escalerita muy estrecha donde habia un hombre que no nos dejó pasar adelante.—Que salga la niña Rosario, dijo la muger que iba conmigo.—No puede ser, contestó el portero, está ensayando y tengo órden de no pasar recados de nadie.—Pues hágame Vd. el favor de decir á su madrina, la señora Tomasa, que salga, que está aquí su comadre.—Eso es otra cosa, replicó el portero, porque esa muger y otras muchas no sirven mas que de estorbo en los ensayos.—El portero se fue en busca de la señora Tomasa, y volvió al poco rato con una vieja... que... Usia me perdonará... era la que engañó á S. Anton.

—Adelante, dijo el juez, mostrándose poco dispuesto á oir gracias en aquel momento.

—Pues señor, salió la vieja, y su comadre la dijo:—Que salga la niña corriendo.—Para qué? preguntó la vieja.—Para llevarla á casa.—Está Vd. loca?—Es preciso.—Pues no puede ser, porque está ensayando el grupo de las cintas, y no dejan salir á ninguna.—Me pierde Vd., señora Tomasa!—Mas pierdo yo si la niña se va, porque á la noche no podrá estar en el baile y no me pagarán el mes y la despedirán del teatro.—Ya lo oye Vd., me dijo la madre de la niña; á la tarde irá...—A la tarde!... quiá!... contestó la vieja... Hoy *tenemos* cuatro ensayos, y cuando salgamos de aquí, gracias que tenga yo tiempo de peinarla y vestirla. Yo ví que la muger que iba conmigo se conformaba con aquella respuesta, y aunque Usia no me habia dicho nada del teatro, dije que si no salia la niña, entraria yo á buscarla.—Eso lo quisiera yo ver!... me dijo la vieja.—Pues entraré á sacarla del teatro, la repliqué. La vieja dió una voz, vino un caballero, se enteró de lo que pasaba y me dijo:—Si viene Vd. de parte de la autoridad, diga Vd. que la niña Rosario está anunciada en los carteles para la funcion de esta noche, y que *ya no se pertenece á sí misma*... ni á sus padres... ya es del público y de la empresa. Salíme de allí corriendo para dar parte á Usía, y viendo que la muger se me queria escapar, llamé á dos agentes para que me ayudáran, y hemos venido á pie detrás del coche.....

—Está bien, dijo el juez despues de pensar un rato... Que lleven á esa muger á la cárcel de corte, y la señora que está alli sentada, que no se mueva de este cuarto... Uno de Vds. se quedará aqui cuidando de ella hasta que yo avise... A ese criado llevarle al juzgado, y al portero que no le deje salir hasta que yo vaya.



Patata no mereció ser incluido en aquel catálogo de providencias judiciales, y quedó á merced de los alguaciles.

El juez se acercó al conde, que continuaba con la cabeza caida sobre el pecho, y cogiéndole por el brazo, le dijo:

—Animo, conde, que estamos muy cerca de concluir con gloria nuestra empresa.

—Mi hija en un teatro!...

—No importa... venga Vd. conmigo.

—Pero vamos á buscarla, no es verdad?

—Luego.

—Ahora, amigo mio, ahora... No me abandone Vd. hasta encontrar á mi hija.

—Necesito que Vd. me instruya de ciertos pormenores, y que recuerde el contenido de las primeras cartas que le escribió la duquesa sobre el nacimiento de esa niña.

—Todo lo tengo bien presente, por mi desgracia.

El juez se dirigió al alguacil, y le dijo:

—Que se cumpla todo lo mandado, y si ocurriere alguna cosa estraordinaria, dentro de una hora estaré en el juzgado.

—Descuide Usía, señor, respondió el alguacil.

El conde salió apoyado en el brazo del juez, y ambos subieron al coche entre la multitud de curiosos que rodeaban la casa de la Letania.

. . . . . .

. . . . . .

La andaluza dió gracias al cielo de que la hubiesen dejado libre; pero la duró bien poco tan grata ilusion.

Apenas quiso pasar el dintel de la puerta para atravesar el patio y salir á la calle, la dijo el alguacil:

—Atrás, señora.... tiene Vd. este cuarto por cárcel.

CAPITULO VII.

LA CUCA.

Recostado sobre la portezuela del coche y con el sombrero en la mano, esperaba el lacayo las órdenes del conde para comunicárselas al cochero y volverse en seguida á la vida privada de su pacífico ministerio, ó como si dijerámos, á la trasera del carruaje; pero no estaba S. E. para pensar en nada entonces, ni sabia qué planes eran los del juez, á cuya ilustracion y esperiencia habia sometido el árduo negocio que le llevó á semejantes sitios, y que no se apartaba un instante siquiera de su imaginacion.

Era el juez demasiado amigo del conde para no evitarle el disgusto que habian de ocasionarle los detalles que diera el alguacil de vuelta de su comision; no esperaba gran cosa tampoco de los consejos de su amigo, y resolvió arbitrarse por sí solo para apoderarse de la niña, impidiendo sobre todo que se presentára aquella noche en el teatro.

Los medios de conseguirlo le traian sobremanera inquieto.

La amistad no aconsejaba el escándalo ni el ruido de un auto judicial..... Los deberes de la magistratura no podian permitir un rapto para arrancar á la hija del conde de las manos de la vieja y sustraerla del compromiso que pudiera tener con el empresario del teatro.

Era preciso equilibrar el derecho de gentes y los preceptos de Sócrates, sin desistir de la empresa comenzada.....

Los agentes de policía saludaron respetuosamente el baston de la autoridad, sin separarse ni poco ni mucho de la madre de Pepitaña, y uno de ellos se decidió á preguntar qué era lo que debian hacer con aquella muger, á tiempo que el juez, corrido de verse rodeado por aquella turba de gente, dijo:

—A la Puerta del Sol.

El lacayo tenia la oreja izquierda pegada al ventanillo del coche, la boca abierta y en línea recta con los flecos del pescante y la mano derecha asida á las *sopandas* del carruaje..... Así pudieron llegar las palabras del juez á los oidos del cochero, atravesando la cabeza del lacayo y sin que este se enterára de lo que habian dicho al pasar.

Esos afortunados mortales, nietos legítimos de Pelayo, alquilan sus órganos para pasadizo de ideas agenas, sin registro ni aduanas..... Son puerto franco de embarque y desembarque sin que zozobre en su bahia el mas recóndito secreto..... Tienen la humildad por alimento, y la resignacion es su mas envidiable prerogativa.....

Los muchachos del barrio hubieran silbado al lacayo, segun costumbre, si la tuvieran de ver coches de aquella clase, á tales horas, en semejantes calles y con personas de tanto bulto. Así fue que con la boca abierta y la lengua pegada al paladar, vieron uno de los espectáculos mas divertidos con que cuenta diariamente la turba granujil.

El cochero sacudió el látigo, dió voces para que los chicos se salieran de entre los pies de los caballos y tardó mucho en doblar la esquina de la calle..... Tal estaban de gente los alrededores de la casa de la Letanía.

Los agentes por su parte no pudieron hacer otra cosa, sino desenvainar los sables, y..... con buenas razones hacer que el público dejase el paso libre.

De este modo pudo perderse de vista el desquiciado elemento, cuando ya se habian acomodado en la testera las personas que iban dentro.

Las palabras del juez que todos, menos el lacayo que las habia comunicado, oyeron clara y distintamente, son interpretadas de diversa manera por cada una de las personas que se agrupaban en derredor del portal.

A los agentes de policía no les quedaba la menor duda de que la órden del juez se entendia con ellos, y que bien claro estaba que debian de entregar á la madre de Pepitaña en la guardia del Principal, puesto que cuando preguntaron qué hacian con ella, habia dicho el juez: á la Puerta del Sol.

La interesada no podia conformarse con aquella interpretacion, y sostenia que las palabras del juez solo hablaban con el lacayo.

—Ultimamente, decia *puesta en jarras* (1), primero voy á la cárcel que al *Vivaque* (2).

—Pues á la cárcel es donde tiene Vd. que ir, contestó un alguacil que salia desde el patio á tomar parte en la cuestion.

Y dirigiéndose á los agentes de policía, les mandó que llevasen aquella muger á la cárcel de Córte.

El tono imperioso del municipal produjo mal efecto en los agentes de policía, y puede decirse que fue como todos los terceros, el que reconcilió á la Colasa con sus centinelas. Ella conoció bien pronto que de una lucha entre ambas autoridades delegadas podria sacar gran partido en aquel momento, y se decidió á abrazar la causa de los mas contra las pretensiones del infeliz corchete, que se hallaba solo y comprometido á cumplir las órdenes de su gefe.

—Usté no es nadie para darnos órdenes á nosotros, dijo con audacia el cabo de los agentes, y hemos hecho mas de lo regular en ayudar á Vd. cuando nos pidió auxilio.....

—Pues manda su señoría, replicó el alguacil, que lleven Vds. esa muger á la cárcel.

—Y quién es su señoría?

—El señor juez del juzgado de primera instancia de.....

—Pues diga Vd. al señor juez de primera instancia, que nosotros no tenemos mas jueces que el comisario y el gefe de la ronda..... y abur, que hacemos falta en nuestros distritos.

—Daré parte á su señoría, esclamó el alguacil.

—Echaremos luto..... señor *corchete*..... (3), replicaron con sorna los agentes.

—*Guindillas* (4) y guindillas....., gritó enfurecido el alguacil.

(1) Esta frase es muy usada entre las manolas, para espresar una postura que no usa menos esa clase de gente, y que consiste en descansar las manos sobre las caderas, formando con los brazos unas verdaderas *asas* del cuerpo, que constituye la *jarra*.

(2) En la guardia del Principal, casa de Correos, hay una especie de calabozo, llamado *Vivac*, donde se depositan interinamente los presos en las calles de Madrid por quimeras, robos, embriaguez etc. para pasarlos despues á las cárceles ó darlos libertad si los delitos no son de gravedad.

(3) Mote que da el pueblo á los alguaciles.

(4) Mote que quiso dar el pueblo á los agentes, y que el gobierno prohibió bajo penas bien severas; pero tuvo la desgracia de hacerlo por medio de un decreto, y como el público busca esa clase de órdenes en los bandos de la autoridad inferior, apenas hay nadie que sepa que el gobierno ha prohibido llamar *guindillas*, á unos agentes de policía que llevaban un plumerito igual en forma y color á una guindilla.

Aquellos desmanes no tuvieron mas consecuencia que la de escaparse la madre de Pepitaña, aprovechando la desunion de las autoridades.

El pueblo, que no simpatizaba con los unos ni con los otros, se puso de parte del alguacil para repetir á coro y á *piacere* la palabra *guindilla*, y los agentes desaparecieron corridos de vergüenza al ver la risa que habia producido en el pueblo el mote que les diera el alguacil.

Este infeliz quedó muy afligido, apenas se convenció de la desaparicion de la Colasa, y dió sus edictos verbales para que aquella gente se apoderára de ella si la veian pasar por alli, mientras él se volvia á la prision de la andaluza, que ya tenia medio sobornado á su sensible carcelero.

Apenas se vió con el alguacil, sin mas amparo que el de su nombre Doña María Amparo de la Purísima Concepcion, creyó que una sinfonia de lamentos y sollozos seria un gran preámbulo para cualquier escena que quisiera representar despues, y asi tomó tiempo para pensar en la manera mejor de seducir al cancerbero que la custodiaba.

Sus ojos negros pero pequeños, su nariz delgada pero torcida, sus labios como los de otra boca cualquiera y mucho peores que los de cualquiera otra, sus dientes esmaltados..... de diversos colores, y en variedad de metros, sus cabellos oscuros, pero tomando distancia de filas de puro claros..... su rostro, en fin, llevaba cuarenta y cinco años de activo servicio, y no servia ya para sacar á su dueño de ningun trance apurado. Cuando vino al mundo la andaluza presidian Venus y Adonis las pilas bautismales; pero Escorpion hubo de reclamarla como cosa suya, y la pobre muger no ha podido nunca hacerse la interesante, con intencion formal de interesar á nadie. Verdad es que ella estaba convencida de lo mismo hacia mucho tiempo, y no pensó un momento siquiera en sitiar al alguacil por semejante flanco. Temia ademas que un hombre acostumbrado á trabajar de órden superior, no fuese capaz de enamorarse por su cuenta, y con poca fé por cierto se decidió á buscar la sensibilidad en el corazon de su carcelero.

—Mis hijos!.... decia, mis hijos!.... mis pobres hijos!.... añadia sin dejar de llorar.

—Hola..... tiene Vd. hijos!.... dijo el alguacil con indiferencia.

La andaluza no oyó las palabras del ministril, y continuó:

—Ah!.... si pudiera verlos!.... si pudiera verlos un momento!.... los pobrecitos me estarán esperando..... Quién los consolará, cuando vean que su madre no parece!.... Un beso no mas que yo les diera!....

El alguacil no oyó esta vez las palabras de la andaluza; pero ella se decidió á dirigirle una interpelacion.

—Quiere Vd. hacerme un favor? le dijo enjugando repentinamente sus lágrimas.

—Si es cosa que yo puedo..... contestó el alguacil.

—Oh!.... sí..... gracias..... es Vd. un caballero.

Pero sepamos..... antes.....

—Nada, se trata de una cosa muy sencilla..... Vd. es padre..... no e cierto?

—Sí..... sí señora..... mi muger tiene cinco hijos.....

—Entonces comprenderá Vd. el dolor de una madre que ha dejado los suyos durmiendo, y que por una desgracia fatal..... por haber salido fiadora de una muger á quien creia inocente..... se ve presa en este cuarto, privada del consuelo de ver á sus hijos!.... y espuesta á la vergüenza de pasar por una muger de poco mas ó menos!.. La viuda de un general....! la prima hermana del regente de la audiencia nada menos.....

El alguacil se quitó respetuosamente el sombrero al oir el parentesco de aquella muger con el regente de la audiencia, y dijo:

—Señora..... dispense Usia y no tenga cuidado; á cualquiera de las cárceles que Usia vaya, yo hablaré al alcaide..... todos son amigos.

La andaluza se echó á reir con la mayor tranquilidad y replicó:

—Gracias, muchas gracias, yo haré que mi primo lo tenga á Vd. presente y premie esas ofertas que Vd. me hace; pero no se trata ahora de que yo vaya á la cárcel..... El señor juez se tentaria la ropa antes de hacer semejante desatino..... lo que yo quiero es que Vd. me deje salir de aqui media hora no mas para ver á mis hijos.

—Señora..... contestó el alguacil todo turbado..... señora..... Usia que es prima de su señoria el señor regente, conocerá lo terrible que es para una alma sensible el oficio maestro..... Yo quisiera poder servir á Usia; pero me es imposible..... Pídame Usia otra cosa..... lo que Usia quiera..... y entonces.....

Volvióse de espaldas Doña María, aparentando desistir de su empeño y dando á entender al alguacil que habia incurrido en su indignacion; pero él, que aunque á decir verdad, contaba por perdido su destino viendo irritada á la prima del regente, no las tenia todas consigo para fiarse de aquellas lágrimas, y dudaba entre el cumplimiento de su deber y la esperanza de un ascenso.

Afortunadamente entró su compañero á notificarle la fuga de la señora Colasa, y el humo de la ambicion que oscurecia su conciencia se disipó como por encanto..... A buen seguro que si hubiese tenido *grillos* y *esposas* á su disposicion, la aplica media docena de unos y de otras á la andaluza, de miedo de que se le escapára.

Patata, que tiritaba de frio en un rincon del cuarto, el criado de la marquesa que estaba en el patio esperando que se cumpliese la órden del juez, y Doña Maria Amparo, todos fueron tratados con igual aspereza por el ministril, desde que supo la desaparicion de la Colasa.

No volvió á escuchar una palabra siquiera, ni permitió que los presos se miráran mútuamente.

Parecia uno de esos capitanes generales de los tiempos modernos, tomando venganza de una conspiracion en las personas de los que no han conspirado.

La andaluza quiso probar otros medios mas persuasivos, y pensó adornar la cara feroz del alguacil con un retrato de Cárlos III, hábilmente grabado en oro; pero era una miniatura que solo valia cuatro duros, y en vez de aplacar la ira del alguacil, escitó mas sus sospechas y le hizo redoblar su vigilancia.

Los presos guardaron el mayor silencio; los alguaciles enmudecieron,

y solo se oia el sordo murmullo de las gentes del patio que hacian comentarios sobre lo que alli pasaba.

Nosotros aprovecharemos ese intervalo para decir cuatro palabras sobre la historia de la andaluza, y su presencia en aquella casa..... Doña Maria Amparo de la Purísima Concepcion es un personage demasiado importante para que nos dispensemos el cuidado de darla á conocer á nuestros lectores. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

La taza de oro de España, el pueblo mas culto de Europa, y el primero del mundo segun Byron, dicen las crónicas que vió nacer á nuestra andaluza; y á buen seguro que si Cádiz no hubiese dado á luz cosas mejores, no seria tenido por el Harem del Universo entre los amantes de lo bello y de lo encantador..... Aseguran tambien que fue bonita en sus tiempos; y aunque nosotros no lo negamos, sentimos que haya dejado de serlo en los nuestros. No somos aficionados á la arqueología fisonómica, y gustamos mas de ver un palmo de cara bueno, que de adivinar si otro qué no lo es, pudo alguna vez haberlo sido.

En lo que no cabe duda es en que Doña Maria Amparo vino á Madrid el año de 1815, acompañada de un tio suyo, capaz de serlo de otra cualquiera, y que ambos fueron á vivir á un cuarto principal en la calle de Jacometrezo.

La señorita Partinman, que con ese apellido inglés era conocida en Madrid, bajaba todos los dias al Prado, acudia á los teatros, se presentaba en los toros vestida de maja, y siempre llamaba la atencion del público por la riqueza de sus trages y la *esbeltez* de sus maneras. Su tio la acompañaba á todas partes con sus cuarenta eneros encima y sus abriles debajo de una levita verde-gay, un corbatin blanco, un chaleco idem y un pantalon negro.

La juventud de la corte no tenia Casinos, ni Liceos, ni ensayos de baile francés, ni carreras de caballos ingleses, ni mas cafés donde pasar el rato que el de Canosa, y otras tabernas por el estilo, donde apenas se podia parar el tiempo necesario para mojarse la boca. Andaban siempre los jóvenes á caza de gangas, y como la señorita Partinman era una de tantas, y tenia una casa mas que decente elegante, y se sabia que con su equipaje habian llegado dos guitarras preciosas que ella pulsaba con estraordinaria habilidad, la juventud de la corte acudió solícita á ofrecerla sus respetos, y á ninguna hora del dia se veia libre de adoradores.

Llegó á noticia del rey la gracia con que la señorita Partinman cantaba las *playeras* de su pais, y manifestó deseos de oirla. Los primeros personajes de la córte se atropellaron para complacer á su monarca, y

nuestra andaluza tuvo la honra de lucir sus habilidades en presencia de la familia real.

Su tio no la dejaba sola un momento siquiera, y era dificil conocer si él estaba á la sombra de ella ó ella necesitaba de él para vivir en el mundo..... No habia medio de dirigirse á la sobrina sin tropezar primero con el tio, y parecia que este era el género que se trataba de despachar antes que nada. Así lo hubieron de comprender unos palaciegos muy aficionados á la andaluza, y le hicieron nombrar administrador de uno de

los sitios reales, distante 10 leguas de la capital. Conformóse el buen tio con aquel destierro, y apenas hubo pagado á su sobrina el corretaje del empleo, salió de Madrid.

De su levita verde-gay brotó una tia de cincuenta inviernos, andaluza tambien, y si esta buena señora no hubiese sido mas prudente que su antecesor, sabe Dios si la niña hubiera podido casarse con un coronel de caballería, despues de haber tenido la condescendencia de irse á Barcelona dos

años, con un auditor del tribunal de la Rota, y sacrificar tres abriles en hacer compañía á un indiano.... Este pobre murió lleno de deudas por no haberse traido de América mas dinero que 10,000 onzas de oro, con las cuales se vió obligado á vivir tres años.

El coronel de caballería no estaba ya en estado de montar á caballo cuando se casó con la señorita Partinman, y murió á los dos años de casado y á los 50 de edad, dejando en el mundo una viuda de 25 años con una viudedad de 10,000 rs. y una hija de pocos meses. La coronela hizo un viaje á Cádiz con su niña, y volvió sola á Madrid el año de 1833, cuando empezaba la guerra civil de España.

Los carlistas hacian entonces el papel interesante de víctimas, y Concha Partinman se alistó inmediatamente en sus filas, sin dejar por eso de hablar con los liberales sobre la accion del Trocadero; comia á escote con unos y con otros y no pagaba nunca con ninguno de ellos..... La amistad, decia, está mas alta que las opiniones políticas, y la tolerancia es la base de una verdadera civilizacion.....

Amiga de todas las personas notables presas por carlistas, asistia diariamente á las cárceles, vendiendo consuelos y ganando amigos, hasta que llegó á adquirirse el dulce nombre de *Madre de los encarcelados*. Cuando hablaba con los carlistas, decia que solo por servir á su amo y señor el rey D. Cárlos V podia ella hacer el sacrificio de tratar con los pícaros *negros*..... A los liberales empleados en el gobierno de aquella época les hacia creer que sus relaciones con los carlistas podian servir á los leales para averiguar las inicuas tramas de los *palomos*..... Para acreditarse con ambos partidos vendió secretos de unos y de otros, cobrando siempre comision de ambos.

Una persona sin embargo llamó principalmente su atencion en los años 34, 35 y 36, y procuró ganarse su confianza con estraordinaria sagacidad. D. Tadeo Hilario Machuca, ex-consejero de Castilla y *señor de muchas campanillas* (como se decia entonces) fue el filon que nuestra andaluza se propuso esplotar con preferencia á las otras minas, que no por eso abandonó completamente; antes por el contrario, con el dinero que pensaba sacar de la grande, se proponia beneficiar las pequeñas.

Se presentó una noche á deshora en la policía y pidió hablar con el gefe para un negocio de la mayor importancia. Consiguió su audiencia con la facilidad que se lograba entonces, ahora y siempre todo lo que huele á delacion y á chismografía, y dijo: que sabia de una manera positiva que D. Tadeo Hilario Machuca tenia relaciones con los facciosos, y que si la policía queria apoderarse de la citada persona y de documentos de gran importancia, fuese á su casa al dia siguiente por la mañana temprano, que allí encontraria á los conspiradores.... No se anduvo

la policía en mas informaciones, y ofreció pasar á la mañana siguiente á registrar la casa del infeliz Machuca..... En busca de este último se fue la andaluza desde la policía, y allí sí que le fue algo mas difícil la entrada..... Pero despues de mil protestas y de hacer ver á los criados que su amo era perdido si ella no le veia al momento, logró ser recibida por D. Tadeo, que dejó el suave calor de su blando lecho en la noche mas fria del mes de enero de 1835, para presentarse á dar audiencia en el deshonesto trage de calzoncillos, bahuchas y gorro blanco.

—No me pregunte Vd. quién soy, caballero..... fueron las primeras palabras que dijo la andaluza.

—Y bien..... señora!..... esclamó D. Tadeo.....

—Salga Vd. de su casa inmediatamente.....

—Que salga de mi casa!..... y por qué?..... preguntó azorado el consejero cesante.

—Las cartas..... las proclamas..... los papeles..... todo..... quémelo Vd. corriendo..... La policía ha tenido un soplo..... y viene dentro de pocas horas á prender á Vd.

D. Tadeo fue mas prudente que la autoridad, y aunque se sobresaltó con aquella noticia, procuró aparecer tranquilo, y dijo:

—Señora..... la policia es dueña de registrar mi casa cuando quiera..... los hombres de bien.....

—Los hombres de bien son carlistas, interrumpió la andaluza. No se descuide Vd. y no quiera aumentar el número de las víctimas inocentes por una falta de precaucion..... Yo soy..... *la madre de los presos*... añadió, convencida de que ese nombre haria efecto en D. Tadeo, y sabria sobre todo á quién debia agradecer aquel aviso cuando la policía fuera á su casa.

El antiguo consejero de Castilla habia oido hablar de la andaluza á sus correligionarios políticos, y aunque no se atrevió á franquearse con ella, la dió las gracias por su aviso, y apenas quedó solo, llamó á un criado de su confianza y puso en salvo su persona, sus papeles y una gran parte ó todas las onzas de oro que tenia en su gaveta.

Convencido á la mañana siguiente de la verdad con que le habia hablado la andaluza, no volvió mas á su casa; y oculto en la de un amigo suyo, hizo buscar á la madre de los presos, que habia tenido buen cuidado en no esconderse, y entabló con ella la mas fina amistad, haciéndola sabedora de sus mas importantes secretos. No quiso la andaluza admitir el menor agasajo, y á no haber sido porque diariamente sabia de familias carlistas que se estaban muriendo de hambre, y de jóvenes que querian ir á defender la Religion y el Rey y que no tenian dinero para el camino, jamás hubiese tomado un real del bolsillo de D. Tadeo. La

D. Tadeo Hilario Machuca.

gaveta de este infeliz era el monte-pio de todas las familias carlistas; y á buen seguro que la faccion hubiese salido triunfante, si los soldados á quienes él pagaba el pré no hubiesen estado siempre en el camino. Pero tenia tal habilidad para hacer de intendente nuestra andaluza, que cuando daba algun socorro lo sabia todo Madrid, y cuando se guardaba el dinero de otros, que era las mas veces, lo ignoraba ella misma.

Su amistad con D. Tadeo le valió una gran intimidad con la marquesa de Malvareal, la cual visitaba continuamente al desgraciado carlista, preguntándole á menudo por un hijo que tenia D. Tadeo en las filas de la faccion, y al cual hemos dejado poco há en un coche con el juez de primera instancia, buscando á la nieta de la marquesa..... hija de la duquesa de Aguazul.....

Poco tiempo necesitó la marquesa de Malvareal para conocer el partido que podria sacar de la andaluza en un negocio que traia entre manos, y entonces fue cuando la confió el secreto de la existencia de la niña en poder de la madre de Pepitaña.

La complicidad es el fiador mas seguro de los criminales, y aunque Concha Partiaman se convenció desde un principio de que no debia saber nada mas que lo que la marquesa quisiera confiarla, conoció tambien que el negocio era de bastante interés, y que podria asegurarla una posicion muy ventajosa al lado de la marquesa.

Ni el origen de la pobre criatura que veia entregada á manos estrañas, ni los planes que sobre la suerte de aquel ser inocente tuviera la marquesa para el porvenir, nada interesaba tanto á la andaluza, como el rango que en lo sucesivo se proponia ocupar, sirviendo de instrumento á estrañas maldades.

La marquesa de Malvareal tenia una gran confianza en su nueva amiga; pero alguna vez llegó á temer que su demasiada intimidad con el señor Machuca la diese á conocer algo mas de lo que ella queria que supiese. Hizo mil esfuerzos para romper aquellas relaciones, y todos fueron inútiles. Finalmente, se acordó de que en Madrid habia un tribunal de *Proteccion y seguridad Pública* y encontró sus puertas abiertas para ambas garantías.... De tal modo la protegieron y tanto aseguraron á D. Tadeo, que en el preciso término de media hora lo mandaron con otros muchos, desterrado á Leganés.

Libre la marquesa de aquel peso, estrechó mas sus relaciones con la andaluza y la presentó á su hija Elisa, como á la viuda de un valiente compañero de su esposo, recomendándosela en secreto bajo su verdadero carácter.

Desde esa época cambió la andaluza de modo de vivir, y empezó á representar un papel distinto del que habia hecho hasta entonces.

Abandonó el estado de viuda jóven, que á duras penas habia conservado hasta entonces, y abrazó con entusiasmo y decision la célebre carrera de *Cuca*, á la cual habia tenido particular vocacion toda su vida..... Trató por algun tiempo de creer que su partida de bautismo era falsa .... pero los años habian hincado la uña al pasar por su rostro y hubo de convencerse de que, si no empezaba á ser vieja, era... porque lo estaba siendo ya..... Vióse obligada á elegir entre el libro de las *cuarenta horas* y las cuarenta de la baraja, y se decidió por las segundas. ... Empezó.... por aficion á jugar á la malilla con la marquesa, y acabó por ser profesora en el ramo de peinar las cartas.

En el gran claustro de las *Cucas* se necesitan muchos requisitos, y Concha Partinman adquirió fácilmente los pocos que la faltaban.

Era *coronela* y tenia como todas las de su clase..... esperanza de que el gobierno la pagase su viudedad y tratamiento de V. S. sin perjuicio de la nómina; podia, sin usurpar nada á nadie, hacerse llamar *Purita, Amparo ó Conchita*; comia dos veces á la semana en casa de una marquesa... y se tuteaba con ella... las demas circunstancias de la *cuquería* eran de facilísima adquisicion.

Lo primero que se hizo á sí misma, fue un voto de no usar otro color que el negro, ni mas prendas de vestuario que una papafina negra

guarnecida de tul, una mantilla de lo mismo, basquiña y manton de lana en verano y en invierno.

Aprobado el uniforme, pasó á disponer los cuarteles, y en esto sí que hizo una reforma radical, estraordinaria y completa. Nadie hubiese sospechado que aquella muger, sola y aislada en un gabinete particular de una casa de huéspedes, se presentára de la noche á la mañana en una miserable boardilla en compañía de una vieja asquerosa y decrépita, de una niña, modelo de hermosura, que apenas tenia 14 años, y de un muchacho pequeño, á quien el lector ha conocido ya con el nombre de Conejo.

La vida anómala y estraña que hacia Doña Amparo (así la llamaremos en adelante) precisamente en una época, en que por su amistad con la marquesa de Malvareal, parecia estar al abrigo de toda necesidad estrema, ya la sabe el lector por la relacion que Conejo hizo á sus amigos la noche de la cena en la calle de Jesus y María. El pobre niño no podia penetrar el misterio de aquellas aventuras, y refirió la parte física, por decirlo así, de su vida: nosotros esplicaremos mas tarde la moral de tan inicua desmoralizacion..... Ahora seguiremos el hilo de nuestra historia, volviendo la vista hácia los personajes que conducia el coche simon, poco conocidos aun de nuestros lectores.

CAPITULO VIII.

ENSAYO GENERAL DE UN BAILE NUEVO.

Las noticias que el juez habia pedido al conde sobre el nacimiento de la niña, y su posicion respecto á la madre de ella, tenian alguna analogía con la historia de la andaluza, y eran los unos y los otros sucesos de la misma época.

El conde de Arechavaleta no tenia semejante título cuando en el año de 1833 requeria de amores á Elisa Manriquez, hija de los marqueses de Malvareal, y su padre D. Tadeo Hilario Machuca le mandó dos años despues á las Provincias Vascongadas, haciéndole renunciar primero su empleo de capitan de la Guardia Real de caballería. Los méritos y servicios prestados por su padre el año 1823, le hicieron merecedor de las mayores distinciones por parte de D. Cárlos Maria Isidro, cuya causa defendió con el mayor ardor, y al cual siguió hasta su destierro en Bourges á fines de 1839.

Antes de abandonar á Madrid se casó en secreto con Elisa, y al poco tiempo de estar en la faccion tuvo noticia del nacimiento de esa niña que ahora busca con tanto empeño. Mientras anduvo por las montañas de Navarra, recibia pocas cartas de Elisa; pero como el gobierno acostumbraba á interceptar la correspondencia, no pudo sospechar el conde la verdadera causa de la indiferencia de Elisa. A su entrada en Francia supo

la ingratitud de su esposa, y poco tiempo despues oyó con horror que habia contraido un nuevo matrimonio con el duque de Aguazul. Entonces estuvo á punto de atropellar por todo y volver á España, para lo cual necesitaba adherirse al Convenio de Vergara. No pudo vencer la repugnancia que le causaba hacer traicion á los principios jurados, y decidió permanecer en Francia al lado de su monarca querido..... El deseo de conocer á su hija le hacia vacilar en su resolucion, hasta que por fin triunfó el cariño paternal del entusiasmo realista, y entró en España pocos dias antes del baile á que asistió despues en casa de su infiel esposa la duquesa de Aguazul.

Apenas llegó á Madrid, se dirigió á la casa de su padre D. Tadeo, con el cual habia estado en correspondencia mientras estuvo en Francia; pero sin atreverse á confiarle nunca el secreto de un matrimonio en que jamás hubiera consentido, á pesar de su amistad con la familia de Elisa.

Ausente de España por haber servido á José Bonaparte, no podia el marques de Malvareal ofrecer la mano de su hija al primogénito de los Machucas, que si no tenia títulos de marqués que heredar, llevaba el nombre de su padre libre de todo afrancesamiento..... Entre la mano de Elisa y la del conde de Arechavaleta, veia el padre de este último levantarse las gigantescas montañas del Pirineo. El gefe carlista sabia por esperiencia que su padre era inflexible en este punto; pero no creia que su fanatismo llegase al estremo de no recibirle cuando se presentó en su casa despues de diez años de ausencia, y cuando el anciano necesitaba el consuelo de su único hijo para entretener las exigencias de la guadaña.

D. Tadeo Hilario Machuca, avisado por el conde de su resolucion de venir á Madrid, se negó á reconocerle como á hijo suyo, y dijo que pues él renegaba de su Rey, no tenia derecho al cariño de su padre. Las súplicas de los amigos, las amonestaciones de los parientes, todo fue en vano, y D. Tadeo no cedió un punto de su antiracional fanatismo.

El único amigo de la infancia que el conde halló consecuente á su vuelta á Madrid, fue el juez de primera instancia que le acompañaba á casa de la madre de Pepitaña. Eran casi correligionarios políticos en esta época, y esta circunstancia les hizo estrechar mas sus antiguas relaciones. El conde tenia una ventaja sobre su amigo, y era la de haber sido el primero en conocer que el gobierno absoluto era un manjar esquisito para los pueblos.

Con las noticias que le diera el conde, averiguó el juez el paradero de la niña, y suspendieron todo procedimiento judicial, hasta que el conde tuviese ocasion de hablar á solas con Elisa.

Ocho dias pasó el desgraciado padre en Madrid, sin atreverse á ver á

su infiel esposa, y oir de sus labios la historia de sus atroces maldades..... El deseo de abrazar á su hija y retirarse con ella á paises estraños, le dió valor para presentarse en casa de la duquesa de Aguazul.

El secretario de la embajada inglesa, ignorando las relaciones del conde con Elisa, fue quien le llevó á casa de esta, la noche anterior al dia en que con direccion al teatro de la ópera, atravesaba el conde la puerta del Sol en un coche de alquiler.....

Distraidos con su conversacion llegaron á la Puerta del Sol sin advertir que el coche habia suspendido su magestuoso movimiento, hasta que el lacayo sombrero en mano, y abriendo con la otra la portezuela izquierda, se disponia á desplegar la escala de hierro, para que descendieran los señores en medio de la multitud que se agrupaba en aquella plaza.

El juez habia adelantado poco ó nada en sus planes con las noticias del conde, y no sabia aun qué partido tomar; pero pensó que el apearse en la Puerta del Sol, era no tomar ninguno, y decidió seguir adelante hasta parar en el teatro.

Obedeció el lacayo las órdenes de su señoría, obedeció tambien el cochero y obedecieron por fin los caballos, que eran los mas dispuestos á una resistencia pasiva.

Asegurado el juez por las palabras de su amigo de que sabria tener calma y no se atropellaria para arrancar á su hija de las manos estrañas en que la maldad de una madre desnaturalizada la habia colocado, resolvió fiar el resultado de su mision al curso ordinario de las circunstancias.

Era lo primero, á juicio suyo, llegar al teatro, ver á la niña y no perderla de vista hasta apoderarse de ella de una manera ó de otra, segun se presentáran los sucesos.

El coche de la duquesa de Aguazul estaba á la puerta del teatro, y uno de los lacayos tenia de la brida un caballo de silla, ingles, del cual se habia apeado, momentos antes de llegar allí el conde de Arechavaleta, Ricardo Goslings, *cavaliere servente* de Elisa, y á quien Conejo habia servido en varias ocasiones.

Esta criatura jugaba con otros chicos de su edad á la puerta del teatro, cuando el conde y su amigo bajaron del carruaje, asombrados de ver allí la berlina del duque de Aguazul. El conde temió que fuera Elisa la que habia venido en aquel carruaje, y el juez procuró calmar la indignacion de su amigo, diciéndole:

—Es imposible que la duquesa venga aquí á estas horas; pero si tal sucediese, podriamos decir que la Providencia estaba de nuestra parte..... Prudencia, conde, y veamos de entrar por esta puerta de la izquierda,

que pues es la única que está abierta, será la única por donde se pueda entrar á estas horas.

Conejo reconoció bien pronto á las personas de quienes habia huido en la casa de la Letanía, y trató de evitar un nuevo encuentro, volviéndose de espaldas cuando pasaron por donde él estaba jugando; pero viendo que examinaban la fachada del teatro, como si buscáran la puerta que conducia al escenario, metió la mano en el bolsillo, sacó un parche de hule negro, y aplicándoselo sobre la ceja izquierda, se acercó al conde, y le dijo:

—Caballero, quiere Vd. que le enseñe la entrada del escenario?

—No es por aquí?..... preguntó el conde con un pie en el escalon de portal.

—Sí señor; pero allá arriba hay muchos pasillos, y si Vd. no ha estado nunca.....

—No importa, dijo el juez; subamos.

Subieron como una docena de escalones, y en vez de pasar de largo

por delante de un hombre que estaba sentado al final de la escalera, tuvieron la desgracia de preguntarle hácia dónde estaban ensayando los bailarines.

La pregunta no podia ser mas original ni mas nueva para el interpelado, y pronto conoció que si aquellos señores eran de los llamados allí, no eran de los escogidos..... Eran profanos á semejantes fiestas.

—A quién buscan Vds? les dijo.

—A nadie..... contestó el juez; venimos aquí..... á ver el ensayo.

—Pues tengo órden de que no pase nadie mas que los *abonados* y los artistas.

El conde acudió inmediatamente á su bolsillo, y sacando un artista de 19 rs. lo puso en la mano del portero, que loco de alegría admitió la invasion francesa de aquel Napoleon de plata.

—Por aquí, señores, les dijo enseñándoles una puertecita pequeña cubierta por un tapiz medio roto.

El portero temió escitar las sospechas de los alumbrantes tramoyistas y demas empleados en el escenario, teniendo con los recienvenidos deferencias que no acostumbraba á tener con nadie, y despues de alzar el tapiz para permitirles la entrada, se volvió á su asiento sin la menor esperanza de encontrar en lo sucesivo otro artista que valiera 19 rs.

El conde y su amigo se vieron, ó mejor dicho, se hallaron en un pasillo sumamente oscuro, en cuyo fondo hubiese brillado la luz de un farol, si el viento que entraba por la ventana inmediata hubiese tropezado con un cristal antes de chocar con la llama.

A tientas, y como mejor pudieron, atravesaron aquel corredor hasta encontrarse con una puerta, donde antes que la luz que por ella salia les recibió un viento desagradable y frio.

Por una escalera torcida y poco segura bajaron algunos escalones mas de los que antes habian subido, y á la débil luz de una vela de sebo que ardia en el suelo, vieron un laberinto de vigas que, colocadas en diversas direcciones, sostenian un techo de tablas que casi tocaba con el pavimento.

Dos hombres tendidos sobre un banco de madera, jugaban á las cartas en aquel recinto, y eran los amos, por decirlo así, de aquella mina..... Eran los alumbrantes del teatro, que despues de haber preparado los quinqués para la funcion de aquella noche, pasaban el resto del dia casi á oscuras y jugando al *mus*.

El juez no sabia que aquel pinar fuese el *foso* del teatro; pero conocia que habian errado el camino y dirigiéndose á uno de los alumbrantes, le dijo:

—Sabe Vd. dónde está el escenario?

—Pues estaba fresco si no lo supiera!.... contestó aquel, *echando* al mismo tiempo *hórdago* á su compañero.

—Y dónde está?..... preguntó el juez poco satisfecho de la anterior respuesta.

—Toma!..... dónde ha de estar!..... arriba.

—Pero, y dónde es arriba?

—Esto es abajo..... con qué eche Vd. la cuenta.

El conde estaba demasiado conmovido para tomar parte en aquellas preguntas, y recostado sobre la barandilla de la escalera, esperaba á que su amigo diera un paso para seguirle maquinalmente.

—Alguno de Vds. tendria la bondad de guiarnos al escenario!..... dijo el juez, reprimiendo á su despecho el deseo de hacer conocer á aquellas gentes el poder de su vara de virtudes, vulgo baston de calamidades.

—Suban Vds. otra vez la escalera, y á mano derecha encontrarán una puerta.. .. allí está el escenario.

—Y es allí donde ensayan el baile?.....

—Vaya una pregunta!..... no lo oye Vd.?..... contestó de una manera bastante brusca el alumbrante.

Efectivamente, se oia crugir el tablado al compás de una música suave y armónica que esparcia sus plácidos ecos por aquel estenso subterráneo..... ó *submaderáneo*, puesto que bajo vigas y no tierra estaba el fosò del teatro.

Las últimas palabras del alumbrante hicieron un efecto cruel en el ánimo del conde.... Paróse á escuchar un rato, y oyó el crugido de las tablas que vibraban con los saltos de las bailarinas.....

Un ruido estraordinario, aunque algo sordo, ahogó los ecos de la orquesta y los crugidos del tablado..... El conde conoció al momento que aquello era un aplauso de los espectadores al mérito de alguna bailarina.. ..

La idea de que el público habria aplaudido tal vez la gracia de la niña que bailaba sobre la cabeza de su padre, le hizo estremecer.....

—Oyes cómo aplauden?..... dijo uno de los alumbrantes sin dejar el juego.

—Sí, contestó el otro, del mismo modo.

—La niña Flora va á entusiasmar esta noche.

—Y estrena el vestido que la regala la duquesa?

—Qué duquesa?

—La de D. Ricardo.

—No sé quién es D. Ricardo.

—Con que no conoces al que fue querido de la Pantufli?

—Sí..... y es ese?.....

—El que dicen que anda con la duquesa de..... no me acuerdo..... Esa duquesa que vive allá..... hácia la puerta del Conde-Duque.

—La que tiene el palco junto al de la *Niña de cera*?

—Cabal.

—Pues yo tampoco me acuerdo cómo se llama.

—No importa; el caso es que esa señora regala un vestido de mas de veinte onzas á la niña Flora..... Toma, como que dicen que todo es de encage.....

—Sí, eh!.....

—Para eso el bruto de D. Cosme dice que D. Ricardo se quedará con el dinero de ese vestido..... mira tú para qué lo necesita!..... y es mas rico!.....

—Rico!..... le conozco yo mejor que tú..... Si es ese que yo te he dicho.....

—El querido de la Pantufli.....

—Sí?..... pues ese tiene mas trampas que pelos en la cabeza.....

—De veras?

—Lo que oyes; como que el otro dia oí yo decir en la contaduría que si no pagaba el abono, le retiraran la luneta y el palco.....

—Tiene palco tambien?

—Sí, el de la Niña de cera corre por su cuenta.

—Qué cosas pasan en el mundo!..... *Envido.*

—*Quiero*..... El es un *caballero de industria*..... de los mas finos.

Hacíanse cruces los dos amigos con lo que acababan de oir, y el juez que habia comprendido al momento que aquella duquesa de que hablaban era Elisa, deseaba saber si la niña Flora era la hija por quien tanto suspiraba el conde.

Acercóse al que le pareció menos áspero de aquellos hombres, y era cabalmente el que parecia estar mas informado de lo que allí pasaba, y le dijo:

—Diga Vd., amigo; Vd. me sabrá decir quién es esa niña Flora que baila esta noche?

—Una muchacha de 10 años, muy bonita y que baila muy bien.

—Es una que vive en?..... preguntó el juez, aparentando haber olvidado el nombre de la calle que deseaba averiguar.

—Vive en la calle de S. Bartolomé.

—Esta que yo digo vive en la de las Amazonas.

—Allá, junto al Rastro?

—Cabal.

—Pues bien, es la misma; solo que antes vivia con su madre, y ahora

la tiene en su compañía una prendera, que vive en la calle de S. Bartolomé.

El conde no tuvo valor para seguir oyendo aquellas circunstancias de la vida de su pobre hija, y empezó á subir los escalones con ánimo resuelto de abrazar el fruto de su desgraciado matrimonio en medio del teatro y á presencia de todos. El juez no hubiera querido terminar aquella conversacion hasta adquirir todas las noticias que necesitaba para apoderarse sin escándalo de Flora; pero no quiso abandonar al padre de esta, temiendo que hiciera lo que habia resuelto en su interior, y lo que cualquier persona hubiese hecho en las circunstancias del conde.

Ambos subieron al pasillo oscuro de donde habian bajado, y esta vez no tuvieron necesidad de agarrarse á las paredes. La débil claridad del foso habia acostumbrado su vista á la oscuridad del pasillo, y fácilmente pudieron distinguir la puerta que conducia al escenario, y que con razon les habia dicho el alumbrante estar á la derecha.

—Qué hace Vd., conde!.... dijo el juez viendo que su amigo se disponia á entrar adonde estaba su hija.

—Nada, contestó aquel friamente y sin dejar de andar hácia el escenario.

—Es preciso que nos paremos á pensar lo que conviene hacer en este caso..... porque nos espondriamos tal vez.....

El conde no hizo caso alguno de las palabras de su amigo, y entró en el escenario, pasando sobre un bastidor que estaba tendido en el suelo.

—Eh!..... eh!..... caballero! gritó un mozo que estaba cargando unos telones; es Vd. ciego?..... Como se haya roto el lienzo, Vd. paga.

El juez no pudo seguir al conde y esperó á que sacáran el bastidor para entrar adonde estaba su amigo sufriendo los improperios de una bailarina, á quien habia pisado al pasar, y la rechifla de unos jóvenes, que embozados en sus capas, estaban recostados en uno de los bastidores de entrada.

—Cristina, dijo uno de ellos dirigiéndose á la bailarina, *cárgate á ese inglés* (1) que tiene trazas de ser hombre rico, y segun la prisa que trae, parece que busca colocacion.

—Y trae mayordomo, añadió otro de los jóvenes, viendo entrar al juez y dirigirse en busca del conde.

(1) Querian decir que *se le echase por amigo*, y esto quiere decir que lo alquilára para *editor responsable* de todos sus gastos; lo cual reducido á la última espresion, equivale á dejar á un hombre sin la última moneda.

—Buen par de cuadros estan los dos, contestó la bailarina..... No veis cómo van!..... Son gente de provincia.

A ese tiempo la orquesta tocó *pianísimo*, y dijo una voz:

Melpómene sale de su bufet y cuenta á sus amigas la historia de sus amores con Hernan Cortés (1).

Cristina se estiró el tonelete blanco, se pasó las manos por la frente para arreglar sus cabellos, como si hubiera de salir á una representacion pública, y entró en la escena haciendo gestos hasta colocarse en medio de veinte ó treinta bailarinas, que no hacian mas que llevar las manos á la cabeza como en señal de haber oido lo que Melpómene debia decirles.

El conde quiso salir en medio del tablado para buscar á su hija en un grupo de niñas que allí habia; pero se lo impidió un comparsa, diciéndole que mientras durase el ensayo no podia haber sobre el tablado nadie mas que los artistas como él.

No pudo conformarse el conde con aquella prohibicion, y dando un fuerte empujon al artista, consiguió llegar adonde estaban aquellas niñas, siempre seguido de su amigo, que ya no se atrevia á decir una palabra siquiera, convencido de que no adelantaria nada con sus consejos.

Difícil era en verdad contener los impulsos naturales de un corazon que habia sufrido diez años, en el momento mismo en que tenia delante de sí el término de todos sus padecimientos.....

Un padre que pasa diez años de tormento y de privaciones con la esperanza de conocer á su hija..... que sacrifica su lealtad y su honra por el deseo de abrazarla, no encuentra obstáculos nunca que entibien su paternal solicitud.....

Colocarse entre el conde de Arechavaleta y el grupo de niñas en que él creia hallar á su hija, hubiera sido poner un pliego de papel entre los labios de un calenturiento y el borde del vaso que ha de apagar con su licor la irresistible sed de la calentura.....

El conde de Arechavaleta habia tenido el valor necesario para arrostrar cien peligros de muerte; habia sabido dominar el noble orgullo de sus principios políticos, jurando unas banderas que habia combatido con honor por espacio de ocho años; habia atropellado en fin la voluntad de su anciano padre, volviendo á su patria á despecho suyo, y no podia temblar ante la oposicion de un miserable comparsa que le prohibia llegar adonde estaba su hija.....

(1) Palabras originales de un librito francés en que se esplica el argumento de un baile, sin que nadie entienda el baile ni la esplicacion.

—Flora!..... dijo dirigiéndose al sitio donde habia llegado ya su corazon; Flora!..... repitió acercándose á las niñas con los brazos abiertos.

La presencia del conde atemorizó á aquellas criaturas, de las cuales la mayor apenas tendria once años.....

Todas huyeron despavoridas temiendo caer en los brazos de aquel hombre, á quien veian por primera vez, con el rostro desencajado, los brazos abiertos y la capa arrastrada por el suelo.....

El juez ayudó los deseos del conde, y alcanzando á una de las niñas, la dijo:

—Y Flora?

—Flora?..... no está aquí, respondió la niña temblando.

—Pues dónde está? dijo el conde con acento del mayor dolor.

La interpelada se volvió á una de sus compañeras diciendo:

—Juanita, sabes dónde ha ido Flora?

—Al palco de la señora duquesa de Aguazul.

—Oh!..... Elisa!..... siempre Elisa!..... esclamó el juez apoyándose en el brazo de su amigo.....

—*Fuera de escena*, señores..... dijo con voz fuerte un caballero que

estiraba las piernas de una bailarina, junto al rincon donde se hallaba el conde.

El juez se retiró con su amigo detrás de un bastidor obedeciendo las órdenes de aquel hombre, que era allí mas que el rey, y en cualquier otra parte..... menos que el último comparsa.

Era uno de esos maridos de bailarina (especie única y muy especial de maridos) que tratan á sus mugeres como los verdugos de la Inquisicion trataban á sus víctimas, y las sirven al mismo tiempo con mas humildad que el esclavo á su señor..... En el teatro pueden y deben descoyuntarlas hasta que todos los miembros de su cuerpo giren en todas direcciones... en su casa no pueden ni deben respirar por ninguna de sus coyunturas.....

La bailarina puede *pertenecerse á sí misma*, lo que desgraciadamente no hace, pero sus clavículas... sus muelles... lo que llamamos goznes los profanos, pertenecen al público, al público no mas, y ningun marido seria osado á pedir lo que no lleva ninguna bailarina en su carta dotal...

La que estaba ensayando junto al conde, habia entregado un pie á su marido y asida á un bastidor con las lágrimas en los ojos y una sonrisa afectada en los labios, decia en lengua italiana:

—*Ancóra piú..... piú.... voltami il piede.... Cossi va bene.*

El marido la volvió el pie en español, y la dijo en francés:

—*Essuyez les larmes... il faut donner au visage une expresion tres affectuesse..... le role de silfide demande ca.....*

Aquella operacion que en lenguaje técnico se llama *destacar*, fijó de tal modo la atencion del juez, que el conde debió tirarle dos veces del brazo para decirle:

—Y bien!..... qué hacemos?

El juez no respondió nada, y el conde añadió:

—Habré de renunciar á mi hija, porque esa muger lleve su inmoralidad hasta el punto de permitir que su propia hija se presente á divertir al público sobre las tablas de un teatro?..... Puedo yo ahogar la voz de mi conciencia, y renunciar á mis sentimientos paternales, por mantener un secreto criminal á los ojos de Dios y de los hombres?

—Podemos esperar, dijo el juez, á que baje la niña.... y entonces.....

—Esperemos..... contestó el conde; pero yo no salgo de aquí sin llevarme á mi hija, y si Elisa se empeña en que haya escándalo..... estoy dispuesto á todo..... Ella quiere provocar la publicidad de un crímen que la daria fama entre sus admiradores..... quiere hacer alarde de su doble matrimonio..... pues sea.....

El conde se embozó en su capa y se retiró al fondo del tablado para desahogar sus ojos de las lágrimas que los nublaban..... Allí encontró un sillon, y en él le hizo tomar asiento su amigo el juez, diciéndole:

—Conde, me da Vd. palabra de no moverse de aquí, ínterin yo averiguó donde está el palco de la duquesa y busco medios para apoderarnos de Flora?

—Ay, amigo mio, dijo el conde desentendiéndose de las palabras del juez, Vd. no ha sido padre nunca.....

—Bien..... no importa..... Conviene que Vd. se tranquilice un poco y reflexione cuán perjudicial le seria á Vd. mismo el escándalo que resultára de hacer otra cosa de lo que yo he dicho.

—Pues sea como Vd. guste, contestó el conde; pueda yo esta noche misma.... dentro de una hora, si es posible, volverme á Francia con mi hija, y sea de la manera que quiera.

El juez echó á andar por el tablado con ánimo resuelto de buscar una de las niñas, compañeras de Flora; pero á los pocos pasos se vió envuelto por mas de cincuenta comparsas que querian salir á la escena por una puerta pequeña, ocupada entonces en dar paso á un artista de cuatro pies, que debia tomar parte en los trabajos del baile nuevo.

Ricardo Goslings se hallaba entre aquella masa de gente, porque habia prestado su caballo para la funcion de aquella noche y queria animar al *artista* con su presencia..... El fogoso corcel estaba receloso desde que habia subido la escalera; y por cada paso que adelantaba, retrocedia tres ó cuatro, asustado con el ruido de la orquesta y el que hacian las herraduras sobre el tablado.

Empujado por los comparsas salió por fin el animal á la escena, y lo mismo hicieron todas aquellas partes integrantes del espectáculo, que no llegan nunca á ser constituyentes; pero que son siempre necesarias para mayor gloria y honra de la escena.

D. Ricardo y el juez permanecieron inmóviles en su sitio; pero no fueron las únicas personas que quedaron entre bastidores, merced á los muchos aficionados con que cuentan esa clase de espectáculos preparatorios, en que generalmente se goza mas y se gasta menos, que en las funciones ordinarias y públicas.

No falta sin embargo quien *pague el pato* en esos simulacros, haciendo lo que vulgarmente se llama el *primo*; y si el juez no tuviera tanta prisa por llegar adonde estaban las niñas, aun nos detendriamos á averiguar cuánto dinero saca de menos aquel pobre señor que habla con aquella individua del cuerpo de baile, cuando se concluya el ensayo.

El conde faltó á la palabra que acababa de dar á su amigo de esperar el resultado de su comision sin moverse de la silla, y alcanzó al juez, cuando apenas se habia separado un paso de D. Ricardo.

La vista de este hombre, á quien el conde habia conocido la noche anterior en el baile de la duquesa, y del cual habia oido hablar á los alum-

brantes del teatro, le causó gran sorpresa y entibió algun tanto su impaciencia..... Aquel encuentro le hizo aplazar por un momento la ejecucion de sus planes, y acercándose al oido del juez, le dijo:

—Este jóven que Vd. ve es el amante de Elisa.....

—El *Caballero de industria*?..... preguntó el juez.

—El mismo, contestó el padre de Flora.

—Pues entonces..... no estará la duquesa en el teatro!

—Al contrario..... ahora no me cabe duda de que está aquí Elisa.

—Soy de parecer que debemos observarle un rato, dijo el juez, deseoso de hallar un pretesto para retardar el momento de acometer una empresa tan dificil como la que entonces traian entre manos.

—Como Vd. guste; pero creo que no adelantaremos nada.

Esto dijo el conde embozándose en su capa verde..... El juez subió su bufanda hasta las narices, y ambos siguieron los pasos de Ricardo, que sin cuidarse de sus espías, llegó adonde estaba una bailarina, ocupada de estudiar un paso nuevo, del cual esperaba sacar gran partido aquella noche, y que no habia querido hacer en los ensayos anteriores al general que entonces se hacia.

—Cómo tan sola?..... dijo Ricardo, acercándose á la bailarina.

La sílfide no se dignó contestar aquella pregunta, y siguió deslizando sus pies por el tablado, húmedo de antemano, hasta que por fin dió un salto tan original y tan nuevo, que Ricardo acostumbrado á ver brincar á las mejores bailarinas de Europa, tendió los brazos involuntariamente, creyendo que aquella jóven seguia suspendida en el aire por no atreverse á caer sobre el tablado.

—Brabo!..... la dijo, brabo!..... Todo eso tenia oculto la incomparable Amelia!

La vaporosa Gacela contestó con una ligera sonrisa y repitió el salto tres veces, hasta que al terminar la tercera ascension, llevó la mano derecha al corazon y agarrándose con la izquierda á una escarpia que estaba clavada en el último bastidor del escenario, empezó á quejarse con el mayor dolor.

Ricardo tenia sus oidos acostumbrados á aquellos lamentos, y con la mayor indiferencia la dijo:

—Es algo violento; pero yo la aseguro á Vd. que esta noche se entusiasma al público, y la Rosina pierde el pleito.

—Cree Vd., *caballero*? dijo la bailarina en mal castellano, y ahogando el dolor de su pecho, que palpitaba con estremada violencia.

—Que si lo creo! contestó Ricardo estrechando entre sus manos la izquierda de la sílfide. ...Puede Vd. estar segura de que ese paso que acaba

Vd. de hacer, lo envidiaria Fanny Esleer, y no es capaz de hacerlo la Taglioni.

—Gracias, muchas gracias.

—Verá Vd. cómo aplaude el público.

—Porque Vd. es demasiado amable, dijo la bailarina levantando los ojos al cielo y dando un apreton de manos al caballero de industria.

—Yo no hago nada en eso..... el público.....

—Todos son amigos de Vd. y hacen conmigo mas de lo que yo merezco.....

—Lo que Vd. hace merecer á otros, es lo que yo.....

—Y luego, interrumpió la bailarina, como todos los periodistas son amigos de Vd.

—Por eso Vd. es mi enemiga..... eh?

—Yo?..... no tal..... Bien sabe Vd. señor duque..... dijo con intencion la bailarina..... bien sabe Vd. que eso no es verdad; pero si la duquesa supiera!.....

—Y qué me importa á mí de la duquesa?..... esclamó Ricardo.

—Es muy bonita.....

—Sí, pero.....

—Duquesa, jóven, rica y.....

—No sabe bailar, ni ha nacido Alsaciana..... ni tiene esa gracia y esos ojos azules.....

La bailarina retiró su mano de las de Ricardo, y haciendo una graciosa y elegante cortesía, le dijo:

—*Au revoir*, *Mr. Goslings*..... Me llama el director de escena....

Ricardo se acercó en seguida á un grupo de bailarinas, *segundas partes*, y tocando en el hombro á la mas jóven, dijo:

—Soberbios trages vais á estrenar!

Ninguna de ellas se volvió á mirar á Ricardo, y él añadió:

—Estais de mal humor porque *madama Rosina* no os deja bailar *los solos* de la Polaka nueva, que Mr. Drak compuso para el cuerpo de baile de París? Esa muger es muy envidiosa!..... no quiere que nadie se luzca mas que ella.

—Y luego..... si el baile hace *fiasco*, dijo medio compungida la mas jóven de las bailarinas, dirán que nosotras tenemos la culpa.....

—Pues no lo han de lograr, contestó Ricardo; porque yo sublevaré las lunetas y haré que os aplaudan á rabiar.....

—De veras?..... preguntaron todas á una las bailarinas.

—Y haré que pidan los *solos*, añadió Ricardo.

—Eso..... eso!..... gritaron las muchachas.....

Un lacayo que andaba dando vueltas por el escenario buscando con

la vista alguna cosa, se dirigió al caballero de industria, con el sombrero en la mano, y le dijo:

—Señorito, cuando Usía quiera.

—Se fue ya la duquesa?

—Sí señor..... ahora mismo ha salido á pie.

—Sola?

—Sí señor, sola.

—Pues que vuelvan la berlina á la cochera, y ves corriendo por un coche á casa de Simon, y que me espere en casa de la señorita Laura.

El lacayo se inclinó respetuosamente, y salió del escenario por la misma puerta por donde habian entrado el conde y su amigo.

Este último, que por las circunstancias de su destino y por serle mas indiferente lo que allí pasaba, podia reflexionar sobre cuanto oia decir, no perdió una sola palabra de cuantas dijo Ricardo. Convencido de que no estando la duquesa en el teatro era el momento mas oportuno para apoderarse de Flora, ofreció su brazo al conde y lo llevó en busca de las niñas, rogándole que le dejase hacer, y que si no se sentia con fuerzas suficientes para dominar los naturales impulsos de su corazon á la vista de su hija, esperára el resultado de sus tentativas dentro del coche que habian dejado á la puerta.

El conde quiso hacer alarde de un escepticismo antiracional, y dudó un momento sobre el partido que debia elegir; pero su corazon no respondia á los deseos de su orgullo, y no tuvo valor para aceptar un compromiso contrario á todas las leyes de la naturaleza..... Ver á su hija sin estrecharla entre sus brazos, hubiera sido cien veces peor que haberse quedado en Francia, sacrificando los deberes paternales ante las aras de un patriotismo inútil, aunque noble.

Decidióse por fin á esperar al juez en la plaza del teatro, y tendiéndole con heróica resolucion su mano derecha, le dijo:

—Sea Vd. padre una vez!

—Descuide Vd., conde, respondió el juez.

Y separándose de su amigo, empezó á buscar con la vista á las niñas de quienes habia recibido las primeras noticias sobre el paradero de Flora; pero no habia ninguna en el escenario, y se decidió á preguntar por ellas á una vieja que estaba ajustando la venta de una cosa, que otras veces solia rifar á cuatro duros y entre doce amigos, con un jóven y almibarado caballero, que estaba recostado en el bastidor de embocadura.

—Soy con Vd., caballero, contestó la vieja con buenos modos á la pregunta del juez.

—Pero sabe Vd. dónde estan las niñas?.... volvió á preguntar el juez en voz baja.

—Sí señor, sí.... dijo la vieja, cogiendo al juez del brazo.

Y volviéndose al caballero con quien hablaba primeramente, añadió:

—Vaya Vd. esta noche por la *oficina* y hablaremos.... Con que caballero, dijo examinando al juez de pies á cabeza, Vd. busca niñas..... no es verdad?

—Sí, contestó el juez, satisfecho de haber hallado lo que queria, y no habia buscado, por no presumir que se encontrára en aquel sitio. Sabe Vd., añadió, donde está Flora?

—Flora!.... repitió asombrada la vieja..... Flora!.....

—Cabal.

—Con que busca Vd. á Flora?....

—Justamente.

—Pues si es mi ahijada!....

—Y dónde está?

—Arriba, ensayando un solo muy dificil que bailará esta noche, porque ha de saber Vd. que Flora no es una pindonga como las demas chicas!... Mientras todas se van á las lunetas cuando acaban sus bailables, ella se sube á la sala de ensayos á repasar y á soltarse bien en el baile con un maestro particular..... porque yo la pago un maestro y.....

—Podriamos verla?.... preguntó el juez, sin haber oido las últimas palabras de la vieja.

—Verla!.... yo le diré á Vd..... verla!....

El juez se acordó del artista que les habia permitido la entrada en el teatro, y aunque no podia valerse del mismo individuo, sacó de su bolsillo otro de igual valor y lo puso en la mano de la prendera, que loca de alegria guió al juez por una puertecilla secreta contigua á la embocadura.

Mientras subian por una escalera pendiente y poco alumbrada, pensó el juez la manera de cumplir al conde lo ofrecido; y disimulando la alegria que le rebosaba el semblante, llegó con la vieja á una puerta cerrada, por la cual salian los ecos de un violin y la voz de un hombre que decia: —No es eso..... Flora..... vuelva Vd. á hacerlo otra vez.

El juez se apercibió al oir aquellas palabras de que habian llegado adonde estaba la hija del conde, y tocando en el hombro á la prendera, que se disponia á levantar el picaporte de la puerta, la dijo:

—Ha concluido Flora de ensayar abajo?

—Sí señor..... y no señor.

—Esplíquese Vd.

—Digo que ella ha concluido; pero tiene tanta aficion al baile, que la gusta quedarse á ver el *padedeu* (*pas-de-deux*) de la Rosina y de Saltuci.

—Pues si pudiera Vd. llevarla ahora mismo á casa de un amigo mio americano..... hombre muy rico, que quisiera verla bailar un momento en su casa.....

—No puede ser, porque.....

—La dará mil reales por un solo.....

—El caso es que como ha de bailar otro á la noche.....

—La dará dos mil.....

—Si pudiera ser mañana!.....

—Se va esta tarde misma á Lóndres y quiere ver bailar á Flora primero... Vd. vendrá con ella y puede pedir todo el dinero que quiera.

—Ya, si es americano!..... esclamó la prendera aturdida y dudando de àquel acontecimiento.

El juez no se descuidó en agasajarla con nuevas monedas; la vieja alzó el picaporte, y ambos entraron en la pieza donde estaba Flora ensayando.

A derecha é izquierda de aquel estenso salon habia unos palos cilíndricos, formando el friso de la pared; pero separados de esta cuatro ó cinco dedos. Lo suficiente para que las niñas se agarrasen á ellos para adquirir mayor soltura en los primeros pasos del baile.

Flora vestida con un gracioso tonelete de linon blanco, un pantalon del mismo color, con unas guarniciones festoneadas que caian

sobre un pie pequeño y calzado con una *zapatilla* blanca, estaba en medio de la sala cuando entraron en ella el juez y la prendera.

Descansando su cuerpo sobre la punta del pie derecho, asomando el izquierdo por encima de la cabeza y queriendo tocar el suelo con la mano derecha, mientras el brazo izquierdo levantado al cielo sostenia tan diabólico equilibrio, permaneció Flora cerca de dos minutos que tardó el violinista en dar un *calderon*, que por lo largo tuvo tiempo de hacerse calderero.

Estaba el pobre músico sentado en una silla, frente á frente con su discípula, reanimando con su aliento la caja del violin que aprisionaba con el carrillo izquierdo; y viendo que la prendera se aproximaba á la bailarina, la hizo señas con el arco del violin para que se retirára, sin dejar por eso de continuar hiriendo las cuerdas de su instrumento, hasta concluir cuatro *battute* que le faltaban para acabar el solo por tercera vez.

—Qué tal ha salido?.... preguntó la vieja al profesor de baile, que recogiendo el violin se acercaba á saludarla.

—Perfectamente, contestó; pero me alegraria infinito que no *fuera* el baile esta noche.

—Y por qué?..... preguntó la prendera.

—Porque Flora está muy cansada.

—Lo oye Vd. ?..... dijo la prendera, volviéndose al juez.

—Pues si no puede ser... no hay nada perdido... me marcho, contestó el juez en voz baja.

Y haciendo un saludo al maestro de baile se dirigió hácia la puerta de entrada, seguro de que la prendera no le dejaria llevar á cabo su fingida resolucion..... Estaba seguro de que este era el único medio de conseguir lo que se habia propuesto..... Si hubiera aumentado la recompensa ofrecida, fácilmente hubiese recelado la prendera, y le habria dejado marchar por temor de caer en un lazo que no podia temer; pero que le era fácil sospechar.

Asi fue que cogiendo á Flora de la mano, se despidió del músico y corrió al alcance del juez, que con aparente resolucion bajaba la escalera que conducia al escenario.

Seguido por la prendera y su ahijada, llegó el juez á la misma puerta donde el conde habia pagado 19 rs. para que le permitiesen la entrada, y el portero puesto en pie y con el sombrero en la mano acabó de alucinar á la madrina de Flora... Esta muger habia visto pasar por allí personas de distincion y artistas de la mayor celebridad, y no recordaba que el portero les hubiese hecho una reverencia tan profunda como la que hacia en aquel momento.

El juez no reparó en la fuerza *moral* que aquel ente *físico* daba inoentemente á sus planes, y preocupado con la idea de que el conde no staba avisado para secundar su idea hasta que Flora estuviese segura, se paró á pensar un rato sobre el partido que deberia tomar.

Dar á la prendera las señas de la habitacion del conde, ó citarla para otro sitio cualquiera, era esponerse á perder una ocasion que dificilmente volverian á hallar; presentarse con la niña delante del conde, sin advertirle primero de lo ocurrido, era descubrir el enredo á la vieja, en campo enemigo; adelantarse para encargar al conde que disimulára su alegria á la vista de su hija, yendo con ella en el mismo carruage, era no conocer los sentimientos paternales de su amigo, y suponerle dotado de un corazon de hiena.....

Era indispensable buscar un medio para salir cuanto antes de aquel apuro, sin perder de vista á la pobre niña, que estaba impaciente por saber adónde la llevaba su madrina antes de concluirse el ensayo, y al juez le ocurrió sacar su cartera, y despues de escribir algunas palabras con lapiz sobre una targeta, entregársela al portero diciéndole:

—Vaya Vd. abajo, y al señor que vino conmigo que está dentro de un coche amarillo, entréguele Vd. esa targeta.

Cumplió el portero las órdenes del juez, y este se volvió á la prendera y la dijo:

—Para que nadie sepa dónde vamos, y puedan Vds. volverse al teatro en seguida, he pedido á un amigo que me deje su coche.

El portero volvió á subir, y dijo:

—Que está bien, señor.

—Cuando Vd. guste, señora, dijo el juez dirigiéndose á la prendera.

Está desdobló un pañuelo de lana que llevaba oculto debajo del brazo, cubrió con él los hombros de Flora, y sin soltarla de la mano, bajó la escalera detrás del juez, que por dar tiempo á su amigo para que doblara la esquina de la calle, bajaba con paso lento.

El lacayo abrió la portezuela del coche; el juez hizo subir primero á la niña, luego á la prendera, y él entró el último, diciendo en voz alta

—A casa del señor conde.

. . . . . .

Los caballos que conducian aquel carruage conocieron sin d que se acercaba la hora del medio dia, y el instinto del medio pi que solian darles alguna vez, les hizo arrancar con mas brio qu ordinario.

El teatro no estaba lejos de la *ponda de los Cuatro Vientos*, y a donde paró el coche, precisamente cuando acababa de entrar el merced á lo mucho que habia corrido.

CAPITULO IX.

EL DOCEAÑISTA.

Puntis, puntarum, de puntis.

PENSANDO únicamente en apoderarse de Flora y acostumbrado á las estravagancias de Elisa, no dió el conde la menor importancia á la noticia que en presencia suya recibió Ricardo sobre la salida de la duquesa á pie y sola antes de concluirse el ensayo y cuando, acababa de llamar á su palco á la niña en cuestion. El juez no creyó tampoco que aquel suceso tuviera relacion alguna con el asunto que entonces le ocupaba, y ambos amigos aprovecharon la ocasion de dar el golpe, como ha visto el lector en el capitulo precedente.

La circunstancia de hallar á la andaluza en casa de la supuesta madre de la niña, y la de haber visto que esta era la protegida de Elisa, les hizo creer que la reconocia por hija suya, aunque á los ojos del público presentára ese cariño de distinto modo.

En esa confianza apresuraron sus pesquisas, y se creian satisfechos de un triunfo, que no hubieran alcanzado tan facilmente, si Elisa hubiese sabido la mitad de lo que el conde habia averiguado.

La duquesa de Aguazul, mimada desde niña por sus padres, y acostumbrada á no desear una cosa dos veces, habia corrido 50 años de su

vida, antes de cumplir 20, y firme en su propósito de no volver la vista atrás para repetir el mas halagüeño capricho ni la mas risueña aventura, andaba siempre á caza de sensaciones nuevas, ora fuesen plácidas ó tristes. Apenas realizaba un pensamiento cualquiera, cuando la idea de otro nuevo venia á turbar el goce de aquel, y de uno en otro deseo jamás pudo verse satisfecha su desordenada veleidad.

Si ella hubiera podido convencerse de que las almas buenas eran las mas, y los corazones malvados los menos, el suyo hubiese sido el mas noble, el mas puro, el mas angelical de todos. Su afan por distinguirse de la generalidad, habia formado en su alma un foco de inclinaciones perversas y de deseos diabólicos. Indiferente é insensible á todas las emociones del alma, se entristecia si era mayor el número de las personas alegres, ó reia cuando la generalidad estaba afligida.

La alegría que se retrataba en su rostro cuando conseguia hacerse notable por alguna accion, las mas veces odiosa y repugnante, no llegaba nunca al fondo de su corazon, que insensible á todo, se conservaba frio en medio del mayor dolor, como en la mas completa felicidad.

Si Elisa hubiese visto que las madres abandonaban á sus hijos en medio de la calle, en vez de abrigarlos y nutrirlos sobre su regazo, hubiera criado á su hija con todo el cuidado posible, en una muger desnuda de todo sentimiento de humanidad..... La duquesa de Aguazul no habria tenido nunca ese amor vehemente con que adivinan las madres los menores deseos de sus hijos; pero hubiera sido de seguro una de esas nodrizas cariñosas que en fuerza de una estremada avaricia suplen el amor materno con la esperanza de un salario crecido.

Obrando de ese modo no hubiese obedecido los impulsos de su corazon escéptico y frio; pero habria halagado su insaciable orgullo y encontrado un medio de hacerse notable entre las demas mugeres, y á eso aspiraba únicamente aquella *alma* incomprensible que, aun viviendo entre los suyos, se creia *desterrada* á paises estraños.

El tocador de Elisa era un espejo fiel de su alma.... Los adornos del ente físico eran tan constantes como los sentimientos del ente moral..... Si Elisa consultaba alguna vez los figurines, era precisamente para vestirse de distinto modo que el que ellos prescribieran..... Sus trages llamaban siempre la atencion, y hubo una época en Madrid en que la duquesa de Aguazul era tenida por la reina del lujo y de la moda. Todas las prendas del trage femenino llevaban su nombre, y eran considerados como leyes sus mas *inocentes* caprichos; pero el imperio de Elisa sobre el tocador de la elegancia madrileña duró muy poco, y en vano quisieron las modistas seguir las invenciones de la duquesa. Su genio innovador no daba dos dias de vida á ninguna moda..... Apenas conseguia

que los sombreros de ala ancha se anunciasen con el título de *sombrero á la Aguazul*, cuando se presentaba con otros pequeños que casi cubrian la cabeza.....

Esa inconstancia en el vestir era el presagio de su habitual inconsecuencia en el trato particular, y abandonada de sus mejores amigas, las personas que se acercaban á saludarla, no exigian correspondencia alguna de parte suya.

Mientras duró su influjo sobre la cartilla de la moda y el ceremonial del gran tono, sus caprichos eran leyes y se aprobaba sin discusion cuanto Elisa se dignaba proyectar en su acalorado pensamiento..... Bastaba que acudiese tarde al teatro para que ninguna señora se presentára en su palco hasta la mitad de la funcion; y si por el contrario acudia temprano y se retiraba antes de concluir el espectáculo, todos los palcos quedaban vacíos inmediatamente.

Pero esa dictadura femenina tuvo la misma suerte que las dictaduras militares, y como por otra parte la influencia de Elisa era sobre modas, siguió el destino de estas y pronto se entronizó otra beldad sobre sus ruinas..... La duquesa de Aguazul habia quedado reducida á brillar donde ella misma hacia el gasto, y por eso sus bailes eran tan celebrados y su manera de recibir tan proverbialmente aplaudida por todos sus convidados.

. . . . . .

En el ensayo del baile, su palco era el único que estaba ocupado, y así nadie pudo observar su retirada ni formar congeturas sobre aquel suceso, que nada tenia de estraño para los que no supiesen las causas de él. La gente que suele asistir á esa clase de semi-fiestas, se compone en su mayor parte de las familias de las bailarinas y de ociosos que viven en familia con todo el mundo, siempre que se trata de entretener el tiempo, sin resultados ulteriores. Ocupados los que allí estaban en la laboriosa tarea de verse *estar* los unos á los otros, nadie vió entrar un lacayo en el palco de Elisa cuando acababa de llegar la niña Flora acompañada de un acomodador que habia bajado á buscárla de órden de la duquesa.

Tomó esta en sus manos una carta que la presentó el lacayo, la abrió, y apenas hubo pasado la vista por aquel papel ordinario y tosco, cuando sin decir una sola palabra á la niña que estaba allí, cubrió su rostro con el ancho velo de blonda negra que adornaba el casco de una riquísima mantilla de raso morado y salió precipitadamente del palco.

El lacayo siguió á su señora con el sombrero en la mano, y al llegar á una escalera no muy ancha por cierto, quiso pasar delante para hacer arrimar el coche; pero Elisa se volvió, y le dijo:

—Vete á casa, y que encierren el coche.

—Señora, replicó el lacayo, nos dijo S. E. que si V. E. nos despachaba temprano, que fuesemos á buscarlo á la Plaza de toros.

—Que le pongan la berlina, interrumpió la duquesa.

—Esta mañana se puso malo un caballo, y el señor tuvo que ir á pie á los novillos.

—Haz lo que te digo, y calla.

El lacayo se contentó con bajar la cabeza, y siguió detrás de su señora.

La duquesa, cubierta con su velo, atravesó la plazuela del teatro donde jugaba el buen Conejo, y sufriendo la nieve que los rayos del sol fundian en los tejados, cruzó varias calles hasta llegar á la Puerta del Sol... Alli tuvo fin su viaje, y por primera vez en su vida se arrepintió de una intencion antes de haberla realizado.

Retiró su mano derecha de una puerta vidriera cuando esta habia cedido media vara á los deseos de Elisa, y un saco de arena, portero obliga-

do de aquella tienda, cerró con estrépito la puerta, buscando el centro de gravedad, como las pesas de un reló de torre que ha perdido la rueda mayor de su máquina.

El haber desistido Elisa de su primera resolucion, indicaba cuando menos que habia pasado mucho tiempo desde que pensó entrar en aquella casa, hasta el momento de poner en práctica su idea. Podia suceder tambien que hubiese equivocado la casa que buscaba; pero esto parecia imposible, porque despues de haber consultado el papel que recibió en el palco del teatro, alzó la cabeza y leyó ó pudo leer lo que en letras gordas y de relieve decia sobre la puerta que entreabrió, y á la cual acercó la cara para mirar á través de las cortinillas lo que pasaba alli dentro.

Eran de seda color verde; pero aunque hubiesen sido de gasa blanca, la oscuridad proverbial del CAFÉ DE LA DERROTA las hacia diáfanas de dentro afuera y opacas de fuera adentro. Asi fue que la duquesa de aguazul consiguió acaso lo que no buscaba, y era ser vista sin que ella viese al que la veia.

Alzó el velo que cubria su rostro, creyendo aclarar de ese modo la opacidad de aquella *cámara oscura*, y tuvo que huir de repente, porque desde adentro abrieron la puerta del café.

Un hombre de barba larga salió de alli, y corriendo al alcance de Elisa con el sombrero en la mano, la dijo:

—Señora, pase V. E. adelante.

La duquesa de Aguazul miró con recelo á aquel hombre, y le preguntó:

—El coronel *Zizaña*?

—Servidor de V. E.

—Le ha dicho á Vd. Concha....?

—Estoy enterado de todo.

—Pues eche Vd. andar delante de mí, dijo la duquesa, siempre turbada con la vista del coronel.

—Es temprano para ir allá, señora.

—Y qué hacemos?.... dijo Elisa, plegando cada vez mas la rica blonda que cubria su hermosísimo semblante.

—Esperar en el café hasta las doce, contestó Zizaña.

—Hay mucha gente? preguntó Elisa.

—Despierta ó dormida?

—Qué dice Vd.

—Nada, señora, replicó el coronel; puede V. E. pasar sin miedo, porque ninguno de los que estan en el café conoce á V. E., y ademas está muy oscuro..... Pero bueno será, añadió, que entremos por el portal y nos vayamos á un rincon.

—Juntos?.... esclamó la duquesa horrorizada.

—Como V. E. quiera; pero siempre será mejor, porque á mí me conocen todos, y al cabo y al fin una señora sola.....

—Va mejor que mal acompañada, se dijo á sí misma la duquesa.

Y haciendo pasar delante de ella al coronel Zizaña, entraron ambos en el café por el portal de la casa.

La duquesa, que por la estravagancia de sus caprichos estaba acostumbrada á toda clase de sociedades y á todo género de impresiones, no pudo dominar su asombro al poner el pie en el entarimado pavimento de aquella tienda de bebidas y refrescos, donde nadie refrescaba ni bebia, si bien es cierto que todos los parroquianos hacian lo uno y lo otro: refrescaban sus carnes por falta de ropa, y bebian..... los vientos, por oler donde guisaban.

La observacion de Zizaña no fue escusada, y tuvo mucha razon para preguntar si dormidos ó despiertos, cuando Elisa quiso saber qué gente habia en el café.

Si nunca duerme el que siempre está despierto, ó no lo está jamás el que siempre está dormido, será dificil saber el estado de los parroquianos del café de la Derrota, cuando cogida la cabeza con ambas manos y apoyados los codos sobre una mesa, pasan doce horas todos los dias sin dar señales de muertos, ni dejarlas de dar de vivos.

Doce personajes de *Brocha Gorda* habia en el salon del café cuando volvió á entrar en él Zizaña, seguido de la duquesa de Aguazul. Seis de ellos ocupaban dos á dos, tres mesas contiguas á la entrada principal del café, y los restantes estaban repartidos sin órden en los diversos veladores que alli habia.

El aspecto que presentaba el café con su claridad *trashumante*, sus paredes forradas de madera hasta la mitad, y defendidas de la intemperie por la intemperie misma, hubiera sorprendido al mismo Zizaña, si él tuviera tiempo para sorprenderse de su persona y de su vestidura.

Todo el mérito de su trage consistia en los méritos y servicios de que impunemente podia hacer gala.

Un sombrero de forma *poliédrica*, negro (Q. E. P. D.) y con una ala triangular, cuya felpa debió pasar á mejor vida, cubria su cabeza y estaba en pugna abierta con las vacías de los barberos y los faroles del alumbrado.

Distraido Zizaña al tiempo de vestirse ó demasiado escéntrico para pararse en frioleras, jamás se acordaba de la camisa, hasta despues de ponerse el frac; y como esta envidiable prenda habia padecido viruelas, era una criba por donde se cernia la carne, que en vano intentaban cubrir los muchos bordados que tenia zurcidos.

El coronel Zizaña.

Sus pantalones fueron de paño azul, y asi lo indican los muchos flecos que ostentan; pero segun lo desollados que estaban, debieron de padecer erisipela en los primeros años de su infancia.

Las botas eran algo descuidadas, y una de ellas habia perdido la caña para pasar al gremio de las chinelas y demostrar al público que... inclusas las calcetas, el coronel no usaba el menor artificio en sus pantorrillas.

Un tafetan negro, proclamando la libertad del cuello, forraba el cogote de Zizaña, y sobre aquella holgada corbata caian de una parte unas guedejas cenicientas y de la otra una barba del mismo color, pero larga y espesa.

Los contornos de su cabeza eran tan irregulares como los de su traje; y como su nariz estaba partida en dos mitades, se puede asegurar que sus ojos pardos y pequeños era lo único que se veia en el pálido y desencajado rostro de Zizaña, que fuera perfecto y de forma conocida.

Sus compañeros de café, aisladamente tenian muchas perfecciones que envidiarle... reunidos todos ellos, aun le quedaba mucho que desear al buen coronel.

Nuestros lectores tendrán tal vez por exagerado lo que les decimos; pero pueden estar seguros de que cuanto digamos no llegará nunca á la realidad. Es preciso conocer despacio á los parroquianos del café de la Derrota para convencerse de su casi fabulosa existencia.

El título de este capítulo habrá podido engañar á algunos de los que no sepan que hay un *doceañismo* social que nada tiene que ver con el político; pero así es la verdad, y no hay mas analogía entre ambos que las fechas.

Zizaña y sus amigos cuentan los años del siglo en que viven parándose siempre en el de 1812; los doceañistas políticos se equivocan al llegar al 1813, vuelven á contar de nuevo y nunca salen del *doce*.

En el café de la Derrota se habla mucho del año de 1808, se cuentan historias del 1809, se refieren lances del 10, se citan hechos del 11, se procura siempre estirar la conversacion hasta llegar al 12; pero el 13 es número fatal, y por no saltar al 14 vuelven á empezar el siglo, y esperan que se concluya para entrar en juego otra vez hasta que lleguen al 1912, donde piensan hacer alto tambien, si Dios les da salud y vida.

La duquesa de Aguazul siguió los consejos del coronel Zizaña, y tomó asiento á su lado en una mesa contigua á un velador, donde estaban dos hombres oyendo la conversacion de un tercero, que se espresaba en los términos siguientes:

—Yo no digo que haya mas ni menos lujo; pero nunca hemos estado tan escurridos como ahora... Antiguamente no habia mas que acercarse á un señor que fumase puro y pedirle el fuego, y era cosa sabida, que

—Qué habiamos de saber!... replicó uno de ellos, si yo, desde el otro dia que allá en la *Timbirimba* (1) me equivoqué, y por coger una colilla que habia dejado encima de la mesa, agarré un cigarro puro que estaba fumando doña Conchita, no he vuelto á catar el humo!

—Esa sí que fuma buen tabaco!... esclamó el mas hablador de aquellos personajes.

—Como que siempre anda entre condes y marqueses...

El coronel Zizaña, que aunque de vez en cuando hablaba con Elisa, oia lo que hablaban los del velador inmediato, tosió fuerte, hasta que uno de aquellos volvió la cabeza, y sin entender las señas que le hacia el coronel para que callara, llamó la atencion de sus compañeros sobre la duquesa de Aguazul.

—Quién será esa señora!.... les dijo; la conocen Vds?

—No, contestaron á duo los amigos.

—Como tiene el velo echado...! no es facil conocerla.

—Y luego se han ido á sentar en el rincon mas oscuro del café!

—Parece una señora de rango!...

—Y habla en secreto con Guevara!....

—Preciso es confesar que ese hombre tiene una suerte decidida...

—Se le aparece la madre de Dios en todas partes y á todas las horas del dia.

—Pues aun se queja.

—Lo que á mí me incomoda, es oirle decir que nunca se ha visto tan apurado que no tuviera tabaco que fumar!.. cuando yo le he visto, y Vds. se acordarán, hace cosa de un mes... y menos, andar recogiendo puntas de cigarros de papel hasta en la calle.

—Qué duda tiene eso!.. Quién fue el que inventó pescar las *colillas* mojando la contera del baston, cuando habia gente delante!

—Me lo dirá Vd. á mí que le he visto hacer piñillos con las puntas de las puntas de aquellos cigarros de papel que los mozos del billar del Príncipe hacian con las puntas que les vendia Juanillo, el ayuda de cámara del difunto marqués de Malvareal!

—Y á propósito, preguntó el mas charlatan de aquellos habladores, se sabe al fin si murió ó no murió el marqués?

—Hay opiniones, replicó el que acababa de traducir el famoso latinajo de *puntis, puntarum, de puntis*; hay opiniones, repitió, pero yo no creo que viva, porque aunque él no se llevaba muy bien con su esposa, es-

(1) El juego ó la casa donde se juega al monte.

taba siempre á la cuarta pregunta, y la boda de su hija le hubiera venido de perilla.

—Se casó su hija?

—Toma!... ahora salimos con esa!... pues hombre, Vd. es capaz de creer que vive Cárlos III!... Qué atrasado está Vd. de noticias!...

—Yo le diré á Vd., me dijeron el otro dia que ella era la que mantenia á un jóven, que no me acuerdo cómo se llama... ese que andaba siempre por ahi tan estirado.....

—Sí, ya sé quién dice Vd., tampoco yo recuerdo ahora su nombre..... pero cómo queria Vd. que le mantuviera sin haberse casado con un grande de España!.....

El coronel Zizaña, á quien llamaban Guevara los del velador, volvió á toser de nuevo, haciendo señas para que no siguieran hablando, porque temia que Elisa oyera la conversacion, si bien es cierto que él solo habia podido comprender alguna palabra suelta.

La duquesa de Aguazul quiso disimular su estancia en aquel sitio pidiendo un vaso de agua de limon, que el mozo la servia en aquel momento, juntamente con un almuerzo de café y leche con tostada de manteca y una docena de ricos habanos que Zizaña se sirvió pedir, cuando Elisa le brindó á que tomase alguna cosa.

—Buen provechito, señor Guevara, dijo lamiéndose los labios el mas ladino del triunvirato.

Y levantándose de su asiento, se acercó á la mesa donde estaba Zizana, y con el mayor desembarazo cogió tres cigarros diciendo:

—Dispense Vd., señor Guevara; pero se nos han olvidado las petacas, y entre fumadores.....

El coronel hizo un gesto de desaprobacion marcada, y la duquesa que á pesar de su inquietud y de no atreverse á alzarse el velo temiendo que la conociera alguno de aquellos hombres que habia en el café, tenia la suficiente serenidad para sacar partido de aquella situacion, que á decir verdad, era la mas estraña de cuantas habia visto en su tumultuosa existencia, y ocultando entre los pliegues del velo la risa que movia sus labios, dijo con tono dulce:

—Por qué os incomodais?

—Por nada, señora, contestó el coronel en voz baja y echando una mirada terrible á los tres amigos, que gracias á la duquesa y al valor de uno de ellos, examinaban con regocijo los tres cigarros que, reducidos á coraceros, podian multiplicarse prodigiosamente.

—Pida Vd. mas cigarros, replicó Elisa, conociendo el dolor de Zizaña por la pérdida sufrida.

—Gracias, señora; no es por el tabaco, sino por la accion..... y que

V. E. no sabe lo *gorrista* (1) que es esa gente!... Todo lo hacen igual, señora; lo mismo les da que uno esté acompañado, que si estuviera solo; creen que porque uno... ande escaso de medios de fortuna, y alterne con ellos, tienen derecho á tratarle de igual á igual.... Es preciso hacerles conocer que hay mucha diferencia de ellos á mí.....

Zizaña interrumpia á menudo su conversacion para acariciar su estómago, y Elisa, que se habia resignado á entrar en el café por esperar la hora de ir adonde verá el lector mas adelante, se puso en pie apenas oyó la primera campanada de las doce en el reló del Buen Suceso.

Los que dormian como los que estaban despiertos, los que fumaban y los que no, todos los que estaban en aquella sala se alzaron de sus sillas del mismo modo y abandonaron el café, diciéndose los unos á los otros:

—Vamos á la *oficina*.

—Supongo que esos hombres no serán empleados..... eh? preguntó la duquesa.

—No señora, contestó Zizaña, limpiando el borde del vaso con los bigotes.

—Serán pretendientes... .

—Tampoco.

—Pues qué oficina es esa?

—Una casa..... donde se reunen..... á pasar el rato con una baraja y cuatro amigos.

—Y esa gente tiene dinero para jugar?

—No señora..... pero si sale algun difunto....!

Vaya, tome Vd. ese bolsillo, interrumpió la duquesa; pague Vd. lo que sea, y vámonos corriendo.

Zizaña abrió el bolsillo con la mayor alegria, y encontrándole lleno de doblones de á cuatro, buscó en vano una moneda de menos valor, y últimamente se resolvió á coger un doblon para que el mozo del café se cobrara de él; y aunque se equivocó sacando cuatro, puso un ochentin no mas en la bandeja, donde le habian servido el almuerzo. Quiso devolver el bolsillo á la duquesa, y esta le dijo:

—Guardelo Vd... y vamos.

—Gracias, señora, contestó el coronel, queriendo asegurar la posesion de aquel tesoro que él creia interina.

Y dirigiéndose al mozo gritó:

(1) Si hubieramos de seguir la marcha del Diccionario de la Lengua Castellana, diríamos: Gorrista, *vide* Parásito; Parásito, *vide* Gorrero; Gorrero, el que come de gorra. Pero como eso en último resultado no seria decir nada, ha de saber el lector que la palabra *Gorrista* se usa para nombrar una persona que vive siempre de lo ageno, pidiéndolo con todo descaro á su legítimo dueño.

—Cobra, y dame la vuelta corriendo.

El mozo habia sospechado desde un principio la verdadera clase á que pertenecia la pareja del coronel; pero acostumbrado á que los parroquianos diarios del café no tomasen nunca otra cosa que no fuera la *Gaceta*, el *Diario*, el *Eco del Comercio*, un vaso de agua, el braserillo de la lumbre y las mesas por asalto, no pudo creer que aquella moneda valiese cuatro duros, sino cuatro reales lo mas, y dijo:

—Falta dinero.

—Cómo que falta!.... esclamó el coronel; sobran 75 rs. y medio

—Pues qué, es de oro? preguntó el mozo asombrado.

—Y de Cárlos III nada menos!... dijo Zizaña examinando el ochentin.

—Pues entonces..... dijo el mozo, sin saber qué pensar, pero sin atreverse á pensar bien de aquel suceso, no hay cambio.

—Que se quede con la vuelta, interrumpió la duquesa, deseosa de salir de alli cuanto antes.

—Gracias, señora, muchas gracias á *Vuecelencia*, gritó el mozo, quitándose respetuosamente, y por primera vez acaso, su inveterada cachucha.

—Luego me darás la vuelta, dijo Zizaña en voz baja y saliendo detrás de Elisa, que ya habia abierto la puerta que daba al portal por donde habian entrado.

—Verdad, señora, que es para mi! gritó el mozo, empuñando el doblon de á cuatro y corriendo al alcance de la duquesa.

Elisa plegó su velo para mejor cubrir el rostro, y sin dignarse contestar á las palabras del mozo, se volvió al coronel y le dijo:

—Está muy lejos esa casa?

—No señora, ahi en la calle de los Negros.

—Pues vaya Vd. delante de mí, y guie Vd. por las calles mas solitarias.

—No hay mas que dos, señora: la del Carmen ó la de la Montera, la que V. E. elija.

—Por donde esté mas cerca; pero deje Vd. el tratamiento y que nadie sepa quién soy.

Guevara se inclinó respetuosamente para pasar delante de Elisa, y ella salió del portal, cuando su acompañante llegaba en medio de la Puerta del Sol.

El mozo del café, que no habia perdido aun la esperanza de asegurar la posesion de los 75 rs. y medio, aprovechó la salida de Guevara para dirigirse de nuevo á Elisa diciéndola:

—Señora..... señora..... me quedo con la vuelta?

—Si, contestó por fin la duquesa, saliendo á la calle antes tal vez de lo que habia pensado.

CAPITULO X.

LA NIÑA DE CERA.

Ricardo Goslings salió del teatro poco despues que Elisa, y casi al mismo tiempo que el juez, la prendera y Flora.

A pie y sin intencion de seguir los pasos del conde, que sobre la ventaja del tiempo llevaba tambien la del deseo de abrazar á su hija, tomó el mismo camino que llevaba el coche simon, y entró en la misma casa donde habia subido el conde de Arechavaleta.

La entrada de la fonda de *los Cuatro Vientos* es poco mas alta que la mitad del edificio, y en aquel portal desempedrado y sucio estan un viejo y una niña desempeñando á ratos el ministerio de la porteria. Mientras el viejo saluda á los huéspedes de la fonda, la niña hace palillos á la entrada del portal, y cuando la niña hace de portera, limpia el viejo botas y zapatos sobre la primer grada de la escalera que conduce al piso principal.

Ricardo es tal vez la única persona á quien saludan poniéndose en pie ambos porteros, y puede decirse que todos los criados de aquella casa le tienen mas consideraciones y mas respeto que á su mismo amo.

Apenas puso el pie en el portal el dia de que vamos hablando, cuando se le acercó el limpia-botas sombrero en mano, y tirando al suelo la caja del betun y los cepillos, le dijo:

—Señorito, la señorita ha salido.

—Sola?... preguntó Ricardo.

—No señor, contestó el portero, acostumbrado, bien á pesar suyo, á no decir nada mas que lo preciso cuando hablaba con Ricardo.

—Con quién iba?

—Con la señora Juana.

—Hace mucho tiempo que salieron?

—No señor.

—Te dejaron algun recado para mí?

—Sí señor... me dijo la señorita que si venia Usia que le dijesemos que volvia al momento.

El juez bajaba precipitadamente la escalera, y al encontrarse con Ricardo dió un paso atrás, sorprendido de ver alli al hombre á quien acababa de dejar en el teatro, y del cual no podia esperar nada bueno su amigo el conde.

Paróse un momento, dudando si deberia seguir adelante ó volverse á dar cuenta al conde de aquel suceso; pero viendo que Ricardo subia la escalera sin fijar en él su atencion, decidió informarse del limpia-botas diciéndole:

—Conoce Vd. á ese caballero que acaba de entrar?

—Que si le conozco?... y mucho!

—Por quién preguntaba?

—Por nadie... por quién habia de preguntar!... por su señora...

—Es casado?

—Toma!... qué sé yo!... eso pregúnteselo Vd. á él!...

—Y vive aquí?

—El señorito? no señor... pero tiene tomado todo el piso principal que da á la calle, y paga cinco duros diarios... por las paredes no mas... Como que es muy rico!... tiene coche y todo!... Los mozos de la fonda le sirven mejor que á ningun huésped, y la señorita tiene un lacayo y dos doncellas.

—Cómo se llama esa señorita?

—Doña Adelfa... pero no sé el apellido.

—Adela, señor Roque!... interrumpió la palillera, Adelfa!... vaya!...

—Adela ó Adelfa, replicó el portero, tanto me da; nunca puedo entender esos santos franceses.

—Gracias, amigo, dijo el juez, disponiéndose á salir á la calle, cuando entraba en el portal una señora jóven seguida de una muger de alguna edad, pero jóven tambien.

El portero corrió á saludar á la primera, y la dijo:

—Señorita, ahora mismo acaba de subir el señorito.

La señora apresuró el paso, y seguida de su doncella subieron ambas el primer tramo de la escalera.

El limpia-botas se llegó al juez, que ya tenia un pie en el escalon del portal para salir á la calle, y con voz misteriosa le dijo:

—Esa es...

—Quién?

—La señorita del piso principal.

El juez no hizo caso de estas últimas palabras; y subiendo al coche simon, se volvió al lacayo y le dijo:

—Al teatro.

La señorita Adela encontró á Ricardo leyendo los nombres de los huéspedes de la fonda, escritos en una tabla de pino, colgada en la porteria del piso principal, y se acercó á saludarle con estudiada coqueteria, como si hubiesen pasado cien años desde la noche anterior, última vez que le habia visto.

La doncella que iba en su compañia, se apercibió desde luego del nublado que venia encima, y si Adela hubiese hecho caso de su indicacion, para entrar en su cuarto sin saludar á Ricardo, no la hubiera contestado con una mirada terrible, que la hizo bajar los ojos al suelo y entrar por la puerta que estaba frente á la escalera, y que el portero tenia abierta desde que llegó Ricardo.

—Con que dices tú que no hay mas gente en la fonda que la que está en esta lista? preguntó Ricardo al portero.

—No señor, no hay mas, porque el amo apunta los nombres de todos...

—Bien, basta, interrumpió Ricardo; sabes tú, añadió, si alguno de estos que hay aquí ha venido de Francia?

—Si señor, hay dos: el uno es un inglés y el otro parece español; pero habla tan poco!...

—Cómo se llama el español?...

—No lo sé; pero ahí está en la lista!...

—Y cómo quieres que yo sepa cuál es el que tú dices entre todos estos, bárbaro!

—Tiene Usía razon... pero si Usía quiere lo preguntaremos...

—Pues pregúntalo y entra á decírmelo, replico Ricardo, entrando por la misma puerta por donde habia ido Adela.

. . . . . .

Atravesó un estrecho pasillo donde, ni mas ni menos que en todas las dependencias de nuestras fondas, habia un olor *sui géneris* á comida de mal género, capaz de quitar el apetito al gastrónomo mas declarado. Llegó á una sala donde dormia pacíficamente un camarero con su servilleta al hombro, al cual despertó con un fuerte puntapié, y abriendo

ına mampara de hule negro, se presentó en una sala soberbiamente ımueblada, donde sentada en una butaca de terciopelo carmesí y con ;u doncella al lado se encontraba la señorita Adela.

—De dónde viene Vd., señora?.... la dijo Ricardo

Adela cubrió sus ojos con el pañuelo que tenia en la mano, por única :ontestacion, y su doncella respondió:

—Venimos del Bazar.....

—Nadie te pregunta cuántos años tienes, replicó Ricardo incomodado.

Y dirigiéndose á la señorita, la dijo:

—Adónde ha ido Vd., señora.

—A comprar una bajilla de tinta azul, contestó Adela sollozando.

—Es falso..... gritó Ricardo.

—Dios mio!.... esclamó Adela, qué desgraciada soy!....

Ricardo empezó á dar paseos por la sala, aparentando tener una cólera ;ue en realidad no tenia, y parándose de repente junto al sillon donde se ıallaba Adela, dijo:

—Me querrá Vd. decir á qué vienen esos gastos todos los dias!.... Soy o acaso un Rostchild!.....

—Yo nada te pido..... nada quiero!.... esclamó Adela llorando á lágri-ıa viva, soy muy desgraciada!....

—Desgraciada, porque á todas horas quisieras estar derrochando di-ero!.... Qué falta hacia esa bajilla?....

—Como ayer dijistes que no querias almorzar con los platos de la fon-a, y que tu bajilla era para la comida solamente!...

—Pues hoy digo que estoy harto de todo, que no quiero mas gastos, y ue ya puede Vd. pensar en mudar de vida.....

Adela secó sus ojos, entreabrió sus labios y levantándose de su ;iento, abrió una mampara de damasco amarillo que estaba frente al ;gundo balcon de la sala, y volviéndose á su doncella, la dijo:

—Que venga Ines á peinarme, y tú sácame el vestido de gró azul que ıe trajo ayer la modista, la *Pamela* (1) color de rosa y botas de raso zul.

Ricardo no sabia qué pensar de la resolucion de Adela, de quien es empo ya que sepa el lector las pocas noticias que nosotros hemos podi-o adquirir de las diversas relaciones que ella hacia sobre los sucesos de ı joven existencia.

Se sabia que era hermosa hasta un punto casi inverosimil, porque sus

(1) Sombrero de ala casi redonda que se conoce con ese nombre.

ojos rasgados y negros, su nariz delgada y graciosa, su frente tersa y brillante y sus mejillas sonrosadas y bellas eran testigos irrecusables de la eélica dulzura de su barba, del vivo carmin de sus labios..... y mas que todo aun, de la increible blancura de sus dientes.....

Las seductoras ondulaciones de su negra cabellera, las suaves formas de su torneado cuello y la incomparable ligereza de su esbelto talle, nada produce tanta admiracion como una sonrisa de Adela..... Mientras ella permite, que sus labios se besen mútuamente, avivando el encendido color que los cubre, puede creerse que exista otra muger en el mundo mas hermosa que Adela..... pero cuando los abre con graciosa sonrisa y deja ver dos filas de dientes demasiado iguales para compararse con las perlas

del Oriente, y de una blancura superior á la de la nieve, y mas que esta deslumbradora y pura, nadie duda que aquella muger es una maravilla de la creacion.

Para comprender el imperio y la irresistible atraccion de su hermosa dentadura, bastará decir que aunque en un grupo de mugeres graciosas y bellas no es Adela la primera que fija la atencion de los que la miran, en el momento de abrir sus labios, los ojos quedan inmobles y heridos por un rayo de luz, igual al que nos produce la nieve cuando nos deslumbra sin que la veamos.....

Su tez ligeramente morena casi nos permite decir que es blanca; que asi como el color oscuro de los africanos hace resaltar sus dentaduras, asi la de Adela no sufre nada completamente blanco al lado suyo.

Hacia diez y siete años que habia venido al mundo, cuando se presentó en él, y su hermosura le valió diferentes sobrenombres: *Perla oriental*, la llamaban unos; *Rosa de mayo*, la decian otros, aludiendo al mes en que la vió la sociedad madrileña, y últimamente fue bautizada por unanimidad con el de *Niña de Cera*, en memoria de otra belleza improvisada que bajó al sepulcro en la flor de su juventud.

Fecundos en declaraciones de amor fueron los primeros dias de su aparicion en la corte..... En su casa, en los paseos, en los teatros y hasta en las iglesias, donde solia acudir si habia concurrencia, por todas partes se veia acosada de billetes amatorios; y mientras se creyó vacante la plaza, todos los jóvenes de Madrid se creyeron con derecho para sitiarla.

Doña Leonor Gamuza, *soltera de* 37, amiga de Adela y única persona que sabia algo de lo que todos deseaban saber, se veia agasajada por todos los aspirantes, para que interpusiera su influjo en favor de cada uno de ellos..... La *señorita* Gamuza, educada en las antesalas de los ministerios, sabia desempeñar su parte de protectora á las mil maravillas, y daba esperanzas á todos, consejo á pocos, y no hacia nada por ninguno.

Dos meses escasos duró la privanza de Doña Leonor, y á escepcion de alguno de esos hombres, *primos* del universo entero, que prestan su buena fé *á la par*, los pretendientes al corazon de Adela huyeron avergonzados apenas supieron que Ricardo Goslings era la única persona que entraba en su casa.

Ricardo procedia con gran reserva en sus amores con la niña de Cera, y aun á sus mismos criados los traia engañados en ese punto, como ha visto el lector, cuando despidió el coche en el escenario del teatro, diciendo al lacayo que fuesen á buscarlo á casa de la señorita Laura, íntima amiga de la duquesa de Aguazul.

El despecho de los apasionados de Adela llegó hasta el mas ridículo de los estremos, que fue el de los anónimos. Elisa estuvo recibiendo por mucho tiempo cartas de personas desconocidas y esquelas sin firma, en las que se fijaban hasta las horas en que Ricardo visitaba á la Niña de Cera. Pero el amigo de la duquesa tuvo tal maña para desvanecer las sospechas de Elisa, confesando él mismo que unos señores de Cádiz le habian recomendado aquella joven que venia á casarse á Madrid, que los últimos anónimos se arrojaron al fuego, sin que nadie se tomase la pena de leerlos.

Asi fue que Ricardo pasó un año visitando diariamente á Adela, y mejor dicho, viviendo en su casa, sin que nada turbase la buena armonia que conservaba con Elisa, ni tuviese nada que temer de los que envidiaban su posicion.

La Niña de Cera asistia al teatro todas las noches y solia bajar algunos dias al Prado; pero jamás se presentó en ninguna sociedad particular, á pesar de los *Genios*, de las *Musas* y de los *Institutos*. Ricardo la habia trazado el círculo de sus diversiones, y Adela obedecia ciegamente las órdenes de aquel hombre, á quien no amaba, segun ella decia, y á cuya voluntad se sujetaba en todo y por todo.

El desprecio con que le acababa de tratar al levantarse de la butaca para dirigirse al tocador, era una cosa enteramente nueva en ella, y Ricardo quedó sorprendido sin saber qué pensar de aquel suceso.

Antes de resolverse á seguir los pasos de Adela, dió algunos paseos por la sala, tiró maquinalmente del cordon que estaba sobre el sofá, regañó con el criado, porque habia acudido al oir el ruido de la campanilla, y tres veces se acercó á la mampara sin atreverse á abrirla.

El portero, á quien Ricardo habia encargado que averiguase el nombre del huesped recien venido de Francia, entró en la sala, y dijo:

—Señorito, el conde de Arechavaleta.

—Quién le ha dicho que estaba yo aqui?.... preguntó Ricardo incomodado.

—Nadie, señor.... contestó el portero.

—Pues qué quiere?

—Nada..... si es que..... como viene de Francia!....

—Ya lo sé.

—Pues ese es el huésped que faltaba en la lista.

—El conde de Arechavaleta?

—Sí señor.

—Y se hace llamar asi?

—Sí señor.

—Vaya un mostrenco!.... murmuró Ricardo.

Y dirigiéndose al portero, le dijo:

—Está en casa ahora?

—Sí señor, tiene gente de visita y se oyen muchas voces y.....

—Está bien, vete.

—Se ha marchado el juez de primera instancia que vino con una vieja criada de la señora duquesa, añadió el portero, aparentando salir de la sala.

—Qué duquesa? preguntó Ricardo asustado.....

—La de Aguazul!....

—Estás en tu juicio, bárbaro!....

—Asi lo he oido decir por la cerradura del cuarto.....

—Qué es lo que has oido decir?.....

—Toma!..... que el señor conde regaña á la vieja porque no quiere entregarle una niña sin que lo mande la duquesa.....

—Pero qué niña es esa?....

—Yo no lo sé!.... será tal vez la que traia la vieja de la mano.

—Y no has oido nada mas?....

—No señor, porque oí pasos y eché á correr; pero el señor conde me ha llamado y me ha dicho que le tenga listo el pasaporte y la cuenta de la casa, porque se vuelve á Paris hoy mismo.

—En qué número está el conde?....

—En el 25: sabe Usía el cuarto que tuvo aquel retratista frances que retrató á la señorita?....

—Sí.

—Pues en el mismo está el señor conde.

Ricardo quedó un momento pensativo, y volviéndose al portero le dijo:

—Vete á la porteria, y no te muevas de alli; si sale el señor conde ó se van las visitas que tiene, avísame corriendo.

—Está muy bien, señorito, contestó el portero, bajando la cabeza y saliendo de la habitacion.

Una joven graciosa y esbelta, doncella de Adela, abrió la mampara de damasco amarillo, y Ricardo entró tras ella en el gabinete de la Niña de Cera.

El lujo de este aposento era inmenso, atendido el uso que de él se hacia, y aunque el papel que cubria las paredes indicaba la época, nada moderna por cierto de aquella casa, los muebles eran lujosos hasta un punto verdaderamente ducal.

Dos sillones de talla dorados se veian en medio del gabinete, y en uno de ellos, cubierto con un paño de batista blanca, guarnecido de rica blonda, estaba reclinada la Niña de Cera jugando con un cofrecillo de al-

hajas, y descuidando su *toilette* (1) en las blancas manos de dos hermosas doncellas.

El tocador, cuyo espejo multiplicaba las gracias de Adela, era de mucho lujo; pero llamaba mas la atencion por las alhajas y los juguetes que con estudiado desórden se veian esparcidos sobre el mármol blanco que cubria la mesa.

Cuatro frascos grandes de cristal engarzados en plata, llenos de otr tantas aguas de diversos olores, multitud de vasos de elegantes formas despidiendo aromas suavísimos y una porcion de figuras de plata y de china, hé ahi una parte de los sócios que en comandita sostienen la hermosura de Adela.....

Encargado el uno de prestar sus pastillas para conservar los labios, dispuesto el otro á aumentar el brillo del cabello, pronto el de mas allá á mediar con su borla de cisne entre el cutis y el viento, y decididos todos á derramar la sangre de sus vasos para cuidar las gracias de Adela, llevan con paciencia la eleccion que de ellos hacen las doncellas, valiéndose del uno ó del otro..... siempre con arreglo á la órden del dia.

La atmósfera que se respira en el tocador de Adela es mas voluptuosa y mas densa que la balsámica corriente que embarga nuestros sentitidos, cuando acertamos á pasar por el despacho de un perfumista.

El plácido olor de las violetas y los jazmines, la deliciosa frescura de la fragante rosa, y el delicado aroma del modesto azahar, luchan desesperados con los soberbios perfumes de las resinas orientales..... El Storaque, el Ambar y el Benjuí, unidos para derrocar el altivo imperio del Patchouly, recogen su aliento ante la densa nube del invisible Amizcle.

Para pasar dos horas en el tocador de Adela, se necesita una cabeza de bronce ó tener los sentidos completamente familiarizados con aquella manga de opuestos aromas. Si los crisoles y los troqueles descubren la existencia de los falsificadores de moneda, la lectura de las *etiquetas* (2) que visten los innumerables frascos del tocador de Adela, revelan un nuevo prodigio de la química moderna, y el paso audaz con que camina el hombre para usurpar al Creador sus mejores prerogativas.

¿Quién al ver los jabones, las esencias, los cosméticos y las pastas que allí ostentan su poderío, podrá dudar que se trata de inquirir los secretos de la naturaleza para falsificar la imágen mas bella de la Creacion?...

(1) Obligados á darnos á entender de nuestros lectores, cargamos esa palabra y otras por el estilo á los novelistas franceses, que tienen cuenta abierta en España para la falsificacion del idioma castellano.

(2) Así llaman los perfumistas á los rótulos de sus frascos.

Cuando los químicos averiguaron las sustancias de que estaban formados los vegetales, se atrevieron á esperar que algun dia podrian fabricar frutas á su antojo, y aunque no han desistido de su proyecto, caminan siempre bajo la base de la descomposicion; pero los perfumistas y los químicos de *toilette* en todo piensan menos en deshacer lo que intentan falsificar.

Con el *flúido Georgiano* y el *nutritivo*, y la *grasa de Alcides* y la *pomada tónica de Rom*, estan seguros de tener pelo, siempre que haya una cabeza que quiera dejarse pulimentar con esas pomadas; si los cabellos nacen pardos, los *polvos del Líbano* los vuelven negros y la *brillantina* se encarga de hacerlos lustrosos.

Las cejas no tienen nada que temer mientras haya *perlas oleaginosas, agua Ateniense ó pasta de Enrique III*..... La *gasa de Strasbourgo*, el *perfume del sentimiento* y los *polvos de Zelinadir*, delicia de los serrallos, se atreven á dar frescura y belleza... á la misma piel de lija, si necesario fuere..... Los *polvos unguiculares* cubren de un rojo pálido las uñas; la *amandina* se encarga de suavizar el cuello; el *vinagre de Florencia* rejuvenece el cutis dulcificando la sangre, y el agua de *Albion*, pasando á través de unas almohadillas de *Guimauve*, en un baño aromático, arrastra consigo el atrevido refrendo de los años..... La *opiata de Ceylan* y el *elixir balsámico*, se ocupan esclusivamente de las dentaduras..... y la *Reina de Chipre*, la *Elegantina* y otras mil esencias de otros tantos aromas, forman una atmósfera de esquisita fragancia, que embriaga los sentidos y no los deja ver la realidad de aquel prodigio del arte.....

En esos laboratorios químicos de bellezas artificiales es preciso decir: *cui fidas vide*, y pasar de largo sin ver nada.

Las variaciones de la atmósfera, los colores del trage, la hora á que ha de concluirse el tocador, el tiempo que ha de durar la fiesta para que se destina, la clase de impresion que deba producir y otras circunstancias por el estilo, son el norte que guia á las doncellas de esas deidades para la complicada eleccion de los cosméticos y los perfumes.

Oigamos un momento la conversacion que tenia Adela con sus doncellas antes que Ricardo entrase alli con la tercera de estas.

—No te parece, decia hablando con una de ellas, que el cielo de hoy hace las caras verdes?

—Sí, señora, sí, contestó la doncella, acostumbrada á no contradecir jamás á su señorita.

—Pues entonces deja el agua de *Ninon l' Enclos* y dame *Serkis Rosse*..... pero con mucho tiento..... sin manchas.....

—Tiene Usia razon, señorita.

—Parece una aprension, pero no lo es; el cielo de ayer hacia las caras

coloradas y no te puedes figurar qué cuadro tan raro estaba la condesa de San Damian en el Prado..... parecia una borracha..... yo te digo la verdad; pero no sé cómo son algunas mugeres!... Lo mismo es eso que la duquesa de Aguazul..... la otra noche en el teatro parecia un cadáver..... justamente estaba iluminado y se conoce que ella habia ido allí desde el paseo..... estaba atroz.

—Eso es que son feas ellas de por sí, señorita.

—No lo creas, tonta; no hay hermosura que valga con tra esa clase de cielos..... y es preciso confesar que las luces comen mucho el color....

—Verdad es, señorita.

—Pues no te digo nada con los vestidos! ... no quieren conocer que para sacar un trage verde se necesita mucha *agua benzóica*!

—Pero Usia, señorita, está bien de cualquier modo.

—A pesar de eso, si hiciera esos disparates, verias qué facha iba tan graciosa..... No tienes mas que ver sino los retratistas..... primero que arreglan un trage para que haga buen efecto, pasan un dia..... Eso quien lo sabe bien es Leonor.....

—Qué comparacion tiene con Usia, señorita!.... es ya muy vieja!....

—Pues á pesar de todo, si se empeñara un dia y tuviese buenos trages, daba golpe en Madrid..... Lo entiende como nadie.....

La presencia de Ricardo, que como hemos dicho ya, entró detrás de la tercera doncella de Adela, interrumpió la conversacion y hubo un momento de silencio, hasta que la joven Inés con los cabellos de su señorita en la mano izquierda y un cordon de seda negro en la derecha, se atrevió á pronunciar esta sola palabra:

—Cerrado?

—No, partido, contestó Adela y siguió jugando con las alhajas que encerraba el elegante cofrecillo de concha que tenia sobre las rodillas.

La doncella que la habia acompañado á comprar la bajilla, tenia en sus manos el lindo pie de su señorita, del cual conquistaba de tiempo en tiempo una y otra línea, que iba encerrando en una bota de raso azul.

Ricardo se acercó al tocador de Adela, y arrancando una flor de los ramos que habia alrededor de la mesa, se entretuvo en deshojarla, aparentando una distraccion que en realidad no sentia.

Cansado de esperar lo que tarde hubiera conseguido, y era que Adela rompiese aquel silencio dirigiéndole alguna palabra de cariño, se decidió por fin á decirla:

—Piensas salir de casa?

—Sí, contestó Adela con marcada indiferencia.

—Adónde vas?

—No sé.

La niña de cera.

—Pues yo quiero saberlo, replicó Ricardo.

—Despacha Inés, que tengo prisa, dijo Adela, sin hacer caso de las palabras de Ricardo.

Este se irritó sobremanera al ver el desprecio y el tono qué por prira vez usaba Adela; y acostumbrado á dominarla completamente, no pudo conformarse con aquella derrota, que él consideraba de mucha trascendencia para lo sucesivo, y dirigiéndose á las doncellas, las dijo:

—Váyanse Vds. todas.

Las criadas obedecieron inmediatamente, y Adela no tuvo valor para conservar su independencia, ó temió recibir un desaire mas fuerte que el que sufrió al retirarse aquellas.

Apenas quedó sola con aquel hombre, arrojó contra el suelo el cofrecillo de las alhajas, sembrando la alfombra de sortijas, pulseras y otras joyas de gran valor.

Ricardo se mordió los labios de cólera, y procurando disimular la ira que se retrataba en su rostro desencajado y bilioso, la dijo:

—De cuando acá, señorita?....

—Desde ahora, y para siempre..... Me he cansado ya de ser tonta.

—Pues ha elegido Vd. mal dia para mudar de vocacion, dijo Ricardo con cierto retintin, que no agradó por cierto á la Niña de Cera; parece, añadió del mismo modo, que se va Vd. *creciendo* demasiado, y será preciso enseñarla los vestidos de marras.

—Qué vestidos son esos? preguntó Adela; siempre está Vd. con amenazas groseras.

—Los que llevaba Vd. cuando no tenia otros que ponerse, ni modistas que cumplieran sus innumerables caprichos..... Tengo yo muy guardados aquellos pingos.....

—Ricardo!.... dijo Adela levantándose de su asiento.

—Los conservo, continuó aquel sin hacer caso del grito amenazador de Adela, los conservo para.....

—Empeñarlos en casa de algun usurero, interrumpió la Niña de Cera, incomodada.

—Tal vez..... dijo con sorna Ricardo, si sigue Vd. con esos gastos!

—Me marcho hoy mismo.

—Adónde?

—A Andalucia, á ver á mi familia.

—Su familia de Vd. está en Madrid.

—Es falso.

—En la Inclusa y en el Hospicio.....

Adela no fue insensible á estas palabras, que la echaban en cara el

origen tal vez de su nacimiento, y anegada en llanto, se dejó caer sobre el asiento que tenia detrás de sí.

Ricardo no tuvo valor para continuar insultando á aquella jóven, de cuya desgracia él era el principal autor, y estuvo un rato pensativo, hasta que por fin se decidió á estrechar entre sus manos la de la desdichada Adela, que no tuvo fuerzas para retirarla. .

—Adela, la dijo, Adela, mírame.....

La jóven seguia llorando sin levantar los ojos del suelo.

—Perdóname, bien mio, añadió Ricardo, era una broma.

Adela alzó los ojos al cielo, retiró su mano de las de Ricardo, y llevándola sobre su corazon, esclamó:

—Moriré muy pronto, Dios mio!....

—Quieres una taza de azahar?

—No.

—Te pondrás buena.

—Es inútil; este dolor me quitará la vida..... el aire de Madrid me mata.....

—Nos iremos á Cádiz, si quieres!....

—Quiero, dijo Adela con voz apagada, que me dejes marchar sola.... yo no puedo vivir mas tiempo asi.

—Te falta alguna cosa?.... dilo.....

—Felicidad.

—No eres feliz á mi lado?....

—No.

—Pues qué quieres?

—Nada..... morirme!.... esclamó Adela llorando.

Ricardo estaba aturdido, y no se atrevia á creer lo que veia.....

Su fama de calavera y de hombre desalmado le mandaba hacer lo que no podia cumplir..... Sus amores con Adela le habian enseñado á engañar á las demas mugeres con quienes trataba; pero el lenguaje que usaba con ellas no le servia para salir de este trance violento en que el corazon se habia apoderado de la cabeza.

Si una muger cualquiera, de las muchas que diariamente galanteaba, le hubiese dicho que deseaba morirse, su cínica desfachatez le habria inspirado la idea de ofrecerla un cordel, ó decirla que le diese tiempo para encargar los lutos.

Incrédulo de profesion, y acostumbrado á hacer gala de un corazon de piedra, se hubiese reido de cualquier hombre que pidiera perdon á una muger por haberla visto derramar cuatro lágrimas.

Pero Adela era la única muger que habia querido con delirio, y el hombre insensible, el calavera desordenado, era juguete alli del amante

frenético, que habiendo repetido hasta la saciedad cuantas demostraciones de cariño pudiera imaginar el fanatismo de un corazon vehemente y apasionado, ultraja el ídolo de su amor, por ofrecerle algo nuevo en su constante adoracion.

Varias veces habia querido Ricardo probar la pasion de Adela, irritando su amor propio y echándola en cara el orígen de su desgracia; pero el silencio ó las lágrimas habian impedido siempre la continuacion de tan importantes ensayos.....

Era la vez primera que Adela se atrevia á contestarle con resolucion, devolviéndole uno á uno las amenazas y los sarcasmos, y esto le hizo temblar y arrepentirse de su imprudente afan.

—Adela, la dijo bajando la cabeza para buscar con su mirada la de su querida, Adela sigues enojada conmigo?....

La Niña de Cera alzó los ojos del suelo, y echando sobre Ricardo una mirada de desprecio y de lástima, apoyó el codo derecho en el respaldo del sillon donde seguia sentada, y se puso á jugar con los cabellos que caian sobre su espalda.

Ricardo guardo silencio por algunos minutos, y luchando entre los impulsos de su corazon y las teorias de su *arte amandi*, se resolvió á seguir los consejos de este último, en cuanto le permitiera su amor, y recostado en su asiento, aparentando distraerse con los sellos de su reló, dijo las siguientes palabras:

—Y cuándo piensa Vd. marcharse?

—Ahora mismo..... contestó Adela volviéndose á mirar á Ricardo; pero poco segura de lo que decia.

—Al Puerto, eh?....

—Al Puerto..... sí..... contestó Adela turbada.

—Y qué dinero necesitas para el camino?.... preguntó Ricardo sospechando por la turbacion de Adela que aquella amenaza no iba de veras.

—Dinero!.... ninguno..... no quiero nada..... respondió la Niña de Cera llorando.

—Es preciso que lleves alguna cosa, dijo Ricardo, satifecho al ver que su amada se adelantaba á sus deseos ahorrándole las humillaciones que en otro caso hubiera hecho.

Y levantándose de su asiento, abrió la mampara, diciendo:

—Voy á buscarte el pasaporte y un asiento en el correo de hoy.

Adela era demasiado jóven aun para conocer que Ricardo habia sorprendido el secreto de su corazon, y creyendo que hablaba de veras, le tiró del brazo; y haciéndole sentar de nuevo, le dijo:

—Ricardo!.... serias capaz de abandonarme asi?....

—Tú lo quieres!....

—Tan facil te seria dejarme!....

—Por no contrariar tus deseos!

—Es decir que no me quieres!.... que estabas deseando un pretesto para acabar nuestros amores!....

—Has dicho que querias marcharte... y yo no sé mas que obedecer tus órdenes.....

—De veras?....

—Puedes dudarlo, bien mio!.... esclamó Ricardo á pesar suyo.

—Pues quiero que me hagas un favor.....

—Cuál?....

—Das tu palabra?

—Si es cosa que yo puedo!....

—Puedes.

—Dila.

—No volver á casa de la duquesa.

—Pero qué capricho te ha dado!....

—Nada..... respondió, das tu palabra?....

—Y cómo quieres tú que deje yo de visitar á Elisa, siendo pariente suyo

—Es falso..... no hay tal parentesco..... la duquesa de Aguazul no es prima tuya.....

—Quién te lo ha dicho?....

—Nadie..... yo lo he sabido.....

—Leonor te lo ha contado..... Pues bien, es cierto..... no somos parientes..... pero yo no puedo dejar de verla.....

—Luego la amas!....

—Qué disparate!.... amarla!....

—Por qué la visitas á todas horas, y no te atreves á saludarme cuando vas con ella?.... Crees tú que yo podria sufrir por mucho tiempo esa clase de vida!.... Oh!.... no.....

—Y qué te importa á tí de todo eso, vida mia! replicó Ricardo con lenguaje apasionado y tierno; no sabes, añadió, que tú eres la única muger que yo amo!.... Qué cosa me has pedido que no haya sido hecha al momento!....

—Pues dame palabra de que no volverás á ver á esa muger, de que vivirás siempre conmigo..... y de que algun dia podré firmarme.....

—Cómo?

—Adela San Quintin de Goslings.

—Ya sabes lo que te tengo dicho sobre ese punto.

—Sí, pero son aprensiones tuyas, y espero poderte convencer si me escuchas.

—Mientras no tenga un millon de renta, es inútil.... te lo he dicho.... no me caso..... Tal vez un hombre que te quisiera menos que yo, te diria que estando á tu lado, aunque se muriera de hambre; pero yo te amo demasiado para consentir que donde tú estés, haya mugeres que brillen mas que tú por su elegancia y sus carruajes.....

—Pero me das palabra de hacer lo que te he pedido?.. preguntó Adela, insistiendo con sus miradas y sus sonrisas en comprometer á Ricardo para que renunciase á su amistad con Elisa.

Ricardo quedó un momento pensativo, y dijo:

—Sea como tú quieras.....

—No volverás á verla?

—No.....

En el momento que Ricardo ofrecia lo que seguramente no podia cumplir, y lo que Adela por su parte no queria que hiciese de modo alguno, se abrió la mampara de aquella estancia, y Juana, la doncella predilecta de su señorita, asomó la cabeza diciendo:

—Señorito, un muchacho le busca á Usia.

—Y qué es lo que quiere?

—Hablar inmediatamente con Usía.

—Que pase adelante, dijo Adela.

—Señorita!..... esclamó la doncella, si es un granuja!.....

Ricardo se levantó de su asiento, resuelto á ver qué le queria aquel muchacho, y Adela le hizo sentar, diciendo á la doncella:

—Que entre, sea quien quiera.

Juana obedeció sin replicar, pero no sin gruñir, las órdenes de su señorita, y el muchacho que deseaba hablar con Ricardo, se presentó en el tocador de Adela.

—Pelegrin!..... dijo esta, asombrada de ver delante de sí al granuja con quien habia vivido los primeros años de su juventud en calidad de hermana suya.

Conejo se quedó estupefacto al oirse llamar por su nombre, y gracias á los trabajos químicos del tocador de Venus, no pudo reconocer en la persona de Adela á la supuesta hermana de quien habia hablado la noche anterior á sus compañeros.

Ricardo no dió gran importancia al conocimiento de Adela con el granuja, y dirigiéndose á este, le dijo:

—Qué traes por aquí, Conejo?

—Quisiera hablar con Usía, señorito.

—Dí lo que quieras.

—Pues señor, sepa Usía que Doña Concha está en la cárcel.

—Quién te lo ha dicho?

—Ella misma..... y dice que vaya Usía corriendo á verla.....

—Pero cómo ha sido eso?

—Toma!..... qué sé yo!..... pero el hombre que la llevó presa acaba de entrar en el portal de esta casa.

Conejo aludia al juez de primera instancia, que volvia del teatro adonde habia ido para averiguar lo que hubiese de cierto sobre el compromiso de la niña Flora con el empresario.

Ricardo despachó al granuja poniéndole un duro en la mano, y despidiéndose de Adela, la dijo:

—Espérame á comer á las seis; voy á ver si puedo hacer algo por esa pobre señora.....

—Quién es?..... preguntó Adela, ocultando la alegría que le causaba el quedarse sola.

—Una tia Cuca que me ha conocido desde niño..... y como hay esa vigilancia en las casas de juego, la habrán encontrado en alguna..... y.....

—Volverás pronto? preguntó Adela con un mimo afectado, pero encantador.

—Sí, contestó Ricardo, llevando á sus labios la mano de su querida. Adios, vida mia.

—Adios, bien mio, adios.

Adela no estuvo sola un momento, porque apenas hubo salido Ricardo, cuando entró en el gabinete la doncella que anunció al granuja, y acercándose con estraña familiaridad á su señorita, la dijo:

—Cómo ha salido Usia de su plan?

—No muy bien, respondió Adela con cierto aire de indiferencia, que contrastaba visiblemente con la alegria que parecia ocultar al despedirse de su amante.

—Pues el señorito iba muy alegre, y me ha dicho al salir de aqui: —Anda, entra á hacer compañia á tu señorita.

—Eso te ha dicho?

—Sí señora; pero con una cara tan risueña..... que ya!.... pocas veces lo he visto tan alegre.

—Pues mira, esa es la causa de que yo esté triste.

—Y por qué, señorita?

—Porque soy una tonta, y me está bien empleado lo que me pasa..... Figúrate que apenas le he visto un poco sério, no he tenido valor para seguir fingiendo y..... ya se ve, él que es muy pillo, ha conocido la mano y todo se ha ido al traste.....

—Se ha incomodado con Usia?

—No, tonta..... al contrario!.... pero yo debia de haberle hecho penar

un par de dias siquiera, amenazándole con separarme de él si no se casaba conmigo.

—Pues qué, dice que no se casará?....

—Dice que sí; pero que hasta que tenga un millon de renta..... Ya escampa!....

—Y lo tendrá muy pronto, porque la duquesa.....

—Le he exigido palabra de que no volverá á verla.....

—Y qué ha dicho?

—Que sí y que no..... ni sé lo que ha dicho, porque como yo no queria mas que darle zelos con esa muger por lo que tú sabes.....

—Cree Usia que ese será el medio de que atrape cuanto antes la hacienda que le tiene ofrecida?

—No sé qué te diga..... Leonor cree que sí.....

—Dios lo haga, señorita; estoy deseando que Usia se case y que sea Baronesa, para ver si entonces.....

—Qué?

—Me caso yo tambien..... No sabe Usia que ayer tuve una declaracion de amor!....

—Y de quién?.... preguntó Adela con indiferencia.

—Usia le conoce..... pero no me atrevo á decir quién es.....

—Vaya, dilo.....

—Es..... me da vergüenza!.... es algo viejo.....

—Y rico?

—Bastante..... es *Don Pepito*.....

—Quién..... el *Marica* que vive en la casa de enfrente?

—El mismo.

—Calla muger! esclamó Adela riendo; y te ha escrito?.... añadió.

—Sí señora, una carta muy elegante..... la tengo en mi cofre.

—Pues tráela, y nos reiremos un rato.

Juana salió del gabinete de su señorita, y esta volvió á quedar sola y sentada sobre el elegante sillon que estaba frente al espejo.

CAPITULO XII.

LA CASA DE DOÑA JUANA GIMENEZ.

Ni es una como otra de tantas, ni aunque lo fuera, podriamos entrarnos en ella de rondon, y sin decir primero á nuestros lectores qué buscaba allí la duquesa de Aguazul, y qué fue lo que sucedió en la casa de la Letanía, mientras el conde de Arechavaleta buscaba á su hija en el teatro de la Opera.

El coronel Zizaña, que salió del café de la *Derrota* en busca de Elisa, se recogia de noche en una bohardilla de la casa de la Letanía, y fue uno de los detenidos por los alguaciles, cuando pensaba salir á la calle mas temprano que de costumbre, por ser domingo y no gustarle que el casero le viera estropeando el edificio con el *imponderable* volúmen de su *flotante* persona.

Salia en ayunas de su casa con ánimo de reparar su estómago, y no llevaba, sin embargo, intencion de abrir la boca para conseguirlo; pero no se apure el lector por averiguar qué clase de desayuno tomaba Zizaña con la boca cerrada. En estos tiempos de limonadas gaseosas y de sorbetes de gallina, no es dificil que las gentes alambicadas cierren la boca y ensanchen las narices para aspirar el corroborante aliento que despiden las cubas del aguardiente, al trasegar este licor á las puertas de los almacenes.

en una puerta, por cuya cerradura salia un rayo de luz débil y opaco, que á Elisa le pareció mas fuerte y claro que el sol de julio.

Abrióse inmediatamente la puerta, y se presentó al dintel de ella un jóven desgreñado y sucio, cuyo rostro desencajado y pálido revelaba un aire distinguido que se divorciaba de los andrajos que cubrian su cuerpo, y no parecia nacido para representar el alma de un portero.

La duquesa retiró su mano de la de Zizaña, y dejó caer con disimulo el pañuelo que cubria su guante, apenas hubo entrado en un pasillo estrecho y largo, iluminado por un poco de aceite que ardia sobre un plato y en el suelo.

El jóven portero se sorprendió al ver el trage y las maneras de la duquesa; pero no se atrevió á ofrecerla el pañuelo, cuya pérdida creia casual, y para quitarse él mismo la tentacion de verlo, lo cubrió con su pie casi antes de que lo tirara Elisa.

Zizaña, seguido de la duquesa y pensando en el dinero que llevaba en el bolsillo, llegaba ya al estremo del corredor sin hacer caso del portero, cuando este le dijo:

—Guevara, ven aquí un momento.

El coronel volvió la cabeza con orgullo, y contestó:

—No puedo.

—Mira, tengo medio *chulé* (1), y quiero entrar á echar un *paroli* (2).

—Buen provecho te haga; yo no puedo estar á la puerta.

—Te se caerá la venera!.... el demonio del presumido!.... porque acompaña una señora!... Pues mira, tú te lo pierdes; te daria un real si daba los tres golpes, y es una inspiracion; pero déjalo, mejor.... ya vendrá alguno que esté aquí, mientras yo entro á ver cómo van *las judias*.... Anoche quebró el juego; pero hoy ha venido Doña Leonor, y con ese punto no hay *amarro* que valga.

(1) El sistema monetario ó la nomenclatura mas bien de las Cucas es única en su clase, y en esas casas se conocen las onzas de oro con los nombres de *tordas*, *jaras* y *ojos de buey*; los duros con los de *pitoches*, *chulés* y *durandartes*; las pesetas con el de *pistrinas*: y la moneda de cobre con el de *patulea ó gente enlutada*.

(2) Esta voz y las que van de letra cursiva en este capítulo pertenecen en su mayor parte á la tecnologia de las casas de juego, y nos hemos creido dispensados de esplicarlas por dos razones: ó las entiende ó no el lector; si lo primero, escusadas son las notas; si lo segundo, dichoso él, que no ha tenido ocasion de aprenderlas. Hay sin embargo algunas palabras desconocidas para los que juegan al monte en ciertas casas, tales como *gurrupie*, *mamarán*, *mamarán cebando* etc.; pero la verdadera esplicacion de esas voces fuera del terreno donde se pronuncian, seria interminable. Por esto en vez de cansar á los lectores con notas, hemos preferido no abusar de su paciencia, y suprimir en lo posible el verdadero lenguaje de las cucas.

Guevara no oyó las últimas palabras del jóven, y torciendo á la izquierda, entró en un pasillo poco mas ancho que el anterior.

La duquesa iba tras él, sobresaltada y confusa; y por mas que pensaba en el placer de contar á sus amigas la aventura de aquel dia, sentia un disgusto estraño en ella, que acostumbrada á todo, tenia singular placer en descubrir cosas nuevas.

No era el deseo de averiguar el paradero de una hija que habia arrojado lejos de sí, y de cuya existencia la importaba poco ó nada el que llevaba á semejantes sitios á la duquesa de Aguazul; no la movia tampoco el infame placer de robar á la inocente niña, el inapreciable consuelo de encontrar al autor de sus dias, ni mucho menos queria disputar al conde la posesion de una joya que no lo era para el marchito corazon de Elisa.

Ni el amor de madre, ni la venganza de amante, ni la cautela del alma recelosa, nada movia el corazon de la duquesa al dar aquel paso de escándalo, consecuencia forzosa del desmayo de la noche anterior, y de los preparativos que vió el lector en la casa de la Letania.

Unida Elisa en doble matrimonio con el duque de Aguazul, aborreciendo de muerte al conde de Arechavaleta, su primitivo esposo, y no importándole nada de la hija que habia tenido de este último, natural era que diese gracias al cielo por la prudencia del conde, y que no le pusiera obstáculos en la adquisicion de un goce que ella no comprendia y que despreciaba; pero eso no estaba en armonia con la conducta observada con su hija, á la cual no habia visto una sola vez, y cuya existencia publicaba entre sus amigas.

La duquesa de Aguazul estaba acostumbrada á hacer gala de todo, y el afan de ponerse en evidencia la llevaba siempre en pos de los mayores desaciertos y de las mas ridículas estravagancias.

Falta de corazon para escuchar los gritos de la naturaleza y de la sangre, y dominada por el orgulloso empeño de brillar en todas partes, no era capaz de sentimientos elevados y tiernos, ni por instinto ni por imitacion.

Se estremecia al verse con el coronel Zizaña en una casa desconocida y sospechosa; pero se alegraba al considerar el efecto que produciria en sus amigas la narracion de un suceso estraño y nuevo para ella.

El ruido del dinero que se oia en una habitacion contigua al pasillo donde se hallaban Zizaña y Elisa, confirmó las sospechas de esta sobre la clase de gente que habria allí dentro, y en vez de hacer allí lo que quiso hacer en el portal, y era esperar á que saliera Concha Partinman, siguió al coronel hasta la sala donde se oia sonar el metálico.

El primer grupo que les salió al encuentro se componia del ama de la casa, de su magnífica papalina de lienzo blanco con chorreras de idem,

petrificadas á fuerza de almidon, de un perrito dogo que llevaba en sus brazos la señora, y de otras frioleras que tenia consigo la individua, inclusa una nariz colosal, haciendo fuerzas para sostener unas gafas de hierro colado, con escape de áncora y dos cristales planos, obra maestra en su clase.

—Mi *señoá Doña Juana Gimenez de Villafafila*, tengo el honor de presentar á V. á mi amiga, dijo el coronel.

—Bien venida, señora, esclamó Doña Juana dirigiéndose á la *amiga* de Zizaña.

Y volviéndose á este, añadió:

—Caballero, Vd. sabe que esta casa es muy suya, y que siendo amigos de Vd!.... Qué tal..... es buen *punto*? le dijo en voz baja.

—Soberbio! contestó Zizaña del mismo modo..... magnífico!....

Y alzando algo mas la voz, preguntó:

—No ha venido Doña Concha?

—No, contestó la Gimenez; pero no tardará..... Vaya, Guevara, acérquese Vd. con la señora á la mesa..... sin etiqueta..... nosotros somos amigos antiguos.

—Ya lo creo!.... como que su esposo de Vd. sirvió conmigo en Guardias Walonas!....

—Qué tiempos aquellos, Guevara!..... esclamó el ama de la casa, con intencion marcada de que lo oyera Elisa, á la cual se volvió diciendo: Siento mucho, señora, que haya Vd. venido hoy por primera vez, porque justamente se me despidieron ayer los que tallaban estos dias..... pájaros gordos, amiga!.... pero me traerán uno que ya verá Vd..... Quince dias *sin puerta*, y cinco pesetas por cada duro de 19 rs..... Es un banquero soberbio!....

—Aquel americano que anunciaron el otro dia!.... dijo Zizaña para ayudar los proyectos de Doña Juana.

—El mismo, contestó el ama de la casa con admirable conformidad.

Las gentes que estaban agrupadas en derredor de la mesa de juego, no dieron muestras de haber reparado en la duquesa, y el banquero fue el único que alzando la voz, como los donados que piden á la puerta de las iglesias cuando ven entrar algun devoto de campanillas, dijo:

—*Entrar*, señores, entrar.

Guevara no pudo resistir aquella tentacion, y acercándose al oido de la duquesa, la dijo:

—Señora, mientras llega Doña Concha, podriamos apuntar medio *durete*.

—Luego..... mas tarde, contestó Elisa.

—Es que *al albur* de entrada no debe perderse nunca.

—Pues tome Vd., dijo la duquesa, sacando unas monedas del bolsillo, y juegue Vd. por mí, que yo tengo que hablar con la señora.

Zizaña creyó volverse loco al tomar en su mano cuatro escudos de oro que le alargó Elisa, y con lágrimas de entusiasmo en los ojos, la dijo:

—Haremos una *baquita*, eh?

—Como Vd. guste, contestó Elisa.

—*Mayores ó menores*?

—Unas y otras.

—Mal sistema, señora, porque vale mas fijarse en un juego y no hacer mas que reservarse por si *quiebra*..... Ese que talla ahora es un culebron muy grande!... nunca da juego conocido; pero, si Vd. quiere, iremos á las menores en el albur y un *puntalito* á las otras en el *gallo*.

—Pues haga Vd. lo que quiera.

—Y cuánto pongo?....

—Todo.

—Qué disparate! si no hay tanto de banca!

—Pues menos.

—Vaya! pondremos un *durandarte* cada *quisque*: y á *cuántos golpes*?

Elisa se volvió á hablar con Doña Juana, sin hacer caso de Zizaña, y este se acercó á la mesa diciendo á voces:

—Juego.

La fama que tenia en aquella casa era la que podia prometerse cualquiera al ver su trage; y acostumbrados los que allí jugaban á verle pasar las horas enteras observando las jugadas estrañas, y apuntando dos reales cuando mas, no hicieron caso de sus palabras, y únicamente el banquero que estaba para volver la baraja le dijo:

—Fuera de puerta... dos reales... á cuál?

—Poco á poco, Sr. D. Nicolás, que no somos costales; deje Vd. que cada cual haga su juego, y no se meta á arreglar bolsillos agenos, replicó Zizaña.

—Es que no admito cuartos hoy, contestó el banquero.

—Qué es eso de cuartos!... cuartos! qué *ordinariez*!... Ganas me dan de no entrar en una banca tan miserable!...

—El miserable lo será él!...La culpa de esto la tiene Doña Juana' que deja entrar aquí á esta familia...

—Esta familia eh!... dijo Zizaña con sorna.

Y echando una mirada sobre el dinero que habia en el monte, deducido el de las puestas, añadió:

—Ea, pues *copo*.

Cuantas personas rodeaban la mesa oyeron con desprecio la que juzgaban baladronada, hasta que el coronel dobló una carta de cuatro que

habia sobre el tapete; y abriendo la mano con aparente descuido, dejó ver las monedas de oro que le acababa de dar la duquesa, mas el bolsillo que le regaló en el café.

El banquero, á pesar de su asombro, creyó lo que estaba viendo, y solo tuvo valor para decir con voz bien apagada por cierto:

—Fuera de puerta, se entiende?

—Como Vd. guste, contestó Zizaña.

Volvió el banquero la baraja, y el desafio tomó un carácter terrible é imponente para la parte retada...

Se trataba de un *as*, que era la carta elegida por Zizaña, contra un *siete*, que era el desquite del banquero; y la carta que vino en pos era un *seis*...

Tiró el banquero la primera carta, y era la segunda un *caballo*...

Nuevos sustos, nuevos pronósticos, apuestas parciales entre los jugadores y simpatías hácia el coronel...

Habian salido dos mayores, y todas las probabilidades estaban en favor del *as*.

Los jugadores eran ellas en su mayor parte, y á escepcion del banquero y del *gurrupie*, la primera línea de cabezas era del sexo, bello que fue, femenino que era, y viejo á mas no poder...

Las mugeres tenian lunetas principales, por decirlo asi; los hombres estaban de pie, y detrás de ellas... pero unas y otros se cuidaban bien poco de las puestas que tenian hechas, y solo atendian á la jugada del coronel, que debia decidir todas las otras, y que traia consigo consecuencias de gran importancia.

Si perdia Zizaña, la banca se aumentaba considerablemente, y quién sabe si D. Nicolás celebraria su triunfo tirando tres tallas sin puerta, algun *elijan* á voluntad del punto, ó tal vez..... tal vez un *mamarán cebando*!

Decidiéndose la suerte por el coronel, y no habiendo ejemplar de que este hubiese echado allí ni un mal *burlote*, claro era que como banquero de nuevo cuño habia de pagar el noviciado.

Estas cuentas se hacia cada una de las personas que allí habia, cuando D. Nicolás descubrió la *pinta* de una carta, y eran *espadas*. El siete era de ese mismo palo, y un sudor frio bañó la frente del pobre banquero... Podia muy bien no ser la carta que esperaba el coronel; pero la suya mucho menos...

No era ninguna de ellas, sino un *dos*, y este síntoma empezó á equilibrar las esperanzas de los contrincantes.

Vino tras de esa carta otra menor, y ya nadie apostaba en pro del coronel... Tiró D. Nicolás cuatro ó cinco cartas con los mismos sustos

Miranda

que las anteriores... y otra vez la pinta de espadas turbó su razon... descubrió una línea mas de aquella carta, y apareció el número 1..... Dejó caer la baraja sobre la mesa, y el *as* de espadas dió á Zizaña la posesion del monte...

El banquero se levantó de su asiento ofreciéndoselo á Zizaña con admirable cortesanía; y no faltó mientras tanto quien doblase la puesta que tenia hecha en la carta premiada.

Zizaña cobró los puntos quebrados y pagó á los que ganaban con él; pero al llegar á la puesta recientemente aumentada, dijo:

—La mitad cobra, la otra mitad *no puede ir*.

Acto contínuo contó el líquido, que ascendia á unos 300 rs.; y retirando á su bolsillo cinco duros, mas el dinero que le habia dado Elisa, dejó diez duros sobre la mesa, *peinó* las cartas con soltura y desembarazo, encendió un puro, formó las monedas por sus categorías, y ofreciendo el *corte* al desplumado banquero, echó sus dos albures sobre el tapete, y dijo:

—La primera sin puerta.

Pagáronle los jugadores con unánime sonrisa aquel obsequio, y fueron apuntando *judias, contra-judias, lados, párolis y primeras*, segun el gusto de cada uno, y su mayor ó menor sabiduría en achaque de cartas, de las cuales se sabe: que «para acertar y ganar no jugar» y «para no perder, ver.»

Pero el diablo que todo lo enreda, y asi toma la forma de baraja como la de cigarro, hizo que á Zizaña se le cayera al suelo el que acababa de encender, y sucedió lo que no podia menos de suceder, y aun lo que no debiera haber sucedido.

Sucedió que al bajarse para coger el cigarro alzó un poco la baraja, y todos, ó los mas de los que allí jugaban, vieron la carta que venia en puerta; y como fuese igual á otra que habia encima de la mesa, sotas las dos, cargaron á la sota de tal manera, que el que no la puso mas, fue porque mas no tenia.

La repentina y unánime inspiracion de los jugadores llamó algun tanto la atencion del coronel; pero no se dió por ofendido, y antes por el contrario esperó á que acabasen de entrar todos á la sota, permitió que se pasasen las puestas de un lado á otro, y hasta que no hubo nadie que quisiera apuntar, no dió la voz consabida ni volvió la baraja.

Pero oh! y cuál fue el asombro de los circunstantes al encontrarse en puerta con la carta contraria, á pesar de lo que clara y distintamente acababan de ver!....

Mudos de espanto se quedaron, viendo que no veian lo que habian visto por sus propios ojos.....

Zizaña los miró á todos, y todos fijaron en él la vista, sin que nadie se atreviera á decirle una sola palabra..... Todos quisieron protestar contra la validez de aquel saqueo; pero en qué razones habian de apoyar su protesta?.... Cómo podrian decir que no era aquella la carta que debia venir, cuando era la que habia venido?....

Estas prudentes reflexiones, que sellaron las bocas de cuantos allí jugaban, no fueron bastantes á impedir que una señora que por su trage de *filipichí* color *punzon* y su sombrero de terciopelo negro, igual en tamaño y casi en figura al tornavoz de los teatros, pidiera que se declarase nulo el sorteo, por infracciones y manejos cometidos en el escrutinio.

Las plumas de gallo que llevaba, donde acostumbran las modistas á colocar los pájaros del paraiso, se acordaron de tiempos mejores y dieron un vuelo en el aire, cayendo al revés de Icaro, sobre la copilla de la lumbre, que estaba sobre el tapete de bayeta verde que cubria la mesa....

El fuego se comunicó rápidamente al sombrero, y en aquel punto lo apagó la mano sacrílega del coronel Zizaña, que con la mayor sangre fria esperaba y sabia lo que la propietaria de aquel sombrero, que aun no se ha podido saber si estaba asegurado de incendios, iba á decirle:

—Esto no se puede sufrir, señores, esclamó desconcertada la jugadora. Estaba en puerta *la sota*, y viene el *caballo*!....

—Estaba eh!..... estaba!... replicó Zizaña..... con que estaba!

—Sí señor, estaba, respondió la señora.

—Pues vea Vd. lo que son las cosas, ya no está.

—Porque ha habido *salto*.....

—Y quién le ha dicho á Vd. que estaba en puerta *la sota*?

—Yo que.....

—Siga Vd., señora, interrumpió Zizaña; Vd. que lo sabia porque lo habia visto.... no es verdad?.... Con que es decir que aquí se juega de buena fé!... á cartas vistas! Vaya, pues por esta vez, y sin ejemplar, pierden Vds. el dinero, y les contaré un lance que ocurrió en..... no importa donde, el año de 1812.

—Dejémonos de cuentos, interrumpió uno de los jugadores, y siga Vd. jugando.

—Es corto, replicó Zizaña. Pues señor, añadió, habia muerto sin testar un hombre muy rico, y las gentes de la casa que no querian dar á la justicia los bienes del difunto, le ataron un cordel al cuello, llamaron á un escribano y le entregaron una relacion que decian haber sido hecha por el supuesto testador, en la que repartia sus bienes entre sus amigos. Iba leyendo el escribano, y el muerto movia la cabeza afirmativamente, gracias á que uno de los herederos forzosos, oculto debajo de la cama, tiraba del cordel; apercibióse el escribano del enredo y quiso sacar su parte

tambien, preguntando al testador si era verdad que dejaba al notario que hiciera el testamento cien mil ducados. A tan inesperada pregunta paró el cordel, y el muerto no dijo que sí ni que no; pero el escribano, que no era tonto, se volvió á los herederos y les dijo:—No hay tu tia, señores, ó tirar del cordel para todos ó para ninguno.—Vds., amigos mios, vieron el tres en puerta y querian sacar la tripa de mal año..... pues no hay tu tia... juguemos á cartas vistas todos ó ninguno.

Ofendiéronse con la esplicacion del cuento las pocas personas que habian apuntado de buena fe, y hubo allí la de Dios es Cristo sobre quién era mas caballero que el otro, hasta que la señora de la casa los puso en paz con estas palabras:

—Todos Vds. son caballeros, señores; pues bonito genio tengo yo para que á mi casa vinieran personas que no fuesen caballeros!.... mi casa es una casa de honor y de principios.

—Qué honor ni qué niño muerto, señora, replicó el mas jóven de los jugadores, que por su trage parecia lo que no podia ser por su facha..... Ya nos tiene Vd. apestados con su honor y sus principios.....

—Pues sí señor, mi honor y el de la escogida sociedad que aquí se reune, dicen... declaran...

—Declaran, interrumpió el jóven, que esto es una cueva de tahures y de gente perdida, donde el uno trae pez en la contera del baston para dar un golpe sobre la mesa, haciéndose el incomodado, y sacar un real de plata pegado; el otro se *arma*, alzando un *muerto*; quien reclama una peseta antes que la den por muerta, y en fin...

—Caballerito, caballerito!... dé Vd. gracias á que tengo mucha prudencia, que si no!...

—Si no, qué?

—Le haria conocer la casa en que está... Donde Vd. ve estas señoras, todas son de clase... generalas, coronelas, capitanas, y la que menos subtenienta...

—Con que *capitana, coronela, gallarda, bayeta*..... es decir que esto es un tiro de mulas colleras...

Doña Juana sufria doblemente con las insolencias de aquel jóven, el cual estaba como el gallo de Moron, cacareando *implume*, por estar allí la duquesa de Aguazul, á la cual, si bien es cierto que no sabia quién fuese, la tenia por señora de rango.

Zizaña conoció que el mal humor del jóven procedia de haber perdido el último real, y le dijo si queria servirle de gurrupie, con lo cual cesaron las voces, y el juego continuó con el indispensable silencio y la consabida ansiedad.

La duquesa de Aguazul se impacientaba por la tardanza de Concha,

y queria salir de allí cuanto antes, temiendo que su amiga continuara presa, segun la decia en su carta; pero como no se atrevia á comunicar sus recelos con Doña Juana, esta, ignorante de lo sucedido con la andaluza, afirmó que no tardaria en venir; y observando la agitacion de Elisa, la dijo si queria entrar en el gabinete.

Hízolo asi Elisa, y allí se encontró con otro cuadro distinto del de la sala.

Las hijas, ahijadas ó nietas de las militaras que estaban jugando en la pieza anterior, daban *palique* á los jubilados ó jugadores de reemplazo, que habiendo salido desplumados de la mesa de juego, iban á buscar fortuna al gabinete del amor.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Mano á mano y dos á dos, en prosáico semicírculo, estaban las jóvenes escedentes de la sala de juego, entretenidas en honrados pasatiempos con los jóvenes sobrantes de aquella tertulia, que no tenian gran sobra de dinero y movian la sin hueso para entretener el vicio.

La duquesa dió un paso atrás pareciéndole preferible la sociedad de la sala á la del gabinete; pero Doña Juana se habia adelantado á anunciarla allí, y las jóvenes puestas en pie para recibir á la presentada, la impidieron que llevase á cabo su primera intencion.

Elisa fue saludada con estravagantes cortesias por aquellas jóvenes, de cuyas frentes salieron dos grupos de flotantes y negros bucles, que se agitaban siempre en forma de incensario ante la persona agraciada con ese saludo de perro danés.

Rubias eran las unas y morenas las otras, y de cinco que era la totalidad, las blancas estaban en mayoría; pero todas iban peinadas del mismo modo y todos los rizos eran negros, y á todas las amojamaba un tanto el rostro..... Háse abusado hasta tal punto de los cabellos artificiales entre esa clase de gente, que es imposible ser hija de militara sin tener unos caireles que prenderse, en la mantilla ó en la sien, que tanto da; y se compran hoy, ni mas ni menos que los pendientes, para los cuales no importa el color de las orejas.

El trage de aquellas jóvenes no era enteramente uniforme; pero todas tenian ribeteado el cuello con una cinta de terciopelo negro, sujeta con una gran chapa de similor, que Dios sabe si se alegraba de ser alfiler, ó si estaba mejor cuando era parte de una cornucopia; los pañuelos que cubrian sus hombros no eran iguales, pero en cambio lo eran las mantillas de tul liso, que todas llevaban por debajo del pañuelo, y que no se quitaban jamás.

La modestia aparente ó real de aquellas criaturas, de las cuales la mayor tendria escasamente 20 años, sorprendió bastante á Elisa, que aunque se creia muger de mundo y de esperiencia, no entendia nada de lo que estaba viendo.

Jugar al monté, ganando ó perdiendo, que siempre es lo mismo; galantear ó ser galanteado, que no es una misma cosa, aunque en el fondo lo parezca, son cosas que se aprenden fácilmente; pero que con dificul-

tad se saben lo bastante para distinguirlas y conocerlas en todas sus fases.

La duquesa de Aguazul tenia juego y galanteo en su casa, porque lo primero casi no puede estar sin lo segundo, y lo segundo es el *sine qua non* de lo primero; pero la sociedad que se reunia en los elegantes salones de su magnífico palacio, no se parecia en nada á la tertulia de Doña Juana Gimenez.....

Amores en un lado y amores en otro; juego aquí y juego allá, parece

que todo deberia ser una misma cosa, y lo seria indudablemente si las cosas mas parecidas en el fondo no fuesen casi siempre distintas en las formas.....

Allí sin hacer gala del vicio y de la corrupcion, pueden muy bien faltar la moralidad y la buena fe; aquí haciendo alarde de todos los vicios imaginables, pueden existir las virtudes mas inconcebibles.

Comparado el lujo de las alfombras, de las bujías y de los sillones dorados, con la humilde perspectiva de la estera blanca, de las velas de sebo y de los taburetes de Vitoria, parece que hay una gran distancia desde los señores que se divierten jugando en los salones del palacio, hasta los que juegan sin diversion en una *casa de cucas*.

Pero la diferencia mas legítima entre ambas sociedades estriba justamente en el punto en que ofrecen mayor analogia.....

El vicio, que en todas partes es un engendro bastardo, aunque legítimo de la ociosidad, lo encubren los unos con el título traidor de pasatiempo, y es para los otros una falsa precision de ganarse con él la vida.....

En este último caso estan los que juegan en casa de Doña Juana, y puede decirse de ellos que son jugadores de profesion, y que si no contribuyen al erario con alguna cuota por su oficio, es porque el gobierno, lejos de reconocerlo como tal, lo persigue de vez en cuando, lo consiente alguna vez, pero no lo autoriza jamás.....

Elisa, que no se habia ocupado nunca de comparar sus amigos con los de Concha, y que se hubiese ofendido si alguien la hubiera hecho ver juntos los esqueletos de ambas sociedades, sentia una repugnancia invencible al ver delante de sí las manos derechas de aquellas jóvenes, solicitando cortesmente la suya; pero el miedo que tenia al verse sola entre aquella gente, la dió valor para devolver aquellos saludos; y apenas hubo conseguido que volvieran á sus puestos los tertulios del gabinete, llamó aparte á Doña Juana, y la dijo:

—Señora, cree Vd. que vendrá Concha?

—Pues no ha de venir!.... contestó la Gimenez; vaya si vendrá!.... Generalmente es la primera..... yo no sé cómo se descuida tanto hoy..... Pero si Vd. quiere algun dinero..... añadió echando una ojeada á la mantilla de la duquesa, no tiene Vd. mas que decirlo..... con franqueza.....

—Gracias, señora, es que.....

—La debe á Vd. algo tal vez?....

—No, no es eso, replicó Elisa incomodada.

—Es que..... si acaso..... no tenga Vd. cuidado, porque es buena pagadora, y ahora tiene dinero..... me consta.

Elisa se desesperaba con las fastidiosas preguntas de Doña Juana, y

arrepentida de haber acudido á la cita de la andaluza, resolvió volverse á su casa sin la impertinente compañía del coronel.

Salió por fin á la sala á pesar de las instancias de la Gimenez para que esperara un momento mas, cuando se oyó allí mismo un campanillazo violento, que puso en conmocion á los jugadores y estremeció á la dueña de la casa.

Aquella campanilla no sonaba nunca, ni en broma, y era el anuncio de una broma pesada, para la cual estaban siempre dispuestos; pero que no pudieron evitar esta vez.

El sonido de aquella campanilla indicaba que antes de abrir la puerta y por la regilla habia visto el portero al celador de policía; y avisados los jugadores con tanta anticipacion, tenian tiempo de recoger el dinero, de esconder el tapete de la mesa y de ponerse á jugar *al solo*, *al tresillo*, *al comercio* ó á cualquier otro juego de los no prohibidos.

Así lo quisieron hacer esta vez; pero la justicia no les dió tiempo ni aun para recoger el dinero, y apenas sonó la campanilla cuando entraron en la sala tres hombres, de los cuales se adelantó el primero, y tocando la mesa con el baston que llevaba en la mano, dijo en voz alta y con gravedad:

—En nombre de la Reina y de la justicia.....

Estas palabras hicieron mas ó menos efecto en aquellas gentes con arreglo al dinero que cada cual tenia sobre la mesa; pero todos estaban preparados al lance desde que oyeron sonar la campanilla: todos sabian que el hombre que acababa de entrar allí era *Cuadrado*, segundo gefe de la ronda del *Pequeño*, y nadie ignoraba lo que venia buscando aquel baston en nombre de la reina y de la justicia.

La duquesa de Aguazul era la única persona estraña á semejante escena, y tembló al ver entrar los agentes..... Primera presuncion que tuvo de la triste situacion en que mas tarde se encontró envuelta.

Cuadrado fijó en ella la vista con atrevida curiosidad, y dirigiéndose al ama de la casa, que afectaba estar sorprendida y avergonzada, la dijo:

—Señora, Vd. no ha querido hacer caso de mis amonestaciones para que no tuviera juego en su casa, y ahora me veo en la triste necesidad de cumplir los enfadosos deberes de mi destino.....

—Cómo ha de ser!.... esclamó Doña Juana con aparente resignacion; el gobierno que no nos da una mala paga nunca, quiere matarnos de hambre!.... no deja que nos *ingeniemos*!.... Vaya, recoja Vd. el dinero y.....

—El dinero es lo de menos, replicó Cuadrado, sintiendo acaso que no hubiera mas; todos Vds. vienen conmigo á la Gefatura.

—A la Gefatura! esclamaron las mugeres.

—A la Gefatura!.... repitieron los hombres.

—Nosotras tenemos fuero militar..... dijo la señora de las plumas de gallo y vestido de filipichí.

—Pues ahora le tendrán Vds. civil para que no las falte nada, replicó Cuadrado.

Y haciendo seña á los agentes de policía, estos doblaron el tapete y contaron el dinero, recogiéndolo todo con admirable esmero y delicadeza.

Elisa no habia pensado otra cosa hasta entonces sino cubrirse el rostro con el velo de blonda; pero conoció que era preciso buscar un medio cualquiera para salir de aquel conflicto, y aunque persuadida de que en último caso la bastaria decir quién era, para que la dejasen volver á su casa, se acercó á Cuadrado y le dijo en voz baja:

—Señor celador, palabra.

El interpelado examinó de nuevo á la duquesa, y retirándose con ella á un rincon de la sala, la dijo:

—Y bien, señora!....

Un encendido carmin cubrió el rostro de Elisa; bajó los ojos avergonzada, y sin atreverse á mover los lábios, esperó á que Cuadrado la preguntase de nuevo qué le queria.

—Señor celador, dijo por fin la duquesa... señor celador, repitió con

voz débil..... yo bien sé que Vd. cumple con su obligacion en este momento..... pero es preciso que se marche Vd. de aquí como si nada hubiese visto, y.....

—Imposible, señora, interrumpió Cuadrado; todos Vds. han de venir conmigo á la Gefatura.

—Sabe Vd. quién soy yo? preguntó Elisa con mezcla de vergüenza y altanería.

—Sí señora, contestó secamente la autoridad.

—Pues en ese caso.....

—En ese caso..... replicó Cuadrado, no hacemos nada..... porque me ha dicho el gefe que si á su misma esposa la encontramos en una casa de estas, la llevemos presa igualmente.

—Pero yo no soy la esposa del gefe político... soy la duquesa de Aguazul, replicó Elisa con orgullo, aunque dejando traslucir que lo que buscaba con aquellas palabras y aquel tono, era producir un efecto que seguramente no hizo.

Entonces, mas que nunca, probó Elisa que el lujo y el alarde de esperiencia de que continuamente hacia gala, era tan superficial como su corazon escéptico y frio.

Cuadrado oyó con desprecio aquel anatema, y convencido de que tras de las amenazas vendrian las promesas, apresuró el momento de estas, alarmando á la sociedad de Doña Juana con los preparativos de un irrevocable y grosero arresto.

Hizo seña á los agentes de policía para que fueran disponiendo la cuerda de jugadores, y sin dignarse mirar á Elisa, por temor de apiadarse antes de tiempo, repitió en voz alta y con inflexible gesto aquellas fatídicas palabras que tanto alarmaron á la duquesa:

—Vamos, *señores*, á la Gefatura.

Las mugeres miraron á los hombres, como dando á entender que no hablaba con ellas el arresto, y pretendiendo que el individuo no era comun de dos, sino masculino neto.

Los hombres por su parte tambien estuvieron quietos, esperando á que las señoras tomasen la iniciativa en aquel convite; que aunque jugadores, eran caballeros y esclavos de la galantería en ocasiones tales.

Elisa, que habia sido la última en saber quién era Cuadrado y á qué iba allí, fue la primera y la única persona de las que allí habia, que temblaba de pies á cabeza, creyendose ya en la Gefatura, presa por haber sido hallada en una casa de juego, donde para mayor desgracia suya no habia jugado.

Así fue que se decidió á probar el último recurso que le quedaba,

llamando nuevamente á Cuadrado, y diciéndole al retirarse con él á un rincon de la sala:

—Para que Vd. se convenza de que yo no he venido aquí á jugar, bástele á Vd. saber que una lismona mia es mayor que el capital de toda esta gente reunida..... Yo he venido aquí.....

—A rezar el rosario? la preguntó con sorna Cuadrado.

La duquesa de Aguazul se mordió los lábios, jurando en su interior tomar venganza de aquella grosería que por primera vez en su vida habia tolerado; y aparentando no haber oido las palabras de la autoridad, continuó:

—Yo no pretendo que Vd. falte á su obligacion; pero si Vd. se retira de aquí con los agentes, pago la multa que se pida á la señora de la casa en el momento.....

Cuadrado se permitió á sí mismo un gesto de sensibilidad, que Elisa supo aprovechar oportunamente soltando el broche que sujetaba el reloj que adornaba su cintura, y cuyos brillantes perdieron sus luces bien pronto entre las manos del supuesto celador, el cual se acercó á doña Juana Jimenez, y la dijo:

—Señora, vea Vd. lo que hace, porque este es el último aviso; si vuelvo á saber que aquí se juega.....

—Ni al *escondite* (1), interrumpió doña Juana, loca de alegría al presentir el término favorable de aquella amonestacion; pierda Vd. cuidado, señor comisario.

—Jesus, qué vergüenza!..... no me veré yo en otra! esclamó la señora del filipichí.

. . . . . .

Elisa no esperó á que salieran los agentes, y sin dar tiempo á que Zizaña la siguiese, ni la Jimenez la cumplimentára, se lanzó á la calle á reponerse del susto que acababa de pasar, y á llegar á su casa á tiempo de vestirse para entrar de guardia en Palacio, como dama de honor que era de S. M.

(1) Especie de juego que no lo es, y que consiste en huir las gentes unas de otras, para encontrarse á oscuras las otras y las unas.

CAPITULO XII.

EL CABALLERO DE INDUSTRIA.

No ha necesitado poca el autor de esta obra para traer y llevar á Don Ricardo de una parte á otra, haciéndole asomar las narices en casi todos los capítulos anteriores, y sin dejar que los lectores viesen si era feo ó bonito, alto ó bajo, ni qué clase de hombre era en fin el amante de Adela, el amigo de las bailarinas, y el *non plus ultra* de la duquesa de Aguazul.

Pero vive Dios que no tenemos calma para jugar por mas tiempo al escondite con ese personaje, y hénos aquí examinándole de pies á cabeza, mientras él se dirige á la cárcel de Corte, en cumplimiento del aviso de Conejo y en busca de Doña Amparo.

El lector nos habrá de dispensar si no le copiamos con perfeccion, porque justamente va de prisa, y no podremos observar ciertas cosas que tal vez, aunque estuviera parado, no las veriamos tal cual son.

Contentémonos por hoy con dibujarle en globo, y esperemos que acaso en el discurso de esta historia se nos presentarán detalles y pormenores que habremos de pasar en silencio.

Es lo cierto que su estatura no llega á los seis pies; pero pasa nueve pulgadas de los cinco; que sus carnes hicieron punto casi antes de cubrir los huesos; que sus piernas andan siempre tras de alcanzar los brazos, verdaderos telégrafos del cuerpo, y que este no tendria mucha gracia, si la perdiesen los sastres de Madrid, vecinos de París.

Su cabeza no tiene nada de particular, si se esceptúa la particularidad de haber engañado á cuantos frenólogos tuvieron la debilidad de palparla, la osadía de reconocerla y la ignorancia en adivinarla.

El color de su rostro es africano, mas que moreno; su pelo negro y rizoso no es muy europeo; su nariz es algo ancha, aunque no lo bastante para poder decir que es chato, y su boca pequeña y graciosa le defiende del orígen mulato que algunos quisieron atribuirle.

Su dentadura blanca y brillante no halla rival cuando Adela, la Niña de Cera, esconde la suya; pero es digna de figurar en otro sexo mas digno y necesitado de encantos que el masculino: díganlo sino las muchas jóvenes de Madrid que al pasar Ricardo junto á ellas no han podido menos de esclamar:

—Lástima que esos dientes muerdan tabaco!

Su frente no seria tan estrecha, si no hubiese cedido casi todo el terreno para plantío de cabellos, y si las cejas por su parte no hubiesen tomado una y buena para anunciar dos ojos pequeños de tamaño y largos de intencion, con cuya mirada no se familiariza nadie á la primera vez que le cae encima.

Las patillas, correligionarias del bigote, por ser ambas fracciones de pelo de un mismo color, hacen una coma sobre el carrillo, trasmigracion barberil del año 1808, y dibujo conocido entre la aristocracia con el nombre tabernario de *chuleta*, y con el de *cacha* (1) entre los presidarios y bandoleros.

El trage de D. Ricardo es siempre la *obra maestra* de los mejores sastres de la córte; el que le hace los chalecos, le surte asimismo de pantalones; pero el que le corta los fracs, no es á propósito para las levitas, ni este sirve para los gabanes y prendas de abrigo.

De las tigeras de todos ellos ha formado Ricardo un sastre anónimo, que le permite presentarse siempre vestido con arreglo al último figurin venido de París, y es por su trage el primer elegante de Madrid.

Ahora no quisieramos nosotros que le viesen los lectores, porque como no son aun las cuatro de la tarde, es demasiado temprano para vestirse, y va envuelto en un gaban de color de *lodo de París*, con un pantalon muy ancho de color de *cielo inglés*, una corbata escocesa, unos zapatos de charol negros, cosidos á unas botas coloradas, y un sombrero sumamente pequeño, hablando en secreto con la oreja izquierda.

Su trage, en suma, es lo que los españoles llamamos *en negligé* ó de *matiné*, y los franceses dirán de *trapillo* ó de *mañana* cuando les cumpla, si les cumple, tomar la rebancha en cuestiones interlinguales.

Habia bajado precipitadamente la escalera de la fonda donde dejaba á la prenda de su corazon entretenida en dulces coloquios con sus doncellas; y segun la prisa que llevaba, parecia pesarle la distancia que habia de salvar para ver á Doña Amparo.

Pero le duró bien poco aquel afan, y aun no habria andado dos pasos, cuando entró en cuentas consigo mismo, y se paró á la esquina de una calle pensativo y dudoso.

Así pasó un cuarto de hora poco mas, hasta que volvió á andar de nuevo, y antes de diez minutos se encontró hablando con el portero de golpe de la cárcel.

(1) Mango de cierta clase de navajas que los andaluces llaman *navajas del Santo Óleo*, porque suponen que con el golpe de su inocente hoja, se ahorra el sacerdote la incomodidad de administrar la Estrema-uncion al herido.

Era este un hombre alto y grueso, capaz de poner miedo al mismo demonio, de quien se decia ser imágen y semejanza, y estaba embozado en una capa parda con vueltas coloradas, y cubierta la cabeza con un gorro de bayeta verde, que no habia mas que ver.

Con la mano izquierda en el grueso cerrojo que acababa de correr para abrir la puerta, y sacudiendo con la derecha un pesado manojo de llaves, clavó sus ojos negros en los de Ricardo, y le preguntó:

—Qué se ofrece?

—Venia aquí..... contestó este algo turbado.

—Ya lo veo que viene Vd. aquí..... pero qué es lo que Vd. busca?

Ricardo se acercó confidencialmente al portero; y aunque este no se manifestó muy amable, le dijo:

—Pues señor, yo quisiera ver á una señora que han traido presa hace poco tiempo..... y que la han cogido en una casa de juego.....

—Estará en la Gefatura Política.

—No señor, está aquí.

—Quién se lo ha dicho á Vd?

—Yo que lo sé, porque ella me ha mandado recado diciéndome que está aquí.....

—Cómo se llama?

—Doña María Amparo.....

El portero registró el libro de entradas, y dijo:

—Con ese nombre no está.

—Y con el de Concha?..... preguntó Ricardo, sin atreverse á soltar el apellido de la Cuca.

—Tampoco, contestó el portero consultando nuevamente el libro.

—Pues Vd. dispense, dijo Ricardo.

Y deteniéndose á la puerta, sin atreverse á creer que no estuviera allí la Cuca, por mas que no constára en el registro su verdadero nombre, añadió:

—Es una señora de unos 50 años, vestida de negro.....

—Oyes tú, replicó un hombre que soplándose las uñas en el brasero de la portería, habia callado hasta entonces, si será ese bruja que nos mandó esta mañana el juez de Leganitos!..... Apostaria á que es esa la que busca este caballero.....

—La misma, interrumpió Ricardo, persuadido de que no podia ser otra sino la muger á quien buscaba, y de que nada perdia de todos modos con ver á la que fuese.

—Pero esa se llama Doña Juana Jimenez! dijo el portero con intencion.

—No importa, contestó Ricardo.

—Importa y mucho, replicó el portero, porque si esa muger no ha dicho su verdadero nombre!.....

—Es que yo, interrumpió el caballero, no lo sé de cierto, y... ella... Jimenez me parece que se llama.

—Pues está en la alcaidía.

—Y podré verla?

—Cuando Vd. guste..... á mí no me han dicho nada, y aunque aun no la han tomado declaracion.....

—Tiene Vd. la bondad de guiarme á la alcaidía? dijo Ricardo desentendiéndose de la observacion del portero.

—Yo no puedo faltar de aquí.

—Venga Vd. conmigo, dijo el que estaba calentándose en la portería.

Y seguido de D. Ricardo, entraron ambos en un pasillo oscuro por demas, donde á derecha é izquierda se veian puertas pequeñas, pero gruesas, defendidas por enormes cerrojos y anchas cerraduras.

Atravesaron despues un patio sucio y hediondo, en el cual habia mas de cien hombres, ocupados todos de distinta manera, y sin que ninguno de ellos hiciese cosa de provecho, si se esceptúan los infinitos que tendidos sobre el duro suelo, habian tenido la felicidad de quedarse dormidos. Estos, si eran hombres pensadores, tenian la ventaja de hacer abstraccion de su desgracia mientras les duraba el sueño, y de todos modos gozaban el placer de dormir, cosa que siempre es de moda y nunca viene mal.

El hombre que guiaba á Ricardo por entre aquellos racimos de criminales y de meritorios á tan desgraciada situacion, era un mandadero de la cárcel; y aunque la autoridad de esas gentes suele ser la última, y mejor dicho, no lo es nunca en esas casas, todos los presos les hicieron calle dejándoles el paso libre.

Iban á salvar el patio entrando en otro pasillo no menos lóbrego que el anterior, cuando Ricardo fue detenido por un hombre que, mirándole atentamente, le puso la mano en el hombro, y le dijo:

—Caiste, *Chavó* (1)? y tu *cencia*..... y tu saber?

Ricardo se sorprendió al verse cogido por aquel hombre, que no era otro que el padre de Pepitaña, del cual se acordará el lector, que estaba en presidio, segun las noticias de aquella inquilina de la casa de la Letanía.

El mandadero volvió la cabeza viendo que Ricardo no le seguia, y

(1) Muchacho.

este sacó unas monedas del bolsillo, las entregó con disimulo al padre de Pepitaña, y le dijo en voz baja:

—Calla, y luego hablaremos.

Quedóse el uno examinando las monedas de oro que acababa de recibir, y los otros siguieron su camino por pasillos y encrucijadas hasta parar en una puerta pequeña, que daba entrada á una pieza no muy grande tampoco, donde los muebles no estorbaban á la única persona que allí habia, sentada en la única silla que asimismo se encontraba allí.

La andaluza se puso en pie al ver entrar á Ricardo, á quien el man-

dadero habia dado la preferencia al pasar el dintel de la puerta, y con acento del mayor dolor le dijo:

—Qué te parece?

—Pero cómo ha sido esto? preguntó Ricardo, asustado aun con el fatal encuentro del patio.

—Lo sé yo por ventura!..... esclamó la Cuca, sollozando.. ..

Y conociendo que era lance de interesar al sayon que venia con su amigo, añadió :

—Estamos en un tiempo que el ser muger de bien es un delito!..... Haga Vd. obras de caridad!.....

El mandadero alzó los ojos al cielo con aire compasivo, y se manifestó enternecido de aquella desgracia, con un pésame parecido al de los sepultureros cuando cobran la carta de porte á los parientes del difunto.

Ricardo pagó la simpatía de aquel hombre con una moneda de plata; y gracias á tan heróica medicina, quedó solo con Doña María Amparo de la Purísima Concepcion.

Esta reconoció inmediatamente el reducido aposento en que se hallaba, y segura de que nadie oiria lo que dijese, se espresó en los términos siguientes :

—Mira, Ricardo, á tí no te importa saber cómo ni dónde me han cogido presa; necesito de tí, y es preciso que hagas al momento lo que te voy á decir.

—Conoces al conde de Arechavaleta?

—Sí, contestó Ricardo; pero quiero que sepas una cosa, y es que yo no soy ya el que era antes.....

—Ya lo sé, hombre..... ya sé que ahora eres todo un *caballero*, interrumpió la Cuca con cierto retintin sarcástico.

—Pues ya se ve que soy un caballero.

—Serás todo lo que tú quieras; pero es necesario que oigas lo que yo te digo, porque es negocio que nos interesa á todos, y vale mas de lo que tú crees. Oyeme por un momento, y verás si vale la pena de hacer lo que te voy á decir. Elisa tiene un secreto que no te confiará nunca, y cuando tú le sepas, puedes hacer de ella lo que te dé la gana.....

Ricardo miró con aire de lástima á la Cuca, y la dijo:

—Con que un secreto, eh!

—Un secreto, sí, cabal; un secreto que yo te daré poco menos que de balde, y del cual puedes tú sacar un partido inmenso..... El dia que tú puedas decir á Elisa que sabes la existencia de cierta cosa, de cierta persona, de quien el duque no tiene la menor noticia, y cuyo secreto seria causa de un divorcio, te da.....

—Qué me ha de dar!..... no seas necia, interrumpió Ricardo; vaya una noticia fresca!..... No hay duda que el secreto es de importancia....

—Con que no, eh!..... Te parece á tí que si el duque supiera la existencia de esa niña.....

—De qué niña? preguntó Ricardo asombrado.

—De la hija del conde..... pues no decias que estabas enterado de todo!.....

—Toma, yo hablaba del marqués de Malvarcal!..... porque la misma Elisa me ha confesado que vive..... Pero qué niña esa?

—Oyeme dos palabras, y lo sabrás todo. Elisa está casada con el conde de Arechavaleta.....

—Eso es imposible, replicó vivamente Ricardo.

—Pues no hay mas que lo que estás oyendo.

—Y cómo quieres tú que se hubiera podido casar con el duque!..... Era preciso que hubiesen dado por muerto al conde, y yo no he oido decir nunca que Elisa fuese viuda.....

—Pero habrás oido decir que era soltera, y para eso no habia necesidad de presentar la partida de defuncion del marido, sino que bastaba con esconder la fe de vida del novio..... Elisa no dijo nunca que estaba casada con el conde, y como esa boda se habia hecho en secreto y el marido estaba emigrado en Francia.....

—Ah!..... ya entiendo!.....

—Pues calla y déjame seguir, que temo hayan de venir á tomarme declaracion muy pronto, y necesitamos poner en planta lo que te voy á decir. El conde no ha venido á España en busca de la duquesa; viene tan solo á llevarse la hija que tuvo de ese matrimonio, y como él no la conoce, porque cuando nació estaba ya en las Provincias, aburrido de no hallar quien le dijese el paradero de esa niña, tuvo el descaro de presentarse anoche en el baile.....

—Verdad es!..... y quién le presentó?

—Eso no nos importa; basta saber que estuvo allí, que Elisa se desmayó al verle, que su madre hizo la mogiganga que sabes, y en suma, que él se quedó solo con ellas, y como esa bendita marquesa es tan pava, le cantó de plano cuanto él queria saber.....

—Y dónde está la niña? preguntó Ricardo con ánsia, y convencido ya del gran partido que podia sacar en su especulacion amorosa con Elisa, apoderándose de aquella prenda.

—Si yo supiera dónde está la niña, no te hubiera llamado á tí, replicó sin rebozo la Cuca; pero como ese pícaro juez me ha puesto presa!.....

Ricardo se paró á pensar un rato, y dándose una palmada en la frente, esclamó:

—Ya sé dónde está la niña.

—Qué has de saber..... interrumpió la Cuca, si hace un momento ni aun tenias noticia de su existencia!

—Pues ya lo sé todo, y corro á no perder tiempo, dijo Ricardo.

Y disponiéndose á salir de la habitacion, fue detenido por su amiga, que cogiéndole del brazo, le dijo:

—Ven acá, hombre, no seas loco..... qué vas á hacer?

—A impedir que el conde tome la posta y se marche á París con su hija.

—Pero, estan juntos ya?

—Sí.

—Quién te lo ha dicho?

—El demonio!..... gritó Ricardo enfurecido; y soltándose de aquella muger, salió de allí por el mismo sitio por donde momentos antes le habia guiado el mandadero.

Atravesó con trabajo los oscuros callejones que separaban la alcaidía del patio, y hasta que la luz que entraba por la puerta no alumbró en parte su tenebrosa espedicion, no se acordó del fatal encuentro que allí habia tenido.

Quiso volver atrás; pero ya era tarde, y nada adelantaba con quedarse allí, puesto que él ignoraba que hubiese otra salida mas decente que la que el mandadero le habia enseñado.

El hombre que le habia saludado al atravesar el patio, le esperaba en el mismo sitio; y aunque esta vez no le puso la mano en el hombro, ni le trató con la familiaridad que al principio, le impidió que pasára adelante, diciéndole con voz misteriosa estas palabras:

—Tengo que hablarte.

Ricardo se puso encendido con la presencia de aquel hombre, y echando nuevamente la mano al bolsillo, le dijo:

—Déjame y toma.

El hombre le miró de arriba abajo con insolente desprecio, y le replicó:

—Quite Vd. de ahí, *chaval* (1), y oiga á quien sabe mas que él en *tó* y por *tó*.

—Es que voy muy de prisa, replicó Ricardo.

—Pues llegará Vd. tarde y temprano..... Ya se han comío la merienda..... pero han equivocaó las alforjas y no hay *cuidiaó*.

—Déjame, tengo prisa, replicó Ricardo, entre incomodado y miedoso.

—Me da lástima que seas tan tonto desde que te has *metío* á duque, y por eso te voy á hablar clarito..... Ese hombre se ha llevaó la niña y no se la ha *llevaó*..... No te digo mas, entiendes?.....

—Qué niña? preguntó Ricardo, dominando con admirable maestría la sorpresa que le causaba ver que aquel hombre, encerrado en una

(1) Imberbe.

cárcel, hubiese podido saber una cosa á la que Ricardo le creia enteramente ageno.

Su estraordinaria travesura le habia valido el sobrenombre de *Caballero de industria*, oficio que él habia elevado á la suprema dignidad de ciencia; y ocurriéndole al momento que aquel hombre le hablaba así, porque tal vez habria estado escuchando su conversacion con la Cuca, le dijo con cierto tono de autoridad:

—Vaya, déjame salir de aquí.

El hombre se indignó con aquel aire de superioridad, y despues de maldecir la suerte que le tenia encerrado allí, le dejó el paso libre, y le dijo:

—Ves con Dios; pero para que veas que yo no olvido nunca los buenos servicios, te diré una cosa: La niña que se ha llevado ese señor, no es su hija.....

Ricardo no pudo menos de admirarse nuevamente al ver la seguridad con que le hablaba aquel hombre, y convencido de que nada perdia con oirle, le preguntó:

—Pues cómo sabes tú eso?. ... quién te lo ha dicho?

Soy yo *chota* para *berrearme* (1)? El pecado se dice, pero no el pecador..... Crees que todos somos como tú?..... anda que si yo no te guardo rencor, no harán todos lo mismo .... Arrieritos *semos*..... y no te digo mas..... el que la hace, la paga, y vete en paz, que á su tiempo saldrán los trapos en la *colá*.....

—Déjate de cuentos, replicó Ricardo, disgustado de haber revuelto cosas pasadas, cuyo recuerdo no le convenia por entonces..... Yo sé lo que tú eres, y créeme que trabajo cuanto puedo para que salgas de aquí.....

—En procesion y acompañado del *buchí* (2), no es esto?

—No seas tonto, dijo Ricardo, cada vez mas asustado; dime dónde está la verdadera hija del conde.

—Eso lo sabe *este cura* (3), contestó el padre de Pepitaña, poniendo su mano derecha sobre el pecho.

—Sí, esclamó Ricardo, lo mismo lo sabes tú..... que yo.....

El padre de Pepitaña, avezado á las preguntas capciosas, y envejecido en ese género de criminalidad traidora y solapada, conoció la intencion de aquella supuesta desconfianza, y replicó con ironía:

—Vaya, eres un lince.... al momento has conocido que te engañaba!..

(1) Queria decir que no *delataria* á nadie, porque no era *soplon*.
(2) Verdugo.
(3) Lo sé yo.

Verdad es que no sé nada; pero me da lástima que un jóven de tanta malicia y tan bien acomodado como tú entre las gentes de pró, no se dé á razones..

—Pues dime lo que sepas, interrumpió Ricardo, tomando nuevo rumbo para averiguar lo que hubiese en el negocio que traia entre manos.

Dió entonces el preso tres patadas en el suelo, llevó sus manos al cogote, rechinó los dientes, y haciendo como vulgarmente se dice, de la necesidad virtud, puesto que encerrado en aquella casa, no podia aprovecharse del secreto, que de otro modo jamás hubiera descubierto á nadie, se acercó á Ricardo, y cogiéndole con ambas manos las solapas del gaban, con voz misteriosa, mitad en castellano, mitad en *caló*, le habló de esta manera:

—Por mucha que sea tu *cencia*, *chavó*, es mas mi *esperencia*, y cuando tú vas, yo vengo..... Lagarto eres; pero yo no soy rana..... y tú me entiendes y me conoces y..... está dicho *tóo*..... Valiera mas que no *jueras* tan *desembozao* en ocasiones y tan *escuro* en otras..... pero te he dicho que me das pena, y voy á sacarte la criatura del cuerpo..... Si tú *abillas* (1) un *nacío* que te *precure* el paradero de esa chica que olfateas, pierdo yo el nombre que tengo..... Has de saber que en el mundo no hay mas que *dos cristianos* (2) que sepan dónde está la hija de la duquesa..... La que se ha llevado ese señor, es mi hija.....

—Pues bien, dónde está la otra?.... preguntó Ricardo con ánsia.

—Que dónde está, dices? replicó con sangre fria el padre de Pepitaña.

—Sí, dónde está?.... dímelo y toma.....

Ricardo volvió á echar mano de su bolsillo, el preso le miró con lástima, y le dijo:

—Era Vd. mas listo antes de hacerse *señor*..... Te parece á tí que cuando un hombre puede dar un golpe por sí solo, llama al vecino para darle parte en las ganancias?

—Pero como tú no puedes salir de aquí!....

—Eso es lo que tú no sabes.....

—Puedes?

—En cuanto me diera la gana de *berrearme* tanto así.....

El preso señaló la punta de un cigarrillo de papel que estaba fumando, y Ricardo se asustó de tal modo con aquella amenaza, que cambiando el tono de indiferencia que habia usado hasta entonces, en un lenguaje humilde y resignado, le dijo:

(1) Si encuentras una persona.
(2) Dos hombres.

—Pues asegúrame que esa niña que se ha llevado el conde no es su verdadera hija, y no quiero saber mas.....

—Puedes creerlo.

—Basta; adios.

Ricardo echó á andar por el patio, y el padre de Pepitaña le volvió á parar de nuevo para decirle:

—Oyes, vete á casa de Juan Ramon, el jitano, sabes?

—Sí.

—Pues allí encontrarás á mi parienta, á la Colasa, y ella te dirá lo que hizo con la chica que le entregó la marquesa.

—Dímelo tú, y me ahorras el viaje.

—Te lo voy á decir para que veas que tratas con una *presona* de circunstancias..... Cuando la marquesa vino á mi casa á traer á su nieta, la dijo á mi Colasa que si queria criar aquella niña, habia de echar á la Inclusa á mi hija, para que las gentes del barrio no oliesen nada..... Pero como mi muger tenia tanto *aquel* por su chica, fuí yo, y..... qué hice!.... cogí á la duquesita debajo del brazo, me fuí á la Inclusa..... y ya me entiendes..... entregué un fardo por otro.....

—Con que la niña de la duquesa está en la Inclusa?

—Quién sabe!.... estará.....

—Tú me lo aseguras?

—Lo que yo te aseguro, y no preguntes nunca lo que no te han de decir; lo que yo te aseguro, es que esa niña Flora, que antiguamente se llamaba Rosario, es mi hija.....

—Pero dónde está la otra?

—Esté donde quiera, á tí no te importa..... Tú mira lo que haces, y sopa que no has de comer, déjala cocer..... Mi hija es mi hija, y no te digo mas..... Veremos cómo pagan los unos y los otros, y entonces hablaremos.

—Quieres dinero?.... pide... .

—Lo que quiero yo lo sé..... Vete que es tarde, y llamarán á encierro muy pronto.

. . . . . .

El padre de Pepitaña volvió la espalda, y se incorporó á un grupo de presos, que faltos de baraja, jugaban á las cartas de memoria.

El Caballero de industria atravesó el patio, saludó á la gente que estaba en la portería, y hasta que se vió en la calle no respiró con libertad.

CAPITULO XIII.

¡ESTABA DE DIOS!

Y no podia dejar de suceder así, porque cuando todos los seres del universo acatan los decretos del Altísimo, claro es que nosotros, miserables escritores de *Brocha Gorda,* no nos habiamos de oponer ni en un ápice á los inescrutables designios del Ser Supremo.

¡Estaba de Dios que así habia de ser, y así fue!

Y fue, si la memoria no nos es infiel en este trance, que Ricardo bajó la escalera de la cárcel pensativo y confuso con lo que acababa de saber, y ocupada su imaginacion con esas y otras cosas que se callan, porque no se dicen; y no se dicen, porque no es aun tiempo de decirlas, y se sabrán, si conviene, y ahora es conveniente callarlas, y no se hable mas.

Los fatales recuerdos que habia traido á la memoria de Ricardo la funesta presencia del padre de Pepitaña, le hacian marchar maquinalmente por la calle en direccion bien opuesta á la que hubiese tomado, si él estuviese entonces para tomar otra cosa que el cielo con las manos y tragarse la tierra con los ojos, cuya mirada inmoble y fria resbalaba sobre su pecho.

La conversacion que tuvo con la Cuca, las reconvenciones que le hizo el padre de Pepitaña y la familiaridad con que le trataba este hombre, preso por falsificador y ladron, pondrán al lector en el triste camino que ha de seguir si quiere saber la historia de ese personaje, conocido entre sus amigos por el gefe de los Caballeros de industria.

La *vida pública* de sus aventuras secretas seria larga de contar, y aunque solo examinásemos los diez últimos años, de su existencia de 30, como los únicos interesantes y anómalos, necesitariamos mas tiempo para ese trabajo, que el que ha gastado Ricardo en esa série de sucesos diabólicos y estraños.

Dejémosle en paz por ahora, que no tiene mucha en verdad, si se atiende al abatimiento de espíritu que revelan su figura y sus ademanes.

. . . . . .

Con el pie derecho en el aire y sin atreverse á retirar el izquierdo del último escalon, permaneció cinco ó seis minutos, hasta que por fin salió á la calle; y bien á pesar suyo, como hemos dicho ya, tomó una direccion opuesta á sus deseos y sobre todo á sus planes.

Arrimado á la pared, llegó á la esquina del edificio donde quedaban encerrados la Cuca y el padre de Pepitaña, y sin saber lo que se hacia, sin salir de su distraccion, ni separar el codo izquierdo de la pared, dobló la esquina por detrás del centinela... anduvo todo el costado de la cárcel... y dando vuelta á la manzana, se encontró de nuevo á la puerta de aquel horrible establecimiento.

Tres veces anduvo por fin aquel hipódromo, parándose siempre á la entrada principal, ni mas ni menos que la mariposa que revolotea y gira en derredor de la llama, cayendo últimamente sobre ella.

Estaba á la mitad de su tercer paseo cuando un muchacho que venia gritando por la calle se le acercó y le dij

—El 13, el 36, el 54, el 80 y el 15.

Ricardo no hizo caso de los gritos del muchacho, ni menos oyó los números que le habia dicho; pero este le sacó de su distraccion diciéndole:

—Señorito, deme Usía un cuarto.....

Paróse entonces Ricardo; pero no hizo caso de aquella súplica, y el chico siguió corriendo y gritando:

—A ochavito los fijos de la lotería..... á ochavo.

Era Conejo, que iba vendiendo los números premiados en el sorteo de la lotería primitiva de aquel dia.

Pocos pasos le faltaban á Ricardo para llegar por tercera vez al punto fatal de su partida, cuando le despertó la presencia del granuja; y pasándose la mano por la frente, despues de haber retirado el sombrero

que casi le cubria la ceja izquierda, quiso volver atrás.... pero ya era tarde!....

El centinela que estaba á la esquina, habia observado los estraños paseos de Ricardo y avisado al cabo de la guardia, quien con cuatro soldados y su persona inclusive, acudió solícito al sitio de la alarma, cuyo protagonista no fué dueño de reprimir su turbacion, destruyendo con su involuntario asombro la recomendacion que hacian de su persona la elegancia de su trage y aun de sus maneras.

Era la primera vez de su vida en que su rostro hacia traicion á sus secretos y parecia providencial verle temblar ante aquellos soldados, disculpándose sin ser acusado y aludiéndose sin que nadie le interpelara.

Si Ricardo hubiera seguido marchando sin hacer caso de aquella tropa, que así como venia en busca suya, pudiera muy bien andar relevando los centinelas, ni el de la esquina hubiera confirmado sus sospechas pidiendo la prision de aquel hombre, ni el cabo se habria envalentonado hasta el punto de conducirlo á la presencia del comandante de la guardia, sin mas informacion ni mas sospechas que las del centinela que le habia visto rondar la cárcel tres veces.

Pero repetimos que habia algo de providencial en este suceso, y solo nos falta averiguar la causa de aquel cambio tan repentino que se habia obrado en Ricardo, desde que atravesó el patio de la cárcel decidido á averiguar el paradero de la hija de Elisa, hasta el momento en que por una fatalidad incomprensible y *motu propio* por decirlo así, se habia entregado en manos de la justicia.

Tampoco era casual la inusitada y esquisita vigilancia de los soldados, y á no hallarse en capilla en aquel edificio un reo, cuyos antecedentes terribles, hacian necesaria toda precaucion por parte de los encargados de su custodia, la consigna del centinela no le habria hecho alarmar la guardia porque un hombre paseara en derredor de la cárcel.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Ricardo fué conducido á la presencia del oficial de guardia, ante el cual, procuró sincerarse, recobrando súbito su natural aplomo y desenfado; pero un poder oculto retenia á nuestro caballero en aquella casa de aprendizage criminal para los mas, y de terrible espiacion para los menos, y las voces de «¡guardia!» que se oian en el interior de la cárcel, complicaron aquella escena improvisada y anómala.

El oficial salió precipitadamente del cuerpo de guardia, cerrando tras sí la puerta, y encargando al vigilante de las armas la custodia de Ricardo, cuyos descargos se proponia escuchar, notablemente dispuesto en su favor.

Los soldados habian acudido á las armas, el sargento corria en busca de su gefe, á darle parte de que el reo habia intentado fugarse de la capilla.

y la puerta de la cárcel se cerraba en virtud de órden superior y arbitraria del alcaide.

La portería estaba desierta; todos los calafates de aquella mansion del crímen, habian acudido al sitio de la alarma, confirmando el refran de que «á buey muerto gran lanzada» y al comandante le fué dificil penetrar en la capilla, donde sin su llegada habria perecido *prematuramente* una de las víctimas que forman las lecciones sociales de la elocuente y humanitaria legislacion de los pueblos civilizados.

El espectáculo de aquel aposento era horrible... El digno eclesiástico, que habia agotado en vano toda su elocuencia, para que el reo admitiese con resignacion el convite que le hacia la sociedad, para que al dia siguiente *comiese con su Dios y Señor* , se veia atado de pies y manos á un sitial, despojado del santo hábito, que á pesar suyo habia cedido al reo.

Este, disfrazado con la ropa talar, sufria por primera vez en su vida acaso, verse arrinconado en un estremo de la sala por cinco hombres, que en otros dias mas felices para aquel desgraciado, habrian temblado á su sola presencia.

La espuma amarillenta que bañaba sus lábios cárdenos y convulsos, mostraba la elocuencia de su forzado silencio, y al verse libre de los robustos brazos que le oprimian el cuello, se esperezó de una manera original que espresaba bien su reconocimiento á las palabras del oficial de la guardia, que al entrar en la capilla dijo en voz alta:

—Soltad á ese hombre.

Rotas las ligaduras con que el reo quiso asegurar la impunidad de su fuga, el eclesiástico libre y sin lesion alguna, se dispuso con la mayor sangre fria á continuar su piadosa tarea, apenas le devolvieron la sotana y vió al penitente resignado á oirle por la voluntad de las cadenas con que cargaron su cuerpo para que ni con la fuga ni el suicidio, diese un *chasco* al pueblo que estaba citado para las once del dia siguiente.

No queremos dar rienda suelta á las ideas que se agolpan en este momento á nuestra imaginacion, porque esa triste prerogativa la cedemos á pesar nuestro á los lectores....

¿Quién será el que no haya visto coronados de gente los balcones de la fatal carrera, encaramarse los chicos en las rejas, y hombres, mugeres y niños, correr precipitados todos á disputarse encarnizadamente los sitios mas próximos al cadalso?....

Pocos por el contrario serán los que hayan tenido la dicha de descubrir el blanco pañuelo, con que el enviado de la humanidad , anuncia la prerogativa mas envidiable de los reyes...

Pero habrá algunos á quienes les haya ocurrido comparar la ansiedad de ese pueblo que aguarda la hora del suplicio con la pereza con que vuel-

ven á sus casas, á dar cuenta con semblante indiferente y casi triste de que el reo ha sido indultado...

A estos últimos les preguntaremos si cuando han oido decir á los lábios: —*Le han perdonado la vida*, no han leido en el rostro:—¡*Qué chasco*!

Chasco... porque la sociedad ha reconocido su error en el último momento, y en vez de ostentar una fuerza cobarde, privando de la existencia á uno de sus individuos, aprovecha esa misma existencia llena de robustez y de juventud en servicio de sí misma...!

Chasco...porque los jueces de la víctima, se han acordado de que acaso ellos mismos le habian encerrado en el camino del vicio, sin dejar abierta otra salida que la del cadalso...!

¡Chasco!...esa palabra nos horroriza...

Nosotros la hemos leido en el semblante de algunos con igual descontento que si aprendieran la noticia de que no podia ejecutarse una comedia por la indisposicion de tal ó cual actor...

Pero dejemos á un lado esas consideraciones dignas de otros trabajos mas elevados que el presente, y de otras plumas mejor tajadas que la nuestra, y esperemos en la civilizacion que ha calificado de bárbaro el falsamente llamado *derecho* de conquista.

Aguardemos á que lo que hoy se dice de los pueblos entre sí, se diga mañana de la sociedad con relacion á sus individuos...

Si los legisladores no alcanzan á curar ciertos vicios sociales, sean por lo menos tan humanos como los médicos, que encierran á los deshauciados en un hospital bajo el lema, poco consolador por cierto, de *hospital de incurables*.

Los enfermos de esas casas, saben que no curan, ó que tal les dijeron con oficioso afan, pero algo esperan cuando viven, que el hombre sin esperanza muere.

. . . . . .

El reo parecia haber oido algunas de nuestras reflexiones, cuando con ronca voz, y mientras se dejaba poner las esposas, decia:

—¡Paciencia y barajar!...

Y volviéndose al sayon que parecia gozarse mas de su desgracia añadió con terrible amargura:

—No seré yo el último que ria... pero tú tampoco...

El hombre á quien se dirigia aquella amenaza no pudo menos de estremecerse al oirla..

Conocia demasiado la fuerza de aquella profecía, y la próxima muerte de su enemigo no bastaba á tranquilizarle.

Sabia por su mal, que el bandido dejaba demasiados herederos de sus

proezas en el mundo, y la amenaza habia sido hecha en presencia de muchos, para que quedase sin cumplimiento póstumo.

No imaginaba sin embargo, que estuviese tan próximo el castigo, cuando llamado al patio, por un hombre que habia salido de la capilla al oir las últimas palabras del reo, se encontró frente á frente con el preso mas temible que habia en aquella casa.

El padre de Pepitaña, pensionista constante de los principales presidios de España, tenia la bárbara satisfaccion de haber *cobrado el barato*, en odos ellos.

Diferentes presos habian querido disputarle esa funesta prerogativa, pero sucumbiendo los unos al valor ó la destreza de su adversario, y vencidos los otros por una irresistible fascinacion, todos acataban el poder supremo del baratero.

El hombre que acababa de entrar en el patio conocia demasiado el destino que le aguardaba, pero esto solo le servia para anticiparle el dolor, y entibiar sus fuerzas, que no eran pocas, ni era de las personas menos á proposito para medir su destreza con el padre de Pepitaña.

Este le lanzó la mirada de funeral sonrisa con que acostumbraba á preparar sus víctimas, y que segun sus mismas palabras, era adelantarse la mitad del triunfo.

Abrió una puerta pequeña que en el patio habia, hizo un gesto á su antagonista y le dijo con una amabilidad diabólica:

—Sírvase vd. pasar adelante.

Apenas hubieron entrado ambos en aquel reducido y nada limpio aposento, cerró el padre de Pepitaña la puerta, clavando en ella un cuchillo, y dirigiéndose á su contrario, que habia cobrado como por encanto una audacia increible, le dijo:

—¡Sabes que mi *intringulis* se va poniendo *mu furri*!...

El interpelado se encogió de hombros, y el padre de Pepitaña añadió:

—¿Sabes que el abogado me lleva cuesta abajo desde que los *parneses* se han *escurecio*, y que segun me ha dicho el escribano voy á hacer *cané* antes de tiempo?

—¿Y qué me importa á mí de todo eso? replicó el otro.

El padre de Pepitaña se sonrió y dijo:

—Tenga vd. pecho si quiere criar espalda, que *aspacio* se ha de andar el camino, y á nengun hombre *honrao* le ataja la palabra un *chota*.

—¡Mira lo que hablas!... interrumpió el otro con gesto amenazador.

—Mira por tu alma, contestó el padre de Pepitaña con admirable sangre fria... y mas vale callar....añadió, no haga el diablo que lo que se ha de comer á escote se lo coma uno solo, y no te digo mas... Si hubieras sido mas cuerdo cuando el *probe* Chispa se las *guillaba* con la ropa del cura no es-

tariamos aqui los dos... Pero *estaba de Dios* que habias de caer en estas.... y lo que está de Dios á la mano se viene...No te canses, Juan, el mundo es pequeño para los dos; la mia ó la tuya.

Decir esto, bajar la mano derecha al suelo, y presentar como por encanto, dos navajas esactamente iguales, medianas ambas, con mango de hierro, y pardas las hojas, fué todo obra de un solo momento.

Juan cogió una de las navajas que le presentó su contrario, sin replicar una sola palabra.

Las formalidades del duelo estaban cumplidas. Al decir el padre de Pepitaña, *la mia ó la tuya*, habia indicado suficientemente que el duelo era á muerte.

Libres ambos contrincantes de sus respetivas chaquetas, con las que á guisa de escudo, se cubrieron el brazo izquierdo, los pies desnudos, los pantalones remangados, y las fajas recogidas al cuerpo, se escupieron de por sí entrambas manos derechas, como bautismo indispensable para empuñar los fatales instrumentos que hasta entonces leal y noblemente habian dejado sobre la arena del palenque.

Al terminar aquellos preparativos tanto mas horribles, cuanta mayor habia sido la sencillez y la indiferencia con que los practicaron, los presos del patio entonaban con voces descompuestas y roncas la *Salve* á la Vírgen por el reo que estaba en capilla.

Nuestros desalmados contrincantes, no oyeron aquella plegaria....

En sus rostros serenos é impasibles, no se advirtió siquiera esa sorpresa involuntaria que produce en los mas valientes cualquier inesperado rumor.

Frente el uno del otro, á distancia de dos pasos, con la cabeza oculta entre los hombros, el brazo izquierdo siempre en guardia y en línea recta con la rodilla, acometiendo con el brazo derecho, y retirando el cuerpo, sin ventaja alguna por ninguno de ambos, pasaron cinco minutos, durante los cuales sus rostros adquirieron una fiereza horrible.

La causa del duelo, era ya desconocida para ambos....

Se habian encontrado dos hombres iguales en destreza y en valor, y era preciso que el uno triunfase del otro ó que pereciesen ambos....

Juan veia que su contrincante era menos hombre de lo que á él le habian dicho, y el padre de Pepitaña por el contrario, veia que su enemigo valia mas de lo que él se habia figurado.

Tal vez un necio orgullo les hacia continuar el lance.

Una palabra de cualquiera de ellos habria hecho que ambos arrojasen las navajas, terminando el duelo como tantos otros, en que las causas son mas poderosas y los hombres mas comprometidos á cuidar de su honra.... ¿Pero quién habia de romper el silencio primero, ni qué seguridad tenia ninguno de ellos de que ambos á dos pensaban del mismo modo?

Por otra parte las consecuencias de un desenlace por el estilo, habrian sido funestas.... El padre de Pepitaña hubiese pagado caro el haber *cobrado barato* hasta el dia en todas las cárceles de España.

El valor personal es una institucion como otra cualquiera que no se consolida sino á fuerza de prestigio y que se pierde al menor descuido.

Así lo sabian los que navaja en mano se batian con arrogante denuedo y brutal fiereza en aquel *cuchitril* de la *cárcel de corte*, teatro continuo de semejantes escenas.

El padre de Pepitaña era mas *ratero* que su adversario, y aparentando resbalar sobre la arena, tiró un golpe bajo que seguramente habria sido el primero y el último, si su adversario no le hubiese parado con la chaqueta recibiendo una ligera herida en la pierna izquierda, y hundiendo al propio tiempo su navaja en el pecho de su contrario. La accion fué tan rápida que el fatal instrumento no llevó consigo ni una sola gota de la sangre que salió súbito á borbotones por la parte lateral superior derecha del pecho entre la quinta y sesta costilla.

El asesino conoció bien pronto el bárbaro acierto de su brazo, y antes

que el padre de Pepitaña cayese al suelo bañado en su propia sangre, cerró la navaja con admirable serenidad, y se disponia á salir de aquel aposento, cuando el alcaide, acompañado de la fuerza armada, llegaba á la puerta del mismo.

Horrible era el aspecto que presentaba el *cuchitril* á la llegada de los recien venidos, pero el alcaide habia dejado de asustarse por nada desde que veinte años de práctica en el destino le habian hecho conocer que *no ganaba para sustos*. Así fué que sin reparar en el lago de sangre que bañaba el cuerpo del padre de Pepitaña y prescindiendo de la aptitud forzada y penosa del herido, de la alteracion de sus facciones, y del color plomizo de su rostro, recitó con voz magistral la fórmula idem, de semejantes casos.

—Recojan vds. las navajas, que abran los calabozos del patio, y que suban los reos á la alcaidía.

—No puede ser, señor, dijo uno de los carceleros disponiéndose á cumplir las órdenes de su gefe; este hombre ha muerto.

—¿Muerto?... preguntó el alcaide acercándose con indiferencia al herido, que en aquel momento sufria un desmayo mortal ocasionado por la pérdida de la sangre... Pues que venga el médico y el cirujano y subid el otro á la alcaidía.

El cabo de la guardia dejó un centinela en el cuchitril y precedido del alcaide, llevó á Juan por medio del patio, desierto y tranquilo por haber sonado minutos antes la hora del silencio.

Los presos se habian retirado á sus respectivos encierros ansiosos de saber el resultado de aquel desafío, pero seguros todos de que no quedando muertos ambos contendientes no seria nunca Juan el que sobreviviera.

Nuestros lectores podrán juzgar cuál seria la sorpresa de aquellos criminales, al recibir el desengaño que diariamente ofrece el porvenir á los juicios que forma el hombre sobre los libros del presente y las tradiciones del pasado.

CAPITULO XIV.

LO QUE ESTÁ DE DIOS Á LA MANO SE VIENE.

Nemo auditur perire volens.

El título de este capítulo es un problema del cual no hemos resuelto aun mas que la segunda parte. Sabemos que la voluntad de Dios se cumple siempre; pero como no nos es dado saber cual sea esa, acatamos los fallos y respetamos las causas.

Por otra parte la libertad y la salud, son dos cosas que se pierden por quintales y se recobran por átomos. Los alópatas nos las arrancan á millones y la Homeopatía nos las devuelve tarde mal ó nunca en millonésimas.

Ricardo habia entrado en la cárcel por una casualidad, y tenia derecho á esperar otra que le sacase de ella; pero las casualidades llevaban un rumbo bien opuesto á sus deseos, y la que entregó al caballero en manos de la justicia, halló bien pronto otra y otra que viniesen en su apoyo.

La circunstancia de haberle hallado rondando la cárcel á tiempo que el reo de muerte intentaba fugarse de la capilla, la de haberle visto hablar en el patio con el hombre que acababa de morir en defensa del reo, su turbacion en presencia del oficial y otras señales que nunca escapan á la observacion de los empleados de las cárceles, todo contribuyó á agravar la situacion del caballero de industria.

Ricardo Goslings.

Pero como quiera que el oro, de que en gran cantidad podia disponer Ricardo, está reconocido como disolvente eficaz de esas circunstancias *gravantes ó tenues*, á voluntad del que paga, era preciso que la Providencia no se fiara de cosas tan perecederas, ni de hombres tan perecibles.

Estaba de Dios que Ricardo habia de caer en poder de la justicia, y *lo que está de Dios á la mano se viene.*

La mano que habia de agarrar á nuestro caballero era la del juez amigo del conde de Arechavaleta, que habiendo llegado á la cárcel poco despues de terminada la escena de la capilla, habia sido causa de que se sorprendiera *in fraganti* al asesino del padre de Pepitaña.

Este infeliz era el preso por quien preguntó el juez al alcaide, cuando casualmente se encontró con Ricardo en la alcaidía, á donde habia sido trasladado desde el cuerpo de guardia.

El caballero de industria estaba sentado en una silla, con la cabeza caida sobre el brazo que descansaba en una mesa contigua, y el juez reconoció bien pronto en él al amante de la duquesa de Aguazul.

Este descubrimiento le pareció de la mayor importancia para el logro del plan que traia entre manos, é informado de las sospechas que pesaban sobre aquel hombre, quedó solo con él, ínterin el alcaide hacia llamar al padre de Pepitaña.

Ricardo alzó la vista para reconocer al juez cuando este se acercó á hablarle, y aunque no le pareció desconocida aquella fisonomía, no podia traer á su memoria el lugar donde le habia visto, que como sabe el lector, fué en el teatro de la ópera y en el portal de la fonda de los Cuatro Vientos.

Púsose en pie sin embargo, convencido de que aquel hombre seria una de las primeras autoridades de la casa en que estaba, y el juez le obligó á sentarse, diciéndole con la mayor urbanidad:

—No se incomode vd., caballero.

Ricardo temió haberse engañado en el juicio que formára de aquel hombre, y creyéndole algun preso de consideracion, tomó una postura insolente y despreciativa, de la que el juez supo sacar un gran partido para las preguntas que pensaba dirigirle.

—Caballero, le dijo tomando asiento á su lado, me ha parecido que era vd. una persona de clase, y he preferido venir aquí para que de caballero á caballero me diga vd. la verdad de todo, y evitarle la vergüenza de asistir á la sala de las declaraciones.

La dulzura con que el juez pronunció estas palabras, y la nobleza de sus facciones, animaron á Ricardo, el cual descubriendo su cabeza é inclinándose respetuosamente, tuvo la arrogancia de creer que el juez se habia dejado deslumbrar por la elegancia de sus maneras, y le dijo:

—Dispense Usia, señor juez, que yo no le haya saludado como debia, pero el atropello que acabo de sufrir me tiene trastornado.

—Déjese vd. de tratamientos, replicó el juez, y sírvase decirme algo sobre la persona á quien vd. ha visitado aquí.

Algo sorprendió á Ricardo esta pregunta, pero era demasiado villano para pensar en otra cosa que en salir cuanto antes de allí, aunque fuese con perjuicio de tercero, y como por otra parte le interesaba complicar la situacion de la andaluza para que no le quitase de las manos el negocio que él pensaba hacer con la niña de la duquesa, no titubeó un solo momento en cantar de plano.

—Voy á ser franco, dijo, persuadido de que vd. sabrá sacar un partido prudente de mis confianzas, sin que nadie salga perjudicado por causa mia.

—Pierda vd. cuidado, contestó el juez.

—Pues señor, yo soy jóven y vd. no se estrañará de que como tal sea muy aficionado, acaso mas de lo que debiera, á las mugeres... Por ellas he perdido mi fortuna, mi carrera y... por ellas tal vez hubiese pasado la noche en este *pandemonium* á no haber tenido la dicha de tropezar con un caballero como vd....

El juez se sonrió de intento, y Ricardo, que no podia comprender toda la intencion de aquella sonrisa, continuó con entera familiaridad:

—Dicen que Cárlos III preguntaba siempre que le referian algun lance ocurrido entre hombres solos «quién era ella», persuadido de que jamás habia funcion sin tarasca, y eso mismo me parece que estará vd. diciendo en su interior :—*¿Quién es ella?*... Pues señor, ella es una jóven de quien yo estoy enamorado como un burro, y que por lo mismo me trae como un dominguillo de aquí para allá, haciéndome jugar toda clase de papeles..... Conoció en sus primeros años á una bruja de esas que á título de encinas buscan siempre una yedra que les pida apoyo, ó á quien dárselo sin que lo solicite. En una palabra, señor juez, la muger á quien yo he venido á ver aquí por encargo de mi querida, es una *cuca*.... digo mal, es la madre de todas los cucas de Madrid.... Envió á decir á su ahijada que estaba presa, y yo he venido á ofrecerla algun socorro pecuniario, convencido de que la habrian cogido en alguno de los diferentes cementerios donde ella hace sus travesuras....

Aunque Ricardo dijo en tono de broma estas últimas palabras, el juez no pudo comprender el sentido de ellas, y ansioso de descubrir algun nuevo crímen, preguntó:

—¿Tiene algun pariente en el campo santo?...

—¡Parientes! dijo Ricardo, no sé, víctimas muchas....

—¿Amantes despechados tal vez? replicó el juez, procurando disimular su curiosidad.

—No señor, contestó Ricardo, son jugadores distraidos que acuden tarde ó no acuden nunca á reclamar sus puestas, y como esa Cuca es tan lista, levanta tantos muertos, que las casas á donde asiste parecen cementerios.

El juez estuvo á punto de desenvainar su autoridad para reprimir las bromas de Ricardo; pero habia empeñado su palabra en contrario, y se resignó á oir en silencio la relacion del jóven, que continuó del modo siguiente:

—Pues señor, como iba diciendo, vine á ver á esa muger.... y al salir de aquí....

—¿Sin verla? interrumpió con viveza el juez.

—No señor, respondió con turbacion Ricardo. La ví.... me dijo que no se la ofrecia nada.... y al salir de aquí, añadió con afan, sucedió que el bárbaro del centinela me detuvo, me trajeron á esta sala.... sin decirme por qué ni como, y yo me he resignado, porque desgraciadamente en *este pais*!...

Ricardo calló al decir estas palabras, que él, como otros muchos de su calaña tienen por muy significativas, y buscando con la suya una sonrisa del juez, encontró que éste, demasiado sagaz para comprometer su autoridad sancionando aquellas calificaciones de la justicia de su pais, aparentó no oirlas, y entabló el siguiente interrogatorio:

—¿Cómo se llama esa *Cuca*? le preguntó.

—Doña María Amparo de la Purísima Concepcion Partinman, contestó Ricardo siempre risueño.

—¿Es inglesa?... preguntó el juez siempre serio y fijando su atencion en el apellido.

—¿Inglesa?... repitió Ricardo riendo.... no señor.... es Inglaterra... tiene mas *ingleses* ella sola que la Gran Bretaña reunida.

Aquí estuvo el juez á punto de perder su gravedad y aplaudir la manera que tenia el jóven de llamar tramposa á la andaluza; pero conservó su compostura y continuó:

—¿Qué hacia en el baile de la señora duquesa de Aguazul?

Esa pregunta desconcertó á Ricardo, y despues de un momento de silencio contestó:

—No sé.... bailaria.

—¿Cómo es que siendo una muger de esa clase tiene un trato tan íntimo con la duquesa?

—¿Supongo, caballero, replicó Ricardo, persuadido bien á pesar suyo de que el juez sabia quien era, supongo que no habrá vd. creido que esa jóven de quien acabo de hablar es Elisa?...

Ni el tono de la pregunta, ni el cinismo con que Ricardo confesaba sus relaciones amorosas con la duquesa de Aguazul, nada fué bastante á in-

mutar al juez, que con la mayor calma continuó su interrogatorio diciendo:

—¿Cómo se llama la hija de la duquesa?

—La duquesa de Aguazul no tiene hijos, contestó Ricardo.

—¿Cuánto tiempo hace, continuó el juez, aparentando no haber oido las palabras de Ricardo, que la duquesa entregó su hija á esa muger?

Ricardo, asombrado de ver la seguridad con que el juez le suponia enterado de un suceso, que como ha visto el lector, ignoraba dos horas antes, se encogió de hombros por toda contestacion.

—Vá vd. faltando á la palabra que me dió de ser franco conmigo.... Tanto peor para vd.... añadió aparentando serle indiferente aquella reserva.

El caballero de industria entró en cuentas consigo mismo, y persuadido por una parte de que estando el secreto en conocimiento de la justicia, no le servia de arma para sus planes con Elisa, temió que su estancia en la cárcel descubriese cierta época de su vida, cuyos recuerdos procuraba ahogar con los goces del mundo nuevo en que su audacia le habia lanzado.

Pero estaba de Dios que sus mejores pensamientos habian de zozobrar en un piélago inmenso de diabólicos accidentes, y lo que está de Dios.... hemos dicho que á la mano se viene.

Mientras el pobre jóven recordaba aquel axioma de derecho que dice, *nemo auditur perire volens*, y persuadido de que nunca es bueno perecer, se decidia á *espontanearse* con el hombre que le interrogaba, he aquí la mano de la Providencia que abre la puerta de la alcaidía para dar entrada en ella al alcaide, á Juan y á dos soldados que custodiaban á este último.

Juan alzó la vista con disimulo, y fijándose en Ricardo, esclamó con diabólica alegría:

—¡Gracias á Dios!... ¡Ya era hora!

Y bajó de nuevo los ojos.

El juez comprendió perfectamente la esclamacion del preso, pero aparentó no advertir la turbacion de Ricardo, y dirigiéndose al alcaide, le dijo:

—¿Es este Culebras?

Con ese mote era conocido el padre de Pepitaña.

—No señor, contestó el alcaide conmovido.... es su asesino.

—¿Qué está vd. diciendo?... replicó con viveza el juez.

—Lo que Usia oye.... el preso á quien Usia buscaba, queda herido de muerte por este hombre á quien llaman Juan el Campesino, y que debia recobrar muy pronto su libertad....

—Pues ahora estoy satisfecho de haberla perdido con tal de ver aquí á ese caballero.... interrumpió Juan clavando sus feroces ojos en Ricardo, que parecia estar aturdido, y dirigiéndose al juez, añadió:

—Señor, recomiendo á Usia ese mozo. Por él y otros de su clase nos vemos así mas de cuatro probes.

El juez habló al oido con el alcaide, y este salió de la alcaidía, llevando consigo al preso.

Apenas quedaron solos Ricardo y el juez, cuando este último aparentando no haber escuchado las palabras del preso, anudó su interrogatorio diciendo:

—¿Qué relacion existia entre la Cuca y Culebras, para que la muger de este estuviese encargada de criar á la hija de la duquesa?

La desgracia del padre de Pepitaña contribuyó á tranquilizar á Ricardo, y firme en su propósito de declararse abiertamente, contestó:

—Cuando yo he venido aquí ignoraba la existencia de esa niña de que vd. me habla.... Es mas.... no sabia que Elisa tuviese dos maridos, hasta que doña Amparo me lo ha contado todo....

—Eso no es posible, atendida la amistad que vd. tiene con la duquesa.

—Pues por esa misma razon, no habrá querido hacerme sabedor de un secreto de que yo pudiera haber abusado.... si fuera capaz....

—¿Y qué le ha dicho á vd. doña Amparo?

—Doña Amparo me dijo que tenia que revelarme un gran secreto, á propósito de la duquesa, y yo, creyendo que se trataba de la supuesta muerte del marqués de Malvareal.

—¿Con que segun eso tambien sabe vd. que vive el marqués?... dijo el juez con cierto deseo de averiguar lo que hubiese de cierto en aquella sospecha que le habia comunicado el conde de Arechavaleta.

—Ya hace algun tiempo que lo sabia, replicó Ricardo; pero como es una cosa de tan poca importancia, y no sé qué motivos hayan tenido en esa casa para hacerle pasar por muerto si efectivamente vive en Chile!... Algunos se atreven á decir que no fué del todo estraño al envenenamiento del primogénito de su casa, y aun añaden que la marquesa poseé las pruebas de ese crímen, y le obliga con ellas á no desmentir su prematura viudez.... pero no me parece creible semejante historia.... En lo que no cabe duda es en que vive, que la marquesa lo sabe, y sin embargo se obstina en hacerle pasar por muerto.... Hoy si que con lo que he sabido del doble matrimonio de Elisa, empiezo á comprender la causa de ese misterio.... Estoy seguro de que el marqués, á pesar de la gran fama de hombre inmoral que tenia desde que siguió las banderas de José Bonaparte, jamás habria consentido que su hija cometiese un crímen por enlazarse con el primogénito de una de las primeras casas de España....

—Esa esplicacion me satisface, replicó el juez, pero ¿cómo ha conseguido la marquesa que su esposo permanezca en Chile, autorizando con su silencio las noticias que de su muerte se dieron hace mas de un año?

—Con esas pruebas que tiene, segun dicen, de que el marqués actual, contribuyó al envenenamiento de su hermano el mayor.

—Verdad es, contestó el juez.

—Pues decia, añadió Ricardo anundando su relacion, que me reí de las palabras de la Cuca, porque crei que se referia al marqués, pero me dejó sorprendido cuando me dijo que el conde de Arechavaleta, á quien yo creia antiguo amante de Elisa, no era sino su legítimo esposo, y que el fruto de ese matrimonio era una niña...

Ricardo se paró á reflexionar un momento en las palabras del padre de Pepitaña, y al acordarse de la seguridad con que éste le habia dicho que la niña Flora, no era la hija de la duquesa, pero que por tal pasaba á los ojos de todos, un rayo de luz iluminó su decaida esperanza y continuó su relacion atribuyendo á la Cuca parte de las noticias que le diera Culebras.

—La niña, añadió, fue entregada por la marquesa de Malvareal, en po-

der de una muger pobre, la cual tenia una hija de la misma edad, que segun las órdenes de la marquesa arrojaron á la Inclusa, criando en su lugar á la hija de Elisa...

—¿Qué edad tenia la niña de la duquesa cuando la entregaron á esa muger.

—No sé.... pero seria recien nacida, puesto que á esa muger la buscaron en calidad de ama de cria.

—¿Cómo se llama esa muger?

—Nicolasa.

—¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—¿Piensa vd. hacer con esa niña lo que le ha encargado á vd. que hiciera doña Amparo...?

—A mí no me ha encargado nada.

—Pues ¿cómo le ha revelado á vd. un secreto que le habia ocultado antes de ahora?...

—Seria porque esperase sacar de mí datos de mayor importancia.

—No es fácil eso, cuando ella sabia que vd. habia ignorado siempre la existencia de esa niña.

—Pues no sé que fin se habrá llevado en hacerme esa revelacion.

—El que vd. pueda prevenir con tiempo á la duquesa, y se malogren las esperanzas del conde.

—Eso no, replicó con viveza Ricardo.... La Cuca, añadió con insolente cinismo, me conoce demasiado, y sabe que yo solo aprovecharia esa arma en mi provecho.

El juez dió una interpretacion siniestra á las palabras de Ricardo, y este añadió:

—Poco me importa que el conde encuentre á su hija, y Dios les de larga vida á ambos, para que yo tenga siempre un seguro contra las veleidades de Elisa.

—¿Y cómo es, preguntó el juez, que la duquesa se atreve á llevar á esa niña á su palco, y la deja divertir al público sobre las tablas de un teatro.

Ricardo se sorprendió al oir que la niña que estaba en poder del conde, y que pasaba por hija de la duquesa á los ojos de doña Amparo, era la que con el nombre de Flora, formaba parte del cuerpo de baile en el teatro de la opera.

—¿Pues qué, esclamó riendo, Flora es hija de Elisa?...

Y viendo que el juez guardaba silencio, añadió:

—Ahora si que digo que soy torpe!.. Pues si esa chica es ahijada mia!.. Desde que yo me declaré su protector se llama Flora... antes la llamaban

Rosario.... ¡Poco me costó que la *estantigua* de la Tomasa me permitiera esa confirmacion!... Vaya, es gracioso que yo haya sido el que presentara á Elisa su propia hija.

—¿Cree vd. que la duquesa ignora esa circunstancia?

—Si tal. Aunque ella es capaz de disimular esas cosas y otras.... porque tiene genio para todo.... Es muger, continuó Ricardo con su acostumbrada insolencia, que á pesar de que el pobre duque no se opone ni al mas ridículo de sus caprichos, por solo el placer de engañarle y atormentarle, se finge enferma cuando sale de noche, y deja en la cama una muñeca de tamaño natural con papalina y todo, que no hay mas que ver.... Es cosa graciosa oir contar á las doncellas de Elisa, el respetuoso temor con que se acerca el duque á la colgadura de la alcoba, para observar desde allí el sueño dulce y tranquilo de la inanimada efigie de su esposa....

El juez estaba asustado con lo que oia, y conociendo cuan útil seria el apoyo de aquel hombre para los planes ulteriores del conde, se decidió á sacarlo de allí, para lo cual no necesitaba hacer grandes esfuerzos. Su autoridad en aquella casa era de mayor importancia que la que da generalmente el ministerio de juez, por que su estremada aficion á los negocios criminales, le habian grangeado gran respeto en la curia.

Esa misma esperiencia le hizo comprometer á Ricardo de un modo seguro, y lejos de ponerle en libertad desde el momento, le dijo aparentando despedirse de él:

—Haré que desde luego lo trasladen á vd. á un cuarto de alcaidía, y que procuren tomarle declaracion cuanto antes...

Ricardo se estremeció al considerar la desgracia que le amenazaba, y recordando las palabras de Juan el Campesino, que gracias á su cinismo habia olvidado al hablar de la duquesa, esclamó:

—Por Dios, caballero, reconozca vd. la injusticia de mi arresto y hágase vd. cargo de que lo que hoy han hecho conmigo harán mañana con cualquiera otro, y será cosa de que no habrá quien se atreva á visitar un preso, aunque sea su mismo padre....

El juez guardó silencio, y Ricardo decidido á procurar su libertad por toda clase de medios, dijo con voz misteriosa:

—Si salgo de aquí ahora mismo, prometo revelar á vd. un secreto, mas importante para el conde de Arechavaleta, que el hallazgo de la niña Flora...

—¿Cual?

—Pregunte vd. si está en estado de hablar ese herido del patio.

El juez sonó una campanilla que habia sobre la mesa, y al hombre que acudió á recibir sus órdenes le preguntó:

—¿Cómo está el herido?

—Ha muerto respondió el hombre.

—No importa, esclamó Ricardo, acordándose de que el padre de Pepitaña le habia dicho adonde podria hallar á la Colasa.

—¿Es decir que vd. sabe....?

—Sé algo.

—En ese caso cuento....

—Conmigo en todo y para todo.

A una seña del juez salió de la alcaidía el hombre que acaba de entrar en ella.

El juez salió tambien de alli, tranquilizando á Ricardo, por el tono afectuoso con que le dijo:

—Voy á evacuar una declaracion aquí, y vuelvo, para ver si es posible lo que vd. desea.

Ricardo comprendió cuanto interesaban al juez sus revelaciones, y decidido á ser tan esplícito, cuanto necesario fuera para recobrar su libertad, quedó solo en la alcaidía, aguardando la vuelta del juez.

Allí pasó largo rato, sin que nadie entrase á acompañarle, hasta que por fin se abrió la puerta, y un hombre, que no era por cierto el que esperaba Ricardo, entró diciendo al preso con esa urbanidad carcelera, que tanto alivia la suerte de los desgraciados:

—Venga vd. conmigo.

—A donde.

El carcelero no se dignó contestar una sola palabra, y Ricardo le siguió sin atreverse á repetir la pregunta.

CAPITULO XV.

DON PEPITO.

Luchando entre el temor y el deseo, sigue Ricardo los pasos del silencioso carcelero, agitada su mente por pensamientos bien opuestos á los que ocupaban la jóven imaginacion de la interesante Adela, cuando reclinada en la regia silla de su aristocrático gabinete, esperaba la vuelta de Juana, para leer la *inverosimil* declaracion de amor del anciano don Pepito.

Perdona, lector, que á pesar nuestro, te hayamos arrancado de aquel tocador oriental, cuya perfumada atmósfera embriagaba tal vez tus sentidos, en gracia de la imparcialidad con que bonitamente y sin estrépito, te sacamos ahora de ese estanque de crimenes, cuyos hediondos vapores habrán dificultado tu respiracion, y angustiado tu alma.

Henos ya otra vez en aquel taller de las gracias, colocado por un incomprensible anacronismo en la sucia fonda de los *Cuatro Vientos*.

Adela, suspendiendo la lectura de un billete de color de rosa que acababa de entregarla su doncella Juana, da rienda á la risa, y esa contraccion nerviosa, descubre el envidiable privilegio que goza la querida de Ricardo, sobre todas las mugeres del mundo.... su dentadura.

Los dientes de Adela cuya incomparable belleza *física* hemos descrito ya, no son unas partes del cuerpo humano mas ó menos perfectas, son unos seres que hablan, que rien.... que interesan, que conmueven, en fin, de una manera inesplicable.

La luz no se derrama sobre la superficie brillante de esa incomparable dentadura, sin que el cono de los rayos luminosos se trunque, penetran-

do aparentemente en cada diente de por sí, como lo hace en los ojos para impresionar el órgano nervioso de los mismos.... El efecto que produce la dentadura de Adela, es un simulacro de la teoría de la vision... Deslumbra de tal modo, que parece que un espíritu invisible se mueve en cada uno de sus dientes.

Juana, apesar de ser como todas las criadas, la que mas tarde reconoce las gracias de su señorita, la mira con estúpido asombro y no vuelve de su turbacion hasta que Adela cierra sus delicados lábios, para entreabrirlos despues diciendo:

—¡Pero, muger, es posible que haya esa clase de hombres en el mundo!... Vaya estoy tonta!... Tú no has leido bien esta carta....

—Si, señora, contestó la doncella con ese orgullo tan propio á los que sabiendo deletrear, no han llegado nunca á saber leer.

—¿Y á esto llamas declaracion de amor?... replicó Adela riendo. Pues si eso es así, creo que ó no me amaban los que se me han declarado, ó no me han hecho aun su declaracion los que me aman... Oye, muger, oye con cuidado esta epístola y verás como te han engañado tus deseos...

—¡Mis deseos!... ¡vaya!.... dijo Juana olvidando su condicion de esclava, y sin acordarse de que las galas que lucia eran desechos de su señorita; vaya, repitió, como si no hubiera mas hombres en el mundo que ese señor... sepa usia, señorita, que donde usia me ve, si yo hubiese sido otra estaria casada con un alferez de milicias...

—Yo hubiese sentido mucho quedarme sin una donce tan útil como tú, pero me alegraria de tu felicidad.

—Muchas gracias, señorita... vaya, lea usia la carta.

—Leo, dijo Adela, fijando sus negros ojos en el rosado billete.

Y leyó el siguiente documento, que á pesar de ser histórico nos ha parecido inverosimil:

Amable jóven:

El hombre es la obra mas perfecta de la creacion....pero sujeto á mil debilidades, no puede menos de perder su dignidad y su compostura á cada triquitraque.... Un chiquito traviesiyo y astuto le acecha á todas horas, para sumergir en su pechito las ponzoñosiyas puas de las envenenadas flechitas, que cautelosiyo esconde en su maliciosiya aljaba... Algo picadiyo de ese mal me siento yo, amable jóven, y si el dardo sutil que esos inmaculados ojiyos me han dirigido no disculpa mi atrevidiyo deseo, abra vd. el panteon de sus víctimas y prepare un sarcófago cenotáfico para,

PEPITO MARÍA TRUQUIFLOR,
víctima de un casto amor.

P. D. Una urna de diversas conchiyas, orlada de varias floreciyas de cera y oblea, espera encerrar en su recóndito seno un mechoncito de los amables pelos de vd.... Me atrevo á esperar que no quedarán burladas las esperanzas de esa inocente urniya que á ratiyos perdidos hizo,

su de nuevo rendido adorador,
PEPITO MARIA TRUQUIFLOR.

Don Pepito.

No es posible esplicar cuanta fué la esplosion de la risa que Adela habia contenido á duras penas mientras leyó la carta.

Baste decir que el papel se le cayó de las manos, y que Juana olvidándose de sostener el orgullo con que habia supuesto haberse enterado de la declaracion de don Pepito, soltó la carcajada á imitacion de su señorita, y solo dejó de reir cuando aquella la dirigió la palabra diciéndola:

—Pero, muger, ¡has visto nunca una cosa mas curiosa! ¡Qué hombre tan original!

—Pues aun no sabe usia lo mejor....

—¿Te ha escrito otra carta?

—No señora.... ¿No le ha visto usia vestirse alguna vez?...

—No.... he solido mirar casualmente; pero como siempre tiene corridas las cortinillas....

—Ahora si, por que hace frio.... pero en verano es una diversion.... En el mes de agosto cuando el señorito nos hizo venir á la inglesa y á mí á arreglar el cuarto para esperar á usia, nos chocaba mucho ese hombre, y jamás podiamos verle bien, porque apenas sentia gente cerraba las vidrieras; pero una noche.... se la jugamos de puño.... Cerramos las persianas, apagamos la luz, y con el mayor silencio nos quedamos á observar por las rendijas. A poco rato, abrió el vecino sus vidrieras, se aseguró de que nadie le observaba.... encendió con un fósforo una vela de cera muy amarilla.... se marchó y volvió al poco rato con una palangana vacía; la limpió muy bien con un trapo, se quitó la bata frente á un espejo de vestir, se puso una chambra de cotonía como las que usamos las mugeres, y se ató unas enaguas á la cintura....

—Calla, muger.... eso no es verdad....

—Lo que usia oye, señorita....

—¡Es posible!

—Pregúnteselo usia á la inglesa, si no me quiere creer á mí.... Como que nosotras teniamos que morder los pañuelos para contener la risa....

—Sigue, sigue, muger.

—Despues se quitó la peluca y se puso una cofia de dormir á la cabeza.... Trajo un jarro de agua, llenó la cofaina, y con un paño muy fino, mojado de agua, y en el que echó unos polvos blancos, se estuvo frotando la cara mas de media hora.... despues se sacó tres dientes....

—¡Serian postizos!

—Es regular, por que los estuvo jabonando, y despues de haberlos secado muy bien, los dejó encima de un paño blanco que habia en la mesa, junto al reló y las sortijas que tambien estuvo jabonando entonces.... Luego cogió un espejo pequeñito que le hacia la cara muy grande, y con unas pinzas se arrancó algunos cañones de la barba.... Pero lo que mas

nos sorprendió fué verle traer una tabla, forrarla con una tohalla y ponerla encima de una silla;... él se sentó en otra, se descalzó un pie, y con una nabaja de afeitar en la mano derecha, despues de haberse puesto guante en la izquierda, empezó la formidable operacion de cortarse los callos... callos, señorita, que asombran... sus pies no son pies, son piñas... Tiene tanto juanete, tanto espolon y tanto ojo de gallo, que no sé como puede tenerse en pie..... Pero ¡sabe usia lo que hace....! se pone unos tafetanes negros, y luego se lia tantas hebras de seda, que no sé como lo resiste.... la cara parecia que le chorreaba sangre.... Yo digo á usia la verdad, me dió lástima.... Estuve á punto de abrir de repente las persianas y echarme á reir; pero temí que se cortára un dedo, y estuve quieta.

—Sabes lo que estoy pensando, dijo Adela, interrumpiendo la relacion de su doncella, que seria bueno hacerle venir aquí....

—¡Pero señorita!...

—Nos divertiríamos un rato.

—¿Y cómo hemos de hacer para que venga?

—Mándale un recado.... ¿crees tú que no vendrá?

—Yo creo que sí, pero y ¿si no está en casa?

—Ponle dos letras y que se las entreguen á su criado.

—Si vive solo....

—¡Solo! y ¿quién le guisa?

—El mismo....pues si es la cosa mas divertida del mundo....Un dia le vimos cocer unos huevos y estuvo jabonando primero la cáscara.... Y él se recose la ropa y se arregla los chalecos y....

—Anda muger házle venir un rato.

—Voy á ver por el balcon si está en casa, y en ese caso le haré señas que venga, si está vestido, porque si está á medio vestir aun, tenemos que esperar un siglo.

Juana salió del gabinete, y Adela cogiendo un elegante librito, único que habia sobre el tocador, dijo:

—Si las novelas nos hablasen de esos hombres, diríamos que eran invenciones del autor.

La doncella de Adela volvió á entrar al poco rato diciendo:

—Somos felices, señorita, estaba en casa y viene al momento.... ahora usia dirá lo que hemos de hacer.

—Nada, que entre.

—¿Aquí?

—Sí, aquí; tú me le presentas, y lo demás corre de mi cuenta.

Adela continuó leyendo, y Juana salió á esperar la llegada de don Pepito.

Aprovechemos nosotros ese corto intérvalo para obtener la indulgen-

cia del lector, antes de presentarle ese ente anfibio, que la precision histórica de estos desaliñados bosquejos, ha traido á nuestra pluma.

Recuerden los lectores que don Pepito María Truquiflor, es aquel hombre enamorado de sus formas, que se desmayó en el baile de la duquesa, y de quien dijimos que sentíamos no poderle eliminar de esta historia, que ahora como entonces, llamamos verídica cual ninguna.

Demasiado hicimos con ahogar su voz y esconder su figura que intentaba asomar en los primeros capítulos, esponiéndonos á ser el blanco de su murmuracion, que es una calamidad muy temible.

Daríamos cuanto se nos pidiera porque á ese mal aconsejado señor no le hubiese ocurrido la estravagancia de escribir á Juana, y quisiéramos que Adela no se empeñara en traer á su gabinete un hombre problemático que ahora nos tiene perplejos, sin saber qué decir para que los lectores no se asusten al verle.

Por la esplicacion que Juana acaba de hacer de lo que ella misma no comprende, se sabe que existe un ente inverosimil con formas de hombre y maneras de muger; pero se ignoran las causas de esa degeneracion inconcebible, y nosotros quisiéramos pasar en silencio lo que no podemos esplicarnos victoriosamente.

Las noticias que nos hemos procurado acerca de don Pepito, no nos han servido para otra cosa sino para saber poco mas ó menos lo mismo que acaba de decir la doncella de Adela. Que vive solo, que huye el trato de las mugeres, aunque imita sin embargo todas las ocupaciones domésticas esclusivas de aquellas, y que su afeminacion le ha valido con justicia el renombre de *Marica*. ¿Pero esa aberracion depende del temperamento del individuo? ¿proviene del mayor ó menor desarrollo de sus facultades intelectuales?... Nada dicen sobre esto los fisiólogos; únicamente se sabe que el temperamento no basta á crear por si solo cualidades morales que no existen y que contribuye únicamente á desarrollar ó neutralizar aquellas cuyos órganos existen ya en el individuo.

Huyamos de la ciencia que nada nos dice sobre un punto que tanto ha debido escitar su curiosidad, y veamos si la clase de educacion que recibió don Pepito, los desengaños de sus primeros pasos en el mundo, ó cualquier otra circunstancia que esté al alcance de nosotros, miserables profanos, ha podido afeminarle hasta ese grado. Veamos si la ingratitud de la primer muger á quien amó, le hizo creerlas á todas iguales, en cuyo caso tendria mas de sabio que de tonto.

Pero hay, amigo lector, que todos nuestros deseos por justificar la ridícula existencia de ese hombre han sido inútiles... ¡Don Pepito no ha amado nunca!... Siempre ha sido enemigo irreconciliable de las mugeres.

Perdió su madre al nacer, y confiada su educacion á un amigo de su familia, huia todos los juegos propios de su sexo, y entregado con delirante afan á vestir muñecas, cosia y bordaba á la edad de ocho años, sin que jamás hubieran podido conseguir que tomára un sable en la mano, ni hiciera nada de lo que hacian los niños de su edad. *Periquito entre ellas* le llamaban entonces, y hombres y mugeres le rechazaron con desprecio. Ellas alarmadas de que hubiera quien se atreviese á usurparlas sus atribuciones, creyeron que si consentian semejante invasion, se suprimiria la clase de muger. Ellos se avergonzaron de ver un hombre degradado hasta el estremo de disputar al sexo débil los tristes derechos que le concede la sociedad.

La afeminacion de don Pepito no tiene otro orígen conocido. No ódia á los hombres, porque no se cree bastante fuerte para la lucha con ellos, y aborrece á las mugeres, porque no le dejan tomar parte en las labores del sexo femenino, á las que se siente inclinado por temperamento, por hábito y por instinto. Truquiflor se encuentra en igual caso que las mugeres literatas, aborrecidas de su sexo por envidia, y rechazadas del otro que quieren reforzar con su talento, por causas muy parecidas.

Los hombres, condenando á las *marisabidillas*, dicen, y no dicen mal, que *la obra de la muger tendrá dos partes, mientras sean dos las piernas y dos las calcetas.*

Las mugeres, hablando del *marica*, dicen con mucha razon y en una frase breve pero significativa, que *el hombre debe ser hombre.*

Nosotros quisiéramos que lo fuese don Pepito María Truquiflor pero él se ha empeñado en lo contrario, y no habrá fuerza humana que le haga abandonar su malhadada afeminacion.... Ya nos contentariamos con que se estuviera quieto en su casa, y no nos obligara á presentarle á los lectores.

No nos queda otro consuelo sino el de haber hecho cuanto estaba de nuestra parte, por no permitirle que saliera á la luz pública cuando él quiso hacerlo.

Pero ahora no hay remedio.... la mampara que cierra el gabinete de Adela.... se mueve.... se abre.... un hombre asoma detras de ella....

¡Es él!....

¡Es él!.... ¡Es don Pepito!!!....

Suspendamos. . . . . .

. . . . . .

Que no le vea el lector hasta el capítulo siguiente.

CAPITULO XVI.

EL HIJO DE SIETE MADRES.

VEDLE....! ¡allí está!...

Las piernas en *primera*.... el cuerpo entre ballenas.... los brazos en asas.... el rostro asado.... y la peluça tostada.... tal se presenta don Pepito María Truquiflor en el dintel de la puerta....

Adela suspende su lectura, fija los ojos en el recien venido, y conteniendo apenas la risa que asoma á sus lábios, dice con voz dulce y familiaridad burlona:

—Adelante, Pepito.

Truquiflor, continua en primera, pero aproxima los talones, suspende la gravedad específica de su talle sobre las corvas, y en esa estatura menguada, se conserva algunos instantes, hasta que con delicado primor, mueve ora un pie ora el otro, para llegar en medio del gabinete, donde se para, se repone y hace una nueva cortesía, tan pausada como la primera.

Juana llegó con él hasta la puerta; pero no pudiendo contener la risa, se quedó oculta tras de la mampara. Desde allí observa la estraña figura de su inverosimil amante, y si tú, lector, quieres conocer á ese personage, aprovecha esta ocasion, y mientras él repite sus cortesías, examina su *trage*.

La primera prenda de este, y no te asustes, es u rostro, colorado y enjuto como el pellejo de las aves, asadas *segun arte;* los ojos azules, se han escapado de la chamusquina, pero las orejas rizadas al parecer con la *media-caña*, son unos verdaderos chicharrones, y guardan toda la forma del verdadero orejon. Su corbata blanca, puesta con admirable esmero, parece la servilleta de aquella cabeza trufada de manchas negras, y guarnecida con los rubios hilados de la peluca.

La camisa y el chaleco son del mismo color que la corbata; la primera sostiene un gran topacio guarnecido de perlas, y el segundo luce una vistosa botonadura de piedras azules,

El frac negro, acostumbrado á las mañas de su dueño, tiene la pulcritud de abrir sus alas para no sombrear siquiera la inmaculada blancura del chaleco, y aparta la cola para conservar la pureza del pantalon, color de miel de la Alcarria.

Zapato de charol, media de seda, un cordon de pelo con broche de oro para el reló, y una cadena de oro portugués para el lente de nácar.... he ahí los últimos brochazos de ese original, que el lector puede ver cuando le plazca en los sitios mas concurridos de la córte.

Pero en esos casos le verá echar el cuerpo hácia adelante para evitar á sus mimados pies el bárbaro beso de los estraños. Nosotros le vemos ahora que ha terminado sus cortesías, aceptar la silla que Adela le ofrece frente á la suya.

Se sienta sin descomponer su trage.... Conserva los brazos arqueados, vuelve las manos y las apoya en las rodillas.... Ni suelta el sombrero, ni se quita los guantes de seda, y como su rostro está á la temperatura roja, no sabemos si se pone colorado cuando engarabita los ojos y encalomando los lábios, dice con voz meliflua y atiplada:

—Dispense vd., amable señorita, que al ponerme por primera vez á sus plantas, no haya venido de mil alfileres; ignoraba que me esperase esta honra, y el que no sabe, es como el que no vé...

—Está vd. muy bien así, dijo Adela sin poder contener la risa.... para eso somos vecinos....

—Si, pero tiempo tras tiempo y yuvia tras viento, como dijo el otro.... que las cosas bien hechas bien parecen....

—¿Se divierte vd. mucho? le preguntó Adela, buscando un medio de hablarle de Juana, antes que esta entrara allí.

—Se hace lo que se puede.... contestó el marica paboneándose sobre la silla, pero sin descomponer su figura.... Yo no soy de los que ponen achaques al viernes por no ayunarle.... por comido me lo han de dar, con que mas vale que se coma la carne el gato que no dejarla en el garabato.... De aquí á cien años todos seremos calbos, y á juego perdido, cabe le digo.

Adela no podia contener la risa al oir aquella sarta de refranes traidos tan fuera de tiempo, y para disimularla, esclamó:

—¡Qué gracioso!... para cada cosa tiene vd. cien sentencias....

—Entre la murta y lantisco el albérchigo y el prisco. Cuando uno está al lado de una jóven interesante y amable, no puede dejar de estar alegre.

—Es vd. muy galante, Pepito, dijo Adela sin dejar de reir. Y añadió del mismo modo:

—Ya tenia yo noticias de eso.... y de algo mas....

—¿De veras, picariya?... dijo con melosa familiaridad el afeminado se-

ñor... Verdad es que no soy huraño, ni tengo esa cara de miserere que veo en muchos hombrones pero tampoco soy tan melífluo, que me haga una jalea á todas horas....

—¿Es vd. soltero? le preguntó Adela con admirable candidez.

El marica hizo un gesto de horror, que ni podia confundirse con la cínica adversion que el libertino tiene al matrimonio, ni con la vergüenza del solteron que no ha tenido maña, para encontrar una compañera mañosa.... era la indignacion *sui generis* del hombre afeminado que oye poner en duda su estado célibe.

Pero Adela no pudo comprender el gesto de don Pepito, y creyendo haberse engañado en sus sospechas, tuvo la desgracia de avanzar la pregunta diciendo:

—¿Viudo tal vez?

—¡Viudo!... repitió con repugnancia el marica.... no lo quiera Dios....

—¡Ah! es vd. casado!

Don Pepito no habia querido pronunciar esa palabra, pero se vió obligado á ello para desvanecer las sospechas de Adela y dijo:

—¡Yo casado!.... ¡qué horror!... Dispense vd., señorita, pero de la muger y el queso, aquel será mas sabio que tomare menos.... De la mala muger te guarda, y de la buena no fies nada; que con la muger y el dinero, ni burlas ni juego....

—Pero hay de todo, vecino, replicó Adela.

—Verdad es, pero el mal de la aldea, siempre es mas que se desea, y yo no quiero que de mí se diga, aquello de, marido rico aunque sea borrico.... De solteras todas son buenas, de casadas contadas.... y hasta que la mona se sube al tejado no se la vé lo pelado.

—Qué gracia, esclamó Adela riendo, es vd. un saco de refranes.

—Pues si es un hecho, señora.... Todas son mejores cuando no hay otras peores.... pero escarbó el gallo y descubrió el topacio.

—A pesar de cuanto vd. diga.... yo he visto pruebas de lo contrario... cierto billetito.

—Si.... será el que escribí á Juaniya ayer.... no lo niego.... pero eso no prueba nada.... Eya tal vez haya pensado otra cosa....

—¡Qué ha de pensar...! repuso Adela haciendo señas á Juana para que siguiera oculta tras de la mampara.... Pensará en que vd. quiere casarse con ella....

—¿De veras?... ¡pues vaya una aprension!... Hijo no tenemos y nombre le ponemos.... Luego dicen que yo no soy aficionado á las mugeres!... pues qué he de hacer, si apenas abre uno la boca, cuando le amenazan con la vicaría!...

Adela ignoraba la existencia de esos entes degradados, nietos del rio

Cefiso y de la ninfa Liriopes, cuyo padre Narciso se convirtió en flor por haberse enamorado de sí mismo, pero no le parecia bien tanta afeminacion, y quiso hablar de otra cosa, antes de permitir á Juana que entrase allí.

—¿Vive vd. solo?... le preguntó.

—Si señora, y á fé que me va muy bien así, porque yo.... en buena hora lo diga, y aunque no me esté bien el decirlo, sé un poquiyo de cada cosa, y soy tan bueno para un barrido como para un fregado.... Verdad es que tengo un jóven para que me traiga la compra y me haga algunos recadiyos pero nada mas....

—¿Tiene vd. parientes? interrumpió Adela.

—¡Parientes!... mis dientes.... replicó el marica con ridícula zalamería.... Parientes y burros viejos, los mas pocos y mas lejos....

—¿Con que segun eso, es vd. solo?

—Solo como el hongo....verdad es que tengo algunos parientes, pero son colactáneos.

—¿Cómo?

—Hermanos de leche..., porque aquí donde vd. me vé, he tenido siete madres.

—¿Siete madres?

—La que me pario que murió del parto, cuatro amas de crias, una cabra y un biberon....

—Y ¿cómo ha podido vd. vivir de ese modo?

—Mala cosa nunca muere.... pero de pequeño me crie muy enfermizo....Mi padre murió sofocado de lidiar con las pasiegas, y el duque del Hipo que quedó de tutor mio, no quiso mugeres en casa y buscó una cabra.... blanca, para que la leche tuviera menos olor; pero como yo me asustaba del animaliyo me acabaron de criar con un biberon.... Jesus, al aire que tragué con ese maldito instrumento, atribuyo el histérico que sufro.... Los histéricos y la jaqueca me tienen aburrido....

Adela no pudo aguantar por mas tiempo la enfadosa conversacion del marica, y llamó en su ausilio á Juana, que obedeciendo á la primera seña de su señorita, entró en el gabinete.

Don Pepito se puso en pie al ver entrar á la doncella de Adela, é inclinándose ridículamente dijo:

—Con permiso de vd., señorita.

—Se marcha vd., interrumpió Adela.

—¿Tan pronto? añadió Juana riendo.

—Si, señora, me voy porque me estarán esperando unas amiguitas, á cuya casa voy todos los jueves á hacer hilas....

—¿De veras? esclamó Adela riendo.

—¡Hilas!.. repitió Juana del mismo modo... ¡Hilas!.. pues qué, ¿tienes callos, Pepe mio?

Esa pregunta, y el tono de ella sobre todo, era una declaracion de guerra que Juana hacia á don Pepito, confiada en que su señorita no se incomodaria de semejante broma.

Efectivamente, Adela era demasiado jóven para seguir aparentando una gravedad impropia de su genio, de sus pocos años y de la clase de educacion que habia recibido. Lejos de incomodarse por las palabras de Juana, alentó esta con una estrepitosa carcajada, á seguir mortificando á don Pepito.

Este por su parte tembló de pies á cabeza al verse solo entre dos mugeres jóvenes y dispuestas á *capearle* mas de lo que él quisiera, y algo mas de lo que se imaginaba. Quiso huir sin despedirse, y Juana puesta delante de la mampara para cortarle la retirada, le volvió á decir:

—¡Con que tienes callos, bien mio!

—En la lengua los habia vd. de tener, scoa bachiyera, para que no faltase al respeto debido á su señorita....

—Esa es cuenta mia, repuso Adela, viendo que el marica pedia socorro.... Juana es una chica muy prudente, y cuando ella habla así, sus motivos tendrá para ello.... vd. la ha engañado....

—¿Yo? balbuceó el marica.

—Si señor, vd.... dijo Juana afectando compungirse.

Y haciendo ademan de quererle arañar, añadió:

—Pero me he de vengar, infame.... O me das palabra de casarte conmigo, ó te saco los ojos....

El exabrupto de la doncella sacó de sus casillas al doncel, que para casos semejantes tenia su arma en su armario como cualquier otro, y casi mas que otro cualquiera, que aunque él no sea hombre..... de armas tomar, n. capaz de acometer, es tan fosfórico como el que mas, y tan pacífico como el que menos.

No es hombre de mucho nervio, pero tiene tan bien templadas las cuerdas de su cuerpo, que saltan á la menor escitacion.

Su cuerpo tirante, sus manos gafas, los bordones del cuello tirando de los carrillos, y su cabellera crispada en masa, gracias á que la peluca era repelida del cráneo, mas parecia don Pepito un gallo inglés que un marica español, gente de suyo pacífica y esponjosa.

Juana habia visto en los reñideros de gallos, que los espolones jugaban un papel muy importante, y acercándose á don Pepito con apariencias de arañarle, le hizo sufrir la inhumana realidad de pisarle un pie....

Esta escena fué horrible....

El pobre don Pepito lanzó un ahullido desgarrador.... subió el herido

hasta la corva opuesta, quedando en un pie como las grullas, y sin acordarse entonces de que Juana á su condicion de muger, reunia la de enemiga particular suya, quiso echarla los brazos al cuello, viendo que le faltaba el equilibrio; pero la doncella de Adela le retiró su apoyo, porque temia, segun declaró luego, que la fuese á hacer daño, y el *despolonado* señor cayó sobre el suelo con gran escándalo de sí mismo y no poco detrimento de su persona.

Esta escena fué mas horrible aun que la primera....

La peluca, que ya habia dado muestras de no ser muy adicta á su dueño, abandonó con violencia el cráneo, y saltó sobre el vestido de Adela... Esta, olvidando por un momento que aquella cabellera era una prenda del trage de don Pepito, temió que fuese uno de los muchos pedazos en que consideraba dividida la cabeza del pobre marica.... Lanzó un grito de horror, sin atreverse á arrojar lejos de sí aquella esponja cerdosa, impregnada de aceites y perfumes.... pero Juana cogió la peluca, cubrió con ella la deshonesta calva de don Pepito, y soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Tienes valor aun para reirte?.... la dijo Adela.

—¡No he de reirme, señorita, si veo que el frio que este señor ha sentido en la cabeza, y la vergüenza de enseñarnos su desnudez, le han curado de la caida!...

Asi era la verdad.... Don Pepito avergonzado de aquella caida, y mas que todo de la liviandad de su peluca, se puso en pie, aunque con trabajo, y olvidando el bárbaro atropello de su callo, quiso salir del gabinete.... Pero el dolor de la pisada y el detrimento que sufrieron las rodillas al besar el suelo, no le permitian andar de ningun modo....

Fué preciso llamar un mozo de los de la fonda que le acompañára á su casa.... y esto lo hizo Adela despues de haberle ofrecido en vano agua de colonia y otros consuelos caseros por el estilo....

Pero don Pepito no quiso admitir nada, y apoyado con gusto en el brazo de su ángel tutelar, que era un jóven robusto y colorado, abandonó el tocador de Adela....

Esta quiso reprender á Juana por haberse ensañado tanto con aquel hombre, pero la risa asomó á sus lábios, y en los de la doncella estalló una carcajada, que aun retumbó por desgracia en los castos oidos de don Pepito....

Pero el infeliz se mordió los lábios.... miró con ternura al mancebo que le servia de apoyo, y acordándose de la suerte que tuvieron los que escaparon de Sodoma y Gomorra, no se atrevió á volver la vista atrás....

Le faltó valor para dirigir la última mirada sobre el potro donde habia espiado la primera liviandad de su vida....

La de pedir un rizo á Juana.

CAPITULO XVII.

LA NIÑA DE CERA Y LA JAMONA.

..... Nè vergin tu, nè sposa
Nè vedova, nè madre, avrai sol vita
Di angoscia è lutto, di silencio è d' onta.
(*F.* Romani).

ADELA empezaba á impacientarse por la tardanza de Ricardo, que como sabe el lector, la habia ofrecido volver á las seis para acompañarla á comer, cuando se oyó en la pieza inmediata una voz grave, que esforzándose por parecer aguda, dijo:

—¿Estás visible, niña?

—¡Leonor!... esclamó Adela, levantándose de su asiento y corriendo á encontrar la voz.

—¡Adela!... repuso aquella.

Y Juana, abriendo la mampara permitió que su señorita cayese en los brazos de una señora, cuyo rostro era un reverso masculino del afeminado señor que acababa de salir de alli.

La amiga de Adela tiene una figura bastante equivoca, para los que no están acostumbrados á ver esos rostros femeninos que luchan desesperados por no cumplir los cuarenta inviernos, y tienen como Josué parado el sol, desde que llegaron á las veinte y cinco primaveras. La fé de bau-

tismo no es otra cosa que un testimonio de ser cristiana, y en cuanto á la fecha, ella ha arreglado los años de otro modo mas elegante que sus mayores.... los suyos son de 24 meses cuando menos.

Conserva intacto.... el título de *señorita*, y ha sostenido ileso por espacio de 39 años, el derecho virginal... de llevar una palma sobre el ataud, cuando Dios quiera llamarla á dar cuenta de su vida, que no será mal espediente por cierto, ni estarán muy desocupados los fiscales del Eterno si en el juicio final hay muchos infolios por el estilo.

Nosotros no hacemos otros votos al cielo para disminuir el número de los pecadores, que recibir la confesion póstuma á una de esas palmas de 40 diciembres, que atestiguan lo que no saben, y saben lo que no pueden atestiguar.

Leonor Gamuza podria colmar nuestros deseos, si ella misma no ignorara los medios de que se ha valido para revestir su calidad de doncella de toda la independencia de la viudez, y todo el valimiento del matrimonio. Los diversos papeles que alternativamente representa de protegida y protectora, son el verdadero secreto de su manera de vivir.... Así, vendiendo favor á los pretendientes de las antesalas ministeriales, ha logrado mas de una vez el amparo de los ministros.

El nuestro no la es absolutamente necesario, y ni se lo negamos ni se lo concedemos.... Ella ha venido de *motu propio* á ver á Adela, y á nosotros no nos toca hacer otra cosa sino darla un lugar en esta obra, que acaso sea pequeña para ella sola.

La historia de sus aventuras amorosas, que de todo tienen menos amor, merece ser tratada por separado, y únicamente revelaremos hoy, lo que los lectores puedan estereotipar de la conversacion que tiene con Adela en este momento. No será mucho, porque ella tiene el talento de saber callar, y á sí misma se oculta ciertas cosas.

Añadiremos á lo que queda dicho, y para que el lector pueda conocerla mejor, que las tumultuosas y variadas escenas de su doncellismo, la han procurado una independencia completa, de la que no está muy contenta hoy dia, pero que sin embargo la aprovecha bastante, y aunque ella crea lo contrario, podemos asegurar que si perdiera la libertad con que hoy vive, seria la muger mas desgraciada de la tierra.

Hoy dia se aburre de ir sola á la fonda y á los cafés mas concurridos de la córte; mañana la pesaria no ir, ni sola ni acompañada. El marido que tanto anhela la fastidiaria bien pronto, y aunque no sea una novedad el cansarse las mugeres de los maridos, las que se casan á tiempo tienen su luna de miel mas ó menos larga. Las jamonas no tienen mas luna que la de Valencia, á la cual se quedan generalmente, y eso es lo que teme Leonor, quedarse á la luna de Valencia.

De su persona, no podemos decir nada con seguridad, porque su retrato es cuestion de *términos*, y no sabiendo nosotros á que distancia quiera verla el lector, nos vemos obligados á presentársela por tiempos.

A veinte y cinco pasos.... es una jóven de veinte abriles, robusta, pero esbelta; de ojos pardos, pelo castaño, facciones delicadas, color rosado y una sonrisa tan graciosa, que cautiva á los habitantes de los pisos terceros, cuando pasa Leonor por una calle....

A doce pasos y medio.... ya es otra la decoracion. Los veinte abriles son treinta marzos.... el talle ha perdido lo esbelto y solo conserva la ro-

bustez.... los ojos pardos son casi azules, el pelo castaño no es sino rubio, el color rosado tiene sus manchas blancas, y la sonrisa no es tan espontánea como pudiera serlo si los lábios no anduvieran ocupados en esconder la dentadura....

A *boca de jarro* ó á tiro de abrazo.... ya no hay decoracion. Los treinta marzos son cuarenta eneros, la robustez es gordura, los ojos siguen siendo azules, pero cristalinos, el pelo rubio enseña el cráneo mas de lo regular.... el color rosado existe, pero en divorcio... el blanco y el carmin se han interpuesto, pero no se han mezclado.... Solo queda intacta esa tinta llamada *no sé que*, á la cual debe Leonor el título de buena moza con que aun la saludan, los pocos amigos que no la llaman jamona...

Pero observarla á distancia tan estrecha, es una temeridad.... Es un crímen artístico como el que cometeria un pintor colocando en una sala, el lienzo que pintó para el último término de un teatro.

Finalmente, el lector tiene el imprescriptible derecho de elegir el punto de vista que mas le agrade, para asistir á la reunion de las dos amigas; aunque nosotros le aconsejamos que no se aleje de la niña de cera por huir de la jamona.... Renunciar al presente por los recuerdos del pasado, seria lo mismo que vivir sin ilusiones, por miedo de encontrar los desengaños.

Ni Adela puede creer que se acaban nunca los encantos de los diez y ocho abriles, ni Leonor pensó en los cuarenta inviernos, hasta que los hubo contado uno á uno en las grietas de su geográfico rostro.

Nosotros no confiamos que el lector nos conceda permiso para hacer aquí una digresion de las infinitas que llevamos hechas en las páginas an-

teriores, pero dispuestos como estamos á pedir un *bill* de indemnidad para todas ellas al final de la obra, emprendemos tranquilos nuestra tarea.

Y allá van cuatro palabritas sobre el imperio de la hermosura, ínterin el lector observa si la amargura con que Leonor mira á Adela, no equivale á decir estas palabras:

Como te veo me vi;

ni mas ni menos que la satánica sonrisa con que mas tarde la saluda, supone estas otras:

Algun dia te verás como me veo.

Sin embargo; esa verdad terrible, que es el *nadie pase sin hablar al portero*, de los cementerios, no es necesaria á nuestro propósito....

Adivinamos el porvenir de una hermosura de quince años, sin ver el esqueleto de otra de sesenta....

Las perfecciones y las gracias nos llaman á buscar el corazon de las hermosas; pero no nos fascinan hasta el punto de darle por hallado sin haberlo visto....

Los museos de escultura nos han familiarizado con las fachadas bonitas, y la mas bella, no nos infunde nunca el ridículo respeto de retirarnos sin pasar adelante.

Nada recordariamos al alma, si la creyésemos dormida, como el poeta Jorge Manrique, ni avivaríamos el seso, como dice el mismo, si estuviésemos persuadidos de que habia de gozar sin sacarle de su letargo.

El desengaño de la ilusion perdida es mas poderoso que la ilusion presente, y por eso el que pierde dos sentidos es mas infeliz que el que pierde cuatro, y menos que el que conserva los cinco.

Nosotros repetimos que no despertaríamos nunca al que real y verdaderamente estuviese dormido, si existiera ese embrutecimiento moral que la civilizacion vá haciendo mas imposible cada dia.... Pero si ese sueño es mentira.... si aunque nosotros querámos conservar las ilusiones, se las ha de llevar el desengaño.... ¿de qué nos sirve hacernos los desentendidos, ni darla de desmemoriados?...

Si cuando vemos unos lábios purpurinos y bellos, no tuviera el químico la bárbara complacencia de enseñarnos el cosmético, con que él mismo hizo aquellos ú otros iguales, nos entregariamos á las tranquilas dulzuras de la fé, y estasiados con la belleza física, nos importarian poco ó nada las condiciones morales....

Pero esto no es posible por desgracia.

El positivismo es una necesidad demasiado urgente para que no la busquemos con fervor entre las quiméricas ilusiones de esa linterna mágica que atravesamos en el efímero periódo de la vida.

Obligados á fabricar castillos en el aire, natural es que elijamos la atmósfera mas tranquila y menos mudable.

Consagrar lá vida á una hermosura georgiana, por el simple atractivo de sus perfecciones físicas, seria fabricar esmeradamente en el invierno un palacio de hielo, para quedarnos sin vivienda en el verano.

No se alarmen, sin embargo, nuestras hermosas por lo que llevamos dicho, ni crean tampoco que hemos de callar, lo que nos queda por decir para terminar esta digresion, reducida á probar, que no porque la cara sea el espejo del alma, se ha de entender que las facciones bonitas son reflejo de las virtudes, y que los vicios se anuncian por medio de las imperfecciones humanas.... Tampoco las escepciones del sexo hermoso están autorizadas para creer que vamos á preconizar el vicio nefando de la deformidad.... Todo menos eso.

Quisiéramos, por el contrario, que las almas sensibles y buenas se albergáran en los cuerpos mas perfectos y hermosos, porque de ese modo la inteligencia y la moral tendrian unos agentes dignos de ellas.... pero no es así á pesar nuestro, y de Lavater y de cuantos desconozcan la gran modificacion que sufren los instintos naturales con la educacion que recibe el individuo.

Y aun suponiendo que la naturaleza haya querido hermanar las virtudes morales con las bellezas físicas, ¿sabemos nosotros en qué consisten estas? ¿Las formas severas y varoniles de las mugeres del Mediodia guardan analogía con las facciones suaves y delicadas de las hermosuras del Norte?

No.

¿Quién nos ha dado, pues, el derecho de señalar lo bello, adorando una porcion del género humano, y condenando el resto á la oscuridad y al desprecio?....

¿El instinto universal?... No por cierto.... Por una muger de ojos grandes y negros, tez morena y facciones abultadas, nacida en Andalucía, dàn los ingleses todas las hermosas de ojos pequeños y azules, pelo rubio y formas delicadas, que nacen en la atmósfera glacial del Norte.

El leon no pierde la hermosura de su arrogante fiereza, aunque se compare la belleza salvage de su poderosa musculatura, con las suaves formas del árabe corcel....

Conviene advertir, sin embargo, que no es este el flanco por donde queremos dar el ataque.... Somos tan poco innovadores, que.... transijimos con que sigan siendo hermosas las que lo han sido hasta aquí, y casi nos resignaríamos á que las feas se pasasen al bando contrario; siquiera perdiese la sociedad el claro-oscuro de sus cuadros. El haber visto considerar la hermosura como un oficio, es lo que nos mueve á entretener al lector con estas reflexiones.

Si las mugeres hermosas y las que pasan por tales, que no son todas unas, no consideráran el mundo como un museo de escultura, del que ellas son las mejores estátuas, nada tendríamos que decir.... Pero la importancia que dan á su parte artística, olvidando el desarrollo de sus facultades intelectuales, y lo que es mas aun, ignorando si tienen derecho á las cualidades morales, nos hace entrar en este exámen.

Cuando á la vista de una jóven hermosa que lleva tras sí las miradas de todos, hemos oido decir, que el amor de esas mugeres será una cosa sobrenatural, un sentimiento de lástima se ha apoderado de nosotros.... Bien se conoce, hemos dicho, que ofuscados los que tal creen con el brillante aspecto de esa fruta, no han podido ver si su hermosura iba mas allá de la corteza esterior.

Esas mugeres á quienes falsamente se atribuye una sensibilidad esquisita y un cerebro capaz de grandes pasiones, no hacen otra cosa sino conservar con su coquetería, la inmensa cohorte de sus lisongeros adoradores.... Exigidlas que os sacrifiquen el orgullo de esas lisonjas.... dejad un dia siquiera de alhagar su amor propio, y vereis cuan pronto buscan un nuevo amante que las repita las únicas palabras que sus oidos escuchan.

Los sentidos esternos de esas mugeres, y todos sus órganos de relacion, tienen demasiado egoismo para ocuparse de egercer otras funciones que las que se refieren al individuo y no fatigan el cerebro poniéndole en relacion con los cuerpos estraños... El egercicio de sus órganos no es nunca una improvisacion, hija de las impresiones estrañas; es por el contrario, el resultado de varios ensayos arreglados á los deseos del individuo...

Si los ojos de esas hermosuras se entretuvieran en llevar recaditos al cerebro sobre las impresiones que sufren, descompondrian su brillo y menguarian por intérvalos su tamaño.... La risa natural haria irregulares los movimientos del lábio.... La reflexion, el juicio, la memoria y el egercicio, en fin, de las facultades intelectuales ó de las cualidades morales, arrugarian el entrecejo y descompondrian ese rostro que no parece tener otra mision que la de conservarse á sí propio.

¿Pero son ellas las que han limitado su mérito á los atractivos de su hermosura, ó es la sociedad la que les ha reducido á tan efímera condicion?....¿Hacen los padres iguales caricias á sus hijos, sean feos ó bonitos?.... ¿Causa igual compasion el suplicio de un hombre vizco y feo, que el de otro á quien la naturaleza y los cuidados de la infancia han hecho de una hermosura perfecta?

No.

Del primero dicen que su cara daba á entender sus crímenes, sin ha-

cerse cargo de que sus padres pudieron haber corregido el estrabismo, y evitar que las viruelas se cebarán en el rostro.... Al segundo todos le compadecen, y es necesario que sean muy públicos sus crímenes para que no le absuelvan sus jueces....

Hé ahí el tributo que pagamos á la hermosura.... Tal es el imperio que ejerce sobre la sociedad la belleza física.

Nuestros lectores habrán oido decir mas de una vez que tal ó cual jóven es amable, como sinónimo de fea, lo cual supone que esa cualidad es innecesaria para las mugeres hermosas, cuyo altivo imperio sufre gustosa la sociedad, y aun puede decirse que se le ha impuesto ella misma...

Natural es en vista de esto, que la muger hermosa, acostumbrada á reinar por sus perfecciones físicas, crea inútil desarrollar los encantos morales, que seguramente en ella parecerian mas bellos que en ninguna otra.... y aun nos parece justo que en precio de su hermosura, nos haga renunciar á las condiciones morales que exigimos á las menos agraciadas por la naturaleza.

Una cosa no mas, y concluimos, nos ocurre aconsejar á las mugere hermosas, ó por mejor decir, á las que hacen profesion de tales: Que fijen su atencion en el egoismo de la sociedad, y no den lugar á que esta les retire su admiracion, apenas el decaimiento de la belleza física, no las deje ser el encanto de las grandes reuniones.

Mientras la mano del tiempo sea tan pesada, y las infinitas enfermedades que lleva consigo la atmósfera, hagan tan efímera la transitoria dictadura de las hermosas, conviene á estas afianzar su imperio en otras bases mas sólidas.... La organizacion de las fuerzas morales, debe ser siempre una partida del presupuesto, siquiera se consideren aquellas, como ejército de reserva para casos imprevistos....

¿Qué hermosura de quince abriles está libre de adquirir unas viruelas feas á los diez y siete mayos?....

CAPITULO XVIII.

LA ILUSION Y EL DESENGAÑO,

O LOS 18 ABRILES Y LOS 40 ENEROS.

Qué pluma está esenta de un *lapsus*? Yo no he podido hacer otra cosa sino arrojar la que me ha servido para escribir el capítulo anterior, y elegir para el presente una de taquígrafo que sepa ver, oir y escribir lo que la manden.

Así pues, manos al capítulo y no se impaciente el lector por saber lo que dijo Leonor, al reclinarse en un divan, sin soltar de entre sus manos las de su amiga Adela.

Ella tiene mas ganas de hacerse oir de lo que parece, y por esta vez se nos cumplen á todos nuestros deseos.

—¡Estoy desesperada!... esclamó con desconsuelo, apenas hubo quedado sola con su amiga.

—¿Qué tienes?... replicó Adela asustada... ¿Te pasa algo?...

—¡Me ha pasado ya!

—Pero esplícate.... ¿Qué tienes?

—¡Cuarenta años! dijo Leonor en voz baja.

—Toma ¿y eso te aflige?

—¡Si te parece que no me aflija!

—Eso no vale nada..., Ayer cumplí yo diez y ocho.

—Tambien á mí me parece que cumplí ayer veinte y hoy he cumplido cuarenta! dijo Leonor al pronunciar el número fatal.

—¡Veinte y dos años mas que yo!... esclamó Adela disimulando su alegría.

—¡Veinte y dos soplos mas y veinte y dos mil desengaños menos! contestó Leonor ocultando su pena.

—Pero muger, dijo Adela asombrada de ver la tristeza de su amiga, ayer casi tenias la misma edad que hoy y estabas tan alegre....

—¡Alegre! Te pareceria á tí que yo estaba alegre... Verdad es que aun me quedaba una ilusion! Ay era a última!...

—¿La última?... ¡No te entiendo!

—Pues es muy fácil.

—Si lo será, pero si no te esplicas....

—Me esplicaré, que buena falta me hace un desahogo... pero dime ¿y Ricardo?... ¿habeis tronado?

—No, muger, esclamó Adela sorprendida de aquella pregunta.... Me ha dicho que le esperara á comer á las seis...

—Pues ¡como no sean las de mañana!... repuso Leonor.

—Si quieres comer conmigo, dijo Adela, haré que nos suban la comida. No quiero esperar mas.

—Espérale, y créeme.

—Eso es lo que ellos quieren.... así toman alas.

—¡Del otro modo vuelan... y no vuelven!... repuso Leonor siempre con amargura...

—¿Me faltarian á mí otros hombres que me quisieran mas que él?...

—Si.

—No.

—Eso mismo decia yo á tu edad; pero lo cierto es que, á pesar de los muchos que me han dicho que me quieren, aun me estoy acordando del primero que me quiso de veras.... ¡Qué tonta fuí en despedirle!... ¿Y porqué?... por una simpleza!... por no dejarle que hiciera mi felicidad.

—¡Tu felicidad!... esclamó Adela; pues ¿no me has dicho que no te dejaba ir á las grandes reuniones, y que, cuando ibas queria estar casi siempre á tu lado?...

—Cabal.

—Pues chica eso, no es amor.... es tiranía....

—Tal creia yo entonces, necia de mí, y me figuraba que las inmensas riquezas que aquel hombre generoso y bueno, ponia sin reserva á mi dis-

posicion, no eran suficientes á pagar una parte siquiera de mi libertad.... Mi libertad, que yo creia de un gran valor y ahora no encuentro nadie á quien venderla!...

—No te desanimes, muger.... en último resultado, te casas.

—¿Y con quién?

—Con cualquiera... ¡Te faltarán á tí maridos á docenas en cuanto abras la boca!...

—Cinco años hace que busco uno y no le encuentro....

—¿Es posible?

—Lo que oyes.... Hoy he perdido la última esperanza.... ¡la última!... Se me ha malogrado un niño de veinte años, á quien he estado echando el anzuelo diez meses...

—No te apures, chica, que no se acaba el mundo por un hombre.

—Pero á mí se me acaban los recursos.

—¿Quieres dinero?

—¡Dinero!... el que he gastado en pomadas me pesa.... esclamó Leonor con sentimiento.

Y acercando su rostro al de su amiga, añadió:

—Mira, Adela, mira que paño tan rebelde... no se me va por mas que hago... Este es el paño funeral de mi belleza artística....

—Pero ¿porqué no buscas un hombre de tu edad?

—¡De mi edad!... ¡qué niña eres!... ¡Con que no se dejan engañar los de veinte años, y quieres pescar los de cuarenta!... Tienen muchas conchas los viejos, y á cierta edad hacen crisis las inclinaciones... A los treinta años se puede vivir con una persona de treinta y cinco, pero á los cuarenta es preciso hacer alto y buscar una de veinte.... Si yo hubiese hecho este padron diez años atrás, otra cosa hubiera sido.

Leonor sacó de su bolsillo un papel que entregó á Adela.

Esta le desdobló, y mirándolo atentamente, dijo:

—Qué cosas tienes, muger, siempre estás de buen humor.

—No lo creas.... cada nombre de esos que ves ahí me ha costado un desengaño.... Lée y verás....

Adela siguió fijando la vista en aquel documento, hasta que soltó una carcajada, y puesta en pie con entonacion afectada y voz clara, leyó lo siguiente, de cuya autenticidad respondemos, por que nos ha sido entregado por la misma Adela.

He aquí el documento·

PADRON de hombres útiles para editores responsables (vulgo) **maridos con cartera.**

NOMBRES.	EDUCACION.	EDAD Y ESTADO.	NATURALEZA.	CARACTER.	RIVALES.	ANZUELO.
Escelentísimo señor don Venancio San Toribio, conde de Villa-Ciervos.	40,000 duros de renta anual.	30 años. Soltero.	Estremeño.	Tonto.	La marquesa del Abedul.	Hacer amistad con los lacayos; contarle sandeces de sus abuelos; elogiarle el mayorazgo y conquistar á su confesor.
Don Cornelio Cabezon, señor de Siete Robles.	100,000 duros de capital.	35 años. Viudo.	Aragonés.	Testarudo.	Ninguna, aunque le solicitan varias.	Presentarle obstáculos para el matrimonio y basta.
Don Bruno Villatoru.	Cinco casas en Madrid.	30 años. Soltero.	Gallego.	Apacible.	Su escesivo amor al dinero.	Darle lecciones de economía, y asombrarse de sus mas precisos dispendios.
Don Prudencio Cerbatana.	Muchos cortijos y una yeguada.	25 años. Soltero.	Andaluz.	Ninguno.	Todas las mugeres que vé.	Hablarle de toros, celebrar cuanto diga y llamarle valiente.
Don Juan Homobono.	Comerciante de harinas.	29 años. Viudo.	Castellano viejo.	Bonachon.	Su ama de gobierno.	Enterarse del estado de la cosecha, y hacer panegíricos de la aguja.
Don Cándido Cieza y Chiva.	La de su tio que es muy viejo.	20 años. Soltero.	Valenciano.	Voluble.	La duquesa de Aguazul.	Mucho desden, y si se rinde, no darle tiempo á que lo piense; casarle por sorpresa.

NOTA. *Las prendas personales de estos individuos no hacen al caso; el que se casa por todo pasa. Conviene advertir en cuanto á las diversas fortunas de cada uno de ellos, que son preferibles las de los tres primeros, porque no tienen heredero forzoso.*

La niña de cera interrumpió diferentes veces la lectura del estrambótico padron que acaban de ver los lectores, sin poderse persuadir de que aquellos individuos existieran, ni mucho menos de que hubiese nadie que pensara formalmente en buscar marido por semejantes medios.

Leonor advirtió la incredulidad de su amiga, y sin darla lugar á decir una sola palabra, hizo uso de la suya para defender aquel *proyecto de ley sobre la pesca del hombre-predestinado*, del cual aparecia ser autora.

—No te rias, dijo, ni creas que este padron es una tontería como el *almacen de novias* de don Ramon de la Cruz, ni esas agencias fabulosas de que alguna vez hablan los periódicos.... pregúntale á Luisa Sandoval, de dónde le ha venido el condado de San Damian, y verás si el que hoy es su marido no ocupaba el número uno en este padron, cuando á ella y á mí nos descubrió el secreto la marquesa de Malvareal.... Luisa tuvo mas suerte que yo!...

—¡Tambien es mas jóven que tú...! esclamó Adela á pesar suyo.

—¿Qué tiene que ver la edad?... interrumpió Leonor con amargura.... Cuando el conde la vió por primera vez ya llevaban dos meses de casados....

—¿De veras?

—Se casaron por poder y por retratos.... ¡Ay!... ese es el mejor modo de tomar marido!...

—¿Pero y si luego no gusta?

—Tanto mejor.... así no hay miedo de quererle demasiado.

—Vivir con un hombre á quien no se ama, debe ser horrible.

—Pues no me parece que tú estás muy apasionada de Ricardo.

—Pero no es mi marido....

—Razon de mas para vivir peor con él.... Yo te digo la verdad, me dan lástima esas mugeres que se casan con el primer hombre de quien se han enamorado, porque una cosa es el amor, y otra el matrimonio.

—¡Qué ideas tan malas tienes, muger!

—¿Te asustas?... Lástima de niña!... ¿Por qué no te casastes con aquel jóven de quien estabas tan enamorada hace un año?

—Porque no tenia para sostenerme.

—¿Luego convienes conmigo en que el amor es una fruta muy hermosa; pero muy delicada, y que se pasa muy pronto?

—Si.... contestó Adela vacilando.

—No lo dudes, muger, lo bueno siempre anda escaso, y entre cien hombres que te den su amor, apenas hallas uno que te de su mano.... Créeme y no seas loca, fíjate en ese padron.... y coge el que mas te guste.

—¿Quién yo?... preguntó con viveza Adela.

—Tú.... si, respondió Leonor; ¡cuántas quisieran tener esa dicha!

—Pero, muger, sino conozco á ninguno de ellos.

—Cásate con el que mas te choque y tiempo tendrás para conocerle de sobra.

—¡Tienen unos nombres tan feos!...

—Vaya una contra que pones.... ¡los nombres!... como si el título prosáico de marido no los hiciera á todos iguales! Tan feo es decir.... mi esposo don Enrique, como mi marido don Pancracio.... La educacion, hija, la educacion es lo que hace al caso, tengan ellos dinero y aunque se llamen Tiburcios, Macarios ó Sinforosos.... Y últimamente, mas fácil es hacer un Emilio de un hombre rico, que un billete de banco de todos los Adolfos y Eduardos que andan por el mundo.... ¿Cómo crees tú que se llama Ricardo?...

—Ricardo Goslings.... contestó Adela sorprendida de la pregunta....

—Estás fresca... lo mismo se llama Ricardo ni Goslings que yo Leonor y tú Adela....

—Yo si que me llamo Adela.

—¿Quién te lo ha dicho?...

Adela bajó los ojos y guardó silencio. Leonor añadió:

—Concha Partinman.... ¿no es cierto?... Otra que tal... Busca en Cadiz la partida bautismal de esa Concha... á que no la encuentras!... Si siempre ha sido lo mismo, muger.... Los nombres los considero yo como las muestras de nuestras personas... y es tan dificil sospechar que una muger llamada Julia ó Laura es fea, como creer que las bonitas puedan llamarse Melchoras ni Baltasaras....

—Hay de todo, sin embargo.

—¡Quién lo duda!... pero tú observa, cuando en una tertulia anuncian —la señorita doña Elisa San-Fermin, y verás como todos los hombres apresuran la vista para ver entrar aquella muger, á quien ya suponen bonita y jóven. Dicen por el contrario.—La señorita doña Basilisa Fernandez, y nadie vuelve la cabeza, por no encontrarse con una muger, que ha de ser muy hermosa y muy niña, para que no se les antoje vieja y fea....

—Verdad es.... replicó Adela.... algo influye el nombre....

—¡Qué si influye!... No lo sabes tú bien.... El mejor dote que podrian dar los padres á sus hijas, seria el de armonizar el nombre de pila con el apellido, porque, no hay hermosura que baste á conjurar la fatalidad de ciertos nombres.... Yo no sé por qué no han de cuidarse mas de una cosa tan importante....

—Si, pero los hombres no tienen necesidad de eso....

—No tienen tanta como nosotras, pero tambien es bueno, y sino mira como lo primero que te ha disgustado en ese padron, son los nombres....

—¡Son tan raros!... esclamó Adela riendo, que yo te digo la verdad

preferiria estar soltera toda mi vida, á casarme con ninguno de ellos.

—¡Qué bien se dicen esas cosas á tu edad!.... A la mia se piensa de otro modo!... Yo soy capaz de casarme con los nombres de todos y la fortuna de cualquiera de ellos.... Creeme Adela, creeme, si Ricardo no da lombres pronto, cásate con el primero que encuentres.... ahora puedes vender tu persona en lo que la tases... mañana ni por la tasacion ni justipreciada, ni de valde...

—Vaya, doblemos la hoja, porque tú has pisado mala yerba esta noche.... Dime el verdadero nombre de Ricardo.

Leonor, se levantó de su asiento, abrió la mampara para asegurarse de que nadie la escuchaba, y acercándose á Adela, que no sabia que pensar de aquella reserva dijo con gran misterio·

—Se llamaba Bernardo el Sopista...

—¡Y para decir eso has usado tanta reserva!. repuso Adela riendo... Verás como yo le llamo Bernardo en cuanto le vea.

—¡No hagas tal! interrumpió Leonor con viveza ... No hagas tal, repitió, ó eres perdida.

—¡Perdida!.... esclamó Adela asustada, ¿y por qué?

—¿Porqué?... repitió Leonor, asegurándose nuevamente de que nadie habia en la pieza inmediata... ¿Quiéres saber porqué te encargo que no le digas nada?

—Si.

—Pues oye y sabrás lo que me ha contado, su antigua amiga, Luisa la ribeteadora, hoy condesa de San Damian....

—¿Luisa ha tenido relaciones con Ricardo?...

—Y las tiene....

—¡Eso no es verdad!... esclámó Adela.

—Importa poco, que lo sea ó no; lo cierto es que los dos entraron al mismo tiempo en la gran hermandad de la aristocracia madrileña, y tanto ha hecho ella por él, como él por ella.... Luisa me dijo un dia que Ricardo era un pillo, y que siempre la estaba amenazando con decirle al conde que la niña que tiene en su casa no es tal hija suya.

—¿Y es verdad eso?... preguntó Adela sorprendida.... Esa niña tan hermosa no es hija del conde de San Damian?

—No, muger no, ni de la condesa...

—Pues ¿de quién es esa niña?...

—Qué se yo, será de la inclusa.... Lo cierto es que Luisa no ha estado embarazada nunca, y que cuando el conde volvió el año 36 de su viage á Alemania, le hicieron creer que su esposa, habia dado á luz esa niña....

—Y ¿qué objeto lleva en esto la condesa?...

—¡Vaya una pregunta!... ¿Has oido decir en tu vida que las viudas sin hijos hereden los mayorazgos?

—¡Ah!... ya caigo!

—Pues oye lo único que yo sé de Ricardo, dijo Leonor.

Y bajando de nuevo la voz añadió:

—Ricardo, ó Bernardo, como quieras llamarlo, es hijo de una familia muy decente, de Canarias; pero se escapó de su casa en un barco que venia á Cadiz, trayendo en su poder, casi tanto dinero como el que tenia su padre antes de que le robara... No se creyó seguro en Cadiz y pasó á Gibraltar, donde se le acabó el dinero, y pensó en escribir á su familia, amenazándoles con suicidarse sino le pasaban alimentos para vivir en la península donde quería continuar sus estudios... Sus padres le recomen-

daron al marido de Concha Partinman, el cual le mandó á la universidad de Alcalá, y allí el juego le redujo á la mas espantosa miseria, hasta que perdió la vergüenza y se hizo estudiante sopista.... Este es el apodo con que vino á Madrid, y estuvo capitaneando, segun dicen, una partida de trueno: con cuyas fechorías logró hacer algun dinero.... Luisa, que entonces era su querida, dice que lo que mas le valió fué casarla á ella con el conde de San Damian.... pero lo cierto es que Ricardo hizo un viage de dos años al estrangero, que allí dejó de llamarse Bernardo, y que en las sociedades de París, hizo amistad con la duquesa de Aguazul, su verdadera madrina.... He ahí todo lo que yo sé.

Adela guardó silencio por algunos momentos hasta que por fin dijo:

—Pues ya sabes mas que yo, pero si quieres que te diga la verdad, no veo en todo lo que has dicho nada que merezca ese misterio con que empezastes á hablar.

—Tú piensas así, y tu amante no piensa del mismo modo. A Ricardo no le llega jamás la camisa al cuerpo, y daria cualquier cosa por verse libre de la canalla que tuvo por camaradas antiguamente, y para los que no tiene hoy bastante dinero....

—Pues yo no le he visto nunca con amigos tan lamerones....

—Si te parece á tí que vaya en público con asesinos y ladrones....

—Pues qué, ¿son asesinos?...

—De profesion, hija, pero no te asustes.... si fuéramos á saber la vida y milagros de muchos personages modernos, habria sapos y culebras.... Desengáñate, Adela, para gastarse el dinero con nosotras se necesita no saber de donde viene.... Es preciso ser francas....

—Vaya, muger, que estás atroz... Pero me has dejado tonta con lo que me has contado.... Es decir que Ricardo....

El ruido de la mampara, impidió que Adela acabase la pregunta que empezó á hacer á su amiga.

Juana entró allí con una carta en la mano que entregó á Adela, diciendo:

—Señorita, un hombre de muy mala facha, ha traido esta esquela para usia.

Adela miró á Leonor sorprendida.... abrió la carta, cogió una llave dorada que venia dentro, y despues de haber pasado la vista por las cortas líneas que habia escritas, se volvió á la doncella y la dijo:

—Está bien.

—¿No hay contestacion? preguntó Juana.

—¿Está ahí ese hombre? dijo Adela.

—Si señora.

—Pues dile que.... dile que entre.

Juana salió á cumplir las órdenes de su señorita, y esta sobresaltada, dijo á su amiga.

—Necesito de tí.... oye:

Y fijando sus negros ojos en el billete que acababa de recibir, leyó estas breves palabras.

«Vete corriendo á mi casa, di á Francisco que te saque el neceser de «camino, ábrele con esa llave, quema unas cartas que hay allí y con ellas «esta.»

—No tiene firma, pero es la letra de Ricardo.... continuó Adela hablando con su amiga.

—¿No dice nada mas?... preguntó Leonor.

—Nada... voy á ver si ese hombre sabe donde está Ricardo.

Juana entró seguida de un hombre bajo, cejijunto y mal vestido.

Leonor hizo salir á Juana pidiéndola un vaso de agua, y desconfiando de Adela, dirigió ella misma la palabra al hombre que acababa de entrar allí.

—¿No le ha dicho á vd, nada el señorito?.... le dijo.

—¿Qué señorito?... preguntó el hombre con voz ronca.

—¿Pues quién le ha dado á vd. esta carta?... replicó Leonor.

—*Pestaña* el mandadero.

—¡El mandadero!... esclamaron á duo las amigas.

—Si señoras....Pestaña el mandadero de la cárcel de córte.

—Está bien... interrumpió con viveza Leonor, evitando de ese modo que Adela preguntase á aquel hombre lo que efectivamente no sabia.

Y sacando su bolsillo, dió dos pesetas al improvisado cartero, que las recibió sin replicar, y salió de allí sin hablar una sola palabra.

—¿Estará preso?... esclamó Adela apenas quedó sola con su amiga...

—Esté ó no esté, lo que importa es tomar un coche y hacer lo que dice esa carta.

—¿Tú me acompañarás? dijo Adela sobresaltada.

—¡Pues no, que te dejaré ir sola!... Anda, dispon que traigan un coche.. y entérate bien de lo que dice esa carta, para quemarla ahora mismo..., no sea el diablo....

—¿Pues qué, sabes algo?...

—Nada sé, pero asegura y le llevan preso.

Adela hizo á la luz de un fósforo lo que la mandaba su amigo, y pidiendo á Juana un sombrero salió del gabinete.

CAPITULO XIX.

EL ESCRUTINIO.

> .....No, dijo la sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio y hacer un rimero de ellos y pegarlos fuego, y si no llevarlos al corral y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo....
>
> *(D. Quijote de la Mancha, parte primera, capítulo VI.)*

No quisieron las dos amigas esperar la llegada del coche, y cubierto el rostro con los velos de sus sombreros, se dirigieron á casa del alquilador de carruages, para meterse en uno, interin enganchaban los caballos. Tal era el afan que tenian por cumplir las órdenes de Ricardo.... Hubiérales mandado otra cosa que escitara menos su curiosidad, y á buen seguro que se hubiesen mostrado tan diligentes.... Pero tal es la condicion humana, y á dos infelices mugeres, sujetas por mil circunstancias de su sexo, á los desordenados impulsos de la *curiosidad* (nuevo chichon descubierto por los frenólogos) no se las podia exigir que cambiasen las leyes de la naturaleza por cosas de tan poco momento. Verdad es que de nada nos habria servido el intentarlo, porque la impaciencia de Adela por llegar á la casa de su amante, solo puede compararse con el ánsia que sufre Leonor hasta encontrarse sola con su amiga en el aposento de un hombre soltero.

Los dependientes del establecimiento de coches públicos no pensaban como nuestras amigas.... El cochero y los caballos estaban, como toda la familia de los *simones*, desprovistos del órgano de la *curiositividad*, y tenian tan desarrollados los instintos de benevolencia, circunspeccion y ve-

neracion, que el órgano de la *acometividad* no les hacia hollar el bando del señor corrregidor, que prohibe á los carruages rodar precipitadamente por las calles de la capital. ¿Quién duda que los coches de alquiler son los únicos que cumplen esa humanitaria disposicion municipal?... ¿Será que S. E. los tenga alquilados para dar egemplo á los demás?... No se sabe.... ¿Será que marchando magestuosa y noblemente por las calles, sus conductores son los únicos que tienen tiempo de leer el bando desde el pescante?... Puede ser.

Lo único que se sabe de cierto en este punto y con relacion á esta historia, es que el coche en que subieron Leonor y Adela, no dejó de moverse desde que salió de la cochera, calle del Lobo, hasta que llegó á la calle de San Miguel, y que si por los resultados de ese movimiento continuo, se han de juzgar los que dará el que busca con afan el mundo civilizado, no merece la pena de calentarse los cascos para encontrarlo.... Hora y media poco mas tardaron en la travesía, y si hemos de dar crédito á lo que se nos ha dicho por conducto fidedigno, el lacayo fué el único que llegó algo sudado por el violento egercicio de sostener la caja del coche.... El cochero y los caballos estaban enjutos y frescos como si nada hubiesen hecho.

Adela veia por primera vez la fachada de aquella casa pequeña, de un solo piso y este bajo, cuya entrada, defendida por un portero y una mampara en los primeros de los pocos escalones que habia que subir, ensanchó el corazon de nuestras amigas, y era el arco de triunfo por donde habian entrado mas de cuatro mugeres, y las Horcas Caudinas por donde pasaron otras tantas honras.

El portero no conocia mas amo que Ricardo, y Adela se vió obligada á llamar á Francisco para entrar en la habitacion de su amante.

Por el saludo respetuoso del ayuda de cámara, reconoció el portero su torpeza, y para remediarla en parte, cometió otra mayor diciendo:

—Perdónenme vuescelencias, señoras.... peru ya se ve, comu vienen tantas mozas todus lus dias, no sabe uno á que palu quedarse....

—Calla, jumento, dijo el ayuda de cámara.

—Pus digu bien, hombre, replicó el asturiano.

—No haga usia caso, señorita, interrumpió Francisco abriendo una puerta y guiando á las señoras por un pasillo estrecho y largo, alumbrado por lámparas de reverbero.

Llevaba el ayuda de cámara de Ricardo, como los porteros de los ministerios, una llavecita colgada de un ojal del frac, y con ella abrió una puerta que estaba al final del callejon y conducia al gabinete, en que entraron Leonor y Adela, seguidas de Francisco que se habia quedado en el dintel de la puerta, para saludar de nuevo á su señorita.

Esta interrumpió el silencio del respetuoso criado, diciéndole:

—Traiga vd. el neceser de camino del señorito.

Francisco bajó la cabeza y desapareció sin replicar una sola palabra; pero una maligna sonrisa dió á conocer que aquel criado no era un siervo tan humilde como parecia.

Leonor y Adela, permanecieron de pie, espaciando su vista por aquella estancia, ansiosas de la vuelta del criado, para quedar completamente solas, y dar á su curiosidad un hartazgo que no habian pensado de acuerdo, y en el que no podian menos de estar acordes. Las facciones de ambas espresaban sin embargo pensamientos bien opuestos. La fisonomía de Adela revelaba un aire de superioridad que parecia decir: —Todo lo que hay aquí es de Ricardo, Ricardo es mio, luego todo lo que veo, me pertenece. Leonor por el contrario, apenas podia dominar la amargura interior que se retrataba en su rostro, y era igual á la de un ministro jubilado, que ve desde una antesala los deslumbradores despachos de sus antiguos compañeros.

El ayuda de cámara, volvió á entrar allí con una caja de cuero de Rusia, cuyo único adorno consistia en un escudo de armas y las iniciales R. G. grabadas en la tapa.

Adela la hizo colocar sobre la meseta de la chimenea, y mandó al criado que saliera de allí; pero Leonor, mas esperimentada que su amiga en achaques semejantes, quiso alejar toda sospecha y asegurar la tranquilidad necesaria para el escrupuloso registro que se proponian practicar. Y esto fué lo que tuvo presente para dirigirse á Francisco con estas palabras:

—Cuidado, le dijo, que no dejen vds entrar á nadie; absolutamente á nadie, escepto al señorito.

—Estábien, contestó Francisco.

Y salió del gabinete cerrando tras sí la puerta, por donde habian entrado las dos amigas, no sin hacer otro gesto maligno que ellas no podian comprender.

—Pero muger, dijo Adela apenas quedó sola con Leonor, qué disparate has hecho!... ¿por qué dices que dejen entrar á Ricardo?...

—Primeramente, contestó Leonor, por que Ricardo no necesita de nuestro permiso para entrar en su casa.... despues por ver si el criado sabia algo.... y finalmente, porque es el único medio de que podamos estar aquí con libertad.

—Dices bien.... balbuceó Adela entretenida en abrir la caja con una llavecita dorada que sacó del bolsillo.

Leonor respetó los derechos de su amiga, y mientras esta buscaba las cartas en los secretos del neceser, ella se dirigió á registrar una papelera chinesca que habia frente á la chimenea.

Nosotros no sabemos cual de los dos escrutinios será mas fecundo en resultados interesantes, y aunque lo sospechásemos nos guardaríamos de

indicarlo á los lectores, porque no seria político asistir á esos actos privados de nuestros personages.

Sabremoslo que ellos nos quieran decir, y haga Dios que aun eso no sea demasiado, y por ahora contentarémonos con examinar el aposento donde quedan las dos amigas desbalijando cuanto encuentran á mano.

Las paredes cnbiertas de damasco carmesí, con medias cañas doradas, lucen en sus ángulos, vistosos arabescos dorados, que se enlazarian uniformemente con los adornos del techo, si no los cortara una elegante cornisa del mismo color que las otras molduras.

En las esquinas hay cuatro cornucopias de lujosa talla dorada, cuyos espejos multiplican los muebles de aquel gabinete, teatro inquisitoriál de su dueño y pregonero audaz de las dueñas que diariamente entran allí.

Las colgaduras son de raso carmesí, con *galerias* doradas, y el pavimento está cubierto de pieles de pantera, tendidas con estudiado desórden, pero formando una mullida y homogénea alfombra.

Doce sillones de talla dorados con asientos de terciopelo carmesí, un confidente de igual clase, una papelera negra con dibujos dorados, y un velador de mármol blanco, son los muebles de ese aposento.

La luz de cuatro bugías que en dos candelabros dorados arden sobre la chimenea, lanzan sus rayos sobre el velador, cansada de sepultarlos en las oscuras paredes del gabinete.

Nuestras amigas están demasiado entregadas al escrutinio de sus respectivos bagajes, y la luz que refleja el mármol no fatiga su vista, ni les causa la ceguera que Ricardo deseara, y tan frecuente es en los habitantes del polo, espuestos de continuo á la impresion de un suelo cubierto de nieve.

Adela es la primera que encuentra el filon, y desata presurosa un lio de cartas, cogiendo una de ellas para enterarse de su contenido; pero las fuerzas la abandonan.... No conoce el idioma en que está escrita.

Coge despues otra y otra, hasta seis distintas, y en todas encuentra la misma dificultad.

Llama en su ausilio á su amiga, y esta no es mas feliz que aquella, aunque tarda algo en convencerse de su impotencia. Leonor habia aprendido la lengua francesa, y no podia persuadirse de que hubiera documentos que no estando escritos en castellano, dejaran de estarlo en francés.

Adela piensa del mismo modo, y viendo que Leonor guarda silencio y se encoge de hombros con las cartas á la vista, la dice:

—¡Pues yo creia que tú sabias francés!...

—Si que lo sé; pero esto no lo entiendo.... será inglés!

—¡Estamos frescas!... ¡Me manda quemar unas cartas que no entiendo!

—Sin cuyo requisito, esclamó Leonor riendo, no podrán arder, y es una inhumanidad condenarlas al fuego sin oirlas.

—¿Te parece, replicó Adela, que las llevemos para que las lea mi doncella Catalina?

—Lo que tú quieras, contestó Leonor, procurando no tomar sobre sí la responsabilidad de aquella diablura?

—Pues dejémoslas aquí, dijo Adela alzando el terciopelo que cubria la meseta de la chimenea... dejémoslas, añadió, para cuando nos vayamos, y dime tú lo que piensas de todo esto.

—No sé que pensar, porque he empezado á registrar aquellos cajones, dijo Leonor señalando la papelera chinesca, y hasta ahora no he encontrado nada.

Adela se lanzó al nuevo escrutinio, y mas feliz, ó menos prudente que su amiga, tropezó con un secreto, en el que halló una caja llena de paquetes de cartas, cuyos sobres, aunque en castellano, no eran demasiado inteligibles, y el primero que tomó en sus manos la querida de Ricardo, decia así:

GOLPES EN VAGO.—LECCIONES PARA EL PORVENIR.

Un gran sello en lacre negro, se opuso á que Adela pasase adelante, y despues de haber procurado en vano sacar la fruta sin romper la cáscara, se volvió á su amiga y la dijo:

—¡Qué querrá decir esto, muger!

—No lo sé... pero si hemos de juzgar por el color del lacre y el título del paquete, debe ser un espediente de desengaños que no merece la pena de abrirlo.

—¡Abrirlo!... repuso Adela asustada.... ¡eso no!... ¡qué diria Ricardo!

Y continuando su registro, sacó un voluminoso paquete, sobre el cual se veia una cabeza de venado, perfectamente dibujada y debajo la siguiente estrofa:

Respeta este sobre y calla,
desventurado mortal,
que el que escucha oye su mal
y el que busca su mal halla.

—La letra es de Ricardo.... dijo Adela, sin desistir de su comenzado escrutinio, á pesar de aquel consejo que acababa de leer... ¡Si serán suyos los versos! añadió.

—Es regular, replicó Leonor... ¡pero qué habrá dentro de ese sobre para tanto asombro!

—¡Qué se yo!... pero si fuera cosa de importancia no lo pondrian en verso.

—Tienes razon, muger... y luego esa cabeza de ciervo indica que ha de ser cosa de caza.

—¡Verdad es!... esclamó Adela... cosas de caza, porque Ricardo es muy aficionado á cazar ciervos.

—¿Y ese libro verde?... dijo Leonor, respetando los derechos de su amiga y sin atreverse á coger un libro algo voluminoso que se veia debajo de las

cartas, y en cuya cubierta se leian estas palabras, en gruesos caractéres dorados: MATRÍCULA INGLESA.

Adela miró á su amiga sorprendida, y Leonor ofuscada en aquel momento mas con lo de matrícula que con lo inglés, no sospechó lo que aquel libro podria ser, y dándose una palmada en la frente, dijo con precipitacion estas palabras:

—Somos perdidas si no quemamos al instante estos papeles... Ricardo está preso por conspirador... es agente de la Inglaterra... en su casa se reune el club... la de Aguazul que está de guardia en palacio dará allí el grito...

—Pero ¿quién te ha dicho todo eso?... preguntó Adela interrumpiendo á su amiga.

—Las cartas inglesas.... el libro inglés.... la ausencia de Ricardo.

Adela no participó de los temores de su amiga, y tuvo motivos para alegrarse de su incredulidad, cuando abriendo el libro leyó la siguiente redondilla escrita á manera de cita en la primera hoja:

Baste decir para prueba
de lo antiguas que serán,
que aun no se ha cobrado Adan
la costilla que dió á Eva.

Leonor se avergonzó de haber sido tan precipitada en sus conjeturas, y Adela la dijo:

—Lo ves, muger, como no estamos perdidas ni hay esa conspiracion que tú crees!... Este libro será la matrícula de todas las novias inglesas que ha tenido Ricardo.

—¿Tantas han sido?

—Yo no sé de ninguna; pero las cartas que no hemos podido leer y este libro, me parece que han de ser una misma cosa.

—Veamos.

—Si, si.... veamos.

Y Adela volvió la hoja en que estaban escritos aquellos versos, disponiéndose á leer todo el libro, si hemos de juzgar por la calma con que se acomodó en un sillon próximo á la chimenea, tirando primero de la campanilla para que la sirviesen un vaso de agua.

Nosotros no podemos comprender cómo aquellas mugeres olvidaron el objeto principal de su ida allí, para cebarse en el único espediente que no era inaccesible á su desordenada curiosidad, y hacemos de ello capítulo aparte, para que el lector pueda eliminarlo ó no, segun le acomode. Le aconsejamos sin embargo que no haga ni lo uno ni lo otro, sinó que al llegar á esta página cierre el libro, y abra la *Matrícula inglesa*, en cuya segunda hoja leyó Adela... lo que verá el que no teniendo telarañas en los ojos haya tenido dinero en el bolsillo para comprar esta obra, y tenga ahora voluntad de seguirla leyendo.

CAPITULO XX.

MATRICULA INGLESA.

El libro verde que llevaba ese título, estaba escrito de puño y letra de .. ardo, y suya era la redondilla que hacia subir hasta Adan el origen de las ..udas.

Desde que salieron á luz las primeras páginas de esta novela, hemos recibido diferentes anónimos, amenazándonos si publicábamos una sola línea de ese estraño manuscrito, que una casualidad habia puesto en nuestras manos.

En ellos se nos decia que caminásemos despacio, antes de cometer una imprudencia que podria arruinar millares de familias, y que temiésemos la responsabilidad que pesaria sobre nosotros al abrir los ojos á esa preciosa mitad del género humano, que sostiene á la otra media por efecto de su avaricia ó de su ignorancia, ó de ambas cosas á la vez. Se nos decia tambien, que la publicacion de esa matrícula estinguiria la deuda flotante, verdadera fuente de riqueza pública, y que con el laudable deseo de acabar con los deudores, matariamos la envidiable clase de los acreedores.

Ultimamente se trató de que la señora duquesa de Aguazul, se opusiera á la continuacion de esta obra, sin otro objeto que el de impedir que se publicára esa matrícula, y nosotros habíamos determinado ceder á las repetidas instancias de esa gente, condenando á perpetuo olvido el citado libro verde.

Pero la Providencia, que de otro modo lo tenia dispuesto, hizo que el libro cayese en manos de Adela, y ella, no el autor de esta obra, es la que leyó en voz alta lo siguiente:

El pabellon inglés.

«La nacionalidad inglesa se adquiere sin haber nacido en la Gran Bretaña.... Los ingleses son cosmopolitas.

«Para ser español se necesita haber nacido en España.

«Para ser inglés no se necesita mas que haber nacido.

«Rusos, alemanes, franceses, italianos, españoles, portugueses.... todos los pueblos del mundo tienen derecho á ser ingleses, sin que sus mugeres se tomen el trabajo de parir en Inglaterra.... Esta reina del mundo ha tenido la arrogancia de estender sus matrículas de polo á polo, y sus pilas bautismales han derramado el agua inglesa por toda la superficie del globo.... Su pabellon ondea en todas partes, y la sombra con que cubre á sus hijos, no tiene mas límites que el horizonte.... Ambos son infinitos.

«El inglés nace como el poeta, y vive como este lleno de ilusiones en la mayor miseria.

«El inglés presta y no cobra.

«La cualidad de inglés se adquiere prestando y se pierde cobrando.

«Para ser inglés se necesita: 1.º Ser rico. 2.º Ser pobre.

«Sus prerogativas son: 1.ª No tener amigos que sepan mas que él. 2.ª Tratarse con personas que sepan cobrar y que no hayan pagado nunca. 3.ª Elegir de entre estas la que ofrezca mas garantías para guardar el dinero donde no lo vuelva á ver su ex-dueño; y 4.ª Pasar la vida apremiando al deudor, sin consentir jamás que este le releve de semejante ocupacion, devolviéndole lo que le haya prestado.

«No tendrá nunca el orgullo de usar la palabra donativo, sino que por el contrario los recibos de sus deudores, serán para él *efectos en cartera*, que no realizará nunca, y que deberá entregar á sus herederos inventariados y valorados con arreglo á los intereses que devengue el dinero prestado; intereses que se guardará bien de percibir en metálico, sino que deberá acumularlos al capital, para aumentar su riqueza verdaderamente inglesa.

«Si, lo que no es creible, tuviera el inglés la desgracia de que le gara su deudor; deberá buscar inmediatamente otro á quien entreg dinero, para no perder por generosidades agenas, el título que compr la suya propia.

«Deberá informarse á menudo de la salud de sus deudores.... se rerlos si los viese en la indigencia.... proporcionarles distracciones que no les acometa la idea del suicidio.... y cuidarlos, en fin, como propios hijos.

«Los parientes del inglés por línea recta y única, son sus deudo

«Por ellos debe pedir á Dios en sus oraciones... por ellos debe ser publicano ó monárquico, segun convenga.... por ellos, en fin, debe

cerlo todo.... menos *deber dinero*, única acepcion en que le está prohibido el uso de ese verbo.

«Un inglés con acreedores seria un fenómeno inconcebible.... Seria un Megaterio social.

«Las leyes de la naturaleza son inmutables.... El inglés no puede perder su cualidad de tal por nada ni por nadie....

«Esa envidiable prerogativa, que nadie envidia sin embargo, supone una abnegacion tan fabulosa y un rango aristocrático tan elevado, que el inglés no puede ocuparse de manejar por sí sus propios caudales.... Los estatutos de *su pais* le autorizan á valerse de los estraños para la grosera operacion de gastar dinero.... Su constitucion le concede una cohorte inmensa de cajeros que bajo el modesto título de deudores, le guardan sus tesoros.

«El inglés vive con la esperanza y el sobresalto.... ¡Ay del que intente quitarle lo uno ó lo otro!

«Pero no hay hombre sin hombre.... y donde hay persona que *padece* debe haber persona que *hace*.

«De nada serviria que hubiera quien prestara, sino hubiese nadie que pidiera. . . . . .

«Afortunadamente la Providencia, sábia en todas sus cosas, no ha querido hacer á medias la felicidad del hombre-inglés.... Desarrollar en él los órganos de la *desprenditividad*, obligándole á vivir entre gentes que tuvieran rasa la protuberancia de la *agarratividad*, seria darle un tormento contínuo.

«Era preciso, y así es por fortnna, que habiendo en el mundo personas que presten, no falten otras que tomen prestado, y váyase lo uno por lo otro.... Hé aquí la ley de la compensacion.... Así se logra esa nivelacion de fortunas que ha producido hoy una revolucion social en toda Europa.

«El deudor es una parte integrante del inglés, y su educacion debe ser muy esmerada, puesto que de ella depende la buena ó mala condicion de acreedor.

«Ha de tener presente lo primero, que no es él, como vulgarmente se dice, el que hace los ingleses, pues como queda dicho ya, el inglés nace, y todo lo mas que puede hacer es egercitar sus instintos de esta ó de la otra manera.

«No hay reglas fijas para buscar ingleses, pero las hay para educarlos y conservarlos, y estas no debe olvidarlas nunca el deudor.

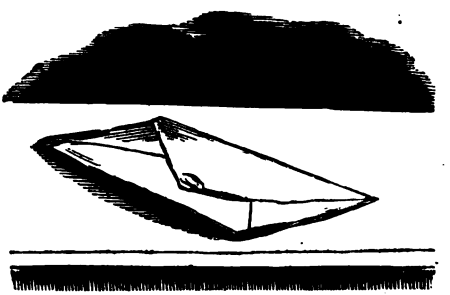
«Los deberes de este para con su inglés, son: No negar nunca lo que debe, ni entrar en transaciones para reducir la deuda un solo maravedi. Recibirle con agrado en su casa, sin que esta tenga dos puertas á dife-

rentes calles, ni otras vulgaridades por el estilo, atentatorias del derecho de peticion que legítimamente pertenece al inglés. Conservar inalterable la tranquilidad de espíritu, aun cuando esté persuadido de que no puede pagar lo que le prestaron; esa confianza mantiene el crédito, y el sobresalto y la zozobra son prerogativas del acreedor. La inquietud en el depositario del dinero seria indicio de una inmoralidad abominable.

«Si el deudor tuviese la desgracia de serlo á varios, y estos se hallasen diseminados por diferentes calles de la poblacion, pensará inmediatamente en centralizarlos, para no verse obligado á estudiar sobre el plano topográfico, las calles por donde puede discurrir libremente.

«Se abstendrá de apuntar las cantidades que debe, porque ese cuidado pertenece al inglés, y lo único que hará será formar una matrícula donde consten los nombres de sus acreedores, divididos en *Primos* é *Ingleses*. Los primeros pueden considerarse como embriones de los segundos, aunque entre ambos hay una diferencia muy notable. Los primos son esos parientes universales que gastan su dinero sin hacer deudores, al revés de los ingleses, á quienes, como queda dicho, nadie les niega lo que les debe. . . . . .

. . . . . .



CAPITULO XXI.

LA TINTA SIMPÁTICA Y LA ENTREVISTA ANTIPÁTICA.

Adela no tuvo paciencia para concluir la lectura de aquel prólogo, y colocando el libro donde le habia encontrado, se volvió á Leonor y la dijo:

—¿Sabes que estoy asombrada de ver como tiene Ricardo tan organizada su profesion de caballero de industria?

—Leonor no contestó una sola palabra, y viendo que Adela se disponia á continuar el escrutinio, la dijo:

—Quema esas cartas y vámonos de aquí:

—¿Qué cartas?

—Las que te ha dicho Ricardo.

—¿Sin leerlas?

—Si.... no haga el diablo que sean cosas de gravedad.

—Tanto mejor, así sabremos á qué atenernos.

—Pero el caso es que tu inglesa se enterará de todo.

—Es muy callada.

—No importa, lo mejor será quemarlas aquí mismo, y marcharnos en seguida.... Mi corazon es muy leal, y ahora me dice que no nos conviene estar aquí.

—Pues sea como tú quieras.

Adela cerró la papelera y se acercó á la chimenea, bajo cuya cubierta de terciopelo carmesi habia escondido las cartas que sacó del neceser de Ricardo.

Al cogerlas para arrojarlas al fuego, la curiosidad hizo su última tentativa, y Adela vió con asombro que la escritura que ellas habian calificado de inglesa, estaba cruzada de lineas azules, en las que se leian algunas palabras en idioma castellano.

La alegria que animaba el rostro de Adela, se comunicó bien pronto al de su amiga Leonor, y asombradas ambas de no haber visto hasta entonces, lo que seguramente habia aparecido con el calor de la chimenea, repartieron entre sí las cartas para examinarlas con detencion. Pero su alegria fué demasiado efímera, y pronto se convencieron de que no podian formar una sola frase que colmára su curiosidad.

—¿Sacas algo èn limpio?... preguntó Adela, desesperada por no entender una palabra siquiera de cuantas tenia á la vista.

Leonor se encogió de hombros, y con la vista fija en la carta que tenia en la mano, leyó estas palabras:

Adjunt.... la firma del nuev.... gefe.... la rúbrica es m... dificil y nada hay en ella casual.

—Esto es todo lo que he podido leer, añadió Leonor; pero lo que mas me sorprende es, que cuanto mas acercó la vista, menos veo lo que dice.... No parece sino que las palabras se escapan del papel....

—Lo mismo me sucede á mí, replicó Adela.... Cuando cogí la carta me pareció muy fácil leerla, y ahora apenas me queda una sola palabra en toda ella.... Mira tú, aquí dice:

—¿Qué dice?... interrumpio Leonor viendo que su amiga guardaba silencio.

—¡Si se me van las letras!... No me queda duda de que he leido algo de *láminas.... cupones y carpetas.*... pero ahora no encuentro una sola palabra.... Parece cosa de magia....

—¡Tampoco yo veo lo que te acabo de leer!... esclamó Leonor... estas cartas son cosa del diablo.... quémalas, chica, quémalas, añadió horrorizada.

—Si, si.... quemémoslas, dijo Adela, tan preocupada como su amiga.

Y reuniendo todas las cartas, las arrojó á la chimenea, donde tardaron un momento en hacer llama, porque la leña estaba completamente carbonizada; pero en el último de aquellos papeles iluminado por la llama de los otros, aparecieron todas las lineas azules perfectamente legibles, y Adela, tuvo la rápida ocurrencia sugerida por su insaciable curiosidad, de arrojar al fuego el agua de una copa de cristal tallado que había sobre el velador. Sacó inmediatamente la carta toda mojada, pero su asombro fué

Leonor y Adela.

mayor que el que habia esperimentado hasta allí.... No habia ya una sola mancha azul, y solo se conservaban las palabras inglesas lustrosas y negras como nunca.

—Pero muger, ¡has visto cosa igual en tu vida! esclamó Adela mirando á su amiga y sin atreverse á soltar la carta de la mano....

—¡Quémala.... quémala!... gritó Leonor horrorizada.

Arrojaron de nuevo la carta, cuando ya se habian reducido á cenizas sus compañeras, y apenas se hubo evaporado la humedad, reapareció el escrito misterioso, cuyo color azul no era esta vez tan intenso, y la carta fué presa de las llamas.

Las dos amigas se dirigieron una mirada recíproca, preguntándose mútua y silenciosamente la causa de aquel fenómeno, tan sorprendente para ellas como sencillo para los que conozcan la accion química del fuego y de la humedad sobre aquella tinta simpática. No las asombraba tanto la aparicion de los caracteres azules al fuego, porque ya habian oido hablar del zumo de limon, como tinta simpática, y Leonor habia recibido algunos billetes en blanco, con órden en negro de acercarlos al brasero para leerlos; pero al acordarse de que las palabras habian desaparecido á sus propios ojos, se perdian en mil conjeturas, resolviéndose por último á creer que Ricardo debia ser tan nigromántico como el mismo marqués de Villena. Nuestras amigas no tenian noticias de esa tinta simpática hecha con el hidroclorato de cobalto, que se condensa en el papel perdiendo su humedad por medio del calórico, y pierde su color azul, escondiéndole, por decirlo así, en el papel al devolverla el agua. Por eso al acercarse la carta á la cara borraban con el aliento las palabras que acababan de ver con sus propios ojos.... El agua que arrojó Adela sobre la carta que iba á arder en la chimenea, hizo el mismo efecto que el aliento, aunque de una manera mas rápida. Si hubieran repetido sus ensayos tres ó cuatro veces, la tinta habria desaparecido por completo.

Ricardo se habia salvado de la impertinente curiosidad de su querida, y su secreto habia perecido en el hogar de su chimenea. Pocas conjeturas podemos hacer sobre el contenido de aquellas cartas, de las cuales solo conocemos las pocas palabras que ha oido el lector; únicamente podemos sospechar que fuese una correspondencia secreta sobre falsificacion de documentos de la deuda pública, y á esto nos induce la amistad de Ricardo con el padre de Pepitaña preso por falsificador.

Adela no podia pensar ni aun eso, y se contentó con decir:

—Trapisondas de hombres... Vámonos, Leonor.

Pero cuando se disponian á salir del gabinete, oyeron voces en el pasillo, y á poco abrieron la puerta, entrando allí tres hombres mal encarados, aunque decentemente vestidos.... El celador del barrio de San Miguel

y dos adlateres, que de órden de la autoridad superior, iban á practicar una visita domiciliaria.

—Huele á papel quemado, dijo uno de los hombres, en voz baja, al celador.

—Verdad es, contestó este echando una mirada á la chimenea, en cuya atmósfera, subian y bajaban las cenizas de las cartas que acababa de quemar Adela.

—¿Quiénes son estas señoras?... preguntó el celador volviéndose al ayuda de cámara de Ricado.

El criado guardó silencio y las señoras bajaron los ojos avergonzadas, hasta que Leonor repuesta del susto que causara á ambas la presencia tumultuaria de aquellos hombres, dijo con gravedad:

—¿Quiénes son vds. pregunto yo, para entrarse así en un gabinete donde hay señoras?

—¡La justicia....!

Esa palabra hizo una justísima sensacion en las dos amigas; pero no impidió que Leonor dijese:

—Nosotras somos dos amigas del Sr. Don Ricardo, que le estábamos esperando aqui.... pero ya nos vamos.

—No harán vds. tal cosa, contestó el celador sonriendo.... sigan ustedes esperando.

—Es que ya nos vamos, porque es tarde.

—Es algo mas que tarde, señora... es noche, replicó el celador, y mientras yo doy una vuelta por la casa, tendrán vds. la bondad de esperar aquí...

—Es imposible.... quedarnos.

—Mas imposible es marcharse, señora, porque yo tengo dada órden de que no salga nadie de aquí, hasta que yo despache mi comision.

Leonor quiso protestar, pero el celador no la dió tiempo, y acercándose á la chimenea procuró recoger los restos de las cartas, no porque creyera ni le importara averiguar su contenido, sino para hacer méritos con sus superiores y llevar algun cuerpo de delito, caso que en su visita no encontrara otros de mas importancia.

Aquellas pesquisas judiciales confirmaron á nuestras amigas las sospehas que concibieron sobre la suerte de Ricardo. Efectivamente las declaraciones de Juan el Campesino le habian comprometido de una manera criminal que el lector no se hàbria imaginado quizás. Acusado de falsificador de billetes del banco, y gefe de una fábrica de moneda falsa, el juez de primera instancia lo habia hecho conducir á un calabozo, y loco de alegría por no haber perdido el tiempo mientras andaba sirviendo á su amigo, avisó inmediatamente al gobierno, quien dispuso el registro que ahora está practicando el celador del barrio de San Miguel.

El conde de Arechavaleta, sabedor de ese descubrimiento, rogó á su amigo que lo *echase tierra*, no hiciera el diablo que la madre de su hija resultase comprometida en semejantes crímenes.

La duquesa de Aguazul por el contrario, aprovechaba su estancia en palacio, denunciando al ministro de la Gobernacion, una supuesta conspiracion carlista, de la que era agente el padre de su hija... De esa hija que el conde creia tener entre sus brazos, cuando estrechaba contra su pecho á la hija del bandido que acababa de morir en el patio de la cárcel....

El conde ignorando el auto de prision que en aquel momento se daba contra él, disponia su viage á Francia para el siguiente dia, acompañado de la pobre Flora, que parecia dar gracias á la Providencia con su alegría, por haberla deparado un nuevo padre en el momento de perder el suyo, víctima de una puñalada. El de Arechavaleta se preguntaba á sí mismo si habria adivinado á su hija, aun cuando nadie le hubiese dicho que era la que tenia entre sus brazos, y el corazon le decia que sí.... Tenia además sus propias facciones, y era imposible no reconocerla.... La sangre y la vista le engañaban horriblemente.... La voz que le dijo: —Esa es tu hija, habia sido superior á ambas cosas....

El engaño de que era víctima el conde, al creer que los latidos de su corazon atestiguaban que era sangre suya la que tenia delante de sí, hará dudar á muchos de los que pretenden que hay en los individuos de una misma familia, un agente oculto que los impele á reconocerse y reunirse.

Los escritores dramáticos han sabido sacar un gran partido de ese error, pintando la alegría de una madre que por un impulso secreto reconoce un hijo de quien no tenia noticia, y que apartaron de su lado en el momento mismo de darlo á luz, haciéndola creer tal vez que habia nacido muerto.... No hay mas simpatía que la que engendra el trato, y el engaño del conde de Arechavaleta era muy natural.... Busca una hija de diez años, bonita, porque nadie quiere creerse padre de hijos feos; se dirige para ello á las únicas personas que podian saber el paradero de ella, y estas le quieren ocultar una niña de diez años bonita, y cuya historia conviene con la de su hija..... le dicen además que es ella.... su corazon late.... luego no hay duda....

Dejémosle gozar de esas halagüeñas ilusiones que hará muy breves la pérfida intencion de la escéptica duquesa, y oigamos al celador, que terminado su escrupuloso registro, y despues de haber recogido los paquetes de cartas que habia en la papelera, se dirige á Leonor diciéndola:

—¿Su nombre de vd., señora?

—Leonor Gamuza.

—¿Casada?

—No señor, soltera.

—¿Soltera?... repitió el celador asombrado.

—Soltera, volvió á decir Leonor, amarilla de corage.

—¿Dónde vive vd?

—¿Con qué derecho me hace vd. tantas preguntas? dijo incomodada.

—Con el que me asiste en nombre de S. M. la reina (Q. D. G.)

Y los tres polizontes llevaron la mano al sombrero que habian conservado puesto hasta aquel momento....

—Vivo.... contestó Leonor mordiéndose los lábios de corage, en la calle de la Independencia, número 3.

—Y vd. ¿cómo se llama, señorita?... preguntó el celador, dirigiéndose á Adela.

—Adela San Quintin.

—¿Y Gamuza?... añadió el celador.

—No, señor.... Gamuza es esta señorita.

—¿Pues no es madre de vd?.... preguntó el celador, olvidándose de que Leonor le habia dicho que era soltera.

—¡Caballero! gritó Leonor, incomodada más por la injuria hecha á su edad, suponiéndola madre de una muger de 19 años, que por la que se hiciese á su honra, creyéndola simplemente madre.

—Dispénse vd., señora, me habia olvidado que era vd. soltera aun....

Este aun fué otra nueva injuria que Leonor sintió más que la primera, y dirigiéndose á Adela, la dijo con voz imperiosa:

—Vámos, Adela.

—Vd. puede irse cuando quiera, replicó el celador.... esta señorita no saldrá de aquí hasta decirme donde vive.

—En la fonda de los Cuatro Vientos, dijo Adela con viveza.

—¿Sola?

—Con mis criados.

—Vayan vds. con Dios, dijo el celador, y vds. dispensen, señoritas.

Leonor no oyó estas últimas palabras, primera galantería *mancomunada* que las dirigia el celador, y seguida de Adela entró en el coche, dando órden al cochero para volver á la fonda, donde las dejaremos por ahora para ver como andan las causas de conspiracion y falsificacion empezadas aquella misma noche.

CAPITULO XXII.

LA MADRE Y LA HIJA.

Al llegar Elisa á su casa, desde la de doña Juana Gimenez, donde la encontró la policía, recibió una carta de la Cuca fechada en la cárcel de Córte, y en que la informaba de la causa de su prision, suplicándola qne fuese á verla y procurase su libertad al momento. Este último fué lo que intentó la duquesa, no por aliviar la suerte de su amiga, sino por comprar su silencio y tener un cómplice mas, en la cruda guerra que con el ausilio de la marquesa, pensaba hacer á su primitivo esposo el conde de Arechavaleta.

La duquesa de Aguazul, como hemos dicho en otra ocasion, no tenia motivo alguno para encarnizarse con el padre de su hija, y aun puede decirse que estaba interesada por su propia dignidad, en ayudar los designios del conde, cuya ambicion se limitaba á recoger el fruto de un matrimonio, completamente ignorado por los amigos de la duquesa. Pero ella no veia las consecuencias de lo que se proponia hacer, hasta que sentia sus efectos, y entonces las consideraba como nuevos sucesos que jamás la ocurrió echarse en cara. La idea de que el conde podria pedir la anulacion de su matrimonio con el duque de Aguazul, no la impidió pensar en los medios de apoderarse de una hija, en quien no habia pensado hasta entonces, y á quien no veria quizás despues de conseguido su objeto.

La duquesa de Aguazul.

Se dejó vestir por sus doncellas para acudir á palacio, y mientras la peinaban se entretuvo en leer varios memoriales, que la habian sido dirigidos, como presidenta que era de la junta parroquial de beneficencia. Tenia la costumbre ó el cálculo de decretarlos favorablemente todos, y este dia lo hizo como siempre, recomendando especialmente uno, en el que una madre pobre, pedia algunos recursos para no verse obligada á llevar al hospicio una hija de siete años, que habia criado á costa de su salud.

Estaba la duquesa firmando la solicitud de aquella pobre madre y encargando á una de sus doncellas que entregase á don Braulio el memorial, para que fuese en persona á enterarse de aquella desgracia y socorrerla de parte suya, cuando un criado anunció que la señora marquesa pedia permiso á la señora duquesa para venir á visitarla.

La duquesa pensó un momento, y se resolvió finalmente á conceder á su madre el permiso que solicitaba.

La marquesa de Malvareal, entró en el tocador de su hija la duquesa de Aguazul, y á pesar de la agitacion que se retrataba en su maligno semblante, no pudo menos de advertir la falta del mayordomo don Braulio, mueble indispensable en el tocador de Elisa.

—¿Qué tienes, duquesa? dijo la madre á la hija.

—Nada.... marquesa, contestó la hija á la madre.

—Como no veo aquí al bufon....

Elisa guardó silencio, y la marquesa comprendió bien pronto la causa de la distraccion que se retrataba en el semblante de su hija.

—Tengo que hablarte, la dijo.

Elisa hizo seña á sus doncellas para que la dejasen sola con su madre.

—Tu padre ha desembarcado en Santander.

—¿Es posible?

—Lo que oyes.... mañana llega á Madrid.

—¿Y qué piensas hacer?

—Anunciar su resurreccion á todo el mundo, dijo la marquesa sonriendo á pesar suyo.

—¿Y crees tú que consentirá el marqués en haber pasado por muerto?

—Si.

—¿Cómo piensas dar la noticia?

—Yo de ningun modo.... La condesa de San Damian finjirá haber recibido una carta en que la anuncian que el marqués vive, y consultará al duque y á los amigos, la mejor manera de participarnos tan fausta nueva.. Nos irán preparando para que no nos haga tanta impresion y.... en fin tendremos cuatro desmayos y punto concluido.... No es esto lo que quiero decirte.... El conde de Arechavaleta....

Elisa comprendió que su madre la queria hacer desistir de la guerra

que proyectaba contra el conde, y con un gesto de desagrado, la indicó que su resolucion era irrevocable, y que se cansaria en vano en hacerla reflexiones; pero no se desanimó por eso la marquesa y continuó:

—El conde no ha podido estar mas prudente; tú vistes lo que nos dijo anoche en el baile:—Quiero que se me entregue mi hija y renuncio á toda clase de reclamaciones....

—¿Y quién le ha dicho á él que tiene derecho para llevarse esa niña?... las hijas son de las madres....

—Pero ¿puedes tener contigo esa niña?

—No.

—Pues deja que se la lleve su padre; ya que á tan corto precio com-

pras la tranquilidad de toda tu vida.... ¿Qué seria de nosotras si el conde se presentara á los tribunales, reclamando la validez de su matrimonio?...

—De todos modos, el marqués lo dirá á todo el mundo.

—¿Quién, tu padre?.. No tengas cuidado, eso corre de mi cuenta.

—Pues bien, ya es tarde... yo he denunciado al conde como agente del prisionero de Bourges.

La marquesa conoció que su hija no habia dado aun ese paso, y que lo decia únicamente para crearse un compromiso y no retroceder en el plan que habia imaginado.

—No hagas tal.... la dijo.

—¿Por qué? preguntó Elisa, sin acordarse de sostener lo que acababa de decir.

—Por que el conde sospechará de tí, y hará lo que no ha querido hacer hasta ahora....

—¿Y si no le hubiese hecho delatar?...

—Si no *le haces* delatar, cumplirá la palabra que nos dió anoche de volverse á París.... tu padre guardará silencio.... yo me encargo de eso... y en cuanto á Concha...

—Está presa....

—¿Presa?.... y ¿porqué?

—Por haberla encontrado en casa de esa muger que crió á mi hija.

—Pero me dijistes que estaba detenida, hasta que el conde encontrára la niña, y ya la habrán puesto en libertad.

—Al revés.... ahora la han llevado á la cárcel de Córte.

—Es decir que el conde no cumple lo prometido.

—Así parece.... dijo Elisa satisfecha al ver las buenas disposiciones de la marquesa.

—Pues en ese caso ¡guerra!

—¡Guerra!... repitió con entusiasmo la duquesa.

—¿Y de quién se ha valido el conde para todo eso? porque él es incapaz de pensar nada por sí solo.

—Del juez de primera instancia de Leganitos.

—¿Y quién es ese hombre?

—Aquel abogadillo á quien el duque queria dar los poderes de su casa....

—No me acuerdo....

—Si tal, muger... ¿no te acuerdas que yo me opuse abiertamente á que fuese nuestro apoderado, porque decia que para desempeñar las rentas era preciso que yo redujera mis gastos á la cuarta parte?...

—¡Ah!..... si ¡aquel Salgado Pandectas!..... ¿Con que es ese? ¡eh!

—El mismo.

—Pues sábete que es un enemigo formidable.... tiene mucho prestigio.

—Porque es juez.... pero en quitándole la toga....

—Ya, pero eso....

—Eso se lo digo yo esta noche á Gonzalez Breba; cuando vaya á la firma, y está hecho.

—Tienes razon, pídele esa gracia al ministro de Justicia, y nos habremos quitado un enemigo de en medio.

—Sin embargo, yo habia pensado otra cosa.... Yo queria denunciarle como cómplice del conde en esa conspiracion.

—¡Pero eso es imposible!....

—Al contrario, nada mas fácil. Esta misma noche mientras yo hago hablar al ministro, se hablará en las tertulias de esa conspiracion carlista y se dirá que un juez de primera instancia habia recibido de mano del conde un despacho firmado por don Cárlos, nombrándole alcalde corregidor de Madrid; el nombre de ese juez será un secreto para los noticieros.... la policía sabrá que se llama Salgado Pandectas.

—Y ¿de quién piensas valerte para esparcir esos rumores?

La duquesa sonó la campanilla por toda contestacion y dijo á una de sus doncellas:

—¿Petit-Jean ha venido?

—Acaba de llegar.

—Que entre.

Petit-Jean era el criado de mas confianza que tenia Elisa: y sin embargo entró á la presencia de su señora, con ese aire respetuoso tan propio de los criados franceses como digno del servilismo de los italianos.

—¿Estaba en casa? dijo la duquesa hablando en francés con su criado.

—No señora, contestó este en el mismo idioma.

—¿Estaría en el teatro?

—Yo no he ido al teatro, señora.

La duquesa miró á su criado asombrada de que, por primera vez se hubiese atrevido á interpretar sus órdenes; pero el francés la sacó de su sorpresa diciendo:

—Si la señora quiere que vaya, iré; pero me ha dicho el ayuda de cámara que no estaba allí el señor.... Iban á llevar la comida al señor en aquel momento.....

—¿A dónde?

—A la cárcel de Córte.

Elisa disimuló la sorpresa que la causaba semejante noticia, y haciendo seña al criado para que se retirara se volvió á su madre y la dijo:

—¿Has oido?

—Si.... ya veo que tenias razon; has dado el primer paso y no podemos retroceder.

—¿Qué paso?

—El de hacer prender al conde.

—¿Qué conde, muger?.. estás tonta, dijo la hija á la madre; si es Ricardo el que está preso!

—¡Ricardo!... ¿y porque?

—¡Qué sé yo!.... le habia hecho llamar para encargarle de esparcir esos rumores....

—¿Y pensabas valerte de él para eso?

—No diciéndole la causa de mi ojeriza contra el conde, ¿por qué no?

El criado que acababa de salir de allí, volvió á entrar, previo el correspondiente permiso, y acercándose respetuosamente á la duquesa la dijo:

—Señora, el ayuda de cámara del señor, desea hablar á la señora.

Elisa comprendió que aquel señor no era su esposo y contestó:

—Que pase.

Francisco, el ayuda de cámara de Ricardo, entró con no menos respeto que Petit-Jean, y adelantándose hácia la duquesa que estaba de pie junto á la mesa del tocador, la dijo:

—El señorito me manda que ponga esta carta en manos de V. E.

—¿Qué le ha sucedido? preguntó la duquesa, sonriéndose al tomar la carta que la presentó Francisco.

—Está preso en la cárcel de Córte.

—¿Desde cuando?

—Desde esta tarde que fué allí.... de visita, y no le han dejado salir.

La duquesa se estremeció á pesar suyo, y abriendo la carta con estudiada indiferencia, preguntó al criado:

—¿Tú le has visto?

—Está incomunicado, contestó Francisco sonriendo.

—Pues ¿cómo ha podido escribir?

—No sé decir á V. E., señora; pero creo que no será muy corta la carta, porque me ha hecho esperar buen rato.

—Tú le habrás llevado el recado de escribir....

—Completo, señora.... dijo Francisco sin poder ocultar el gozo que tenia en hacer alarde de su penetrabilidad carcelera.... Le he puesto papel de todas clases, lacre de todos colores, y en cuanto á las plumas, primero

que las gaste todas, se ha de secar el tintero que le he llevado, lo cual no será muy fácil tampoco. Ya pueden echarle cerrojos y ponerle guardias, añadió olvidando con su entusiasmo el papel que desempeñaba delante de la duquesa.... pero no ha de echar de menos nada mientras ande este prójimo por en medio.

La duquesa no oia las palabras de Francisco, y la inquietud se pintaba en su rostro, al paso que avanzaba en la lectura de la carta. El criado continuó dirigiéndose á la marquesa:

—¡Creerán los señores calaboceros que Francisco es un criado cualquiera que se deja sorprender una carta en un hueso de carne, ni una pluma dentro de un cigarro!... ¡Están frescos!

Los presos que comen rosbef y beben Burdeos, no necesitan esconder la tinta que va en el bote de la mostaza, ni las plumas monda-dientes del palillero de plata. Chasco seria, añadió riendo, que hubiesen querido probar los lacres que guarnecian el plato de dulce.... Fortuna que el tonto del portero se convenció de que sonaba el líquido en aquella botella de Marrasquino donde iban seis cuadernillos de papel.... Cómo habia de adivinar aquella pobre gente que lo que parecia un tirabuzon para abrir botellas era un sello para cerrar cartas!... Pero mi señorito no se ha quedado corto tampoco, y buen trabajo me costó encontrar la carta que me enviaba con los restos de la comida.... ¡Quién habia de creer que la hubiese pegado en el suelo de la sopera!... Se necesita mucha serenidad para ocultar una cosa donde nadie podia pensar que estuviera.

Elisa acabó de leer la carta con la mayor agitacion, y volviéndose al criado de Ricardo le preguntó:

—Pero ¿tú vienes de la cárcel?

—Si señora.

—¿Y qué dicen allí de esa prision?

—Allí no se dice nunca nada.... Habrán apuntado el nombre del señorito en el libro de entradas, y punto concluido.

—Ricardo, dice que me fie de tí; pero si no sabes nada!...

Francisco no sabia qué contestar á la interpelacion de Elisa, porque aunque él se habia enterado de la prision de su amo, dudaba que este dijese en su carta la verdadera causa de ella; pero sentia perder la confianza de la duquesa y dijo:

—Yo no sé mas sino que todo es una calumnia, porque mi señorito jamás ha tenido relaciones con Culebras ni con Chispa; pero el Campesino es un tuno....

La duquesa se estremeció al oir aquellos nombres, pero procuró disimular su turbacion, y aunque las palabras del criado no tenian relacion con lo que Ricardo decia en su carta, un presentimiento secreto, la hizo

ayudar las revelaciones del ayuda de cámara.

—Por supuesto que todo es una calumnia y así me lo dice Ricardo; pero es preciso saber todas las circunstancias de la prision para pedir que le pongan en libertad y castigar á los calumniadores.

Estas palabras que Elisa pronunció con aparente sencillez no engañaron á Francisco hasta el punto de obligarle á referir la historia de su señorito, desde que habia sido su compañero de cuarto en la universidad de Alcalá de Henares. Su amo á quien en público servia con el mayor respeto, tenia con él toda clase de confianza, y le habia esplicado el carácter de la duquesa de tal modo, que Francisco era el consejero de Ricardo sobre la manera de esplotar el cariño de Elisa. Esta circunstancia y la de no haberle dicho Ricardo cual era el contenido de la carta que dirigia á la duquesa, hizo que Francisco se espresara de la manera que él creyó mas á propósito para conseguir la libertad del caballero de industria.

—Segun me ha dicho un amigo, dijo acercándose confidencialmente á la duquesa, estaba el señorito en el cuarto del oficial de guardia, que será amigo de su señoría, y se le antojó á ese pícaro de Juan el Campesino, que acababa de asesinar al pobre Culebras, decir que prendieran á mi señorito, que él haria revelaciones de suma importancia.... No se sabe lo que habrá podido decir ese pillo, pero de sus resultas han puesto á su señoría en un calabozo y aun se decia que se suspenderia la ejecucion del reo que está en capilla....

—¿Pues qué tiene que ver la prision de Ricardo con la ejecucion del reo?

Esta pregunta desconcertó al criado; pero era demasiado ladino para no reponerse inmediatamente, y apenas se habia apercibido la duquesa de su turbacion, cuando él esclamó:

—¡Ay señora!... ¡no conoce V. E. lo que es esa familia! Cuando se ven perdidos son capaces de delatar al juez que los está interrogando.... Hay hombre de esos que cita en su causa mas nombres, que generales hay en la guia de forasteros....

La familiaridad que se iba permitiendo Francisco, y la contradicion en que estaban sus palabras con lo que Ricardo decia en su carta, aumentaron las sospechas de la duquesa, con esa vehemencia tan propia en las mugeres, de las cuales es cosa sabida que se puede seguir ciegamente el consejo improvisado, pero no hacer caso de lo que piensan detenidamente. La duquesa de Aguazul tenia una vivacidad estremada, y aunque Ricardo la decia en su carta que habia sido preso por haber ido á visitar á la Cuca, el descaro con que por primera vez la hablaba de su doble matrimonio, y las revelaciones del ayuda de cámara, la hicieron sospechar lo que jamás hubiera creido de su amante, de quien todo lo podia temer, sin em-

bargo, puesto que solo le habia conocido por casualidad en un teatro de París.

Decidida á averiguar lo que hubiese de cierto en sus sospechas, no titubeó en decir:

—¿Pero cómo han podido acusar á Ricardo de ese crímen?

—¿De qué crímen? dijo Francisco engañado á su vez por Elisa.... ¿de la falsificacion de billetes del banco?

—Si.... ese.... contestó la duquesa horrorizada.

—Eso es lo que dice el Campesino; pero es una calumnia.

—¿No hay tal falsificacion? preguntó Elisa con ansiedad.

—Si que la hay, respondió sencillamente el ayuda de cámara; pero no es mi señorito el gefe de esa canalla, como quieren suponer.

—Es decir, que aquellos billetes que le encontraron.... preguntó la duquesa, con una sagacidad digna de un magistrado envejecido en las prácticas judiciales.... aquellos billetes eran falsos?...

—Si, señora, respondió el criado, envuelto en las redes de su improvisado juez; eran falsos, pero al señorito se los dió en un pago el mayordomo de la señora condesa de San Damian.

Este nombre, con el que Francisco creyó despertar los celos de la duquesa, no sirvió de otra cosa que de avivar sus sospechas sobre la criminalidad de Ricardo, y dominando la vergüenza que sufria en aquel momento, dijo con admirable calma:

—¡Vaya vd. á entender esto!... La condesa dice que fué al revés, que á ella se los dió Ricardo.

—Pues no es verdad, porque mi señorito no debia nada á la señora condesa.... ella era la que tenia que pagarle lo que su señoría pagó por la señorita de San Damian.... De eso si que no me cabe duda, como que pasó por mi mano todo....

—Si, si, ahora recuerdo que Ricardo me ha contado algo de eso, diciéndome que tú eres una persona de toda su confianza.

—No es por alabarme, señora, pero bien puede tenerla.... Hoy es la primera vez que hablo del particular, y á buen seguro que si esa señora no echase la culpa de lo de los billetes á mi señorito, yo me habria callado como un muerto.... Figúrese V. E., que esa señora no me dió siquiera las gracias por el favor que la hice.... Verdad es que si no hubiera sido por mi señorito, no hubiera dado un paso en el negocio, pero me dijo su señoría:

—Francisco, tú eres todo un hombre; se trata de hacer una obra de caridad en favor de una pobre huérfana.... El conde de San Damian es muy viejo, y no tiene hijos; su inmensa fortuna pasará cuando muera á manos de sus parientes, demasiado ricos ya.... la condesa necesita una

niña que cumpla un mes, poco mas ó menos, el dia 31 de diciembre....

—Esto, añadió el criado, era el año 1836....

La duquesa de Aguazul miró á su madre, y la marquesa bajó los ojos avergonzada.

—¿Cumplistes lo que te habia encargado Ricardo? dijo la duquesa, haciendo un esfuerzo sobre sí misma.

—¿Conoce V. E. á la señorita de San Damian? dijo Francisco con orgullo.

—Si, contestó sécamente la duquesa.

—Pues vea V. E. si regalando á la condesa una hija tan hermosa, cumplí bien ó mal mi comision.

—¿Y la madre de esa niña? preguntó la duquesa visiblemente conmovida.

—No tendria nada que hacer heredar á su hija, y la buscó una nodriza.

—¿Pero tú conoces á la madre?

—A esas madres no las conoce nadie, señora; por otra parte, yo no me quise fiar de ningun amigo; embozado en mi capa me escondí en un portal en la calle de Meson de Paredes, frente al torno de la Inclusa, y me apoderé del primer envoltorio que depositaron allí; pero era niño, y lo volví á soltar, tocando la campana para que lo recogiesen las hermanas de la caridad.... No me sucedió lo mismo con el segundo que trajeron, que era una niña blanca y rubia como unas candelas, envuelta en un delantal de paño pardo. Me ví obligado á taparla la boca con la mano, porque chillaba debajo de la capa como si fuera un chico de dos años.... La pobre niña tenia razon para llorar.... Cuando llegué á casa ví que se estaba desangrando por el pie izquierdo, del cual la habian cortado el dedo pequeño....

—¡Qué horror!... esclamó la duquesa; habria nacido así?

—No señora, era cortado de intento.... hay muchas madres que usan esas señales para conocer á sus hijos si alguna vez están en disposicion de recogerlos.

—¡Qué inhumanidad!

—La niña descubria ya entonces lo que es ahora; yo no he visto nunca una cara mas hermosa que aquella. Lo que me admira es que la hayan corregido los defectos que tenia entonces.

—¿Qué defectos? preguntó la marquesa de Malvareal, que habia guardado hasta entonces profundo silencio.

—El lábio superior partido como las liebres, y las manos de una pieza.

—¡Dios mio! esclamó las marquesa á pesar suyo.

La duquesa de Aguazul interrogó con una mirada terrible á su madre,

que bajó los ojos aterrada. Y sacando de su tocador un billete de mil reales, lo entregó á Francisco diciéndole:

—Toma y mañana antes de ir á ver al señorito, ven por aquí.

—Será V. E. obedecida, pero yo no puedo aceptar....

—Vamos, dijo la duquesa con aparente sonrisa, tómalo, que yo no soy la condesa de San Damian.

—Mil gracias, señora, dijo Francisco, alabándose en su interior por haber hecho pública la ingratitud de la condesa de San Damian, de la cual le constaba que su amo habia recibido el diez por ciento del caudal que habia de heredar la niña.

—¿Manda V. E. alguna otra cosa?

—Nada.

Francisco hizo una profunda reverencia, y salió del tocador de Elisa

Esta miró á su madre algunos momentos, y al fin la preguntó:

—¿Has oido?

—Sí.

—¿Qué niña es esa?

—No sé.... será la hija de la muger que crió á mi nieta.... pero....

—¿Qué?

—Las señas que ha dado ese hombre me tienen confusa.... Los dedos unidos, el lábio leporino, rubia.... esas eran las señales de tu hija cuando nació.

—¿Con que tú crees que mi hija está en poder de la condesa de San Damian? Razon tenia yo para dudar que una niña tan hermosa fuese hija de ese mónstruo.

—Pero la niña que se criaba en la calle de las Amazonas, ¿quién es? yo no puedo esplicarme este enigma... Si es verdad lo que ha dicho ese hombre, la que el conde ha encontrado, no es su hija!...

La duquesa, que habia estado recapacitando un momento, dijo:

—Es igual.... El conde será un conspirador.... Ricardo arrastrará un grillete, y la condesa de San Damian llorará en un convento el no haber asegurado mejor la herencia de su esposo.

—¿Y qué será de tí, desgraciada?

—Si he acertado en pronosticar la suerte de los demás, me importa poco de la mia.

—El duque lo sabrá todo.

—Se lo diré yo antes que nadie, y ahorraré ese trabajo á los demas.

—Pero, hija mia, reflexiona.

La duquesa de Aguazul no oia nada. Estaba en uno de aquellos momentos tan frecuentes en las mugeres de su carácter que exaltadas por la idea que preocupa su mente, no ven otro camino sino el primero que han imaginado para realizarla. Los obstáculos, que encontraba la duquesa en esos momentos, lejos de entibiar su resolucion, eran por el contrario otros tantos incentivos que halagaban su deseo agrabando el orígen de la idea que la preocupaba.

Llamó á sus doncellas para que concluyesen de vestirla, y sin querer oir los consejos de su madre, que preveia lo que no se le ocultaba tampoco á la duquesa, subió á una elegante berlina despues de haber dicho al lacayo:

—A palacio, por la puerta de los Príncipes.

CAPITULO XXIII.

FLORA Y AMELIA.

En uno de los patios del edificio mas grande de Madrid, conocido con el nombre de cuartel de Guardias, se hallaban quince dias despues de la prision de Ricardo, las desde entonces inseparables amigas, Leonor Gamuza y Adela San Quintin. La primera llevaba de la mano una niña como de diez años de edad, de tez morena, ojos negros, mirada altiva y talle encantador. Adela menguaba su estatura para dar el brazo á otra niña de igual edad, cuyos ojos azules espresaban un sentimiento tan delicado, que la querida de Ricardo reia de gozo, creyéndose madre de aquella criatura simpática, de facciones hermosas, cabellos rubios, y un talle tan esbelto, que llevaba tras sí las miradas de todos. Sus pies se habian desarrollado demasiado, y he ahí la única imperfeccion de aquella niña, á quien vimos por primera vez en el teatro de la Opera, ensayando un paso de baile.

El oficial de infantería que mandaba la guardia del cuartel, y habia tenido la galantería de acompañar á nuestras amigas á la torre donde estaba preso el conde de Arechavaleta, debia dar el brazo á una de las dos para bajar las escaleras, y no era dudosa la eleccion; recayó en Adela.

—¡Qué felices son algunas personas, señorita!

Adela respondió con una de sus encantadoras sonrisas, y el oficial continuó:

—Desde que anunciaron al señor conde que estaba en comunicacion, espera por segundos la presencia de vd.

—¿La mia? ¡pues si apenas me conoce!

—Sin embargo, vd. ha sido la primera persona, la única á quien avisó esta mañana.

—Si, pero no era á mí á quien deseaba ver, sino á su hija.

—¿A su hija?

—Si, replicó Adela, besando con graciosa coquetería á Flora; vea vd. qué hija tan hermosa tiene; yo daria diez años de mi vida....

—Por tener otra igual, ¿no es cierto?

Adela se avergonzó de haber manifestado sus deseos de maternidad, y con esto llegaron á una puerta pequeña, que giró sobre sus goznes, y dejó ver al abrirse una pared de vara y media de espesor.

El conde de Arechavaleta se presentó en el estrecho callejon que formaba la brecha abierta en el muro, y estrechando entre sus brazos á Flora, apretó entre las suyas la mano de la interesante Adela, hizo un saludo á Leonor, dió las gracias con una sonrisa al oficial, y entrando en el calabozo, dijo:

—No sé si habrá sillas para todos.

—Yo ya tengo asiento, gritó Leonor, sentándose con Amelia en la cama del preso, ínterin este cubria de besos la frente de la que él creia su hija.

El oficial saludó para volverse al cuerpo de guardia, y el conde hizo salir de allí á su criado, quedando solo con las cuatro personas, que en su mayor parte conoce el lector.

—Conde, tengo el gusto de presentar á vd. á mi amiga la señorita Leonor Gamuza, dijo Adela.

La Gamuza entreabrió los ojos, cerrando los labios con su esperimentada coquetería, y el conde respondió:

—Celebro mucho el tener esta ocasion de ofrecer mis respetos á la señorita Leonor, cuya amistad será tan sincera, aunque no tan antigua como la nuestra.

—Si, muy antigua.... replicó Adela riendo; quince dias.

—Justos y cabales, señorita; esta noche á las doce. A vd. le habrán parecido quince minutos, y á mí quince años. En cambio al gobierno no le han parecido aun veinte y cuatro horas, puesto que á esta fecha no se han dignado decirme por qué estoy preso.

—¿No le han tomado á vd. declaracion?

—Todavía no; va despacio. Esta gente del justo medio no tiene prisa para esas cosas, porque al fin y al cabo, como ellos dicen, peor era en tiempo del Santo Oficio, y algo hemos adelantado. Para venir á esto no valia la pena de habernos hecho la guerra á los que defendíamos la causa de don Cárlos.... Pero dispensen vds., señoritas, los españoles no sabemos hablar de otra cosa que de política....

—¡Oh! hace vd. muy bien de hablar asi, esclamó Leonor, yo soy muy aficionada á la política.

—Por recurso tal vez, dijo el conde en voz baja.

Y besando la frente de Flora, esclamó:

—¡Pobre hija mia!... ¿Te has acordado mucho de mí?

—Si, papá, mucho, gritó la niña con indecible alegría. Yo queria verte, y la señorita Adela me decia todos los dias, mañana, mañana.

Adela respondió con una graciosa sonrisa á la reconvencion de Flora, y esta añadió:

—Si, ríete.... pero bien me has hecho rabiar.... No me has dejado venir hasta hoy á ver á mi papá, ni me has llevado al teatro á ver las niñas.... A verlas bailar.... con eso me contentaba, ya que no me dejan hacer otra cosa.... Pero ahora todas me adelantarán, hasta la torpe de la Matilde.... y la aplaudirán mas que á mí.... ¿Quieres que baile esta noche, papá?

—Esta noche, no, dijo el conde visiblemente conmovido..... otro dia.

—¿Cuándo?... ¿mañana?

—No, otro dia.

—¿En el baile nuevo?

—Si, si, otro dia.

—Lo mismo me decia la señorita Adela, otro dia.... y nunca queria traerme á que te viera.... Ahora podria llevar los adornos que me compraste, y daria envidia á todas .. y no me pegaria la bruja de la Policarpa, aunque perdiese un pendiente.... ¿Verdad que no, papá?

—No, hija mia, no; ahora no te pegará nadie. Esta señorita cuidará de tí. ¿Quieres tú mucho á la señorita Adela?...

—Mucho, papá.

Y Flora dió un beso á la querida de Ricardo, que parecia olvidar en aquel momento la suerte de su amante.

El conde sufria con la conversacion de Flora, que envanecida con los aplausos del teatro, no conocia otro mundo ni otra felicidad que la que habia esperimentado entre bastidores.

Leonor pensaba en sus cuarenta años, y como jamás dejaba de estar en guardia, por si se presentaba algun prógimo á disputarla el derecho de la palma, miraba al conde con ojos lánguidos y tiernos, acariciando con estudiada indiferencia la mano de la niña de ojos negros que venia en su compañía.

—¿Esta niña será amiguita de Flora? preguntó el conde, haciendo una caricia á la compañera de Leonor.

—No señor, contestó con insolente orgullo, la niña de los ojos negros.

—¿Cómo se llama vd., señorita? la preguntó el conde, importándole poco, ó mas bien alegrándose de que aquella niña tan altiva no fuera amiga de Flora.

—Amelia Casamonte y Sandoval, contestó la niña siempre con orgullo.

—Yo he conocido un Casamonte, dijo el conde recapacitando.

—¿El conde de San Damian, tal vez?... ese es mi papá.

—¡Con que esta niña es hija del conde de San Damian!.... creo que tiene un aire de familia.

Adela y Leonor se miraron, sin poder contener la risa, y Amelia que descubria todos los resabios de una detestable educacion, gritó enfurecida:

—¿Tengo alguna danza de monos en la cara para que vds. se rian?

—No nos reimos de tí, hija mia, dijo Leonor con una dulzura aparente, dirigida mas bien á cautivar al conde, que á calmar la irritacion de Amelia.

—Pues vámonos de aqui, gritó la niña, con voz imperiosa. Yo diré á mi mamá que te has reido de mi.

—¿Es vd. parienta del conde de San Damian? preguntó el de Arechavaleta á Leonor.

—No señor, contestó esta, la condesa y yo somos amigas.

—Le ha sucedido con esa niña, interrumpió Adela, lo que á mí con Flora.

—¿Está preso tambien el padre de Amelia? preguntó el conde.

—Adela se acercó al oido del conde y le dijo en voz baja algunas palabras.

—¿Es posible? esclamó el conde.

Y llamando á su ayuda de cámara, le dijo:

—Oye; lleva á estas niñas á la confitería con cuidado, y cómprales dulces.... Digo, si esta señorita me lo permite, añadió dirigiéndose á Leonor.

—Si no está muy lejos.... dijo Leonor, conociendo las intenciones del conde.

—Enfrente del cuartel, contestó el ayuda de cámara.

Y salió llevando de la mano á las dos niñas, Flora y Amelia.

El conde quedó solo con las dos amigas, y dirigiéndose á Adela, dijo:

—Vd. se estrañará de que yo me haya separado un momento de mi hija; pero lo que vd. me dice de la duquesa de Aguazul, me interesa demasiado para que no procure saberlo circunstanciadamente.

—Pues no se habla de otra cosa en todo Madrid, sino de la prision de la condesa de San Damian y de la reclusion de la duquesa de Aguazul. De la primera se sabe algo; pero de la segunda nadie dice por qué ni cómo... Ella era muy estravagante; pero haber entrado de la noche á la mañana en las Calatravas, y haberse marchado á Londres el duque, es una cosa que trae confusos á todos. Porque al cabo y al fin, el duque jugaba un papel insignificante, y no habrá sido él la causa de una separacion.

—¿Pero cuándo ha sido eso?

—Al dia siguiente de encargarme vd. que cuidára de Flora.

—Favor que no olvidaré nunca, y que, ahora que no está mi hija delante, agradezco á vd. como debo, y...

—No siga vd., conde: yo tuve un placer inmenso cuando vd. entró en mi cuarto y me dijo:—Señorita, no conozco á vd., pero es vd. la única señora que hay en la fonda.... Soy padre de esta niña, y á vd. se la entrego, porque no me permiten llevarla conmigo, ni darme tiempo para avisar al único amigo que tengo en Madrid. Me añadió vd. que no la entregara á nadie hasta que viniera el señor Salgado, el cual no ha parecido, de lo que me alegro infinito.

—Le han desterrado... esclamó el conde con amargura.

—¿De veras? preguntó Adela, ¡pues esto es horrible!.. ¡No dejan á nadie quieto!..

—¿Y cómo ha sido esa prision de la madre de Amelia? preguntó el conde, deseoso de saber aquella historia de la amiga de su esposa, antes que volviesen las niñas.

—Yo se lo diré á vd., dijo Leonor... Era cosa que la estábamos esperando todos, porque esa niña que vd. ha visto, no es hija de los condes de San Damian.

—¿Y quién puede saber eso?

—Los que hemos visto todos los dias á Luisa, y supimos de repente que al volver el conde de Paris, le habian presentado esa niña haciéndole creer que habia nacido en su ausencia.

—¿Y el conde lo creyó?

—Lo ha creido por espacio de 10 años; pero hoy hace 13 dias que se descubrió todo de la manera mas estraordinaria que puede vd. imaginarse.

—Parece cosa de novela...

—Bajaban los condes al Prado con la niña en una carretela, y de repente, en medio de la Puerta del Sol, á las tres de la tarde, detuvo el cochero los caballos por no atropellar á una infeliz muger que, avalanzándose al carruage, gritaba:

—¡Mi hija!.. ¡mi hija!.. ¡Esa es mi hija!

La condesa, que no estaba preparada para una escena que ni remotamente podia sospechar, no tuvo tiempo de desmayarse, y en vez de apartar á su hija de los brazos osados de aquella muger, cogió entre sus manos las del conde, gritando:

—¡Perdon, perdon!

El conde, que habia alzado el baston para castigar la audacia de la que él creia acometida de un acceso de demencia, palideció al oir las palabras de su esposa, y no tuvo valor para librar á la niña de las garras de aquella muger que seguia chillando y diciendo:

—¡Es mi hija! ¡es mi hija!

La condesa quiso reparar su torpeza animada por el ausilio de la muchedumbre que rodeaba el carruage, llenando de improperios á la madre de Amelia, y diciendo:

—Está loca... está loca... Pero ya era tarde...

El conde, que segun me ha dicho, todo le ocurria en aquel momento menos creer que aquella muger dijese la verdad, sintió de pronto un odio inesplicable hácia su esposa y huia el contacto de la pobre Amelia, que asustada con aquella escena, se refugiaba en los brazos del que creia ser su padre.

Asi permaneció el conde algunos momentos, en los que hubiese querido cien veces morir, hasta que tuvo ánimo para mandar al cochero que partiese al escape; pero esto era imposible, porque la carretela, los caballos y la gente, todo formaba un solo grupo, en el que, como suele decirse, habria sido imposible arrojar un alfiler.

El cochero sacudió el látigo inútilmente, y aunque los agentes de policia acudieron á llevarse presa á la madre de Amelia, ella se habia hecho oir de las gentes de su clase, y ya no la llamaban loca en grito unánime, sino que por el contrario, eran muchos los que apoyaban su pretension, asegurando que decia verdad, y diciendo que era una infamia darse tono con los hijos de otros.

Al conde le ocurrió de repente un medio de librarse de aquella vergüenza, volviendo á su casa cuanto antes y hablando en voz baja con la madre de Amelia, dijo en voz alta abriendo la portezuela del carruage:

—Suba vd., muger, y en mi casa podrá curarse de esa locura.

Despues volviéndose al cochero, le dijo:

—A casa volando.

La muchedumbre se abrió en ala para que pasase la carretela, diciéndose unos á otros:

—¡Qué buen señor!.... Ha tenido lástima de la pobre loca.

Los caballos partieron al escape, y gracias al espíritu democrático de los carruages de la aristocracia, que permite á los lacayos ir sentados delante de sus señores; se pudo acomodar á la trasera un hombre diciendo:

—Allá voy yo tambien, Colasa... no tengas miedo.

Ese hombre que habia callado hasta entonces, no se habia separado un momento de la madre de Amelia, y con ella entró en casa del conde de San Damian, á cuyos alrededores acudió gran número de curiosos poco despues de llegar el carruage... Y hoy que van trascurridos trece dias y nada ha ocurrido que pueda alimentar la curiosidad del pueblo, no se ve libre de gente la entrada de aquella casa.

Leonor guardó silencio al concluir esa relacion, y el conde la preguntó:

—¿Y qué resultó de la entrevista del conde con aquella muger?

—Nada se ha sabido aun.

—¿Aquel hombre era el padre de la niña?

—No señor; el padre de Amelia habia sido asesinado tres dias antes de aquel suceso en la cárcel de Córte..... El hombre que acompañaba á la Colasa, era el que habia vendido la niña á la condesa de San Damian.

—¡Y ese hombre estará preso!

—No señor, lo está su amo, que fué quien le mandó robar aquella niña.

Adela, que habia permanecido callada hasta entonces, lanzó un suspiro, y bajó los ojos avergonzada.

—Estremecen esos crímenes, dijo el conde, dirigiéndose á Adela... El pueblo tiene un modelo de virtudes diabólicas en nuestra moderna aristocracia.

—Aristócratas como la condesa de San Damian, interrumpió Leonor, no olvidan jamás sus antiguas mañas... Luisa la ribeteadora, tarde ó temprano habia de enseñar las uñas...

—¿Es de baja esfera la condesa?

—Una ribeteadora de zapatos, que tuvo una madre bastante ladina para irla introduciendo en el gran mundo hasta conseguir casarla con uno de los primeros *condados* de España... Y como si no tuviera bastante confianza en la educacion que habia dado á su hija, la recomendó al morir á la marquesita de Malvareal, que es otro pez de á libra...

—¿Son amigas la marquesa y Luisa?.. preguntó el conde disimulando su turbacion.

—Eran... pero hoy dia creo que se han cambiado los vientos, porque segun dicen por ahí, su hija, la de Aguazul, ha sido la que ha proporcionado ese buen rato á la de San Damian.

—¿Elisa la buscó la niña?

—No... Ha buscado la madre, segun dicen algunos que parecen estan algo enterados de ese embrollo.

—¿Y qué fin podia tener la duquesa? dijo el conde cada vez mas sorprendido con lo que oia.

—No sé; pero dicen que habia otra niña y otra madre en el negocio, y que eso ha hecho que la duquesa sintiese la irresistible vocacion de entrar en un convento.

—Pero eso nada tiene que ver con la aventura de la Puerta del Sol.....

—No importa, dicen que la duquesa tenia un resentimiento antiguo con

la condesa, y que sabedora del misterio de esa niña, ideó ese medio ruidoso de participarle al conde el engaño en que habia vivido diez años.....

—¡Siempre esa aficion estéril á emponzoñar la existencia de los que cree mas felices que ella! murmuró el conde reasumiendo en tan breves palabras el carácter de su esposa.

—Otros dicen, añadió Leonor, que la venida del marqués de Malvareal ha sido la causa de la repentina conversion de Elisa...

—¡El marqués de Malvareal!.. ¡Pues no habia muerto!

—En Chile... replicó Leonor riendo, pero ha resucitado en Madrid hace pocos dias.

—¡Eso es increible!..

—Créalo vd., conde, dijo Adela, saliendo de la distraccion en que quedó sumida desde que habia traido á su memoria los crímenes de Ricardo, con las palabras de Leonor.

—¡Pero esto es un sueño! esclamó el conde. ¿Qué sociedad es esta donde con tanta impunidad se cometen esa clase de crímenes? Yo comprendo el asesinato, el robo, el adulterio, todos los delitos imaginables, todos los vicios posibles; pero seguidos del remordimiento, de la vergüenza, de la espiacion... Concibo tambien que el criminal envejecido y embriagado con el vicio haga alarde de inocencia por miedo á la justicia; pero no comprendo la audacia con que esas mugeres, que á costa de repetidos crímenes, alcanzan una posicion elevada, ostentan una frente serena y un semblante tranquilo, sin que haya un momento de pudor, ni una sombra de vergüenza, que manche sus rostros, cuando oyen hablar de los crímenes de ese pueblo miserable y hambriento, que tanto detestan. ¿Cómo no se hiela en sus venas la sangre viciada que alimenta su vida, cuando oyen la sentencia fulminada contra el que tuvo la desgracia de robar un pan para socorrer la miseria de su pobre familia?..... Esas mugeres que fingen y lloran la muerte de la persona que pudiera oponerse á la realizacion de sus inícuos planes, que suplantan un hijo para robar la herencia y el nombre de una familia, no tiemblan al pasar por las cárceles donde gimen los infelices á quienes comprometieron para la ejecucion de sus crímenes?... ¿No se estremecen al ver la sangre que enrojece el cadalso?...

Leonor miraba á Adela asombrada de ver el entusiasmo con que hablaba el conde, y poco satisfecha ciertamente de tanta indignacion.

Adela, por el contrario, permanecia con los ojos bajos, y las palabras del conde llegaron al fondo de su corazon de una manera que ella no podia esplicarse, pero que causaron en su alma una revolucion inconcebible, haciéndola tomar una resolucion irrevocable, que mas tarde sabrá el lector.

El de Arechavaleta no advirtió la diferencia que habia entre la manera con que le escuchaban aquellas mugeres, y continuó:

—Ah... no; esas mugeres no sienten nada... Los crímenes están tan arraigados en su corazon, que aun tienen la audacia de fingir lo que realmente debieran esperimentar... Al oir hablar de un crímen cualquiera, de un delito por insignificante que sea, acuden á los desmayos, y el sistema nervioso les suministra medios de repetir diferentes y variados simulacros de la muerte... Cuando dan una limosna, por orgullo, para socorro de los presos, ó para sufragios por el alma de un réo, continuan tranquilas su *toilette*, sin acordarse que la desgracia ó la muerte de aquel hombre, es tal vez el precio del oro que encierran en sus gabetas, y de la pedreria que brilla sobre su cabeza, ocultando los crímenes que debieron asomar á su pérfido semblante..... Abandonan el fruto de sus criminales amores en medio de la calle, y se inscriben presurosas en la filantrópica asociacion de las señoras honradas, que quieren aliviar con sus esfuerzos el triste destino de los niños espósitos...

El conde se detuvo horrorizado al pronunciar estas últimas palabras, y enjugando el sudor que cubria su frente, guardó silencio por unos momentos, hasta que de repente dijo:

—¡Tardan las niñas!

—Si, dijo Leonor, y yo estoy inquieta porque no me separo un momento de Amelia.

—No tenga vd. cuidado, replicó el conde, yo sé á quien las he confiado, ¡pero no me ha dicho vd. aun cómo está esa niña en poder de vd. despues de lo ocurrido!..

—El conde de San Damian me designó á la autoridad para que la tuviese en depósito, y el juez de la causa no tuvo inconveniente en que así fuera.

—¡Segun eso, no está probado aun que esa niña no es hija de los condes de San Damian!

—Si que lo está, y el conde mismo lo sabe, y no duda que Amelia es hija de la llamada Colasa, y de un bandido llamado *Culebras*, que como he dicho á vd., fué asesinado en la cárcel de Córte; pero el conde, por el honor de su casa, y aunque no ha podido evitar que Luisa esté encerrada en San Nicolás, quiere sostener la legitimidad de Amelia, á quien me ha confiado, que no podria aborrecer, aun cuando supiera que no siendo hija suya, lo era de la condesa..... Tenia mucho cariño á esa niña...

—¿Cómo dice vd. que se llamaba el padre de Amelia?

—Culebras..... pero ese era el mote con que le conocian en la cárcel.

—¿Sabe vd. donde vivia ese hombre?

—En la calle de las Amazonas... créo que dicen; pero ni sé siquiera hácia donde está esa calle.

—Yo si, murmuró el conde distraido, y pensando en que aquel hombre era el mismo que habia criado á su hija de órden de la duquesa, pero sin ocurrirle lo que sabe el lector, y no podian adivinar ninguno de los que estaban allí.

Pocos minutos despues se oyeron pasos, y el criado entró con las dos niñas cargadas de dulces.

Amelia habia depuesto en parte su orgullo, gracias á la amabilidad de Flora, y cogidas de la mano con rostro placentero y muestras de gran intimidad, se presentaron allí la hija del bandido Culebras y la del conde de Arechavaleta.

CAPITULO XXIV.

TIRO EL DIABLO DE LA MANTA.

El conde abrazó á Flora y dió un beso á Amelia, hácia la cual sentia una ligera repugnancia, creyéndola hija del bandido Culebras, cuyo nombre habia oido pronunciar á la marquesa de Malvareal, cuando la noche del baile, que recordará el lector, la preguntó el paradero de su hija.

La reciente amistad de aquellas niñas preocupaba su mente, y no sabia cómo comunicar ese sentimiento á la interesante jóven que cuidaba de Flora, y en quien tenia el conde una gran confianza, si bien es cierto que ignoraba quien fuese, y mucho menos podia sospechar sus relaciones con Ricardo, ni los crímenes que á este se le imputaban, ni la prision que por ellos sufria. Preocupado con esas ideas, guardó silencio por algunos momentos.

Leonor sospechaba algo del doble matrimonio de Elisa; pero no podia presumir que se hallaba en presencia del verdadero marido de la duquesa, ni hubiese creido nunca que la niña que habian depositado en su poder era el fruto de aquellos amores. Atribuia la distraccion del conde á la prision que estaba sufriendo, y á los proyectos reaccionarios que veia deshechos por esa causa.

Adela no participaba siquiera de las sospechas de Leonor, porque no tenia relaciones con los amigos de la de Aguazul, y estaba por otra parte demasiado preocupada con el suceso de Ricardo, para pensar en otra cosa que en los medios de rehabilitarse consigo misma, borrando de su corazon hasta la memoria del hombre á quien jamás hubiese amado si hubiera conocido los pormenores de su vida pasada. Las palabras del conde sobre los verdaderos crímenes de la sociedad, que Adela conocia, no como tales crímenes, sino únicamente como medios de conseguir tal ó cual fortuna, habian hecho una impresion profunda en su alma. Se avergonzaba de haber deseado que Ricardo se hiciese baron á costa de la duquesa, porque para conseguir semejante cosa, eran necesarios dos crímenes en que hasta entonces no habia pensado: el robo y el adulterio.

Ella misma nos ha dicho repetidas veces, que cuando supo los medios de que se habia valido Ricardo para rodearla de aquel lujo que tanto amaba, habria dado la mitad de su vida porque tal cosa no la hubiese sucedido; pero que despues de oir al conde se sentia con fuerzas para trabajar toda su vida hasta ganar el dinero que aquel hombre habia robado para saciar sus caprichos. Esas ideas exaltaban la mente de aquella pobre criatura, á quien fácilmente hicieron amar el lujo, pasándola á los diez y siete años de edad, desde la inmunda bohardilla donde vivia con Concha Partinman, Conejo y una vieja asquerosa, á los aristocráticos salones de la fonda que conoce el lector. Tan cierto es, que no pudo ella elegir entre la virtud y el vicio, que no sabia cual era el uno ni el otro, ni conocia otra felicidad que la de abandonar un trage de lujo por otro mejor. Ricardo estaba bien persuadido de esto, y jamás temió infidelidad alguna de parte de una jóven que no podia cometerlas, porque ignoraba que se pudiera faltar á lo que una vez se habia prometido.

Entregados á tan opuestos pensamientos, estuvieron largo rato Leonor, Adela y el conde, mientras este último besaba maquinalmente á Amelia, sin advertir la envidia que aquella predileccion despertaba en la pobre Flora, que dirigiéndole una mirada suplicante, se atrevió por fin á decirle:

—Papá, bésame.

—¡Hija de mi vida!... esclamó el conde, volviendo de su distraccion y rechazando á Amelia.... ven acá.... ven....

El conde estrechó entre sus brazos á Flora, y el ayuda de cámara abrió la puerta del calabozo, entrando allí sobresaltado; y acercándose al oido del conde, le dijo:

—Señorito, el amo está preguntando al oficial de guardia por usia.

—¿Quién, mi padre?

—Si señor.

—Que pase.

—¿A dónde?

—Aquí; ¿dónde quieres que sea?

—Yo creí,...

—No creas nunca lo que no te mandan creer.... Ves corriendo.

El criado salió, y el conde se dirigió á las señoras, diciéndolas:

—Señoritas, me acaban de anunciar la visita de mi padre, hombre chapado á la antigua, y á quien no he visto hace algun tiempo. Vds. tendrán la bondad de dispensarle si las ofendiera con alguna de sus genialidades, que son hijas de su edad, y siempre involuntarias.

—Nada tendremos que dispensar al padre de nuestro amigo, dijo Leonor *desmayando* sus ojos, y aprovechando esta ocasion de empezar el sitio que proyectaba contra la mano derecha del conde, que ella creia libre y con cargas para sostener un lujo mediano durante veinte años, que era lo que ella se proponia vivir.

—Es vd. demasiado amable, señorita.

—Nosotras nos iremos, dijo sencillamente Adela, porque vds. tendrán que hablar de asuntos particulares, y....

—Si así fuera, ya nos lo diria el conde, replicó Leonor.

—Cabal, contestó este, enamorado de la prudencia de Adela.

Y dirigiéndose hácia la puerta por haber oido pisadas en el callejon, se arrojó en los brazos de su padre, que los traia abiertos de intento.

Don Tadeo Hilario Machuca, cuyo fanatismo político conoce el lector por lo que de él dijimos en uno de los primeros capítulos de esta obra, temia seguramente perder sus creencias políticas con las hechuras del trage, y no permitia que los sastres le cortasen la chupa monárquica, para hacer de ella un chaleco republicano, ni gastó nunca pantalones, sino calzon, por no esponerse á ser *sansculot ó sanculon*, como él decia.

Llevaba siempre calzon corto negro, media de seda del mismo color, zapatos de hevilla, chupa de seda bordada, casaca de paño gris con botonadura de acero, corbata blanca, sombrero tricornio, y dos relojes con cuatro sobrecajas de concha, y una cinta bordada de avalorio en cada uno de ellos. Con ese trage se creia seguro de conservar vigente en su corazon el sagrado lema y bendita oriflama de *Ley*, *Patria y Rey*, y con ese trage y no otro se presentó radiante de gozo en el calabozo de su hijo.

Tardó un momento en fijar la atencion en nuestras amigas, y al fin las saludó diciendo:

—A los pies de vds., madamitas: tengo mucho gusto de conocer á vds. Supongo, añadió volviéndose á su hijo, pero en voz alta; ¡supongo que todos somos unos!... Estas señoras serán de los nuestros.

—De la buena causa, es claro, replicó Leonor, sin saber cual era la

buena ni la mala; pero deseosa de tener de su parte al suegro.

—Vaya, hombre, vaya, dijo don Tadeo, dando una palmadita en el hombro de su hijo, no hubiera creido nunca que desconfiaras de mí...:. A tí te se figura que los viejos no hemos sido jóvenes nunca, y que yo tengo sangre de horchata en las venas, para no hacerme cargo de todo.... ¿Por qué no me dijiste la verdadera causa de tu venida?... ¿Temias que tu padre te pusiera obstáculos?... ¡Vaya que ha estado gracioso! El caso es que, si no me encuentro al pícaro del marqués de Malvareal, no sé una palabra....

—¡El marqués de Malvareal sabe!...

—Todos lo han sabido antes que yo.... es lo único que siento.... Pero lo que me alegra es que no has perdido aun las máximas que te enseñé, y me gusta que tengas ese corazon tan atrevido; has tenido desgracia en la eleccion de la persona; pero eso importa poco....

Cuando don Tadeo empezó á hablar, no podia el conde adivinar nada, porque ignoraba absolutamente la causa de su prision; pero cuando le oyó decir que habia tenido mala eleccion, no dudó en creer que le hablaba de su boda con la duquesa de Aguazul, y loco de alegría, cogió á Flora de la mano y la presentó á su padre diciéndole:

—Aquí la tiene vd.... ¿Verdad que es muy hermosa? bésela vd.

—¿Quién es esta niña? preguntó don Tadeo, mirando á su hijo sorprendido.

—¡Que quién es, me pregunta vd'.. ¡Y vd. no lo adivina!... ¿El corazon no le dice á vd. nada?... ¡Es ella!

—¿Y quién es ella?

—La nieta de vd.... mi hija.... Flora Lario y Manriquez.

Don Tadeo dirigió una mirada en torno suyo, como si buscara quien le esplicase lo que estaba diciendo su hijo, tan contrario á lo que él le habia preguntado; pero dominado por un fanatismo fabuloso, y persuadido de que su hijo estaba preso por conspirador, sospechó que le convendria disimular delante de aquellas señoras, y arrojó sobre ellas una de esas miradas recelosas que usaban los carlistas cuando se encontraban con alguno de los de la *cáscara amarga* (nombre que daban á la familia liberal), y sentando á Flora sobre sus rodillas, dijo con repugnancia:

—¿Con que esta señorita es mi nieta?

—Si, padre mio; la desgraciada hija de esa funesta muger.... Yo temia descubrir á vd. mi matrimonio con una persona que ha tenido valor para atropellar sus juramentos, contrayendo nuevas nupcias con el duque de Aguazul....

La sorpresa del anciano iba siendo mayor á cada palabra de su hijo, y Adela miró á Leonor, que no pudo menos de esclamar:

—¿Con qué es vd. el esposo de Elisa?

—Si, señora, y ya que ella no ha tenido reparo en hacer público su crimen, y mi padre aprueba que yo haya obedecido á los impulsos paternales de mi corazon para venir á España en busca de mi hija, no quiero que vds. ignoren por mas tiempo quien soy, y quien es esta desgraciada criatura, á quien el cielo ha protegido, salvando la vida de su padre, comprometida en cien combates....

—Mas te valiera haber muerto en el primero, interrumpió don Tadeo, soltando á la niña y disponiéndose á salir del calabozo...

¿Para venir en busca de la nieta de un afrancesado, has hecho traicion á tus banderas?...

—Yo no he faltado á mis juramentos, padre mio, contestó el conde con humildad.

—¡Necio de mí, que te creia capaz aun de venir á salvar la causa de la religion y del rey... y que tenia un orgullo en saber que estabas en un calabozo por fiel y leal vasallo!... Tú no eres mi hijo...

Las súplicas del conde para detener á su padre fueron inútiles. Don Tadeo no quiso permanecer un solo momento en aquel sitio, adonde habia acudido, no por abrazar á su hijo, sino por saludar al agente revolucionario de su amo y señor el monarca del valle de Elizondo, don Cárlos María Isidro de Borbon.

No le sorprendió al de Arechavaleta la conducta de su padre, y encogiéndose de hombros, volvió la vista á sus amigas, que al saber quien era el hombre en cuya prision se hallaban, guardaron el mas profundo silencio, discurriendo á su modo sobre la doble boda de Elisa y la existencia de aquella niña que ellos habian ignorado hasta entonces.

Leonor no podia recordar ningun otro caso parecido por donde averiguar si se invalidaria el primer matrimonio ó el segundo, y esto la interesaba demasiado para entablar en toda regla un sitio formal contra la mano del conde, capitulando á cualquier precio y con toda clase de condiciones, inclusa la de rendirse á discrecion, si así lo exigian las circunstancias.

Adela habia fortalecido sus nuevas creencias con las últimas palabras del conde, y horrorizada con los crímenes de las personas, cuya posicion habia envidiado tantas veces, estaba resuelta á borrar de su imaginacion semejantes deseos, y dedicarse á una vida tranquila que la permitiera atender con su trabajo á conservarse en una posicion honrada que la hiciera digna del aprecio público.

De tal manera la asaltaron esas ideas, y tanto la horrorizaban las relaciones que habia sostenido con Ricardo, que cruzando las manos sobre las rodillas, y con la cabeza caida sobre el pecho, permaneció largo rato.

hasta que el conde, entretenido en recorrer con su vista un periódico que acababa de entregarle su criado, esclamó:

—¡Otro que tal!

Y cogiendo á Flora entre sus brazos, la besó repetidas veces mirando alternativamente á Adela y á su amiga.

—¿Qué es eso, conde? preguntó Leonor.

—Nada... estaba leyendo un parrafito de crónica escandalosa.

—¿Hablan de la condesa de San Damian?

—No señora, otro lance mas ordinario... personages de escalera abajo...

—¿Tiene vd. la bondad de leerlo en voz alta?

—Con mucho gusto.

—Y sin soltar á Flora de la mano, leyó lo siguiente:

«Otro español de brocha gorda. A la noticia que dimos dias pasados acerca de la prision de cierto caballero, persona muy relacionada «en los altos círculos de la córte, y cuyo nombre callamos entonces porque «así nos lo suplicó una dama de la primera nobleza, debemos añadir los «siguientes curiosos permenores: El tal caballerito se llamaba *en el siglo*, «como dirian los frailes, Sir Ricardo Goslings and Sharpe, y en *el cláustro*, «esto es, en el gremio de los caballeros de industria, Bernardo el Sopista «(alias) *Chota*...»

Adela lanzó un profundo suspiro, y Leonor la impuso silencio con una mirada y algo mas, segun dicen los que afirman que la pisó un pie.

El conde continuó leyendo:

«Este jóven *lion*, hijo de una familia acomodada de Canarias, ha come«tido toda clase de crímenes, antes de hacerse *gentelemen* y *sportenmen*, «conduciendo al patíbulo á mas de cuatro infelices, de quienes se valia pa«ra falsificar toda clase de documentos de la deuda; y últimamente, los bi«lletes de Banco. Gracias á la actividad del juez de la causa, se le ha pro«bado ya ser el gefe de la fábrica de moneda que se descubrió hace un «año en la calle del Peñon, y por cuyo delito habia sido condenado á «muerte y puesto en capilla, el reo, que segun dijimos á nuestros lec«tores, habia sido indultado por S. M. Se habla mucho acerca del destierro «arbitriario y violento del juez que instruyó las primeras diligencias, y «hay quien asegura que no han sido estrañas á esa medida, ciertas notabi«lidades que trabajaron para que se traspapelase esa causa, *echando tier«ra* al negocio; pero los deseos de esas gentes se han estrellado contra la «rectitud del juez que entiende hoy en la causa, digno sucesor del se«ñor Salgado. Nosotros diremos ahora, mal que les pese á los diarios de «la situacion, que todo eso podria evitarse, si en vez de apalear por las «calles á los ciudadanos pacíficos, se entretuviera la policía secreta en «averiguar de donde sale el lujo de ciertas gentes que nos atropellan con

«sus carruages por llegar á tiempo de sacar el fac-simile de una firma, y «robar á la Nacion, tesoros inmensos que luego derriten para corromper «el corazon de las jóvenes virtuosas y honradas...»

—¡No puedo mas!... gritó Adela, y cayó desmayada sobre la cama del conde.

Este, acudió á socorrerla, mientras Leonor corria en busca de agua, y cogiéndola una mano la dijo:

—¿Señorita, qué tiene vd?

Adela lanzó un suspiro, bebió el agua que traia Leonor, é incorporándose sobre su asiento, despues de un momento de silencio, dijo con aparente serenidad:

—Continue vd., leyendo.

—¡Oh! no tal... Vd. sufre con esa lectura, y en verdad que eso hace el elogio de su corazon.

—Se engaña vd., conde.

—¿Pues qué no ha sido esa la causa de la turbacion de vd?

—Si... pero...

—¿Qué?

—Nada, interrumpió vivamente Leonor; no haga vd. caso, conde, es una chiquilla.

—Mejor..., quiero contárselo todo, y así me ahorraré la vergüenza de aparecer á sus ojos como una persona infame que añade á sus culpas el doblez de la falsedad y de la inocencia.

El conde se sobresaltó al oir las palabras de Adela, y esta sin hacer caso de las miradas de Leonor, continuó:

—Sepa vd., señor conde, que esa jóven de que habla el periódico soy yo.

Mañana se lo diria á vd. alguien y sentiria tal vez haberme confiado su hija.

—¿Qué joven es esa de que vd. habla? preguntó el conde.

—La que dice el periódico.

—Si no habla de ninguna jóven, interrumpió Leonor.

—No importa... yo soy la querida de ese caballero y el cuarto en que vivo ha sido amueblado con ese dinero que robaba... Me moriria de vergüenza si volviese á la fonda.

—¿Qué está vd. diciendo? esclamó el conde.

—¡Soy muy desgraciada!.. continuó Adela; pero yo le aseguro á vd. que no ha sido culpa mia el haber conocido á ese hombre, cuya historia ignoraba completamente, y desde que supe su prision, me he negado á admitir el dinero que de parte suya me ofrecia uno de sus amigos..... Hoy haré mas todavía... Venderé todas mis alhajas y mis ropas, entregaré su

importe á la justicia y acabaré mis dias en un convento... Tomaré el hábito de las hermanas de la caridad...

El acento con que Adela pronunció estas palabras, las lágrimas que anublaban sus ojos, y la instintiva compasion de Flora que acudió á consolarla, soltándose de los brazos del conde, interesaron el corazon de este, y no le permitieron dudar de la verdad de aquel relato. Creyó que la juventud y la hermosura de aquella jóven habian sido víctimas de la maldad del amante de Elisa y se apresuró á consolarla diciendo:

—Es vd. demasiado injusta consigo misma, señorita... Vd. no estaba obligada á saber de donde salian los obsequios que la hacia su amante...

—No lo sabia, no, interrumpió Adela con acento de verdad, ínterin su amiga se ocupaba en hojear el periódico que habia soltado el conde, al correr en socorro de Adela.

—Encuentro muy acertada la resolucion de vd., en cuanto á no volver á la fonda y entregar á la justicia los regalos que haya recibido de ese hombre, que mas bien que á ningun otro le han sido robados á cierta persona...

—Al duque de Aguazul, por egemplo, dijo Leonor que parecia no fijar su atencion en lo que allí se hablaba. Estoy leyendo un párrafo que confirma eso mismo.

—¿Qué dice? esclamó Adela.

—Oye, replicó Leonor, y leyó lo siguiente:

«Dios los cria y ellos se juntan. A los pormenores que dejamos «apuntados sobre el caballero de industria, debemos añadir que este se«ñor estaba en relaciones íntimas con una tal doña María Amparo de la «Purísima Concepcion, muger muy pura en eso de levantar muertos en «las casas de juego, protectora de jóvenes huérfanas, y decana de las «*cucas* de esta coronada villa. El caballero y la Cuca se divertian en es«plotar el amor que al primero tenia una hermosa duquesa, cuyo marido «ha sufrido un admirable escamoteo de sus rentas. La Cuca se halla presa «en la cárcel de Córte por haberla encontrado negociando una niña en la «calle de las Amazonas, de cuyo suceso dimos cuenta á nuestros lec«tores.»

El conde abrazó de nuevo á Flora, cogiendo por un impulso involuntario la mano de Amelia, que entretenida con el cucurucho de los dulces, permanecia sentada junto á Leonor.

Esta siguió leyendo en voz baja, y dió un grito que estremeció á Adela. Dobló despues el periódico, y acercándose al conde, le preguntó en voz baja:

—¿Está vd. cierto de que esa niña es hija suya?

—¿Por qué me hace vd. esa pregunta? gritó el conde sobresaltado.

—Por nada.

—No puede ser... Vd. sabe algo... ¿Qué nuevo dolor me aguarda? Diga vd., diga vd. pronto lo que sepa.

Y el conde soltó de repente sus brazos que rodeaban el cuerpo de Flora, pero la volvió á estrechar con ahinco diciendo:

—Ah... no, vd. no sabe nada... Es ella... es ella!.. El corazon me dice que es mi hija.

Y besaba frenético la frente de Flora.

—Los periódicos mienten mucho, dijo Leonor.

El conde arrancó el papel de las manos de aquella muger, y con la vista desencajada, recorrió bien pronto todas las columnas del diario, hasta que por fin paró la vista en una de ellas, y leyó en voz alta lo siguiente:

«¡Tiró el diablo de la manta! La supuesta hija de la condesa de *** «no lo es tampoco de la muger que se presentó á reclamarla en la Puerta «del Sol, segun saben nuestros lectores. Otro orígen tiene mas elevado, «que el de esa madre mercenaria, que ha sido presa por órden de la au«toridad como asimismo el hombre que la acompañaba, cómplice de Ber«nardo (a) Chota, y ayuda de cámara del *gentlemen* Ricardo. Nosotros no «salimos enteramente garantes de la exactitud de este relato, y nos abs«tenemos por lo tanto de citar los nombres de las personas que juegan en «él, aunque estamos suficientemente autorizados para ello; pero si el he«cho es tal cual nos le han referido, merece figurar al lado de los pasages «mas inverosímiles de los melodramas de Bouchardy. He aquí lo que se «nos ha dicho por persona bien informada en el particular:

«La historia se remonta al año de 1846, en cuya época el caballero M... «se casa en secreto con la señorita S... y se ve obligado á abandonar la «córte antes de ser padre de una niña, que nació en su ausencia. Nuestras «disensiones políticas obligaron al caballero M... á pasar á Francia, y all «supo que su jóven esposa habia dado á luz una niña, cosa que le alegró «en estremo, y mas tarde le dieron otra noticia que no le alegró tanto «como la primera. La señora S... de M... habia contraido nuevo matri«monio con el duque de ** persona que no parecia amenazada del ostracis«mo, pero que aunque emigrara, no dejaria de ser duque, y sobre todo, «su esposa siempre seria la duquesa de.** El caballero M... no supo «por el pronto si aquella noticia era buena ó mala; pero tardó bien poco «en conocer lo primero, y se decidió á no reclamar nunca la validez de un «matrimonio del que habia salido milagrosamente. Se limitó á reclamar con «instancia la niña, pero todas sus diligencias fueron inútiles, hasta que se «decidió á entrar en España, y amenazando á la madre con descubrirla, «arrancar de sus brazos la hija que á la sazon tendria diez años escasos, «y á quien el caballero M... no habia visto jamás.

«Esta escena fué de lo mas patético que imaginarse puede... Alguno »de nuestros lectores, la presenció sin apercibirse de lo que pasaba, asis- «tiendo á uno de los bailes mas brillantes de esta temporada. Despues de «repetidos y concertados desmayos, logró el caballero M... que le dijesen «el paradero de su hija, y al amanecer del dia siguiente se dirigió en busca «de la niña á quien tambien conoce el lector, por los buenos ratos que le «ha proporcionado con su habilidad en uno de los primeros teatros de «la córte...

El conde suspendió la lectura, limpió el sudor que bañaba su frente y esclamó:

—Esto mas ¡Dios mio!.. ¡Oh, libertad de imprenta, maldita!

Miró al decir esto en derredor suyo sin fijar la vista en nada, y continuó leyendo:

«La duquesa no le habia engañado... En un asqueroso zaquizamí del «Rastro, vivia la muger que cuidaba de la niña, pero esta habia sido «traspasada á una madre Celestina, harto conocida en esta córte, y nuestro «caballero se vió obligado á solicitar un nuevo endoso, que gracias á su «dinero, consiguió fácilmente. Loco de alegría al estrechar entre sus bra- «zos la graciosa criatura, dispuso su vuelta á París en compañía de la que «él creia su hija, y no lo es en efecto...»

—¡Dios mio!.. Dios mio!.. esclamó el conde con acento del mayor dolor y ocultando su cabeza entre las manos.

—Continue vd., replicó Leonor, rebosando de alegría.

—¿Dónde está mi hija?.. gritó el conde sin cuidarse de las palabras de Leonor.

Y levantándose de repente, llamó á su ayuda de cámara, que acudió inmediatamente, asustado de ver la desordenada figura del conde.

—Al oficial de guardia, que venga aquí al momento.

El criado se disponia á obedecer la órden de su amo, pero Leonor le detuvo y volviéndose al conde le preguntó:

—¿Para qué llama vd. al oficial?

—Para preguntarle si ha sido padre alguna vez... y si lo ha sido me dejará salir de aqui, bajo mi palabra...

—¿Y qué quiere vd. hacer con salir de aquí? preguntó Adela manifestando vivos deseos de aliviar la angustia del conde.

—Buscar esa hija, que me ha robado el necio orgullo de una madre desnaturalizada.

—Para encontrar á su hija no necesita vd. salir de aquí, dijo Leonor.

El conde la miró fijamente y quiso abrazar á Flora que asustada con lo que allí pasaba, se habia refugiado en los brazos de Adela; pero retrocedió asustado, y arrojó lejos de sí el periódico.

Leonor lo recogió, y haciendo salir al criado, se acercó al conde y le dijo:

—Siga vd. leyendo.

—¿Para qué?.. ¿para saber quienes son los padres de Flora?.. ¡Serán tal vez los que detuvieron el carruage de la condesa de San Damian!..

—Justamente.

—¡Pero y mi hija!.. ¿dónde está mi hija?

—Amelia... gritó Leonor, poniendo á la niña de ojos negros entre los brazos del conde... ese es tu padre...

A esta palabra siguió un profundo silencio.

Adela, que no tenia el menor antecedente de aquel lance, interrogaba con su mirada á Leonor, que permanecia impasible junto al padre de Amelia.

Este no se atrevia á abrazar á su hija, temiendo ser víctima de un nuevo engaño, y la alteracion de su semblante, indicaba cuanto sufria su corazon en aquellos momentos.

Leonor comprendió que el conde necesitaba alguna prueba para convencerse de que aquella era su hija, y se disponia á leer las que ella había encontrado en el artículo, de que han oido parte los lectores, cuando el ayuda de cámara entró precipitadamente allí y puso en manos de su amo una carta diciéndole :

—De parte del señor marqués de Malvareal. Urgente, y no esperan contestacion.

El conde abrió maquinalmente la carta, y pasó la vista por su contenido con marcada indiferencia... pero á las pocas líneas arrojó el papel, lanzó un grito, y estrechó entre sus brazos á Amelia.

Esta escena duró largo rato, y reinó el mas profundo silencio.

Interrumpióle por fin el conde para repetir con entusiasmo el nombre de su hija, y tendiendo su mano sucesivamente á Leonor y Adela, las dijo:

—La alegría que esperimento ahora no puede pagarse con nada..... A vds., queridas amigas mias, les debo el dia mas feliz de mi vida.

—¿Se ha convencido vd. de que la que tiene entre sus brazos es su hija?

—¡Oh! es el vivo retrato de su desgraciada madre, y me lo asegura el hombre mas de bien que hay en el mundo... el abuelo de mi hija Amelia.

Y cubriendo de besos á su hija, alzó la carta del suelo y se la entregó á Adela diciéndola:

—Señorita, hágame vd. el obsequio de leer esa carta, de cuyo contenido no he podido enterarme, porque el gozo de tener entre mis brazos á la hija por quien he suspirado diez años, me turba la vista.

Adela sin soltar de la mano á Flora, á quien colmaba de afectuosas caricias, como si quisiera indemnizarla de la pérdida que sufria en aquel momento, leyó con voz argentina y dulce lo siguiente:

«Querido hijo: (Permíteme que te salude con ese nombre para mí tan «dulce.) No sé si será mayor tu sorpresa al ver mi firma al pie de estas lí«neas, que la mia al saber que te hallas en esta córte y que gimes en un «calabozo, víctima de calumnias, cuyos autores no me atrevo á descubrirte «aun. Me ha sido imposible verte ni escribirte hasta ahora, de lo que me «alegro infinito, porque las noticias que hubiera podido comunicarte no eran «las que deseaba mi corazon, de cuyo afecto no podrás dudar nunca, á «pesar de las fatalidades que pesan hoy sobre mi familia.

«Antes de ahora me habria visto obligado á decirte que la niña Flora, «á quien estrechabas entre tus brazos, no era tu hija... Hoy puedo anun«ciarte que sé el paradero de tu verdadera hija, y mi nieta la jóven Ame«lia, que fué vendida á la condesa de San Damian por un capitan de la«drones que paga hoy sus maldades en poder de la justicia...»

El conde no habia leido la última parte del párrafo donde le revelaban

la existencia de su hija, y por eso cometió la imprudencia de elegir á Adela para que leyese la carta... Quiso corregir su falta arrancando la carta de las manos de Adela; pero la querida de Ricardo no lo consintió, y secando en sus abrasadas megillas una lágrima que rodaba de sus ojos por no enturbiar su célica hermosura, continuó leyendo:

«Amelia está por órden de la autoridad en poder de una tal doña Leo-
«nor Gamuza, á quien en vano he procurado hallar en su casa tres veces
«que he ido á verla hoy mismo; pero no pasará este dia sin que yo tenga
«el gusto de abrazar á mi nieta y presentarla á su padre. He querido com-
«pensarte con mi diligencia los disgustos que te ha ocasionado mi funesta
«familia, y tengo en mi poder el auto del juez para que te se entregue tu
«hija, despues de haber probado plenamente que es la misma niña que
«mi desdichada esposa, llevó en su coche el dia 31 de noviembre de 1836
«al número 9 de la calle de la Paloma, donde vivia un monedero falso
«llamado Culebras, cuya muger acababa de dar á luz esa niña Flo-
«ra, á quien tú has tomado por tu hja. La marquesa propuso á la Nico-
«lasa (así se llama la madre de Flora) que echase á su hija á la Inclusa y
«criase en su lugar á mi nieta; pero la Nicolasa por un sentimiento de amor
«maternal, que el padre de Elisa, se avergüenza de reconocer en esa madre,
«tomó el consejo á la inversa, y aplicando la pension que recibia de Elisa
«para criar á Flora, puso en la Inclusa á Amelia. ¡Pobre niña que habria
«perecido ignorada de nosotros, si la ambicion de la condesa de San Da-
«mian no la hubiese escogido para heredera de un nombre que no la per-
«tenece y de una fortuna que no envidiará, cuando pueda comprender el
«beneficio que la ha dispensado el cielo haciéndola encontrar su verdadero
«padre!»

Nuevas lágrimas rodaron por las megillas de Adela, al acordarse de que ella ignoraba quienes eran sus padres, y el conde que no comprendia la causa de aquella agitacion, la dijo:

—No siga vd. leyendo, señorita.... vd. sufre, y yo tambien padezco al ver que á todos interesa, á todos conmueve el abandono de este ser inocente, menos á su propia madre.... Dios ha querido entregarme mi hija en presencia de corazones tan sensibles y buenos como los de vds.

El de Leonor no habia dado señal alguna de la sensibilidad que el conde le atribuia por un esceso de lisonja, y nuestra empedernida jamona, llevó el pañuelo á los ojos, cuidando de no estropear la reciente restauracion del rostro, que como de costumbre iba ese dia pintado al temple, sin impermeable ni secante.

Adela contestó con un triste movimiento de cabeza á las palabras del conde, y continuó la lectura de la carta:

«Esta relacion ha sido confirmada por las declaraciones de la Nicolasa,

«las de Francisco, el ayuda de cámara de ese capitan de ladrones, las de «este mismo, las de una muger llamada Concha Partinman, presa con «el nombre de Juana Jimenez, y las de un chicuelo llamado Conejo, que «fué el que me dió las primeras noticias adquiridas por otro granuja, lla- «mado Pepitaña, hermano de Flora. Conejo, á quien he conocido por una «circunstancia muy original, que no hace al caso referirte, es un mucha-

«cho digno de mejor suerte, y yo te le recomiendo con interés, porque á «él debo el buen término de este negocio, cuyas circunstancias me «harán salir de España inmediatamente. No podré resistir la presencia de «mis amigos despues del escándalo que ha dado mi familia, y del que me «acaban de decir que se ocupan ya los periódicos.

«Me espera el ministro de la Gobernacion para enterarme de la calum- «nia que pesa sobre tí, suponiéndote enviado por don Cárlos para hacer «una revolucion en sentido carlista.... Dispénsame de nuevo que no me

«atreva á escribir el nombre del calumniador, y si desgraciadamente lo «sabes ya, permite á un padre que no crea tanta maldad en una esposa y «en una hija.

«Me aseguraron que hoy te pondrian en comunicacion, y lo han cum«plido; espero que así mismo me tengan la palabra que me dieron anoche «de entregarme la órden para tu libertad.

«Con ese documento que llevará tu propia hija, tendrá valor para pre«sentarse delante de tí, tu padre y amigo,

J. Marqués de Malvareal.

—¡Oh! ¡amigo leal!.... esclamó el conde al oir los últimos párrafos de la carta. ¡Y aun se atreven á calumniarte, tomando por pretesto tus opiniones políticas!... ¡Aun te llaman con horror afrancesado, los que no sabian entonces á qué precio compraban su independencia, ni quien era el hombre que ansiaban en reemplazo de *Pepe Botellas*!... ¡Si las cosas se hicieran dos veces, cuántos se abstendrian de las calificaciones mentirosas que dieron al hermano del emperador, para venir á parar á lo que hoy somos!.....

—Conde, dijo Adela, interrumpiendo el entusiasmo político del padre de Amelia, y señalando á Flora, ¿qué será de esta pobre niña?

—Vivirá siempre conmigo, y para ella serán una verdad las caricias que ha recibido estos dias, por un error de que hoy me alegro, porque tal vez á esa costa he hallado á mi hija.

Y cogiendo á Flora la sentó sobre su rodilla izquierda, teniendo en la derecha á Amelia, y continuó:

—Si la muger de ese bandido quisiera arrancarla de mi lado, yo la disputaria ese derecho á que ella misma renunció al venderla para que divirtiese al público sobre las tablas de un teatro, y la defenderé contra toda clase de peligros como á mi propia hija.... Amelia no tiene madre, y yo le doy una hermana.... Ambas serán mis hijas.

Al decir estas palabras besó á las niñas, y trató de que ellas hicieran lo mismo, cuando entró el criado gritando:

—Señorito, ya *estamos* en libertad.

—¿Ha venido el marqués?

—No señor; dice el guardia civil que ha traido la órden para el alcaide, que el señor marqués estará en casa de usia.

—¡Pobre marqués!... ¡andará buscando á su nieta!

El conde estaba aturdido con los sucesos que le habian ocurrido en tan pocas horas, y daba vueltas por el calabozo sin saber qué pensar de lo que estaba viendo. Pero era hombre de gran resolucion, y jamás le ocur-

rió detenerse á pensar el por qué de las cosas. Fuesen prósperas ó adversas, trabajaba con ahinco para salir del paso.

Sin esperar que el alcaide le comunicara la órden que le habia anunciado su criado, encargó á este que inmediatamente le dispusiera dos coches, y volviéndose á nuestras amigas, las abrazó y las dijo:

—Señoritas, dispensen vds. que no tome su venia para acompañarlas, ó para disponer que vds. me acompañen; pero en nombre de mi hija he dispuesto que vayamos todos á la fonda para presenciar el gozo del marqués cuando vea á su nieta.

—Yo soy la dama de honor de Amelia, dijo Leonor cogiendo de la mano á la hija del conde.

—Yo la doncella de Flora, dijo Adela ofreciendo el brazo á la otra niña.

El alcaide entró allí á confirmar la noticia del criado, y el conde, precedido de sus amigas, salió á respirar el aire libre, esperando en el patio la llegada de los coches.

EPÍLOGO.

I.

ELLOS Y YO.

No sé, lector benévolo, si dejarás de serlo ahora, y estarás arrepentido de haber leido los veinte y cuatro capítulos que van pasados, y cosa es que me convendria saber algo mas de lo que tú puedes imaginar; pero de todos modos, y como eso no es fácil de saberse, porque ni tú me lo has de decir ni yo te lo he de preguntar, bueno será que antes de empezar este epílogo, especie de remonta que echamos hoy á las novelas, departamos un rato en buena compañía, sobre la razon única y sola, que tú puedes tener para quejarte, y las infinitas, poderosas y fuertes que me asisten para no oir tus quejas.

Soy mercader de esta obra, y hago oidos de tal (no de obra sino de mercader) cuando tengo interés en hacerme el sordo. Ahora le tengo por el contrario en escucharte, y aquí me tienes con los ojos abiertos y las orejas erguidas, para que si al gesto se le escapa alguna cosa, se le pegue al oido, y no se me vaya un ápice de los muchos que se me habrán escapado en lo que llevo escrito, y de los que tú habrás formado una letanía famosa, que quiera Dios, no alcance fama nunca, siquiera á costa de ella se eternizase mi obra. Pero la hora de la espiacion ha sonado ya, y el juicio final es inevitable. Los *doce españoles de brocha gorda*, con su autor al frente, comparecen ante el respetable tribunal de la opinion pública, ar-

repentidos y contritos los unos, de haber contristado tu alma con sus pecados, y pesaroso el otro de haber sido el Judas, cuya pluma ha hecho traïcion á ese miserable Apostolado. *Ellos y yo*, lector, aguardamos el fallo de tu suprema inteligencia y vive Dios, que al reconocerla tal, no te adulamos ni *ellos ni yo*.

Frunce el ceño, lector, arruga el rostro; míranos de soslayo, si no te merecemos una mirada franca aunque tenga algo de severa; pero no dudes que estamos resignados á oir tus palabras, como si fueran sentencias, y á rebatir tus sentencias como si fueran palabras.

Abrase de una vez el jurado, y con aquella franqueza, propia de personas que han vivido juntas y hermanadas desde la primera página, hasta la presente, y que Dios mediante, seguirán lo mismo despues, dinos lo que quieras, advierte cuanto gustes, replica lo que te se antoje y fórmanos esa terrible acusacion fiscal, que á cada página de la obra, hemos leido en tus labios. Pero yo, únicamente te advierto, de mi propia cuenta y riesgo, que no te cebes mucho con esos infelices españoles, porque, me consta, y quédese esto entre los dos, que no tienen quien los defienda, si no se les nombra un defensor de oficio, y eso bien sabes tú lo que vale. A mí me dijeron *que no pudiéndose pintar á sí mismos*, rogábanme que les hiciese sus retratos; pero de esto á defenderlos, tú sabes la diferencia que hay y no es menester que yo te la diga.

No olvides tampoco, y esto interesa mucho que lo tengas presente, que la obra que acabas de leer, y sobre la que vas á fallar en este momento, no es una fábula como esas otras que hoy se escriben, y en las que sus autores son dueños árbitros de la suerte de sus personages, y disponen á su antojo de vidas y haciendas ó de *haciendas y vidas*, como decimos hoy, que aunque mas monárquicos que nunca, somos harto positivos y antes damos, ó antes ofrecemos la bolsa que la sangre.

En esas novelas cuya accion dura siglos enteros y gracias al papel contínuo, pasan cincuenta años de uno á otro capítulo; en esos cuentos cuyos personages brotan de entre los puntos de la pluma, y crecen y se multiplican en el tintero, sacando sus cabezas de aquel negro lago, para escuchar la potente voz del novelista, que cual otro San Antonio de Padua, predica á los peces, que bullen en el negro mar de sus inspiraciones, todo es posible y remediable.

A esos novelistas que encuentran una herencia, cuando les hace falta sacar á una familia de la indigencia y se libran de otra numerosa y robusta con solo sacudir sobre ella, la pluma mojada en ácido prúsico, no les asusta nada y pueden arreglar las aventuras de sus personages al paladar de los lectores, dándoles resueltas las mayores dificultades y acabadas las mas árduas empresas, para que todos juntos canten al final de la obra, el

poder de los milagros y las virtudes del bálsamo de Fierabras. A nosotros no nos es dado semejante poder, y has de contentarte, lector, con lo que te hemos dicho, porque todo ello es verdad, y una línea mas que añadiésemos á las aventuras de esa bendita docena de personages, seria mentira, y mentira que podria salirnos á la cara.

Ni nos seria permitido prolongar la historia que acabamos de referirte, ni ha estado en nuestra mano adulterar los personages, ocultándote sus vicios y suponiendo en ellos virtudes que jamás han tenido y que acaso no tendrán nunca. En el prólogo de esta obra te dijimos que pensábamos retratar la sociedad al daguerreotipo y que no admitiriamos reclamaciones de los interesados para disimular sus defectos. Entonces como ahora y ahora como antes, te repetimos que el que se ha retratado con joroba, con ella ha salido en el retrato, y que macilento y pálido está el que acudió á nuestro gabinete con la fiebre moral que devoraba su alma.

Podrás quejarte únicamente de que hayamos elegido una docena de personas depravadas é inmorales, cual no será fácil hallar otras, y tu reconvencion será justa si nos hechas en cara el no haber buscado siquiera una persona virtuosa y buena que tomase á su cargo el castigo de esas gentes; pero eso seria alterar la verdad del cuadro, en el cual te aseguramos que no hay semejante espiacion, y que todos los personages que has visto siguen siendo tan criminales como hasta aquí. A cambiar sus nombres hemos limitado nuestra tarea, y solo podrás acusarnos de no haber tenido el mejor acierto al recorrer el calendario; pero en cuanto á la verdad de los hechos puedes asegurar que es tal cual la hemos referido. No busques al amante de Adela, ni á la duquesa de Aguazul, con los nombres de Ricardo y Elisa; pero no temas afirmar que existen, y repite sin temor de que te desmientan, lo que te dijimos en el capítulo quinto.

«Vivos están los personages de esta novela, y una parte no mas, pen-
«samos referir de su historia. A ellos toca decir si exageramos; ellos dirán
«si es fábula lo que escribimos.»

Esto sabido, puedes empezar cuando gustes tu acusacion fiscal, seguro de que cualquiera que esta sea, ni recusaremos tu competencia en el asunto, ni pronunciaremos una sola palabra en defensa nuestra. Estaremos tan acordes en todo, que no habrá un quítame allá esas pajas, ni por lo que tú digas ni por lo que yo calle.

Veamos sino lo que tú puedes decir, y perdóname la arrogancia de erigirme en crítico de mí mismo, usurpándote la única prerogativa que pudiera indemnizarte el trabajo de haber leido esta obra. Dirás tambien, y me apresuro á darte la razon, que es muy estraño, que yo quiera saber lo que han de decir los demas cuando no siempre sé lo que digo yo mismo; pero esta será una falta mas, que habrás de perdonarme y me apre-

suro á cometerla, para darte ocasion de que ejercites la benevolencia.

Lo primero que me arrojarás á la cara será el título de *novela* que lleva la obra, envuelto en el prólogo de la misma que solo anuncia una serie de cuadros de costumbres; pero como á tí mismo te ha de ocurrir que no ha estado en mi mano impedir que el caballero de industria necesitase del granuja, de la Cuca y de la Jamona, para esplotar el cariño de la duquesa, me ahorras el decirte que esa ha sido la causa de que los cuadros aparezcan ligados entre sí formando una cosa que yo me apresuré á llamar novela, para que mientras la leyeses no te horrorizára el saber que todo aquello era verdad y que estaba pasando mientras tú lo estabas leyendo.

Querrás preguntarme despues por qué tiene la duquesa de Aguazul ese carácter tan anómalo, y esa depravacion tan sin objeto y tan contraria á sus propios intereses; pero te acordarás al momento que esa muger vive, que por boca suya propia he sabido yo muchas cosas de las que dejo dichas, y en vez de dirigirte á mí, acudirás á ella misma, porque puedes estar seguro de que estudiando mi retrato, te será fácil encontrarla y reconocerla.

Igual pregunta pensarias dirigirme sobre tantas otras anomalías y estravagancias, como echarás de ver en los demas personages de la obra, y aun tal vez te ocurriria hacerme cargos por no determinar mejor la suerte de todos ellos; pero estoy seguro de que vendrán á tu memoria las palabras del capítulo *quinto* y no podrás menos de esclamar:

—¡Tiene razon el autor para no decirnos nada mas que lo que acabamos de leer! Si recogiese á Patata y lo educára, para que fuese útil á su pais y no se viera obligado á saciar con su cabeza el hambre horrible del verdugo, si despojára á Ricardo de las galas que encubren sus crímenes y lo condenára á un presidio perpétuo, donde aprendiera un oficio que le enseñára el precio del sudor que habia robado; si la marquesa y su hija espiasen sus crímenes ganando con sus manos un jornal de cinco reales para alimentarse y vestirse, faltaria á la verdad; haria una fábula, y la sociedad entera alzaria un grito unánime diciendo:

—¡Es falso!.. Has pintado como has querido.. no es ese el término de esos personages... Patata abandonado en las calles, se verá obligado á robar para comer, y entonces lo llevaré á un presidio donde aprenderá á matar á la persona cuya riqueza envidie; y cuando sepa bien su oficio, cuando haya dispuesto á su antojo de la vida de diez ó doce individuos, yo entregaré la suya al verdugo para escarmiento de los que desnudos y hambrientos tendrán precision de acudir al cebo de mi justicia previsora... Ricardo estará en la cárcel hasta que pierda la vergüenza de alternar con sus cómplices, y habré librado á los salones de un malvado, que arrojaré á

los caminos, para que sea con el tiempo un salteador digno del patíbulo, y cuyo cráneo será un bello presente para los frenólogos, que nos dirán luego si los instintos de aquel hombre eran hijos de la educacion que habia recibido ó de los órganos de relacion que trajo al mundo. La de Malvareal y la de Aguazul envejecerán tranquilamente en sus casas, estimulando á la juventud con el relato de sus aventuras, fomentando la disension de los matrimonios, y retirándose por último al rincon de una iglesia, donde á los golpes de pecho que se darán con aparente fervor, responderán á coro sus jóvenes educandas:

—¡Tambien nosotras haremos lo mismo cuando hayamos disfrutado del mundo! Gocemos mientras tanto, faltando á la fe prometida á nuestros esposos, abandonando la educacion de nuestras hijas á manos mercenarias, y esperando á que sean jóvenes para que con su presencia se tolere la nuestra en los teatros y en los salones.

¡Ya lo oyes, lector! Eso responde la sociedad á las faltas que encuentras en mi obra. A mí me lo tiene dicho hace tiempo, y por eso pinto las cosas tal cual son, y retrato á las gentes ni mas ni menos que como aparecen á mi vista, á la tuya y á la de todo el mundo. Sin mas que acudir á la cartilla de nuestra policía me habria sido fácil deshacerme de todos mis personages, prendiéndolos en una noche á todos, pero eso que tampoco seria inverosímil, ni tendria que hacerse violencia la sociedad para creerlo, no está en mi mano hacerlo, porque seria adulterar los hechos, faltando á sabiendas á la verdad. No es gente la de mi historia que tenga nada que temer de la policía. Esta respetable señora se halla entretenida en cosas de mas importancia, y tiene echado el ojo á otra clase de pájaros.

Créeme, lector; mi pluma ha sido mas de taquígrafo que de otra cosa en este asunto, y si quieres cebarte, contra mi voluntad por supuesto, en esta pobre y desvencijada historia, fíjate en la clase de letra que he empleado para escribirla. Ahí puedes si quieres, y permita Dios que puedas, pero que no quieras decir cuanto te se antoje y criticar lo que te plazca; pero guay, con tocar un ápice siquiera á la verdad histórica de estos cuadros, porque te remitiré á los originales de donde están copiados diciéndote de nuevo, lo que concluyo, rogándote que no olvides:

«Vivos están los personages de esta novela, y una parte no mas hemos «referido de su historia. A ellos toca decir si exageramos; ellos dirán si es «fábula lo que escribimos.»

II.

DOCE ESPAÑOLES DE BROCHA GORDA.

Válganos Dios, lector, á tí por tu paciencia y á mí por mi constancia, qué maneras tán desusadas emplea la Providencia para socorrer á sus criaturas en los trances mas apurados y en los momentos mas críticos! ¡Bendito sea aquel poderoso Señor á quien yo pido acierto para escribirte, y tú paciencia para leerme! ¡Bendito una y mil veces el que me ha deparado un medio de hacer frente á tus escrúpulos! Yo los tenia, aunque te los ocultaba al escribir el capítulo anterior, despues del cual no pensé escribir otro alguno, y casi me cumplo á mí mismo la palabra, como veras por la obra, y sin mas trabajo que el de ver la manera desusada y el medio desconocido que se me presenta para comparecer á tu presencia, sin remordientos de alma ni escrúpulos de pluma. Corra esta ligera, que así lo hará, porque yo se lo mando y ella no sabe otra cosa sino obedecerme, y no tardarás en saber lo que algun pasmo te ha de causar, y á mí me acaba de ocurrir.

Te daré la noticia de repente para que te se vaya pronto el sobresalto y puedas leer este capítulo, cuyo título no es mio, como no lo es tampoco lo que en él se dice. Y basta de preámbulos, para que sepas de una vez que *(atencion)*. Acabo de recibir noticias frescas de los *doce Españoles* que dejamos poco ha abandonados en esta villa y córte de Madrid.

En un periódico cuyo título callo, porque si te lo digo sabrás tanto como yo, y no me conviene perder la única ocasion que tengo de saber mas que tú, acabo de leer un folletin que á la letra copio, y dice así:

REVISTA DE MADRID.

Crónica escandalosa.—Doce españoles de brocha gorda.—Sor María Magdalena de San Vicente de Paul.

«A los impetuosos vientos de marzo se han seguido las frescas aguas de abril, y tras de estas vendrán las auras suaves del florido mayo, y todo esto no tiene nada de particular, y está por el contrario muy en el órden y muy en armonía con la ordenada y armoniosa naturaleza, y todos los años sucede del mismo modo, y todas las estaciones tornan y vuelven por el mismo órden, y no hay en todo ello nada de estraño, sino nuestra estrañeza, y es achaque muy comun en los que tenemos á nuestro cargo el escribir las crónicas de la capital, empezar por las afecciones atmosféricas del dia, y estas revistas, no lo serian si no entrásemos hablando de auras gentiles, de lluvias benéficas ó de vientos secos y frios que convidan á gozar el vivificante resplandor de las chimeneas, y es bueno oir al grato chisporrotear de la enjuta encina, el dulce chichisveo de la enjuta lengua que no se mete en el paladar, hasta ver devorados los nombres que arden en la crónica escandalosa del dia. Y si todo eso es bueno, y grato, y dulce, y necesario, hagámoslo nosotros ahora, que mejor que nunca podemos entretener á los lectores, sin faltar á la verdad ni difamar al prógimo, porque las gentes de quienes pensamos ocuparnos, ó no son prógimos, ó no son difamables, ó no son ninguna de ambas cosas.

«Nuestros lectores nos verán con gusto abandonar el análisis de las piezas ejecutadas estos últimos dias en los teatros de la córte, y esperamos que no se incomoden tampoco si pasamos en silencio los festines aristocráticos de la semana anterior. Sentirian vernos clamar contra la inverosimilitud de esas escenas de brocha gorda, que abundan en los dramas modernos, y tanto gustan al público, que las llora y las contempla como artículos de fe. Si les hablásemos del festin de la condesa de A... del trage de la duquesa de B... y de los caballos del vizconde C..., nos dirian con razon que abandonásemos ese A, B, C ridículo, y que penetrando en el interior de los misterios que allí pasan, les dijésemos quien paga el trage, que luce la señorita D...; ¿por qué se acompaña su madre con el general F..? ¿y quién va en el coche del baron de G... cuando se retira del baile, con las persianas corridas á primera hora de la noche?

«Si tales y tan hondas son las exigencias de nuestros lectores, vamos

hoy á calmarlas en parte, soltando en sus oidos un parrafito de crónica escandalosa en el que juegan personages que conoce el público desde que se descubrió la existencia de aquel famoso Apostolado, bautizado con alguna oportunidad, con el título de *doce españoles de brocha gorda.*

«El pájaro de mas bulto que habia en la familia, y cuyos elegantes carruages admiraba el público á principios del invierno que acaba de pasar, ha sido puesto en libertad despues de tres meses de prision, y el caballero de industria se ha convertido en hombre de idem, sin casa, sin caballos, sin tren y sin amigos. Para rescatarse del poder de la justicia, ha derretido el último dinero de que podia disponer, cuando ya le habian vendido todos sus efectos, inclusos los que tenia en casa de aquella jóven, á quien verá el lector mas tarde, bajo el modesto sayo de las hermanas de la Caridad. Hoy le busca de nuevo la justicia, porque la interesante duquesa de A... le ha acusado como cómplice del robo cometido en su casa y asesinato de su mayordomo don Braulio, de cuyo horrible atentado tienen conocimiento nuestros lectores.

«*Otro.*—La duquesa de A..., cuya entrada en el convento de las Calatravas anunciaron con sorpresa todos los periódicos, ha permanecido mes y medio en aquella clausura, y cuando pensaba tomar el hábito de las Recogidas, tomó la resolucion de escribir á su amable esposo que se hallaba en Londres; y convencidos ambos consortes del error que habian cometido, separándose por causas tan leves como las que indicamos entonces, se han reunido con juramento de no separarse nunca, diga lo que quiera la impertinente sociedad, que ya echaba de menos los elegantes festines que hoy han aparecido con mas brillo que nunca. Las deferencias que la duquesa tiene con su esposo, prueban lo equivocados que eran los juicios de la sociedad, sobre un matrimonio como el de los duques de A.., modelo de felicidad y bienandanza.

«*Otro.*—La marquesa de M... no ha sido tan afortunada como su hija, porque el marqués no es tan pacífico como el duque, y la ha encerrado para toda su vida en un convento de esta córte. La duquesa, hace el sacrificio de no ver á la reclusa, para probar al duque lo que repetidas veces le ha dicho, y es que su madre, fué la causa de los *ligeros* estravíos que ella cometió siendo niña.

«*Otro.*—El conde de San Damian ha pedido la anulacion de su matrimonio, con la que él mismo en sus escritos, llama *Luisa la ribeteadora*, y apoya su demanda en que la partida de bautismo que presentó la excondesa era falsa. Los tribunales dicen que la mano era de carne y hueso, y que no habiendo nulidad física en el desposorio, todo lo que aduce el conde en su favor, son circustancias atenuantes... que estenuarán su bolsillo por fin y postre.

«*Otro.*—La española de brocha gorda, que tanto escitó la atencion pública, cuando se averiguaron los milagros que habia obrado bajo los humildes harapos de pobre vergonzante, que sustituia al elegante trage, con que se presentaba á comer en muchas casas de la grandeza, ha sido puesta en libertad por la justicia y embargada por una compañía de niñas jóvenes, que han tenido ocasion de conocer sus talentos, y hacer justicia á su mérito dándola la presidencia de un noviciado de *cucas*, en que se hacen ya toda clase de habilidades, siendo una de ellas la de *echar las cartas* y otras por el estilo. En esa casa-noviciado se ha establecido su pequeña *timbirimba*, y la madre prio ra ha dejado aquella letanía de nombres con que se hacia llamar antiguamente, y hoy la conocen los parroquianos de la casa , por doña Amparo la Gaditana, para distinguirla de otra, que ampara tambien y es malagueña. Al portero de esa reclusion le conocerán los lectores si se acuerdan de aquel ayuda de cámara del caballero de industria que contribuyó al escándalo ocurrido en la Puerta del Sol, con el conde de San Damian ; y una de las perlas del noviciado es cierta jamona desesperada, que segun nos aseguran, pronto pasará al rango de profesora. El casero ó administrador de ese conventículo, es un alabardero llamado don Ceferino Alcaparra, y está muy satisfecho del hombre que fia á doña Amparo , que es un sugeto harto conocido en esta córte con el nombre de capitan Tempestas y coronel Zizaña.

«De todos esos españoles, cuya fabulosa existencia ha sostenido las conversaciones en casi todos los círculos de la córte , por espacio de seis meses , solo hay uno que pueda interesar á los lectores, por la constancia con que ha perseverado en la loable resolucion que tomó separándose del círculo en que una fatalidad le habia colocado, y resistiendo para hacerlo asi á las persecuciones de su amante el caballero de industria , y á los pérfidos consejos de su falsa amiga, la desesperada jamona doña Leonor Gamuza. Nuestros lectores habrán adivinado ya que hablamos de *la Niña de cera*, cuya entrada en las hermanas de la Caridad anunciamos hará cinco meses escasos , y hoy les referiremos una historia que circula desde ayer en boca de todos, y es la siguiente:

«La escena pasa en la sala de visitas del Colegio de la Paz de esta córte. Un caballero alto, de edad como de 35 años, de aspecto estrangero, y que corre la sala á pasos largos , demuestra en su semblante la impaciencia con que aguarda la llegada de Sor María Magdalena de San Vicente Paul, quien no se hace esperar mucho tiempo.

«Es Sor María, jóven y blanca como las tocas que flotan sobre sus hombros. Sus ojos grandes y negros revelan una viveza oculta bajo la espesa red de sus luengas pestañas , y una tinta melancólica cubre las delicadas facciones de su gracioso semblante. Sus dientes que oscurecen la blancura

del rostro y de las tocas, semejan sartas de finas perlas engastadas en la encendida grana de sus encías y ocultas por el delicado coral de sus labios.

«A la vista del caballero que la aguarda, lanza un grito de sorpresa y quiere retirarse sin entrar en la sala; pero el caballero la detiene y ella le abándona una de sus blancas manos, en la que recibe un beso, acompañado de estas palabras:

—«Beso la santa mano de Sor María, á cuya última carta he querido contestar en persona.

—«¿Y Flora? preguntó la hermana de la caridad, ocultando sus manos entre los pliegues del hábito... ¿Cómo está Flora?... ¿Y Amelia? añadió, viendo que el caballero guardaba silencio.

—«Flora está buena y confia que su amiga Adela se interesará con Sor María para que vaya á Toulouse á dirigir su educacion y la de su hermana Amelia, á quien parece que Sor María no tiene tan presente como quisiera su padre.

—«¡Oh! no; ¡pobre niña! Me acuerdo de ella á todas las horas del dia, principalmente cuando estoy de guardia en los *collares* (1); toda la noche la paso agarrada al torno para darle vuelta en cuanto oigo el menor ruido, y evitar que puedan robar á ningun inocente de los que buscan un asilo en esta santa casa. El otro dia tiraron de la campana... fuí corriendo y no habia nada en el torno... salí á la calle y no ví á nadie... Las hermanas me dijeron que habria sido alguno, de los muchos que se divierten en engañarnos y dejan en el torno una piedra, un gato en un saco, y á veces un niño de paja... Yo temo sin embargo, que aquel dia ocurriese otro robo como el de Amelia y me estremece el pensarlo.

—«¿Pues no es este el Colegio de niñas de la Paz, donde se educan las jóvenes huérfanas hasta que toman estado?

—«Si señor; pero está unido con la Inclusa, aunque la una tiene entrada por la calle de Meson de Paredes, y el otro por la de Embajadores.

—«¿Pero el establecimiento es todo uno?

—«Eso si, y las hermanas son las mismas en ambas casas, y el director y la servidumbre.

—«¡Qué escándalo! Vaya un curso de educacion que se da á esas jóvenes familiarizándolas con el origen de su nacimiento, y haciéndolas oir á todas horas las blasfemias de esas madres mercenarias que nutren en comision á los infelices huérfanos! ¡No hermanaria mas con esa casa de niños espósitos una de *Maternidad*, que reemplazase á la que hoy existe bajo el nombre aterrador y nada benéfico de *Casa del Pecado Mortal*!

(1) *Sala de collares* se llama en la Inclusa, la pieza donde reciben á los espósitos, para vestirlos y *foliarlos* en los registros de la casa.

SEP 20 1921

Sor Maria Magdalena

—«Así lo ha pedido al gobierno repetidas veces el ilustrado y digno director que tiene hoy á su cargo estos establecimientos, en cuyo régimen interior ha introducido considerables mejoras.

—«¿Se habrán desatendido sus justos deseos, y desoido sus razones?

—«No señor.

—¿Se ha resuelto la traslacion del colegio á otro edificio y la reunion de la Inclusa á la casa de Maternidad?

—«No señor, pero se ha tomado en consideracion...

—«O lo que es lo mismo, interrumpió el caballero, se ha echado debajo de la mesa... Está visto que no adelantaremos un paso nunca... Pero dejemos esas cosas, y dígame Sor María ¿qué motivo tiene para desechar mis proposiciones, ó lo que es mas aun, para no haberse dignado contestarmo á lo que la suplicaba en mi última?.. Hermana de la caridad, téngala de aquellas pobres niñas y ayúdeme á educarlas, cual corresponde al nacimiento de una de ellas y á la desgracia de ambas.

—«Lo pensaré... contestó Sor María, despues de un momento de silencio; pero advierto á vd. que no dejaré nunca este hábito.

—«Ya le dije, hermana, que tambien las hay en Toulouse, y que será dueña de hacer lo que guste en llegando allí... Cuanto mas que aquellas hermanas no tienen hermanos Paules y... no digo mas.

—«Pues acepto el partido... Abandonaré esta casa, dijo con amargura Sor María; esta casa donde he pasado una gran parte de mi vida... ¡Mas de seis años!

—«¡Tan largos le han parecido á vd. esos cinco meses!.. No me disgusta esa idea.

—«No es eso, conde... va vd. á saber una cosa que jamás le habria confiado, si no pensára encargarme de la educacion de Amelia... Dichosa ella, que ha podido conocer al autor de sus dias!..

«La jóven religiosa secó las lágrimas que corrian por sus megillas con la punta del escapulario que caia sobre su pecho, y dejó ver un medallon que atado á una cinta pendia de su cuello.

—«No conozco á mis padres, continuó; no sé quienes sean, ni á quien debo el haber sido arrojada aquí el dia 25 de enero de 1828, envuelta en ricos pañales de batista que conservo en mi baul, y con este medallon al cuello en el que se lee el dia de mi nacimiento y el nombre que querian que llevase... El nombre, nada mas... ignoro cual sea el apellido que me pertenece.

—«¿Y quién le ha dicho á vd. todo eso?

—«Los libros de estas oficinas, en los que se toma nota de los niños que se reciben, con todas las circunstancias que puedan distinguirlos el dia de mañana, y se detalla el envoltorio del recien nacido, que se conserva

con un número igual al de la nota. La nota me ha puesto en posesion de esta reliquia que conservaré mientras viva.

—«Si, ¿pero quién sabe si esas prendas pertenecen á vd.; y si es la niña de que habla la nota?

«Sor María bajó los ojos avergonzada y así permaneció largo rato, hasta que alzando la frente y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo:

—« A los pocos dias de estar en esta casa, una hermana que tenemos de alguna edad y que siempre me miraba con mas atencion que las otras, me preguntó:—¿No te has llamado nunca Magdalena?—No, hermana, la contesté.—¿No te acuerdas, me replicó, de haber visto alguna vez estos lugares? y me enseñaba la sala donde hacen labor las niñas.—Tampoco.

«Entonces me cogió por la mano, y abriendo una puerta, me enseñó un cuarto oscuro donde encierran á las niñas desaplicadas, y cuando se disponia á preguntarme si recordaba aquel aposento, yo lancé un grito involuntario y retrocedí asustada. Sor Brígida, que así se llama la hermana, me llevó á la oficina, y enseñándome el libro de entradas, me leyó la partida de que acabo de informar á vd. y á la que habian añadido una nota que decia así:

«*En 22 de abril de 1834, fué entregada por devocion, á doña María Amparo Partinman, viuda del coronel don Jorge Rompelanzas, que ofreció educarla en la religion católica, apostólica, romana, y vive en la calle del Escorial número 7 cuarto quinto.*

—«¿No se acuerda vd., señor conde, de aquella supuesta hija de la vergonzante pordiosera, cuya historia me contó vd. en su última carta, diciéndome que el chiquillo que se llevó en su compañía se la habia referido?

—«Sí que me acuerdo, y conozco por mi mal á esa muger, de quien me habló Conejo.

—«Pues yo soy la jóven que ese muchacho tenia por hermana suya.... Yo la que hice aquella vida que tanto escitaba la indignacion de vd....

«Sor María no pudo continuar, y sacando el medallon que pendia de su cuello, lo llevó á sus labios diciendo:

—«¡Por que no me dejó aquí esa muger!.... ¿Qué daño la habia hecho yo, para que me eligiera de entre todas las niñas que se recogian en esta casa?...

«El caballero quiso distraer la pena de que parecia estar dominada la jóven, y cogiendo el medallon que Magdalena tenia entre sus manos, lanzó un grito de sorpresa, al ver en una de las caras medio escudo de armas, y volviendo precipitadamente aquella reliquia, leyó estas palabras: *María Magdalena nació en Madrid, el dia 24 de enero de 1828.*

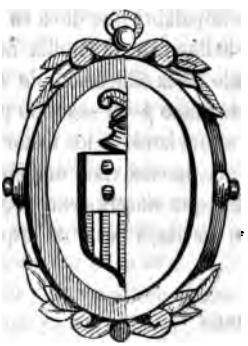
«El conde se esforzaba por dominar su turbacion, y el semblante no le

permitia salir airoso de su empeño; pero procuró disimular cuanto pudo, y dirigió á la jóven esta estraña pregunta:

—«Y si supiese vd. quien era la persona que le habia dado el ser, y esa hubiese muerto ¿no seria mayor desgracia que la de ignorar á quien debe su existencia?

—«No tal, conde, y me admira que vd. piense así... Pues qué, ¿no valdria mas llorar sobre la tumba de mis padres y enaltecer el apellido de que me habian privado, si en ello no habia ofensa á su memoria, que vivir ignorando lo que sabe la criatura mas miserable y el animal mas humilde? Yo les preguntaria con mis lágrimas en qué pude ofenderlos naciendo, y alcanzaria su perdon acaso.... Mi corazon no seria un desierto, seria una morada de recogimiento y de dolor.... Tendria el culto que hoy le falta, porque no tiene nada que adorar sobre la tierra.... Pero ¡ay! ¡que necia soy! Saber que mis padres no existen, seria saber quienes habian sido.... y eso me está vedado desde que vine al mundo.

«Sor María dejó correr sus lágrimas con abundancia, y el conde lleno de alegría sacó de su bolsillo un medallon igual al que poseia la jóven, y



en el que se veia la otra mitad del escudo y las mismas palabras; y presentándolo á la vista de Sor María, la dijo:

—«El padre de Magdalena Reybau conservó este otro medallon al separarse de su hija.

—«¡Dios mio!... esclamó la jóven, ¿dónde está mi padre?...

«El conde guardó silencio y enjugó las lágrimas que anublaban sus ojos.

—«¿Ha muerto?... preguntó Magdalena.

«Y viendo que el conde seguia llorando, repitió:

—«¡Ha muerto!... Y cayó desmayada sobre la silla.

. . . . . .

«Esas eran las únicas noticias que teníamos sobre tan estraordinario

suceso, y no habíamos querido participarlo á nuestros lectores, por miedo de escitar su curiosidad y no poder calmarla; pero hoy hemos satisfecho la nuestra, leyendo lo siguiente en el *Sentinelle*, periódico que se publica en Tolosa de Francia:

«No se habla aquí de otra cosa hace dos dias, sino de la llegada del «conde de Arechavaleta, emigrado español, acompañado de una jóven «hermosa, llamada Magdalena Reybau, hija del general francés del mismo «nombre, el cual al morir declaró á su amigo el conde, que habia tenido «esa hija de sus relaciones amorosas con la marquesa de Malvareal, cuan«do en el año 1828 viajó por España. El general exigió juramento á su «amigo de que haria un viage á Madrid en busca de esa niña á la que le «seria fácil reconocer si vivia, por las particularidades que de ella le habia «contado. Hízole jurar asimismo, que cualesquiera que fuesen las circuns«tancias en que se encontrára la marquesa, no dejaria de hacer público «que ella era la madre de su hija, á quien instituyó heredera universal de «los cuantiosos bienes que poseia, con la precisa condicion de que no «habia de acordarse del nombre de su madre sino para odiarla y huir de «ella. El pundonoroso español ha cumplido la palabra que dió á su difun«to amigo, á pesar de los compromisos que le ligan con la familia de Mal«vareal. La jóven Magdalena se ha encargado de la educacion de dos ni«ñas pequeñas, hijas del conde, y ama á este como á su segundo padre.»

«Concluiremos esta *Revista de Madrid*, anunciando á los lectores que como hoy dia de todo saca partido la imprenta, hemos visto una obra con el título de DOCE ESPAÑOLES DE BROCHA GORDA, que *sinceramente* recomendamos al público, por la verdad con que está escrita, á pesar de lo que dice su autor en el prólogo de la misma:

«A todos y ninguno
«Mis advertencias van,
«Si á alguno le incomodan,
«Paciencia y barajar.»

FIN.

APÉNDICE.

Dicen y dicen bien, que es como decir dos veces, que nadie siente las penas de otro, y añaden que la humanidad entera hace con el prógimo lo que el capitan Araña con la tripulacion del buque; embarcábala para quedarse en tierra. Y ahora digo yo, que si los lectores de don Quijote, no sintieron el dolor del inmortal Cervantes, cuando no sabia qué decir en el prólogo, ni se atrevia á que faltase este requisito á su obra, tambien los mios, que si no leen otro Quijote, no se las han en cambio con un autor inmortal, estarán muy tranquilos sin sospechar siquiera el dolor que me aqueja en este momento, y del que he de salir bien ó mal, sopena de que no salga á luz mi obra, lo cual debe de ser otro dolor mas grande, para mí al menos.

Empecé por escribir el *prólogo* y á duras penas enjareté el *epílogo* creyendo dar cima á mi obra con semejantes requisitos; pero vive Dios que no es así, y de que así no sea pésame infinito. Comparo mi libro con los que hoy se llaman tales, y veo que le falta para serlo, lo que no tendrá hasta que yo halle medio de escribirlo. Díceme el librero que no puede tomar sobre su conciencia el llamar libro á lo que yo acabo de escribir, y que si al menos tuviera *notas*, ya que le faltan *citas*, y hubiese alguna *advertencia* que subsanase el defecto de un *juicio crítico*, cosa que á dos por tres podria escribirme cualquier amigo, seria fácil llamarlo libro, siquiera se echase de menos en él, alguna que otra *carta* y tal cual *soneto* en loor de la obra, ó de los personages, ó del autor, que es algo mas directo y mas positivo elogio.

Oigo yo á mi librero, como á un oráculo, de quien depende en parte mi buena ó mala estrella, y concluyo por conocer que tiene razon, ó por decirlo así aunque lo crea de otro modo; pero como no es culpa suya ni mia, el que á las *aprobaciones*, *licencias del ordinario* y *tasaciones* del libro se hayan sustituido los *juicios críticos*, las *notas* y las *advertencias*, pago yo la pena cogiendo de nuevo la pluma para que este libro no deje de serlo por la falta de esas formalidades.

Dícenme las gentes que un libro sin *apéndice*, es como un baston sin contera, y que el autor debe poner en él todo aquello que se le olvidó en el cuerpo de la obra, y que de intento debe dejar algo para llenar el apéndice; yo lleno el mio con el olvido que en efecto tuve al escribir la obra, y fué: Que se me olvidó reservar alguna idea para el apéndice; lo cual no tiene nada de particular, atendido á que andaban algo escasas.

Y aquí, suspira el autor, satisfecho de haber salvado el primer escollo.

CANTO FUNEBRE.

Las solteras escedentes del comité central de España, levantan sus palmas para recibir en su seno á la rebelde, pero desengañada jamona, Doña Leonor Gamuza, entonando con la música de la Atala, *el siguiente.*

¡Triste hermana, cuán rápida ha sido,
La ilusion de tus nuevos amantes!
Solterita y doncella como antes,
A este claustro de vírgenes ven;
Todas, todas seguimos solteras,
Solteritas y no solteronas,
Si los hombres nos llaman jamonas,
Son jamones los hombres tambien.
No te aflijas, Leonor, que esas cosas
La muger de talento desprecia,
En el mundo se casa la necia,
Y la sábia, soltera se está;
Si nos grita ese vulgo insensato,
Despreciemos su burla con calma,
Que es señal de victoria la *palma*,
Y la nuestra segura será.

EPITAFIO.

El huésped que ocupa hoy el gabinete de la fonda de los Cuatro Vientos, donde Adela recibió al Marica, nos ha remitido copia de la siguiente décima, que se lee grabada con un alfiler, sobre un ladrillo del pavimento. El autor de esta obra no se atreve á asegurar quien sea el de la décima; pero la opinion pública, tomando en consideracion la clase de verso, y el instrumento con que parece estar escrito, se lo atribuye á Juana, la doncella de Adela. Dice así:

De un equívoco señor,
Yacen bajo este ladrillo,
Tres raigones y un colmillo,
Víctimas de un casto amor.
Don Pepito Truquiflor,
Con vejigas de caballo
Cuatro espolones, un callo
Y juanetes en el cuello,
Quiso encontrar un cabello
Y perdió un ojo.... de gallo.

SONETO.

Las viudas sin situacion de reemplazo, pero constituidas en gremio de Cucas, *y reunidas en sesion permanente en casa de Doña Juana Jimenez, saludan á Doña María Amparo de la Purísima Concepcion, con el siguiente.*

¡Salve *Cuca* inmortal, cuca de fama!
¡Salve sepulturera impenitente!
¡Salve, salve por fin, viuda escedente!
¡Salve, salve por fin, ilustre dama!
Su presidenta el gremio te proclama
Y el jugador acude diligente,
No le mates, señora, de repente,
Mira que tiene de tu mano escama.
Huérfana está la *timba* con tu ausencia,
Tu prision ha dejado el gremio yerto,
Las barajas están en la indolencia,
Es el *tapete* un árido desierto,
Y hoy solo nos *armamos*.... de paciencia
Sin dar un *salto atrás*, ni *alzar un muerto*.

HALLAZGO.

En el café de la Derrota se veia dias pasados una silla, en cuyo respaldo se leia lo siguiente:

Proyecto de epitafio para la tumba del llamado coronel Zizaña, que ocupó un dia con gloria esta silla, y hoy ha tenido la deslealtad de abandonarla, por una miserable plaza de comisionado de apremios, en la Intendencia de esta córte.

Frágil, abatida caña,
Bajo de esta sucia losa,
El estómago reposa
Del ex-coronel Zizaña.
Fué en vida mozo de maña
Para echarse el alma atrás;
No pagó á nadie jamás,
Pero en su instante postrero,
Tomó el oficio grosero
De apremiar á los demas.
S. L. S. A.

Despues de inútiles conjeturas para adivinar el significado de esas cuatro letras, hemos sabido qué quieren decir con ellas:

¡Séanle leves sus acreedores!

Nota formal. La presencia del coronel Zizaña, en el café de la Puerta del Sol, era de tanta importancia, que por su ausencia se ha cerrado al público, y pasado los meses del luto, abrirá en el mismo local una librería don Ignacio Boix.

ADVERTENCIA.

Cansado de meditar sobre la manera de llenar un requisito tan importante como este, me he convencido de que no hay un asunto mas digno de una advertencia que el decirles á los lectores:

Por la presente advertencia os advierto... que no tengo nada que advertiros.

Y esto que á muchos les parecerá ridículo, me lo ha parecido á mí antes que á nadie, puesto que no habrá quien me dispute el derecho de ser el primero a leer lo que escribo. He querido pòner esta advertencia al final, para retardar el escándalo que habrá de causar en estos tiempos que corremos, la fabulosa existencia de un autor que no tiene nada que advertir á sus lectores.—La única advertencia que podria hacer, seria la de prohibir que se reimprimiera esta novela; pero eso lo tengo por escusado por dos razones. La primera, porque dudo que haya quien se atreva á cometer semejante pecado; y la segunda, porque si alguien lo cometiera, el público le daria la penitencia.